

LIBRERIA
CACION GENERAL DE BIBLIOS



CASTELAR
LA
CIVILIZACION



3



CB 331

C 34

V. 3

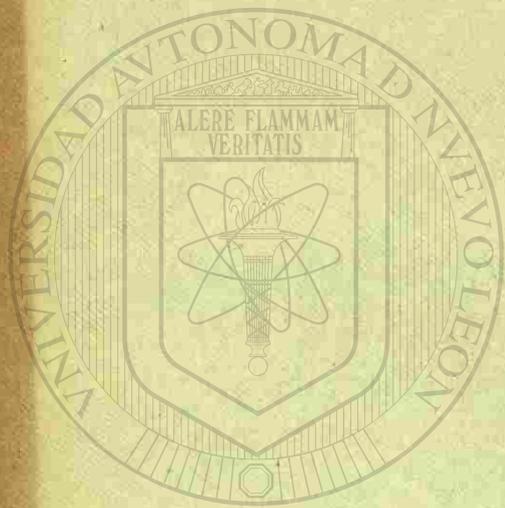
98320

R. C.





1020024948



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA
CIVILIZACION
EN LOS
CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA
CIVILIZACION

EN LOS
CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

LECCIONES

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID
POR

EMILIO CASTELAR

TERCERA EDICION

TOMO TERCERO

MADRID:

EDITORES: A. DE SAN MARTIN Y AGUSTIN JUBERA,
Puerta del Sol, 6; Carretas, 39, El Libro de Oro,
y calle de la Bola, núm. 3.

1876

38560

1876. --Imprenta á cargo de J. Peñas, Regueros, 9, Madrid.

CB 331

C34

V.3

281

C



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO.

LECCION CUARTA.

SEÑORES :

Hemos estudiado en el siglo primero el estado de Roma y el estado del mundo. Pero el mundo pagano en sí no constituye, no puede constituir toda la civilización de esta edad. El mundo pagano sentía en sí como un desfallecimiento que le obligaba á pedir un nuevo principio de vida, un nuevo elemento de progreso. Las sociedades expresan por signos infalibles, como los individuos, el instante en que el frío de la muerte se extiende sobre su cuerpo y la sombra de la duda por su alma. Y aquella paz del mundo pagano en tiempo de Augusto, que todos han considerado como una señal de vida, era en realidad una señal de muerte. Cuando la gran lucha entre los elementos orientales y griegos concluyó, cuando enmudeció la tribuna, cuando la filosofía buscaba instintivamente un nuevo dios en el cielo, una nueva idea

en la conciencia humana, cuando los templos estaban desiertos y los oráculos mudos, solo una idea nueva, una idea pura, una idea descendida del cielo como un rayo del sol, podía levantar á la humanidad de su abatimiento y abrir nuevos espacios á su incesante progreso. La idea religiosa solo podía venir de Oriente. La patria de la religion es Asia, como la patria de la filosofía es Grecia. Y Asia, en uno de sus santuarios, guardaba la única idea que podía servir como de raiz al Cristianismo, la idea de la unidad de Dios; idea cuyo sacerdote era el pueblo hebreo.

Este pueblo tenia sobre todos los pueblos de la historia una constancia que era su incontrastable fuerza; una fé purísima en la unidad de aquel Dios, que bajo su aspecto moral era justo y pródigo, y bajo su aspecto metafísico el sér por excelencia; Dios, que ninguna imagen podía representar, que ninguna palabra humana podía contener; Dios, que habia formado en el alto Sinai un pacto con su pueblo, que el pueblo no podía romper sin ser castigado por la divina cólera; pero sobre esta constancia, sobre esta fé, sobre este pacto solemne, el pueblo hebreo tenia una virtud que le habia de hacer superior á todos los pueblos, dueño de la conciencia religiosa de la humanidad, depositario de las promesas del Eterno, padre temporal del Verbo; y esta virtud era su esperanza en la renovacion de su vida, en el progreso de

su raza, en el triunfo del justo, en el descenso á la tierra del que habia de ser su amparo y su salvacion; pues mientras los demás pueblos de la historia volvian sus ojos á lo pasado y suspiraban por la edad de oro que habian dejado á sus espaldas, el pueblo hebreo, lleno de esperanza, se espaciaba en el seno de lo por venir, y se unia más y más á su Dios, convencido de que habia de exaltarle y protegerle con el cumplimiento de sus consoladoras promesas.

Un dia el pueblo puso en olvido esta fé y esta esperanza. Su corazon se abrió á la idolatría. Cambió la miel depositada en su alma por el veneno corrosivo de una idea extraña á su civilizacion. La idea de Dios solo centelleaba en algunas almas grandes, en algunos corazones enteros y rectos. Entonces apareció por las montañas un soldado feroz, y cayó con su espada más poderosa que el rayo sobre Jerusalem. El santuario se conmovió en sus cimientos, el pueblo alzó los brazos al cielo clamando por su Dios. Pero ya era tarde. Las piedras del santuario rodaron por las plazas y las calles, la peste y el hambre vinieron sobre la ciudad santa, y el terror fué tal, que hasta los pechos de las madres se secaron y no pudieron lactar á sus hijuelos, como si Dios hubiera querido exterminar á Israel. El poderoso conquistador, azote de Dios, arrancó á los hijos de Jerusalem su templo y sus hogares, descalzó sus piés para que

sintieran las espinas de la tierra, ató sus manos á las espaldas y los arrastró por el desierto á las profanas orillas de extranjero rio. El dolor fué como una gran revelacion para el pueblo. En el abrasado desierto se acordó de que solo su fé podia refrigerar su alma; en la soledad comprendió que solo sus cánticos religiosos podian acompañar sus suspiros y sus gemidos. En vano sus amos les señalaban sus ídolos y los templos deslumbradores de Babilonia; el pueblo llevaba á Dios en otro templo más grande y más hermoso, en su alma. En aquella tristeza, en aquella desesperacion, en el fondo de aquellos calabozos más oscuros que la negra noche de la muerte, allí, donde solo se oia á lo lejos el sordo rumor de las ondas del Eufrates ó el gemido del viento entre los sauces, allí penetró el rayo del cielo, la inspiracion profética. Los profetas sienten que aun es posible restaurar el templo, que aun es dable volver á orar sobre la montaña de Sion. Las tinieblas que rodean sus cuerpos no caen sobre sus almas, antes reconcentran la luz en el seno de la conciencia. Sus manos, comprimidas por las cadenas, se levantan hácia Jerusalem; sus ojos, cegados por una eterna oscuridad, ven la luz que baja de las montañas; sus oidos, heridos por los lamentos, aun sienten las ondas del Jordan y el arroyo de Cedron; sus almas atribuladas, aun respiran en el seno de una esperanza. Pero no es una esperanza vaga y mis-

tica, no; es la esperanza de restaurar el templo, de afirmar la legislacion, de sacar al pueblo del cautiverio, de esclarecer en su alma la nocion divina, de tornarle á los templos de Moisés, de hacerle concebir más claramente la venida del Justo, del prometido á las naciones.

Por fin, la esperanza se cumple. La tribu de Judá vuelve á sentarse sobre las montañas del Sion. Todos los que no adoran al verdadero y único Dios son separados de su contacto. El culto se concentra en Jerusalem. Allí han de ir todos los hijos de Dios á ofrecer en sus aras el becerro y todas las víctimas. La tribu de Judá fué el sacerdote de Dios. Es verdad que Efraín se apartaba del verdadero culto, pero en cambio los samaritanos se acercaban al templo. El pueblo habia adquirido en el cautiverio una fé más pura, habia dejado en sus calabozos aquella movible sensibilidad del niño que le llevaba á dejarse halagar y seducir por el falso cántico de la idolatría, y habia forificado lo que era su salvacion, lo que era el secreto de su vida y la esencia de su alma; su dulce y consoladora esperanza. La educacion religiosa se extendió más por el pueblo. Los antiguos profetas eran leidos en la plaza pública y mantenian viva la llama de la fé. La historia formaba parte de la educacion nacional. El pueblo curaba las heridas abiertas por la reciente servidumbre con el bálsamo de los recuerdos de lo que padecieron

sus padres en Egipto. Su corazón se llenaba de esperanza oyendo las victorias de Moisés y de Josué. Así conquistaban el suelo patrio por las armas del espíritu; así levantaban una patria ideal; á do volvían los ojos arrasaban de lágrimas sus hijos, aunque estuviesen dispersos. Su sinagoga se alzaba como un templo, como una escuela á los ojos de todos los hebreos. De esta suerte conservaban la pureza del culto que debía ser la semilla del Cristianismo.

El destino de Israel era conservar su fé pura hasta el dia en que de esa fé brotara la idea religiosa de la nueva humanidad. Para separar el pueblo de todo contacto con los pueblos extranjeros, nacieron los fariseos. Esta secta, á pesar de que su doctrina era la tradicion, de que sus interpretaciones se atenían á la letra de la ley más bien que á su espíritu, de que su ciencia se perdía en un casuismo muchas veces ridículo, conservaba la religion hebrea libre de todo influjo pagano, el pueblo salvo de todo contacto extranjero, la ciencia incólume y lejos de toda escuela filosófica, el amor patrio encendido en todos los corazones, la sinagoga levantada sobre todas las tempestades; y así, cuando los pueblos conquistadores pasaban á su lado en rápida carrera, como las ondas de arena arrastradas por el Simoun, los fariseos sostenían á Jerusalem que se elevaba serena como la palmera en el desierto,

como el cedro en el monte; y cuando los selúcidas arrasaron los templos, y prohibieron el culto y pisotearon las piedras del santuario, los fariseos engendraron una raza de héroes, que sobre la colina de Sion diera el grito de la libertad al pueblo escogido; y cuando los romanos avanzaron al Asia y extendieron las alas de su águila sobre el templo de Salomon, los fariseos lucharon desesperadamente, y si cayeron aplastados bajo la maza incontrastable de Roma, mostraron haber sido á su idea y á su destino fieles hasta la muerte. Solo cuando Jesucristo apareció en Jerusalem, los fariseos se engañaron, y apegados á su doctrina desconocieron al Hijo del hombre. Entonces, como su idea era un obstáculo al plan divino de la historia, un mentís á la lógica de los hechos, los fariseos decayeron y se mostraron corrompidos y viciosos. Volvemos á repetirlo, en el continuo oleaje de los hechos, en la inmensa serie de las ideas, así se pierden, así se acaban todas las instituciones, todas las escuelas, que no sirven al progreso.

Frente á frente del fariseo se levantó el saduceo. Así como los fariseos conservaban la antigua disciplina de Israel, su religion, su Dios, la pureza de sus dogmas, los saduceos extendían el espíritu de Israel por todas las razas, transigían con los pueblos enemigos, se postraban ante la tiranía de los hechos, mezclaban las tradiciones de aque-

lla su nacion única en la historia con las tradiciones de todos los pueblos de la tierra. Ellos creian que el instinto de conservacion de la raza farisáica era dañino á los dogmas, porque los petrificaban, y creian tambien que la esperanza de una resurreccion era ilusoria y quimérica. Bossuet nos refiere que no creian los saduceos en la inmortalidad del alma, que no esperaban otra vida mejor allende el sepulcro, ni siquiera aquella vida de tinieblas reservada á los judíos hasta el dia en que el Salvador viniera á encadenar á la muerte. Así los saduceos, plegándose á los hechos, dejándose llevar por su empuje y movimiento, como la hoja caída en la corriente, fueron aliados de los persas, cortesanos de los seléucidas, esclavos de los romanos. Cuando el culto de la luz se levantaba sobre el altar del Dios único, en aquella luz adoraban la ciencia de Yhowath; cuando el canto de las divinidades paganas resonaban en el Jordan, en Jericó, en las calles mismas de Jerusalem, confundian su Dios-espíritu con el Dios naturaleza adorado por los griegos: cuando los macabeos hacian brillar sus espadas contra los enemigos de su Dios, ellos iban á besar humildemente los piés de sus enemigos que habian hollado las leyes de sus padres; cuando Herodes se alzaba á destruir la antigua república teocrática y sagrada, eran cómplices de Herodes; cuando el carro triunfal de Roma crugia sobre

las piedras de Palestina, iban á presentar sus manos á las cadenas romanas, prefiriendo siempre esa muerte deshonrosa que trae consigo la esclavitud, á esa vida gloriosísima, que se esconde en el seno de una heróica y buena muerte. Digan lo que quieran aquellos que tratan de medir la historia excepcional del pueblo hebreo por las ideas aplicables á todos los pueblos; los que trataron de guardar aislada la luz, esos acertaron, y los que trataron de sacarla del santuario, esos erraron á los ojos de la filosofía y de la historia. La luz se hubiera perdido en los altares de Astarte, se hubiera convertido en un rayo de la corona de Júpiter, se hubiera apagado al violento empuje de los huracanes romanos, se hubiera confundido en el caos de las escuelas de Alejandría ó en el Panteon universal, donde espiraban todos los antiguos dioses, si no la hubiera guardado contra todos los huracanes, contra todas las guerras, el instinto sublime de conservacion que Dios puso en su pueblo elegido, en el pueblo hebreo. A los saduceos pertenecia Caifás, que miraba de hito en hito los ojos del gobernador romano para conocer su voluntad y seguirla; de los saduceos era Josefo, aunque se llamaba fariseo; Josefo que prefirió contar á las generaciones las desgracias de su patria á morir entre sus ruinas. El saduceo desmentia el destino de su raza.

Era necesario, sin embargo, que la humanidad

conociese el camino por donde habian los hombres de buscar al verdadero Dios, ó por donde el verdadero Dios habia de buscar á los hombres. Este destino de abrir el mundo oriental, templo cerrado al mundo occidental, fué admirablemente cumplido por Alejandro. Su espada llamó á las puertas de Oriente, y las puertas de Oriente se abrieron de par en par para recibir el genio victorioso de la humanidad. La entrada de Alejandro en el Oriente es como una trasformacion del genio de la historia. Aquel templo misterioso habia dado de sí muchos dioses, muchas teogonías, pero los dioses habian visto esclavos, nunca hombres; habian oido las plegarias de sus sacerdotes, nunca el grito audaz del pensamiento humano. Era necesario que la mitad de la historia no se perdiera, que la idea trabajosamente engendrada en el Asia no se evaporara como las emanaciones de sus lagos, como las esencias de sus flores. El hombre, sí, el hombre debia ir allí á celebrar su reconciliacion con la naturaleza, á recibir en su alma el beso amorosísimo de Dios. ¿Para qué crecian aquellos gigantescos árboles y se criaban aquellos sabrosos frutos, y abrian sus cálices aquellas hermosísimas flores, y arrastraban sus caudales aquellos inmensos rios, y flotaban en aquella atmósfera tantos séres, el aroma de tantos bosques, el fuego de tantos sacrificios, el alma de tantos dioses, si todo aquel mundo era co-

mo un mundo aéreo, fantástico, mientras no entrara en su seno el hombre, el verdadero hombre, sí, el hombre de Grecia á interpretar todos aquellos pensamientos, á comentar aquella muda historia, á recoger el espíritu de aquella civilizacion? Alejandro entró, y Alejandro despertó la vida, el alma inmortal en el seno de aquel mundo, porque llevaba en sus labios la idea humana, que era la idea de Grecia, como el Oriente guardaba en sus templos la idea divina, alma de toda su civilizacion. La idea divina y la idea humana se buscaban instintivamente en el mundo cuando Dios preparaba las vias para la venida de su eterno Hijo desde el cielo. Así que Alejandro abrió el camino á las razas, los griegos comenzaron á internarse en Oriente. Allí, el templo de Jerusalem les sorprendió, como si presintieran que de aquel templo habia de salir la idea heredera de toda la historia futura. Y al mismo tiempo los judíos sentian deseo de ver el mundo griego, de esparcirse en otros horizontes; y apoyados en su báculo, ceñidos los riñones en señal de pureza, llevando consigo el libro de sus padres, el testamento de su Dios, iban de region en region, hasta que llegaban á las rientes campiñas de Grecia, á las islas más hermosas del mar de la Jonia y del mar Egeo; y en aquella tierra, donde habia brotado natural, espontáneamente el paganismo, en la cuna de todas las divinidades griegas, allí don-

de habían sonreído Venus en el mar, Cibeles en la tierra, Juno en los aires; en medio del universal antropomorfismo que ponía un dios, un genio en cada gota de agua, en cada hoja de árbol, en cada matiz del cielo, en cada destello de la luz, allí los hijos de Jesusalem, los semitas severos, menospreciadores de la naturaleza, levantaban el Dios único, ante el cual la tierra es como una sombra vaga; y con esta idea tan contraria á todas las religiones indo-europeas, preparaban el mundo y la conciencia á sufrir la trasformacion más grande y más maravillosa que ha presenciado la historia.

Dentro del mismo pueblo hebreo sentíanse las señales de un cambio religioso, de un nuevo rumbo en la direccion de la vida. Los espíritus estaban sedientos de paz y anhelaban por un Dios de amor. El Dios de los hebreos era el Dios de las venganzas, el Dios del castigo; su voz era más pavorosa que el estampido del trueno en las cavidades del cielo y que el rugir del leon en la soledad del desierto; su mirada encendia el universo como el relámpago; su diestra estaba siempre apercebida para descargar el rayo; su nombre quemaba el labio del mortal, y su aparicion confundia en el polvo y en la nada la tierra y todos los mundos; porque aquel Dios solo tenia presente la primer culpa del hombre, que habia degradado en el Paraiso la divina imagen impresa por

el beso creador en su espléndida alma; porque aquel Dios no se habia reconciliado con la humanidad, que le abandonara, cuando acababa de recibir de sus manos la soberanía del universo; porque aquel Dios era como un implacable juez, y el hombre como un reo que temblaba siempre bajo el peso de su culpa y de sus remordimientos. El hombre necesitaba un Dios que fuese Dios de amor; necesitaba un Dios que secase sus lágrimas con un nuevo beso creador, que recogiese sus amargos suspiros dulces como las brisas, que le acariciase como la tierna madre acaricia á sus hijos, que se compadeciese de sus dolores y lavara sus culpas; porque despues de tantos siglos de penitencia y de cilicios, despues de aquella larga peregrinacion por la tierra en que habia llovido de sus venas torrentes de sangre, despues de su martirio incesante, infinito, hora ciertamente era ya de que Dios mandase su único Hijo, y convirtiera la ley antigua del castigo y de la venganza en la nueva ley del perdon y del amor. En Israel sentíase la suprema necesidad de esta nueva revelacion, de esta nueva ley de amor y de esperanza. Del seno del pueblo tan unido y disciplinado se habian desgajado sectas, individuos que formaban como una familia aparte. Estas sectas indicaban el nacimiento de un carácter particular, desconocido, del individualismo. El Dios bíblico, el Dios verdadero no se habia revelado á la

humanidad, se habia revelado al pueblo. No escogia para su tabernáculo el individuo, escogia toda la raza de Israel. No era el Dios del hombre, era el Dios de la nacion. A la nacion hablaba, á la nacion dirigia sus promesas, á la nacion sus esperanzas. Así todos los hijos de Judá formaban como una sola familia, como un solo individuo. Pero los muchos dolores, las grandes penas que agitaban á Israel, hicieron nacer en el corazon de algunos de sus hijos el sentimiento del individualismo. Pero este sentimiento saludable, exagerado en su origen, dió de sí sectas, que se maceraban en la soledad para atraer la misericordia de Dios y su infinito amor. En aquel pueblo de Judá tan unido, tan disciplinado, tan uniforme, se levantaba una secta, cuyos discipulos habian abandonado unos las armas, otros la ciencia, otros el sacerdocio mismo, y apartados del sentido social y religioso de los hebreos, perdidos en la soledad de los desiertos, dados al culto del dolor, humildes, pobres, pero libres, santifican la miseria, odian y condenan la guerra, destruyen el egoismo de razas, reciben adeptos entre los hombres más virtuosos y más pobres, exaltan la caridad y el amor al prójimo, se condenan al celibato como si no quisieran engendrar hijos hasta que tuvieran la seguridad de que habian de ser más felices que sus padres, y si bien admiten errores de los seleúcidas y de los saduceos, preparan el corazon á

la verdad con sus dulces y consoladoras esperanzas.

No eran solamente estas sectas las que esperaban en el Mesías. Esperaba todo el pueblo del Señor con anhelo sin fin. El Mesías era su salud, el Mesías su salvacion. Los místicos creian ver venir de nuevo á Elías en su carro de fuego á traer sobre la tierra la paz y la salud del Señor. Los patriotas aguardaban un restaurador político, que recogiese del polvo la corona de David hollada por los griegos y los romanos. Los históricos creian que la casa de Jacob aun habia de dar más reyes á la tierra, más glorias al mundo con la venida del restaurador de su nombre. Los guerreros se gozaban en pensar que Dios habia de venir sobre la tierra en la persona de su hijo, sentado en nubes ardientes, con el rayo en la mano, y una corona de fuego en la cabeza, precedido del trueno y del relámpago, acompañado de legiones de ángeles esterminadores que blandieran espadas sangrientas, llevando tras de sí la peste, el hambre, la guerra, para aniquilar á los enemigos de su pueblo, á los que habian profanado el templo, á los que habian salpicado de sangre el altar, y despues de haberlos aniquilado, levantar sobre sus hueses y sobre los restos de sus troncos al escogido de Dios, al pueblo de Israel, único depositario de su amor, único objeto de sus promesas. Los que encerraban un sentido religioso más

puro, los judíos espirituales, como los ha llamado la ciencia eclesiástica, creían ver venir un hombre, en quien se uniría un carácter divino, á restaurar moralmente á Israel, castigando á los malvados, enalteciendo á los justos, dispensando una nueva enseñanza, resarciento de sus largos dolores al pueblo, resucitando el sentido puro y abandonado de la ley, erigiendo una nueva mística Jerusalem, para llevar á sus hijos á otra vida mejor, para darles la posesion entera de Dios, para conducirles á un eternal descanso, para refrigerar sus labios con el rocío de una nueva vida infinita. Lo cierto es que la esperanza en un Mesías, en un enviado del cielo, en un hijo de Dios era una esperanza universalmente extendida en Israel cuando apareció el Hijo del hombre, una esperanza celeste, que se reflejaba en todas las conciencias, que latía en todos los corazones, que se respiraba en el aire, que trascendia hasta el pagano Occidente.

La esperanza mesiánica tiene una gran personificación al aparecer Jesucristo en la historia. Esta personificación extraordinaria es San Juan Bautista. Apartado del mundo, recluso en el seno del desierto, vestido con pieles de animales, sin más vivienda que la concedida por la Providencia á las aves y á las fieras, macerado, acariciando siempre la esperanza en el Redentor que habia de venir á levantar á Israel, San Juan es el que va

separando los abrojos del camino, el que llama la atencion de los pueblos hácia la buena nueva, el que anuncia con sus palabras y con sus virtudes el reino de Dios, el que conmueve el pueblo caído en profundo abatimiento moral y religioso, el que predica la fé á los tibios, la enmienda á los descarriados, el que anuncia á los fariseos la para ellos terrible verdad de que el pueblo de Abraham será herido por Dios si desprecia á su enviado, porque Dios sacará un nuevo pueblo hasta de las piedras del desierto; en una palabra, el que rasga la nube teñida de indecisos matices, en que los profetas habian envuelto al Justo, y desde las orillas del Jordan, en toda su claridad lo predice á las naciones. San Juan es el último de los profetas. De él dijo Jesucristo: *Amen dico vobis, non surrexit inter natos mulierum major Joani Baptista: qui autem minus est in regno colorum major est illo.*

El que habia de venir, el esperado por todos los profetas desde Elias hasta San Juan, llama con regalado acento á las puertas de la vida. Una hermosa mujer lo dá á luz en el seno de miserable establo, cuando podia haber tenido por cuna el sol y por cendales la primera luz que brotó sobre el universo. Es imposible, señores, absolutamente imposible, mirar esta gran figura de Jesucristo sin sentir la conciencia como abismada en un mar profundísimo de grandes é indecibles sentimientos.

tos religiosos. Si el pensamiento de todos los reformadores venidos á la tierra ha sido en su primer aparicion superior á la inteligencia humana, ¿qué dirémos de este reformador divino que trae, no una nueva doctrina, sino una nueva vida? Hijo del pueblo, criado como el esclavo en el trabajo, desconocido de los que habia de salvar, perseguido por los tiranos de su patria, insultado por los sacerdotes de su Dios, sin una piedra donde reclinar la cabeza en esta tierra hechura de sus manos, sin un amigo que lea en su frente el pensamiento divino en ella grabado, comienza la predicacion de su doctrina, de aquella doctrina santísima que es una nueva alma para el hombre, un eterno ideal para la civilizacion, y atrae á sí las muchedumbres maravilladas, y derrama una esperanza infinita en el ánimo del esclavo, del enfermo, del desvalido, del pobre, de todos los que lloran, de todos los que padecen la injusticia en la tierra; y cuando llega la hora de dar un eterno ejemplo á todos los desheredados, abre sus brazos y los extiende en la cruz como para estrechar en su divino seno á la humanidad y darle la verdadera vida, la vida del alma con su postrer suspiro, con su último aliento. Ved, señores, lo que habia venido á ser el Mesías esperado por los juicios materialistas y carnales. Su palabra más pavorosa que el trueno, se convierte en dulce palabra de amor; su guerra á los enemigos de Judá

en lágrimas y oraciones; su rayo vengador en olvido y perdon de las humanas culpas; sus ángeles exterminadores en pobres apóstoles sedientos de paz y de justicia; su nube de tempestad en una cruz; su diadema de fuego en una corona de espinas; su odio á todas las razas enemigas de Israel en una efusion, en un abrazo eterno á toda la humanidad; su sed de sangre y de exterminio y de venganza en dar su propia sangre, su propia vida por la salud del humano linaje; porque el Dios de las venganzas se ha aplacado desde el instante en que cayó su eterna palabra de amor sobre el tempestuoso y emponzoñado mar de nuestra vida.

Señores: Detengámonos á contemplar de nuevo la figura de Jesucristo. Esto podria parecer un retroceso en mis lecciones, y no lo es, señores. En el año anterior arrojé mis ideas generales sobre la época, objeto de mis estudios. En este año debo confirmar esas mismas ideas, debo demostrar que son leyes reales objetivas, inquebrantables de la historia. Y como la figura que se levanta sobre toda la civilizacion; la figura á cuyos piés se desploma el Templo y el Capitolio; la figura que se vé radiante de gloria sobre todas las ruinas; la figura que contiene y troncha las ensangrentadas armas de los bárbaros, es la figura divina de Jesucristo, nosotros debemos detenernos á contemplarla, porque hemos venido á la vida bajo su

manto, y esperamos dormir el sueño de la muerte en su regazo. Jesucristo explica á sus discípulos y al mundo que su ley no ha venido á destruir la antigua ley, sino á esclarecerla y completarla con otra más santa doctrina. Así el Salvador plantea su doctrina, separándola de todas las doctrinas de su tiempo. Contra el sentido materialista de los saduceos, predica la inmortalidad del alma ciertamente más duradera que el cielo, el sol y las estrellas. Contra los fariseos ateniados á la letra de la ley, verdaderas momias que petrifican la doctrina antigua robándole su esencia divina, predica el culto del espíritu. Contra los esenios predica la necesidad de salvar al mundo, no retirándose de él, sino yendo amorosamente á buscarle en sus enfermedades y en sus errores. Pero, á pesar de esta diferencia de doctrina, une su ley de amor, su ley de esperanza con la antigua ley, regenera el mosaismo con la savia de su doctrina. La ley antigua es la ley de los símbolos, la ley moderna es la ley de las ideas. Así en el desierto, sobre la montaña, rodeado de sus discípulos, viendo el pueblo que se aglomera para recoger su palabra, Jesús santifica á todos los débiles, á todos los desgraciados, prometiendo á los ignorantes el cielo, á los oprimidos la libertad, á los pobres la posesión de la tierra, á los que han hambre y sed de justicia el pan de la vida para que satisfagan su hambre, el rocío del bien para que sacien su sed,

á los limpios de corazón eterna felicidad, á los pacíficos eterno amor, á los perseguidos injustamente un asilo en sus brazos; y así explica, y esclarece y amplía la antigua ley, diciendo que sobre el rito primitivo está la conciencia, y sobre el sacrificio de sangre el sacrificio del espíritu; que Jerusalem delante del Señor es igual á todas las ciudades, tanto como la última aldea, como Garizim; que no se falta solo en cometer el delito, sino que se falta con pensar el delito, pues la raíz de toda acción está en el espíritu; que es condenable como el juramento falso el juramento inútil; que delante de Dios y su justicia, no hay categorías, ni reyes, ni sacerdotes, ni pontífices, ni guerreros, ni castas, ni privilegios, sino hombres; que es necesario no ejercer la horrible pena del Talion, ni vengar los agravios, ni perseguir á nuestros enemigos, sino amar á los que nos aborrecen, hacer bien á los que nos odian, orar por los que nos persiguen y nos calumnian, para ser así perfectos como es nuestro Padre que está en los cielos.

Jesucristo viene á fundar el reino de Dios en la tierra, para abrir al hombre otro reino aún más elevado en el cielo. El reino de Dios es el reino del espíritu, que flota sobre todas las tempestades del mundo, que se levanta como un ideal sobre todos los hechos de la historia. En ese reino entrará la mujer tenida por esclava, por indigna de compartir el espíritu con el hombre, y será una

fuerza perenne de amor y de virtud. En ese reino entrarán los débiles ancianos, que muchos pueblos estrellaban, por creerlos inútiles, en las piedras de sus muros. En ese reino entrará el esclavo, que no era el hombre, el esclavo que habia encontrado un padre en el Señor. En ese reino entrará el niño, porque en el niño se renueva diariamente la primitiva naturaleza del mundo, la primera inocencia del hombre. Ese reino será universal, y se extenderá por todas las zonas de la tierra, y acogerá á todas las razas humanas como el cielo que cubre todas las frentes, como el rayo del sol que así corona la cima de las montañas como se extiende por la profundidad de los valles. El hebreo, el pueblo escogido, como tiene el corazón cerrado á la esperanza verdadera y abierto á falsas esperanzas; como se empeña en quedarse en su templo de piedra cuando Dios ha levantado otro templo más grande en el espíritu; como prefiere su reino de un día limitado por las montañas y los desiertos á ese otro reino de todos los tiempos que se pierde en las riberas de la eternidad; como se cree en su orgullo único sacerdote cuando el Verbo ha llamado al sacerdocio todas las gentes; será excluido de ese reino, como el mal vendimiador fué arrancado de la viña por haber herido al hijo de su señor; y será pospuesto al publicano y á la prostituta, si no derrama lágrimas, y arrepentido y contrito prefiere á la circuncision

del cuerpo la circuncision del espíritu; si no levanta sus brazos á Dios, y le bendice por haber mandado á su Hijo, no sobre las nubes y los relámpagos y el rayo, sino sobre el ignominiosoadero de la Cruz.

Jesús llama á su reino á todos los hombres. Mas para entrar en su reino les exige renovacion del alma, limpieza del corazón. Es imposible, absolutamente imposible ser dignos del reino divino, si no enderezamos en toda nuestra vida el corazón al bien y la inteligencia á la verdad. La decadencia del mundo moral solo podia curarse con el nacimiento de un ideal nuevo de virtud, pero tan claro como el sol en Oriente. Este ideal hermosísimo, deslumbrador, era la doctrina de Cristo, la ley del Evangelio que renovaba el mundo moral. Así para prepararse á esta verdad, el hombre antiguo, el hombre del error necesitaba un bautismo poderoso, que lavara las abominaciones de la tiranía, oscuras manchas de su alma. Este bautismo era como el baño en que perfumaba su alma para recibir dignamente al que venia á dar fin á la muerte y principio á la eterna verdadera vida. Mas para llegar hasta comprender la verdad cristiana, era necesario separar los ojos del mundo, apercibirse á un continuo cruento sacrificio, aislarse de toda vida que no fuera la vida del espíritu, romper todos los lazos que podian atar al hombre á la tierra, pedir la verdad divina en la

seguridad de que todo lo demás sería concedido por añadidura; y sustituyendo á la ley antigua inflexible el sentimiento interior del bien, la norma de moral ingénita á la conciencia, el amor á la justicia en sí, ennoblecer y purificar las acciones por la elevacion y la pureza de los motivos, para que no se mezclara de ninguna suerte á nuestra alma ni una mancha, ni un átomo del tosco miserable barro de la tierra, que pesando sobre sus alas le quitarían el impulso para llegar al cielo. Mas Jesucristo exigía la fé, la confianza en Dios. El mundo había confiado en la espada de muchos conquistadores, en la fuerza de muchos ejércitos; ya era hora de que confiase en Dios, en una fuerza espiritual, capaz de remover las montañas. Esta fé es la virtud por la cual se ha de propagar el Cristianismo. Mas la fé se dirige muy principalmente á los desvalidos, á los enfermos, á los desgraciados, á los ignorantes, á todos los que necesitan una restauracion material ó moral. La restauracion del mundo por la fé va á cumplirse. Abriránse las puertas de los circos, entrarán en ellos los seres débiles, y recibirán la muerte con la sonrisa en los labios y los ojos perdidos en el cielo. Se abrirán las entrañas de la tierra, y entrará el hombre en el seno de los catacumbas, y en aquellos sepulcros encontrará la vida, y en aquella oscuridad una luz más viva que todos los resplandores del día. Jesucristo era

el ideal de la verdad realizada. El hombre difícilmente ama la verdad abstracta. Puede comprenderla, puede seguirla, puede enaltecerla; pero amarla con este amor vivo, profundo, con que el hombre ama á sus semejantes, no podrá nunca. Por eso en los altos destinos de la Providencia y de la historia, era necesario que la verdad descendiera á la tierra vestida con nuestra carne, animada con nuestra sangre, revelada en nuestra misma palabra, expuesta á nuestros dolores, á nuestras mismas tribulaciones, vertiendo lágrimas y llegando hasta la muerte; para que así la verdad hablara á todo el hombre, á nuestra carne, á nuestra sangre, á nuestra palabra, á nuestros dolores, á nuestras tribulaciones, á nuestras lágrimas, á nuestra muerte como hablaba al corazón y á la inteligencia. Y por eso Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros, y tuvo frío en el establo, y hambre en el desierto, y tentaciones en la soledad, y escarnios en su predicacion, y enemigos en su camino, y discípulos que lo vendieran y lo negaran, y miedo en el instante de apurar su cáliz, y desesperacion cuando preguntaba al cielo por qué le había abandonado, y amargura cuando apuró la hiel y vinagre, y paciencia cuando el pueblo movía con mofa la cabeza diciéndole que bajara de la cruz, y dolor y angustia sobre todos los dolores y todas las angustias del mundo, cuando su cuerpo desfalle-

cido por la última herida de la muerte se desplomaba bajo sus desgarradores clavos, y su alma se exhalaba de sus cárdenos labios con el último aliento de la vida; y solo así pudo decirnos que le siguiéramos hasta el sacrificio como él nos había seguido hasta la muerte.

Inmediatamente despues de la fundacion de la Iglesia, debian formularse las promesas de la nueva religion á los mortales. El porvenir debia centellear á los ojos de esta religion con luz desconocida y siempre nueva. El primer paso del Cristianismo debia levantar en el mundo una guerra sin tregua, pero una guerra en que no sabrian matar, sino morir sus discípulos. Las instituciones privilegiadas, los dioses materialistas, los falsos oráculos, las religiones fantásticas y magas, las aristocracias teocráticas debian levantarse, interponerse en su camino, cerrarle todas las vías con fuego y sangre; porque el espiritualismo cristiano habia de destruir y aniquilar la antigua organizacion religiosa, que llevaba en su seno la desigualdad natural, y como consecuencia precisa, la esclavitud de los hombres. La guerra, como decia Jesús, la guerra inmediata es la consecuencia de la predicacion de la doctrina; pero guerra en que unos derramarán sangre humana y otros palabras de amor y de consuelo hasta sobre sus mismos verdugos. De esta guerra saldrá la paz. Jesús reconoce que es necesario lu-

char para que llegue algun dia la hora del descanso. En su doctrina tiene fé, y aun tiene fé mayor, si cabe, en el triunfo de su doctrina. El grano arrojado en el campo brotará con fuerza. El rayo del sol le dará vida, la tierra jugos, las aguas alimento y hasta el huracan y la tempestad y el soplo abrasador lo sazonarán para el día feliz de la cosecha. Un poco de levadura arrojado en la harina hará la sabrosa masa del pan de la vida, que ha de hartar las generaciones hambrientas de justicia. Sí, Jesús promete que una lágrima suya caída en nuestra vida, una palabra suya depositada en el seno inmortal de nuestra conciencia, una gota de sangre suya infundida en nuestras venas, un suspiro suyo derramado en nuestro corazon, un beso de su eterno amor suspendido en nuestros labios, un reflejo de su conciencia caido como un resplandor del cielo sobre nuestra alma, bastarán para matar la injusticia, para encadenar el privilegio, para unir en paz y amor á todos los hombres, para fundar la libertad natural, para restaurar la nocion del bien borrada de nuestra mente; y esta misma confianza tenemos nosotros, hijos del siglo xix, en que el Evangelio, así como ha sido una idea religiosa para los siglos pasados, ha de ser para los siglos futuros, además de una idea religiosa, que es su principal carácter, una gran idea social que haga imposible para siempre la servidumbre entre los

hombres, dilatando la verdad hasta los últimos límites y las últimas razas de la tierra. Pero no es solamente la promesa del reino de Dios en la tierra lo que nos guarda Jesucristo. Su mirada se levanta más allá y se pierde en el cielo, de quien es enviado. Y con los ojos puestos en el cielo enseña que pasarán todas las cosas como sombras vanas, se apagarán los astros como pavesas arrastradas por el viento, y vivirá este gusanillo de la tierra que se llama hombre. La inmortalidad del alma, tan clara, tan manifiesta en las páginas divinas del Evangelio, es la verdad que más ha exaltado nuestra naturaleza. Mas para que el alma no caiga en eternas sombras, en fuego eterno, es necesario que su tránsito por la tierra sea tan puro como el vuelo de la paloma por el cielo, porque el camino de la vida es áspero, los obstáculos muchos, nuestras fuerzas pocas, los dolores incesantes, el cáliz de amargura siempre está rebosando sobre nuestros labios, y un día vendrá á resucitarnos la muerte para conducirnos en presencia de nuestro eterno juez, y es preciso que nos encontremos cumpliendo el deber, practicando la virtud, ocupados en el trabajo, que es la ley de nuestra existencia, con la luz de la conciencia encendida y viva para que así nuestra alma repose eternamente en el regazo de Dios.

Pero la primer pregunta que al mundo incrédulo de aquella edad se ocurre es, ¿quién será este

hombre que así se levanta sobre los demás hombres? Jesucristo se ofrece desde luego como el hijo de Dios, porque sólo siendo hijo de Dios podía restaurar la inocencia perdida y encadenar el mal por un medio sobrenatural y con una eficacia incontrastable, porque sólo siendo hijo de Dios era la gracia; y al mismo tiempo Jesucristo se ofrece como hijo del hombre, porque sólo siendo hijo del hombre, sujeto á la ley de nuestra vida, podía ofrecer un modelo imitable para el hombre, un ideal asequible á nuestra flaca naturaleza; porque si como hijo de Dios era la gracia y el cielo, como hijo del hombre era la libertad y la vida. Así Jesucristo debía hacer su obra permanente y debía asociar á esa obra todos los hombres. No bastaba que hubiera aparecido un día en un rincón del espacio el Dios-Hombre, era necesario que su imagen y su doctrina se difundiese por toda la tierra y se dilatase por todos los tiempos. En el hombre hay dos fases; una individual, otra social. Para hacer religiosa la manifestacion individual de nuestra naturaleza, Jesús establece la oracion; para hacer religiosa la manifestacion social, Jesús establece la Iglesia. En ella se deben asociar todos los hombres, en ella se debe realizar una de las grandes categorías cristianas, la fraternidad universal. Así la Iglesia es como la misteriosa lámpara que ha de guardar la esencia resplandeciente del Cristianismo, como el ara eterna donde ha

de recibir el Dios de la humanidad el eterno sacrificio espiritual, distinto de los antiguos sacrificios sangrientos. De la Iglesia antigua, de la sinagoga, sólo quedaba cuando apareció el salvador, ritos sin espíritu, ceremonias sin sentido, prácticas sin trascendencia espiritual, un cuerpo sin alma. Era necesario fundar la Iglesia universal, la Iglesia del espíritu sobre los restos de los antiguos templos. Esta divina misión fué confiada á San Pedro, como atestiguan todos los evangelistas. Para entrar en la Iglesia de Jesucristo es necesario el bautismo, en cuyas limpias y trasparentes aguas se bañaba el espíritu recobrando toda su pristina pureza, toda la transparencia que tenia cuando volaba desde el seno de Dios al seno del hombre en el primer instante de la creación; y para perpetuarse en la Iglesia es necesario la comunión del hombre con su Dios, que en la última cena dejó á los mortales su sangre y su cuerpo, como les habia dejado en su testamento su espíritu para que se confundieran con Jesucristo y se identificaran con su doctrina y con su vida.

No se debe, pues, confundir el Cristianismo con ninguna de las sectas de su tiempo. Dentro del judaismo, donde la doctrina cristiana aparece, no tiene más precedente que el precedente religioso, los símbolos de la ley, las predicciones de los profetas. Pero el Cristianismo no se parece al fariseísmo, porque éste es una religión material

del sentido, exclusiva, egoísta, aislada, que nada dá al espíritu y todo á la letra, que hace consistir el bien en las ceremonias y no en las prácticas de la virtud, que busca en el hombre la obediencia pasiva y no la libertad, que no trata de investigar la bondad del espíritu, sino la devoción exterior; la oración dicha á grandes voces, el sacrificio celebrado en medio de grande y portentoso fausto; religión hipócrita que trata de engañar á Dios como engaña á los hombres; religión que es una recrudescencia del mal, porque hace cómplice de sus vicios las ideas más venerandas y sagradas; religión que ha sido herida de muerte y condenada para siempre por el Divino fundador del Evangelio. El fariseísmo, pues, tal como era en tiempo de Jesús, no podía constituir una religión, no podía constituir un precedente de la verdad cristiana. Es verdad que habia hecho un gran servicio al mundo conservando puras las ideas de Israel; es verdad que habia elevado al pueblo sobre todos los pueblos de la tierra, dándole aquella constancia sin la cual nunca hubiera cumplido su destino religioso ó histórico; pero también es cierto que sobradamente apegado á sus tradiciones, habia vuelto la vista á sus espaldas, habia petrificado su doctrina y habia hecho de todas las ideas religiosas de su siglo como altares sin dioses, como símbolos sin sentido, como cuerpos sin alma. Y si del fariseísmo no se habia derivado el Cristianismo,

menos aún podía derivarse del sentido religioso de los saduceos. Estos querían doblegarse ante todas las gentes, mientras Jesucristo imponía á todas las gentes sus doctrinas. Estos eran como esclavos que obedecen á todos los señores y su conciencia como el movable espejo de las aguas que reflejan todos los objetos, mientras Jesucristo iba á concluir con toda la esclavitud del espíritu y á derramar en todas las conciencias oscurecidas y empañadas su divina idea. Con la secta que más relaciones, según el vulgar sentir, tiene el Cristianismo, es con la secta de los esenios. Nosotros no negamos alguna semejanza en particularidades de las dos doctrinas, pero no reconocemos paridad ninguna en el fondo. El cristiano, como el esenio, es humilde; el cristiano, como el esenio, desprecia las riquezas; el cristiano, como el esenio, quiere un culto más espiritual que el culto antiguo; el cristiano, como el esenio, se aparta de la sinagoga; pero el cristiano tiene sobre el esenio la verdad de su Dios, la ley moral positiva y práctica, el sentimiento de justicia que acoge á todos los hombres, la universalidad de su doctrina superior á tiempos y á climas, y aquel amor á la humanidad que le hará vencer y dominear todas las fuerzas del mundo congregadas en su daño, porque el cristiano es el dueño del porvenir y el soldado de Dios. No queremos hablar de las doctrinas religiosas que habían perdido

el sentido purísimo de Israel, no queremos hablar de la Kábala, que era en el judaísmo lo que el Panteón de Roma en el paganismo, pues recibiendo todas las theurgias, congregando todos los dioses, admitiendo para interpretar sus ideas la religión de la Persia, de los egipcios, de los caldeos, de los indios mismos, habían hecho de aquella religión antes sencilla, concreta, clara, un caos en que vagaban perdidas, aglomeradas, como en un dédalo infernal, todas las ideas religiosas del Oriente. No juzguemos por Dios, señores, este momento supremo de la historia con las ideas estrechas y vulgares de nuestras preocupaciones. Levantémonos sobre todo espíritu de secta, y tendiendo los ojos al mundo, miremos su estado, su situación extraordinaria. El espíritu humano había llegado á sus más altas ideas, á sus más sublimes concepciones en la escuela platónica y en la escuela estoica; el derecho romano, rompiendo el recinto de la ciudad, se levantaba como una corona de luz sobre la frente de todas las razas; el paganismo sentía deslizarse bajo su corona de verbena, bajo su manto de estrellas, en la copa donde bebía su vida, el veneno de una muerte cierta, y enviaba al Panteón todos sus dioses como si tratara de ponerlos bajo el amparo incontrastable de Roma; la antigua ciencia de Oriente iba á Alejandría á pedir auxilio á su eterna enemiga la ciencia de Occidente, para contrastar la nueva religión; el mun-

do, como blanda cera, se dejaba modelar por las manos de Roma; las razas perdian sus instintos de aislamiento y de egoismo y se abrazaban bajo la idea de humanidad; un presentimiento de una nueva verdad, de un nuevo Dios, agitaba la conciencia de pensadores como Séneca, y la lira de poetas como Virgilio; el hombre sentia en su seno esa tristeza que se apodera de las generaciones cuando van á entrar en grandes luchas, cuando van á cumplir grandiosos destinos; y en esta situacion extraordinaria del espíritu, el cielo mandó sobre la tierra su luz, su verbo, el Cristianismo, para que anegara los tiempos pasados y diera una nueva edad de justicia y de derecho á su hija predilecta, á la sublime humanidad.

¡Feliz la generacion que vió á Jesucristo, que pudo distinguir sus huellas más luminosas que la estela en el mar; y oír su palabra más regalada que la fresca brisa sobre la abrasada luz del caminante perdida en el desierto; y contemplar su figura ideal, casta, hermosísima; y recoger su mirada más dulce que el primer reflejo de la primer estrella de la tarde; y ver sus maravillosísimos milagros; y contemplar su peregrinacion por la tierra, su amor al pobre, su compasion por el desvalido, sus tiernos coloquios con el hijo del pueblo despreciado por la antigua sabiduría, y recibir de sus labios, de sus mismos labios tan puros como la primer flor que abrió su cáliz sobre

la creacion, aquella doctrina, sencilla como un idilio, como una égloga, y profunda é inagotable como no lo fué ni será nunca la sublime filosofia; aquella doctrina que se levantaba sobre tantos errores, aquella doctrina que el Salvador daba á sus discípulos, sencilla, amorosamente, ajustándose á sus necesidades y á su espíritu, como el ave dá á sus hijuelos en el nido el dorado grano de trigo; y ¡felices los que recogieron aquella eterna palabra, que habia de ser el eterno eje de la civilizacion, la esencia del espíritu! Pero, señores, no nos dejemos llevar de nuestras preocupaciones, no doblemos la frente al materialismo, no creamos más felices que nosotros á los que vieron á Jesús, á los que tocaron sus ropas, á los que oyeron su palabra; porque nosotros, que hemos oido su voz repetida por diez y nueve siglos, que hemos visto su doctrina triunfando de todos sus enemigos, que tocamos sus obras, que asistimos á su reino, que vemos la mujer convertida á su dignidad primitiva, el esclavo emancipado, la igualdad religiosa y civil garantida, la civilizacion dilatada, el espiritualismo cristiano reinando en la mayor parte de la tierra, somos más felices, mucho más felices que los que vieron á Dios y no le entendieron, que los que escucharon su doctrina y no acertaron cómo esa doctrina habia de cambiar el rumbo de la historia, cómo esa doctrina no era solo una nueva teología, una

nueva ciencia, sino también una nueva vida.

Y en efecto, señores; los primeros cristianos que rodeaban al Salvador, no comprendieron toda la extensión de sus doctrinas, toda la universalidad de sus ideas. Encerrados en la antigua sinagoga, no tenían valor para apartarse del pie de su altar, creían que al pisar las puertas del templo, les había de sorprender y herir el rayo de la cólera divina si no conservaban puro el depósito de su antigua fé, de su primitiva doctrina. Así los primeros discípulos, á pesar de haber oído aquella palabra de Cristo tan extensa como el cielo, y aquellos latidos de su corazón, en el cual cabía toda la humanidad; apegados á sus antiguas tradiciones creían que Jesús había venido á fundar un reino transitorio, á restaurar el antiguo reino de Israel. Y los primitivos cristianos, las primeras muchedumbres que se acercaron á ver á los Apóstoles, interpretaban su doctrina en el sentido de que Jesús no había venido á renovar el espíritu religioso de los hebreos, sino á confirmarlo. Creían que Jesús era solo un continuador de Moisés, y su doctrina un apéndice de la Biblia, y su templo una piedra más en los fundamentos de la antigua sinagoga. No comprendían que la ley antigua era un símbolo y la nueva ley un espíritu; que la ley antigua era un resplandor y la nueva ley un eterno día; que la antigua ley era un prólogo y la nueva ley la fórmula última de toda la verdad

religiosa. Jesucristo, para ellos, había venido á demostrar la verdad de la ley antigua, á manifestar la gloria del Dios de Judá, á afirmar la vida de Israel y extender su dominio por toda la tierra. Los dos partidos principales en que se dividía Israel, muestran con su conducta, respecto á los primitivos cristianos, cuán fundada es nuestra observación. Los fariseos, tan enemigos de Cristo, en el instante en que oyeron á los primeros cristianos predicar transacciones con la sinagoga, se inclinaron, no á favorecer, pero sí á tolerar su doctrina, como una nueva arma empleada contra el poder romano, como un nuevo elemento de disturbio en aquella Jerusalem sujeta á extranjero yugo, como un nuevo espíritu de revolución deramado en los aires. Los saduceos eran más enemigos de los cristianos, porque siempre inclinados á transigir con Roma, temían que Roma, al ver aquella gran agitación en los ánimos, aquellas extraordinarias luchas en las conciencias, recrudeciese su persecución y remachase sus cadenas. Así se levantaba, señores, tímidamente el primer tallo de esta doctrina santísima sembrada por el Salvador en la conciencia humana, para convertirse bien pronto en un árbol de vida destinado á proteger y amparar bajo su benéfica sombra á toda la humanidad.

Los apóstoles continuaban la inspiración de su Divino maestro. El Cristianismo tenía una fuerza

incontrastable, primero por su carácter divino, despues por su carácter popular. Todas las señales que daba eran señales de la renovacion de la vida y del espíritu. Las antiguas religiones no podian ser universales, porque ocultaban el dogma sigilosamente al pueblo, y lo reducian á la privilegiada casta sacerdotal. La antigua filosofía, que por ser más humana debia ser más popular, no daba sus dogmas al pueblo. Solamente Sócrates habia conversado con las muchedumbres, y Sócrates pagó su atrevimiento con la vida. Los cínicos solian salir á la plaza á predicar una ciencia con el ejemplo, y los cínicos recogian el desprecio. Las grandes antiguas escuelas ocultaban sus dogmas al pueblo, como las religiones orientales. La verdad era patrimonio de unos pocos elegidos por sus virtudes y por su talento. Pero cuando apareció el Cristianismo, cuando Jesús y sus Apóstoles comenzaron su larga, su trabajosa peregrinacion por la tierra, las grandes verdades metafísicas y las grandes verdades morales, como la naturaleza de Dios, la venida de su eterno Verbo, la realidad de su Providencia, la libertad humana, la vida infinita del alma, fueron sostenidas, predicadas, difundidas al aire libre, en los campos, junto á la barca del pescador, para que el espíritu y la verdad dejaran de ser patrimonio de una clase y pasaran á ser patrimonio de todo el pueblo. Hé aquí, por qué aun humanamente explica-

do el Cristianismo, su doctrina descendió á todos los corazones, se llevó tras sí todas las inteligencias, cambió el aspecto del mundo, se asentó en el alto Capitolio; porque despues de tanto calumniar á las muchedumbres, solo las muchedumbres dan soldados para las grandes luchas y mártires á las grandes causas. Los Apóstoles, para no inspirar desconfianza en el ánimo del pueblo, explicaban la verdad en el estilo y en el sentido bíblico. Y el pueblo gustaba de sus predicaciones; porque mientras los intérpretes antiguos se afanaban por buscar un sentido á la ley, una interpretacion superior á la doctrina, los Apóstoles que habian encontrado la verdad, que habian visto la doctrina cierta, conocian la interpretacion de las escrituras, y mostraban la realidad y el espíritu de sus símbolos. Y así parecia que el cántico de los antiguos profetas tomaba un carácter más solemne, y la ley un aspecto más majestuoso, y la ciencia un sentido más universal con esta interpretacion sublime que explicaba por lo presente lo pasado, y por el Dios del Calvario el Dios de Abraham. Así poco á poco las inteligencias habian seguido el camino abierto por la palabra del Salvador.

A pesar de esta corriente natural de los espíritus, los cristianos verdaderos conocian que su doctrina les habia de separar de la sinagoga. No era posible que los fariseos creyeran en la verdad de un Dios nacido en pobre cuna, criado entre ar-

tesanos, rendido bajo el peso del dolor, muerto en una cruz. No podían imaginarse que el Mesías hubiese venido, y en vez de verter la sangre de los romanos hubiera consentido en verter tan solo su propia sangre. El Mesías en la tierra y los romanos en el trono eran dos ideas que se excluían en la conciencia de los fariseos. Sobre todo, el misterio del dolor, los torrentes de lágrimas vertidas, la sangre derramada en la tierra, la vida atribulada, la muerte del Salvador, todo esto que era la fuente del consuelo y la esperanza de los cristianos; toda esta pasión que llamaba con más fuerza á los elegidos á padecer por el bien de la humanidad y por el desagradío del cielo, era para los fariseos, para los sacerdotes de la ley antigua, para el pueblo judío, una prueba de que el Cristianismo no pasaba de ser una secta humana, sujeta á todas las tribulaciones y congojas de la vida; pues nublados sus ojos por el polvo de la tierra, no podían levantarse á mirar la luz celeste, que inundaba la frente moribunda del Hijo de Dios, cuyo último suspiro envolvía la vida de la humanidad. Hé aquí, señores, cómo la muerte del Salvador que unía en un sentimiento fraternal á los cristianos, separaba y desunía á los fariseos. Los cristianos reconocían que esta separación era inevitable. Y como la verdad cristiana, universal, infinita, eterna, tiene dogmas para todas las grandes crisis del espíritu humano, en esta edad, en

este trance superior de la vida, los Apóstoles pintaban á los ojos de sus recelosos discípulos, y al frente de los incrédulos fariseos, para contrastar la venida del Salvador pobre y humilde en una cruz, aquella otra venida, que se consumará al fin de los siglos, en una nube más sublime que la nube del Sinaí; rodeado con todo el esplendor de la gloria, ceñidas las sienes de la luz increada, rompiendo los sellos del libro de la vida, y juzgando á todos los hombres confundidos ante su majestad y grandeza. Pero si esta gran creencia afirmaba más y más el espíritu de los cristianos en la verdad revelada, separaba más y más del Cristianismo á los fariseos, que no creían que pudiese disponer del rayo y de las nubes el que no había desencadenado la tempestad sobre los enemigos de su pueblo. El rompimiento con la sinagoga era inminente. Los cristianos presentían que el martirio había de ser su porvenir; y rígidos y austeros, tomaban el martirio por una esperanza y el dolor por un premio. Presentían que en cambio de aquella verdad, de aquella fé, de aquella esperanza de salud traídas por su palabra y por su ejemplo, el mundo había de prepararles martirios sin número, y que las llamas, las fieras de los bosques, las piedras de las calles, los hondos calabozos, el potro, el tormento eran todo su porvenir en esta vida de dolor y de tribulaciones, y sin embargo, con rostro sereno, con la sonrisa en los la-

bios, se apercibían á abrazarse á su cruz y á tomar el camino sembrado de espinas que conducía al martirio.

Como se vé, la fé en Jesucristo habia transformado al hombre. De la decadencia moral y material del mundo antiguo, el Cristianismo habia sacado mártires. Una doctrina, que comienza inspirando este amor á la verdad y este desamor á la vida, ha de ser necesariamente una doctrina de salud para el espíritu, de salvacion para el hombre. Sin embargo, el espíritu humano ama todo cuanto le ha pertenecido, todo cuanto ha adorado. Así como el hombre no puede mirar con indiferencia su cuna y su patria, el espíritu no puede abandonar de una vez sus antiguas primeras ideas, que han sido como la patria de su espíritu. Y por eso los primeros cristianos, á pesar de la enseñanza continua y viva de los Apóstoles, no acertaban á salir de la sinagoga para entrar en la Iglesia. Miraban á Jesucristo por un lado, bajo un aspecto, verdadero sí, pero incompleto: veían en el Salvador el hijo de David, el leon de Judá, el prometido por Jacob, el Salvador de Israel; pero no se acordaban de aquella otra fase más bella y verdadera, no se acordaban que Jesucristo era también el Hijo de Dios, el Verbo encarnado, el prometido á todas las naciones, el Salvador de la humanidad. Este olvido exagerado por algunos, dió origen en el nacimiento del Cristianismo á

una secta, que en mi sentir es la trasformacion de los esenios, secta que amaba á Dios por su miseria, por sus desgracias, por sus padecimientos, por su muerte; pero que le creía un hombre divinizado, como el ateísmo pagano imaginaba á sus dioses, y no un Dios humanizado como enseñaba el Evangelio. Pero esta tendencia primera de los espíritus, pronto se ahogó y quedó como perdida en los mares de vida que la nueva doctrina daba de sí, en el entusiasmo y la fé de sus elegidos, en la inspiracion divina de sus Apóstoles.

Los judíos convertidos al Cristianismo celebraban todos los ritos y todas las ceremonias de la antigua ley, se circuncidaban como hijos que eran de los hebreos, hacían sus oraciones á las horas prescritas por el Antiguo Testamento, iban á la sinagoga y á las asambleas de los judíos, observaban los ayunos mandados por los ritos, ofrecían sacrificios en el ara antigua, celebraban las grandes fiestas nacionales, y doblaban la cerviz ante los sacerdotes del antiguo culto, y abominaban de los paganos. Es verdad que San Pedro, jefe de la Iglesia visible, va á recibir en la nueva Iglesia al Centurion pagano; pero lo hace por un aviso celeste, por un mensaje divino, y cuando le estrecha contra su corazón, los discípulos se ofenden y se maravillan de que tienda los brazos á un incircunciso. Esto prueba que si la revelacion es una verdad eterna y absoluta, la

inteligencia humana para abrazarla y seguirla, necesita someterse y sujetarse á las condiciones propias de su naturaleza. Por eso, los primeros cristianos de ninguna suerte se atrevían á romper con la sinagoga, á separarse del antiguo templo.

Una de las primeras manifestaciones del Cristianismo primitivo es la de Santiago; aquel Apóstol justo entre los justos, elegido entre los elegidos, á quien el pueblo desde su niñez llamaba santo, que no había bebido en toda su vida vino ni comido carne, que no se había cortado nunca el cabello, ni se había valido de los aceites y perfumes orientales, que vestía de lino, y jamás se había cubierto de lana ni de púrpura, siempre en penitencia, siempre de rodillas, siempre orando por el pueblo, y que en una carta dirigida á los fieles, carta escrita con aquel entusiasmo de la primitiva Iglesia, les persuade á abandonar las riquezas del mundo, y á buscar la verdadera riqueza y la verdadera vida en el seno amoroso de Dios y en el conocimiento de su doctrina; carta santísima, que muestra cómo los primeros cristianos, que así rompían los lazos del mundo, debían propagar su doctrina y vencer á todos sus enemigos faltos de esa virtud celeste que se llama fé.

Peró como se vé, había una tendencia particular en el seno de los primeros cristianos, la ten-

dencia á conservar unida la Iglesia y la sinagoga. El jefe, el símbolo de esta idea, será siempre San Pedro. Dios en sus altos designios, le había elegido para jefe de la Iglesia. Desde el principio de los tiempos se vé claramente en su vida y en su persona ese apego á la tradición, ese amor al templo de sus padres, ese deseo de no romper con la antigüedad, ese instinto de conservación, que ha de ser el carácter particular del Pontificado en toda su dilatada historia. San Pedro quiere hacer la propaganda de su idea entre los judíos; cree que los circuncidados son más aptos á recibir la verdad que los incircuncisos; sostiene cuanto le es dable la primitiva Iglesia á la sombra del antiguo templo, y reúne así á su alrededor gran parte de los mismos, que meneando la cabeza con incredulidad decían al Salvador: «Si eres hijo de Dios, baja de la Cruz.» Ya hemos explicado que esta tendencia es natural en la primitiva Iglesia como era natural que los discípulos, aun no bien instruidos en la doctrina del divino Maestro, le preguntaran si trataba de fundar el reino de un día en un rincón del espacio.

Peró la Iglesia universal, que es la verdad, bien pronto entrará en otra tendencia más universal, en otra idea más amplia y más grande, que corone todo el edificio maravilloso en este primer siglo. Los individuos podrán tener esta ó la otra tendencia, las sectas caerán en esta ó la otra

preocupacion; los Apóstoles mismos, aunque llenos del Espíritu Santo, podrán vacilar en separarse del antiguo templo; pero la Iglesia, que es la verdad eterna, la Iglesia, que es infalible, dirá á los espíritus, reunida en medio de la tempestad y las persecuciones, cuál es el pensamiento del Salvador, cuál es el espíritu divino del Verbo. Y se comprenderá que es necesario romper los ritos de la ley antigua, porque van á venir los ritos de la nueva ley; abandonar el santuario, porque Jesús ha sido el santuario verdadero de Dios; despedirse de la montaña de Sion, porque la montaña de Sion es como un grano de polvo ante toda la tierra entregada á la predicacion de los Apóstoles; elevar el pueblo de Israel del fondo de su egoismo al amor divino de todas las razas; respetar en la Biblia el proemio, el prólogo de toda revelacion, pero ver en el Evangelio el resumen de toda la verdad; separarse de las ceremonias antiguas para recordar el gran sacrificio del Calvario; predicar no al circunciso, no al griego ni al romano, sino al hombre; recoger á todo el que pida luz sin preguntarle cuál fué su ley, cuál su doctrina; proclamar que en Jesucristo está Dios, que en el Evangelio está toda la verdad, que en la Iglesia caben todos los hombres, que la humanidad debe ser como una familia de hermanos, que el bautismo es, sin necesidad de la circuncision, toda la salud, toda la gracia.

Esta mirada superior iba á ser pronto, muy pronto el sentido de toda la Iglesia, el espíritu de toda su doctrina. Pero esta doctrina, como ninguna otra, debia incitar el odio de los fariseos y de la muchedumbre, y debia traer sobre los Apóstoles una persecucion encarnizada y cruel. Los fariseos habian visto con indiferencia la predicacion cristiana, la habian oido dentro de sus mismas asambleas y de sus shanedrines, y Gamaliel habia interpuesto su pecho sagrado entre el furor del pueblo escogido y la vida de los Apóstoles. Los fariseos creian que la predicacion del Cristianismo, removiendo los espíritus, exaltando las muchedumbres, habia de traer una sublevacion contra Roma, y una sublevacion entusiasta y heroica. No creian que el Cristianismo, al revés de todas las revoluciones políticas, debia renovar primero el espíritu del hombre, para que despues el espíritu del hombre renovara todo el universo. Y como creian que el Cristianismo era una revolucion política, en su dura servidumbre lo acariciaban como un auxiliar de su doctrina, como un elemento de discordia lanzado en el seno del Imperio. Pero cuál no habia de ser su espanto, cuando supieran que el Cristianismo se apartaba de la sinagoga, que se apartaba de la circuncision, que olvidaba los ritos mosáicos, que se dirigia á conquistar tambien para su reino á los antiguos enemigos de Israel, al griego, al romano, á los que

en aquel instante hollaban la majestad de Jerusalem. Todo el fuego de la tierra, toda la ira de que es capaz el corazón humano, todas las piedras del camino no bastarian para perseguir á aquellos profanos, enemigos de Dios, de su templo y de su ley. El furor semita es implacable como las nubes de sus tempestades y abrasador como las arenas de su desierto, y al mismo tiempo astuto como los tigres de sus bosques. Y el furor semita debía crecer, debía llegar á su colmo, cuando oyera que todos los pueblos se creyeran hijos y herederos de Dios, que todas las razas iban á aspirar á la dignidad primitiva del sacerdocio. Pero esta persecucion iba á ser como el látigo que heria las espaldas de los elegidos del Señor, obligándoles á recorrer toda la tierra para sembrar á los cuatro vientos la semilla de su doctrina.

El hombre privilegiado que debía señalar primero la necesidad de apartar de la Iglesia la sinagoga, era San Estéban. Joven elocuentísimo, educado en la ciencia griega, dueño de una palabra fácil, abundante y entusiasta, inundado de una celeste hermosura, se llevaba tras sí los espíritus y los corazones, predicando con entusiasmo la doctrina santa del progreso de la Iglesia, la doctrina que tendia á dilatar el Cristianismo sobre la frente de todas las razas; doctrina que caia como una amenaza de muerte sobre los fariseos y sobre su gente, porque les arrancaba de las manos las

varas de los patriarcas, las ofrendas del sacerdocio. Un dia que predicaba á la puerta del templo, los fariseos se movieron á indignacion, se levantaron contra aquella doctrina, hirieron el cielo con sus gritos, y el furor poseyó sus corazones abiertos siempre al odio y á la venganza. Uno de ellos recogió del suelo una piedra, señaló al joven como herético, y alejandrino, y gnóstico, y le hirió en la frente. Desde este punto, la ira no reconoció límites, y salió de madre. El joven, tribuno del Cristianismo cayó herido bajo aquellas piedras y exhaló su alma. ¡Oh! Su sangre fué la primer sangre cristiana, que, despues de Jesucristo, roció la tierra; sangre fecunda, de la cual habia de brotar una nueva idea en el seno inmortal del Cristianismo. Desde este punto ya no habia esperanza de que los cristianos encontraran paz en Jerusalem y espacio en su templo. Desde este momento supremo de la historia universal, suena la hora de la dispersion de los Apóstoles. Así como en Jerusalem y en el cenáculo habian recibido el espíritu de Dios, en el destierro, en los pueblos que encontraron á su paso recibieron el espíritu de la humanidad. Abrasados por la sed anhelante de lo infinito, destilando de sus labios palabras de verdad y de amor, prontos á todo sacrificio, sin temor ni á las persecuciones ni al martirio, saliendo al encuentro de todas las razas dispersas y enemigas y predicando á todos la fé y la esperanza, dejando por los

territorios que pisaban las huellas inmortales de sus doctrinas, de sus ideas; dispuestos á transformar el mundo, á ganar la humanidad entera para su causa; aquellos hombres, sin más arma que su palabra, sin más escudo que su inocencia, sin más auxilio que su justicia; pobres pescadores rudos é incultos, pero llenos del espíritu de Dios y de amor á su santa causa, desafían el tormento, amenazan á los emperadores, se deslizan en el hogar doméstico y cautivan para la verdad el corazón de la mujer; se inclinan sobre el polvo donde llora el esclavo y le señalan el cielo como principio de su libertad y á Dios como padre de su alma; conversan con los sofistas y los ganan á la verdadera ciencia; derraman en los aires sus palabras y hacen temblar á los ídolos que se desploman de sus altares; y á pesar de las espadas que les cierran el paso, de las hogueras encendidas y atizadas en su daño, de las persecuciones sin número, de la perenne tribulación que les rodea, realizan la revolución más grande que han presenciado los siglos, sin derramar más sangre que su propia sangre, y sin pedir más sacrificios que el sacrificio de su propia vida.

Nada más tierno que los martirios de estos primeros defensores de la verdad tal como la tradición eclesiástica nos la ha legado. Santiago, aquel Apóstol que había pasado su vida orando al pie de los altares para pedir á Dios el perdón del pueblo,

que había evangelizado tantas regiones, que había vertido la paz del Señor en tantas conciencias, por sus virtudes, por su fé, es delatado á Herodes, el cual por complacer á los judíos irritados contra la dirección humanitaria que tomaba el Cristianismo, lo envía al martirio, y se gozaron en presentarle su muerte. Su delator se sintió de tal manera herido por el remordimiento de su infame acción, que fué á pedir perdón de rodillas á Santiago, el cual le dió el beso de paz y lo llevó á su lado, y murieron juntamente, invocando el auxilio de Jesucristo. El mismo San Pedro, el más tolerante de los Apóstoles en la sinagoga, el que menos quería apartarse de sus bóvedas y de su culto, fué maniatado y puesto en hondo calabozo, para que la voz de su predicación no trascendiera á las gentes, no se escuchara en el mundo; pero la Providencia que velaba por los suyos para auxiliarles en el cumplimiento de sus grandiosos fines, rompió sus hierros, le dió libertad, y le señaló el camino de su predicación: que nunca se vé tan clara la eterna presencia de Dios en la historia como en estas grandes crisis de la vida.

La dispersión de los Apóstoles, señores, os explicará por qué he querido que la lección anterior precediera á esta relativa al Cristianismo en el primer siglo. Así podeis conocer las comarcas que pisan los cristianos. San Juan va al Asia Menor, tierra impregnada del espíritu de la Grecia y dis-

puesta á recibir el rocío bendito de amor que en sí llevaba la palabra del discípulo predilecto; San Andrés va entre los escitas y predica á los bárbaros la doctrina desconocida, que ellos han de servir providencialmente con sus hambrientas espadas; San Felipe se dirige á la Alta Asia, y allí, en la cuna misma del dios-naturaleza, en el seno del panteísmo materialista predica y sostiene el Dios-espíritu del Evangelio; San Mateo, cuyo ascetismo religioso se parece al de Santiago, va á terrenos inexplorados entre los negros etíopes; San Judas predica á la raza semita, hermana de su raza, á los árabes, y en el seno de sus desiertos encuentra muchos corazones dispuestos á abrirse á la verdad y al amor, y todos convierten poco á poco el mundo, no solo con su doctrina, sino también con su ejemplo.

Pero, señores, á pesar de esto, la verdad es que el Cristianismo en este tiempo tiene un carácter completamente bíblico y apegado al sentido de la religión antigua. A pesar de la dispersión de los Apóstoles, aún la Iglesia universal no había decidido si la circuncisión era un precedente necesario del bautismo, y la sinagoga como el arco triunfal para pasar á la Iglesia. La predicación de toda esta edad se refiere á los tiempos en que ha de volver el Salvador triunfante al mundo el día del juicio. Esta idea estaba fija en la conciencia de los primeros cristianos. Era su pala-

bra, era su idea. El libro que resume admirablemente el estado de los ánimos en este tiempo, es el Apocalipsis de San Juan; libro maravilloso, que amenaza al mundo idólatra empedernido, y abre á los ojos del cristiano el cielo, su eterna esperanza. Detengámonos un instante ante este libro, que es como un resumen de la fase cristiana presentada en esta lección, y detengámonos con religioso respeto. Se necesitaba, como hemos dicho, un libro, un gran libro que resumiera las esperanzas de las generaciones en este instante supremo de la vida del Cristianismo; un libro que fuera como el resumen de todos los dolores y de todas las ideas que agitaban el corazón y la conciencia de los primeros cristianos. Como su mismo nombre indica, el libro habla de la venida triunfante del Mesías, de su aparición, trasfigurado sobre una nube gloriosa, inundado de luz, como no lo había visto ninguna generación, ninguna edad. Esta edad era para los cristianos de tribulación y de amargura. Predicaban la paz, y solo habían encontrado la guerra contra su doctrina. Predicaban un Dios de amor, y el mundo les pagaba con odio. Predicaban el reino divino, y los dioses y los oráculos lanzaban sus anatemas sobre aquella renovación de la vida, que iba á dejar vacíos sus templos, desiertos sus altares. Así, do quier veía el genio de la antigüedad un cristiano, se lanzaba á devorarlo, para devorar

tambien su doctrina. Creian, como creen todos los déspotas, todos los que viven á la sombra venenosa de una injusticia ó de un privilegio, que con ahogar á los sectarios de una idea habian ahogado la idea, habian destruido para siempre la doctrina. Y nada prueba tan real y evidentemente que hay en nosotros algo superior al cuerpo, algo que no puede oprimir el carcelero, que no puede aniquilar el verdugo, como esa inmancia de las ideas que viven y crecen, y se agitan más por su propio impulso segun mueren sus sectarios, porque la muerte no puede llegar nunca con sus sombras al espíritu, y el espíritu es el origen de las ideas. Pero en estas grandes persecuciones, en esta afliccion de todos los dias, el pueblo cristiano necesitaba un consuelo para sostenerse contra la persecucion, un libro en que dilatara sus infinitas esperanzas. Los infelices no tenian una piedra donde reclinar su cabeza, las hondas entrañas de la tierra eran su vivienda, y sobre sus cabezas caia un continuo bautismo de sangre. Sobre todo, en el Asia Menor; allí, donde el paganismo se habia trasformado para pasar á Grecia; allí, donde la raza helénica habia recogido toda la herencia religiosa de su madre, la raza indo-europea, para formar sus deslumbradoras teogonías; allí, donde cada piedra habia pertenecido ó estaba destinada á un templo, y cada flor destinada á un altar; allí, el paganismo, que no

habia recibido de los filósofos las profundas heridas que recibiera en Grecia, se exaltaba con extrema exaltacion, y lanzaba rugidos de muerte contra la nueva secta, que, á pesar de su pobreza y de su humildad, iba á arrancarle la corona de verbena de las sienes, y de las manos el áureo sagrado tirso; y pedia sacrificios sangrientos y terribles para sus aras abandonadas ya por el pueblo. Las congregaciones cristianas allí nacientes, solo sentian el rumor del huracan que las azotaba y las perseguia; y su conciencia y su corazon se replegaban en el senó de sus grandes y sublimes esperanzas; y sobre todo, en aquella idea que estaba en todos los espíritus viva y deslumbradora, en la venida del Salvador á juzgar á los hombres, cuya época no podian designar, pero que no debia estar muy lejana para los que veian tantas angustias en el mundo, tantas sombras en la conciencia humana, tantas injusticias desencadenadas en la tierra, tantas señales de enojo en el cielo. Entonces el gran profeta evangelista de Patmos recoge las grandes aspiraciones de sus hermanos, y á la luz de las hogueras, mojado su pluma en el eterno iris, escribe el Apocalipsis, libro cuya grandeza no puede medir el humano pensamiento. El génio del mal se esconde entre sombras y afila sus garras para clavarlas en el seno de la madre Iglesia. Los elegidos del Señor pelearán contra él, y le encadenarán, y la Iglesia

se alzará radiante y victoriosa, cegando á todos sus enemigos.

Abramos este gran libro. Lo primero que aparece es el trono del Señor resplandeciente, asentado sobre el hombre, el leon, el águila y el toro, signo de los atributos esenciales de la divinidad; iluminado por siete grandes hachones que lo inundan de luz, y coronado por ángeles, que se pierden como sombras indecisas, pero bellísimas, en aquella etérea impalpable atmósfera, perfumada por la divina esencia. Delante del Señor se vé el libro del porvenir, sobre el cual no puede poner su mano ningun hombre, y solo Cristo romperá, en el día señalado por Dios, sus misteriosos sellos. Cuando Cristo coge el libro entre sus manos, los ángeles, los serafines, las gerarquias celestiales, entonan cánticos, que ruedan sobre aquellos espacios henchidos de la alegría, y la tierra retiembla sobre sus cimientos, y el universo se commueve, y la humanidad palpita bajo su sombrío sudario. Cristo abre los cuatro primeros sellos del libro, y aparecen todas las grandes calamidades que han de agitar la tierra antes de la venida del Salvador; la conquista, que encadenará las razas con el incendio y la muerte; la guerra, que llevará por todo el mundo su desolacion y su espanto; la peste, que dejará yermos los campos, solitarias las aldeas; el hambre, que agotará la vida de la doliente humanidad, anegada en

amargo océano de dolores. Cuando el quinto sello se abre, aparecen los mártires agitando sus palmas y pidiendo un castigo para los que han deramado en la tierra su sangre, pero el Señor les dice que aguarden á que se consume todo el sacrificio. Y cuando rompe el sexto sello, un gran terremoto agita la tierra, el sol se vuelve negro, la luna sangrienta, las estrellas caen sobre la tierra como los frutos maduros del árbol, el cielo se pliega como un rollo de pergamino, los montes saltan como cabritillos, las islas se sumergen como piedras en el fondo de los mares, los reyes y los esclavos se ocultan en lo más hondo de la tierra, los hombres gritan que caigan sobre ellos y les sepulten las montañas, porque ha llegado la hora tremenda de la justicia; gran silencio se extiende sobre el universo, y el ángel del Señor atraviesa los espacios y va á sellar con el sello de su eleccion la frente de los justos para que se liberten de las terribles calamidades que caen sobre la tierra. Rómpe se el sétimo sello, y aparece una nueva escena.

Entonces se levantan del fondo de aquel revuelto mar de la vida siete ángeles, que toman siete trompetas y queman delante del Señor las oraciones de los santos, como regalado incienso, y el primero de los ángeles suena su trompeta, y se congela granizo mezclado con fuego y sangre que cae y quema la mitad de la tierra; y

al sonido de la segunda trompeta, la mitad del mar se convierte en sangre; y al sonido de la tercera trompeta, cae una estrella que abrasa los rios y las fuentes; y al sonido de la cuarta trompeta se oscurece la tercera parte del sol y de las estrellas; y entonces, una inmensa águila abre sus alas y lanza lastimeros gemidos, anunciando nuevos males; y en efecto, al eco de la quinta trompeta, los profundos abismos se abren y sube como un humo que oscurece el cielo, y los ángeles exterminadores bajan con sus flamíferas espadas á herir á los hombres, que en vano piden á grandes voces la muerte, como única defensa contra aquellas plagas, como único refugio en sus grandes tribulaciones.

El mundo estaba ya preparado para recibir el último secreto que encerraba el libro de la vida. Dios abre el templo de Salomon para que sus elegidos se refugien, mientras el resto de las habitaciones de Jerusalem y de sus habitantes, por decreto supremo, se ven repentinamente entregados al fuego y al cuchillo de los paganos. Moisés y Elías predicán la penitencia, pero el Ante-Cristo los mata, y bien pronto se trasforman y resucitan, y apenas surcan los aires para volar al cielo, la tierra se abre, se traga siete mil hombres, y los judíos maravillados, se convierten al Cristianismo, y mientras esto sucede en el cielo, aparece saludada por suave música, entre místicos resplando-

res, el arca de la alianza, señal de reconciliacion del hombre con su Dios.

Pero aún no ha acabado este gran simbolismo, que encierra una teología. La nueva Iglesia tiene tres grandes enemigos, irreconciliables, feroces. Una mujer vestida con los resplandores del sol, y apoyada sobre la luna, y ceñida la sien con una diadema de doce estrellas, se resbala silenciosa y sublime sobre los mares y los desiertos, y quieren los enemigos de Dios aniquilarla, porque lleva en su seno la salud de Israel. Sus enemigos son Lucifer escondido traidoramente entre las sombras; un mónstruo de siete cabezas coronadas con siete diademas, que se revuelca en lo profundo de los mares, y que representa la imágen del Imperio romano; y otro engañador animal fantástico que representa á los falsos profetas; pero la mujer se desliza sobre los vientos como llevada por la mano del mismo Dios para dar la gracia y la libertad á los elegidos.

La lucha va á comenzar. Tes voces terribles anuncian las más pavorosas profecias; el castigo de Roma, el exterminio de los perversos, el juicio universal; y apenas estos clamores se comunican á los vientos, aparecen ángeles con las copas en la mano rebosando la ira celeste; y las arrojan sobre la tierra, el mar, los rios, el cielo, y todo el universo se emponzoña; y Roma abrasada por el hirviente licor forcejea sobre sus tormentos, y el

Eufrates se evapora y seca para abrir paso á las legiones que corren á herir y aniquilar á la reina de las naciones envuelta en humo y llamas; y mientras se desploma esa impura Babilonia, y lloran los reyes sus vasallos, los comerciantes, sus cortesanos, los elegidos entonan cánticos, que se pierden allá en los cielos, alabando la justicia del vengador de los justos. Por fin se desenlaza este terrible libro. El Señor viene montado sobre un caballo blanco, y atraviesa con su palabra, más cortante que una espada, á sus enemigos; sus ángeles encadenan á Satanás en el fondo de los pavorosos abismos; los mártires se levantan de sus sepulcros y con palmas de luz en las manos, se pierden amorosos en el seno del Padre; los poderes enemigos enmudecen; los muertos se levantan de sus sepulcros, se visten sus carnes, oyen la inalterable sentencia, y la Jerusalem celeste se levanta triunfante, compuesta de jaspe y de cristal, cercada de diamantes y esmeraldas, iluminada por la claridad eterna del cielo, fluyendo de sus fundamentos el claro y trasparente rio de la vida.

Esta obra como se vé resume todo el pensamiento de su época, todo el espíritu de los cristianos en su edad. Se conoce que el escritor evangélico, á los orillas del mar, ha visto abrirse los cielos, se ha abismado en la gloria prometida, y no ha podido en la lengua de los hombres contener todo lo que el Eterno habia revelado á sus ojos.

Así nosotros cuando vemos pasar los ángeles, esos coros de serafines, esas legiones de mártires con sus palmas de luz, esos emisarios del Eterno con sus copas rebosando ira en sus manos, esos mónstruos alados, esas nubes de aves de rapiña de mil figuras que van á lanzarse sobre los enemigos de Cristo, nos sentimos como poseidos de un vértigo religioso, en presencia de un mundo superior á nuestros sentidos, y nos abismamos en el fondo de esos misterios sin comprenderlos, aunque sabemos que son misterios del cielo, como el viajero que perdido en ignorado pais en oscura noche sólo mira la lejana luz de las estrellas. Pero este libro debia infundir una fé muy viva á los cristianos. La hidra de siete cabezas domeñada, Satán encadenado, los mónstruos desarmados, la Iglesia triunfante rodeada de sus mártires, era un cuadro hermosísimo, que debian ver los perseguidos con más vivos colores segun fuera mayor la exaltacion de su fé y la intensidad de sus dolores.

He concluido. Hemos visto el Cristianismo en su nacimiento. En nuestra próxima leccion examinaremos toda la importancia del génio extraordinario cuyo nombre será repetido por las generaciones como uno de los salvadores de la humanidad, del que Dios llamó por su inspiracion al apostolado, del que sacando el Evangelio del fondo de la sinagoga, iluminára con su luz á todos

los hombres, con su calor toda la tierra, para que concluyeran las castas religiosas, los odios sacerdotales, y comenzára á sonreír sobre el mundo el Cristianismo como una idea universal, descendida del cielo para realizar la igualdad ante Dios; revolución inmensa, que habia de llegar hasta la raíz de la vida, que habia de transformar toda la historia.—He dicho.

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO.

LECCION QUINTA.

(Continuación de la lección anterior.)

SEÑORES:

El tema de nuestra lección es de suyo tan grande, que es imposible agotarlo. El espíritu humano se siente movido de religioso respeto delante de este movimiento de la historia, único en sus anales, que devora los dioses de la naturaleza, los ídolos de Oriente y de Grecia, y aquellos animales simbólicos, aquellas serpientes enroscadas, aquellos cocodrilos de bronce, aquellos dioses de cien brazos y de cien cabezas, aquellas náyades encerradas en los arroyos, aquellas sirenas que gemían en las ondas de los mares, aquellos genios, que ora cantaban en las hojas de las encinas, ora se desvanecían como un aroma en el aire; toda aquella vida de la naturaleza que parecía eterna, que parecía la religión propia de los

pueblos, la religion del arte y de la hermosura, se disipa, se desvanece en presencia del gran sacrificio del Calvario, del Dios perseguido, crucificado; de aquel Dios, que bebe hiel y vinagre, y es enterado en hondo sepulcro, para levantarse trasfigurado, lleno de luz, á exaltar la libertad y la conciencia humana, á dar nueva vida al espíritu, nueva direccion al constante movimiento de los siglos.

Y, señores, en este supremo instante de la historia, todos los ídolos, todos los dioses pasaban en larga procesion delante de la reina de las naciones como esperando su juicio final, su última sentencia. La flor del Lotho, madre de tantos dioses, perdía sus hojas en el fondo de los lagos rizados por el soplo de un nuevo espíritu; la estrella errante, que habia llevado en su etérea luz tantos genios, se detenía en el Capitolio para lanzar su último rayo sobre la frente de la reina de las naciones; los templos de Egipto, abandonados de sus antiguos ídolos, pedían con la voz del viento del desierto que se estrellaba en sus desnudos muros, un nuevo Dios; la Grecia sacudía su corona de verbena sobre las ondas del Mediterráneo, y extendía á los cuatro vientos sus dulces suspiros como invocando un nuevo genio, una nueva revelacion; la misma Roma, sí, Roma, la maestra del derecho, así que oye que un filósofo trae un nuevo Dios, recoge su aliento y lo escucha, y

hasta le ofrece aras y sacrificios; porque toda la conciencia humana está sedienta de lo infinito, aguardando á que las nubes del cielo lluevan la benéfica agua que la refrigere, y sacie su anheló y apague el ardor de su sed.

Pero en el mundo solo una region tenia la verdad, solo sobre un pueblo habia llovido el rocío de la misericordia divina. En aquella region los ángeles habian preparado una cuna al nuevo Dios; los animales de los bosques habian ido á calentar con su aliento su cuerpo aterido; las palomas de los valles habian cántado al márgen de las fuentes sus alabanzas con su inocentísimo arrullo; los pastores habian llevado las lanas de sus corderos para cubrir al recién nacido; los reyes de las más apartadas ciudades le habian regalado la goma olorosa que destilaban sus labios; los pobres habian ido á su camino á pedirle pan, los enfermos salud, los esclavos libertad, los ignorantes luz; los pescadores habian abandonado sus redes por oír su doctrina; los mares bajaban sus ondas para que las hollara con su planta más suave que el aire; los arroyos le habian ofrecido sus cristales para que se mirase en ellos; y en medio de este pueblo, que parecía someterle espíritu y naturaleza, habia apurado el cáliz de amargura, habia vertido lágrimas y sangre, habia espirado en una cruz, habia tenido un sepulcro.

Y mientras el Oriente se entregaba á una or-

gía sin fin, mientras en el seno de la ciudad de Alejandro todos los cultos y todos los dioses confundían sus dogmas, sus ritos, sus imágenes; en el seno de la Judea, cerca del mar de Joppé, unos pobres pescadores recogían el postrer aliento, el último suspiro del que había venido á salvar á los pueblos, á reconciliar unas con otras las naciones en el espíritu de la verdad y del amor. Pero esta doctrina se hubiera perdido para el mundo si se hubiera encerrado en el fondo de la Judea. El destino de los templos de Oriente hubiera alcanzado á su templo, su idea se hubiera muerto al pié de sus altares como una planta sin luz. El viento hubiera levantado las ondas de arena del desierto y hubiera envuelto sus aras. Hoy de esa doctrina salvadora solo quedaria en la historia un recuerdo ligero é indeciso, á manera de esos fuegos que corren sobre los sarcófagos. Y á pesar de este peligro gravísimo para la buena nueva, algunos de sus propagadores se habían sentado al dintel del templo judío, y no veían el cauce abierto á la nueva doctrina. Apegados á su patria, querían derramar en su patria su doctrina como la palmera deja caer sus dátiles en el lugar de su nacimiento. Las palabras de amor, que habían caído de los labios de Jesús para toda la humanidad, querían encerrarlas en un solo templo. No oían el ruido del mar que iba subiendo poco á poco las gradas del trono de Jerusalem, para arrebatarle

de las manos el fuego del sacrificio. No veían que la religion de un pueblo había caído y se levantaba como una aureola de imperecedera luz la religion de toda la humanidad. No veían la tempestad que los iba á arrojar de la ciudad santa como la espada de fuego, que en vez de cerrar, abría un nuevo paraíso. No veían que Dios removía todas las razas y todas las religiones, para que todas las razas recibieran el bautismo cristiano, y todas las religiones se desvanecieran como una nube de humo delante del Calvario.

Para sacar de este error á los judíos recién convertidos al Cristianismo, era preciso que apareciera un hombre extraordinario, que hubiera conocido los dogmas de todos los pueblos, que hubiera estrechado contra su corazón los representantes de todas las razas, que hubiera visto los fundamentos de aquel gran Imperio romano, único en la historia, que hubiera asistido á las escuelas griegas á leer el pensamiento de sus filósofos, que hubiera contemplado la transformación maravillosa del mundo pagano en la unidad, que hubiera aprendido á tener sentimientos humanitarios; capaz de levantarse sobre las tradiciones de todos los pueblos, sobre el espíritu de todas las escuelas, pronto á recorrer la tierra entera para derramar su idea santísima; semita por la fé, por el espíritu religioso; griego por la vehemencia de la palabra, por la alteza de la imaginación; romano por

su majestad, y por sus ideas que abrazaran á toda la humanidad; un hombre, en fin, cuya inmensa alma, á manera de un océano de vida, se dilatase por nuevos infinitos espacios; un hombre batallador, incansable, como cumplía en aquella época de lucha; un hombre, que al registrar todos los templos y todos los santuarios de las divinidades antiguas, los considerara indignos de la idea cristiana y buscara otro santuario más hermoso en el seno inmortal de la conciencia.

Cuanto más miramos á este hombre extraordinario más nos sorprende el maravilloso destino que representa en la historia inmortal del Cristianismo. Él habia pertenecido á la religion judía, habia estado entre aquellos doctores que apedrearon á Estéban, su Bautista, su Profeta. En el seno de la sinagoga se habia indignado muchas veces al oír que aquellos revolucionarios que habian perturbado á Jerusalem con su doctrina, querian renovar la antigua ley. En su profesion de fariseo era severo, inflexible como un antiguo profeta del desierto. Si el judaismo hubiera podido ser restaurado, Pablo bastaba para restaurarlo: tanta era su constancia. En Roma hubiera sido un estóico, en Grecia un platónico, en África un eremita, en todas partes lo más exaltado. Aquel hombre habia menester el amor de la humanidad, y para llenar los abismos de inteligencia una doctrina centelleante de vida, que ins-

pirase fé y devocion en los grandes sacrificios. La soledad del templo hebreo, que cada dia estaba más desierto y más abandonado, inspiraba tristeza á su alma necesitada de amor, impelida por su misma grandeza á confundirse con el alma de la humanidad. La filosofía griega, que estaba en ese período ecléctico de la escuela de Alejandría, en que reinaba extraordinaria confusion, no podia satisfacer su razon, que amaba la unidad absoluta, y las grandes armonías del espíritu y la naturaleza, que no se pueden encontrar en el caos del antiguo eclecticismo. Cuando vió parecer el Cristianismo, sus prácticas, que creia grandes profanaciones, sus ideas, que venian á subvertir los fundamentos eternos de la sinagoga, sus tendencias, que trataban de alterar radicalmente el judaismo, le inspiraron ese ódio irreconciliable á los cristianos, en que ejerció la exaltacion constante de su alma; pero el ódio, como pasion agena á nuestra naturaleza moral, pasó rápidamente, que solo el amor puede animar y sostener la vida. Sin embargo, al ver el Dios que habitaba en los cielos, y tenia por alfombras las estrellas, amenazado por aquellos viles gusanillos de la tierra, que podian morir á un soplo no más de su justa cólera y de su indignacion, San Pablo se exaltaba, y se creia el brazo del Dios bíblico, el ministro de sus venganzas, destinado á consumir á los cristianos como el fuego del cielo habia consumido y devo-

rado las ciudades protervas y las generaciones perversas. Esta idea, que era una idea de lucha y de combate, le sostenía y le alentaba en aquella gran crisis de la historia.

Aquel fariseo, rígido, severo, sangriento, que perseguía á los cristianos, que se cebaba en despedazarlos, que veía con gozo su sangre correr sobre las piedras de las calles como un holocausto propicio al Dios de las venganzas, que agitaba en su mano la espada hambrienta de nuevas víctimas; un día en el camino de Damasco, en la hora calurosa en que el sol lanza sus rayos desde el zénit como una lluvia de fuego, viendo á lo lejos las murallas y las torres de la ciudad medio perdidas en las indecisas brumas y los vapores rojizos levantados por el ardiente calor del abrasado desierto, cuando creía más próximo el instante de desahogar su cólera en los cristianos, oye una voz lastimera y sobrenatural que sale del centro del fuego, semejante á la voz que en la zarza hablaba á Moisés, y le revela, tocando en su corazón, que ha nacido para ser cristiano, para ser Apóstol y mártir de la buena nueva; y desde aquel punto abandona su templo, sus antiguas ceremonias, su culto, sus símbolos; toma su báculo, se calza sus sandalias, deja los sicomoros y las palmeras de Judea, se lanza á la tierra con los brazos abiertos dejándose llevar por la Providencia como la semilla que el viento arrastra; y llama á la choza del pobre

para decirle que tiene una herencia en el cielo, y entra en la academia del filósofo para revelarles el Dios de la verdad y del amor, y pisa los dinteles de los antiguos templos para abrirlos á la nueva idea, y conversa con el pastor en el campo, con el soldado, con el esclavo, con todas las gentes para anunciarles el consuelo que les trae en su palabra y en su ejemplo, como testigo de la misericordia divina que le ha perdonado sus enormes faltas, y de la eficacia de la gracia que le ha revelado sus verdades, fiel á su destino hasta la muerte. Pasma contemplar la vida de este hombre, consagrada toda á la causa del Cristianismo. Sin darse punto de reposo, sin sentir nunca desaliento ni duda, emprende su guerra contra toda una civilización que había sido el alma de muchos siglos, la vida universal de infinitas generaciones. Con el pensamiento puesto en el cielo sin mirar los abrojos sembrados en su largo camino; creyendo que la fé basta para remover las montañas, para abrir una senda triunfal á una nueva idea entre las luchas del mundo; dispuesto á torcer con su palabra y con su doctrina las corrientes de la vida humana hacia los altares del Cristianismo; lleno de ese espíritu de propaganda que poseen los predestinados á difundir una verdad en la conciencia; San Pablo predica en Damasco la buena nueva, la reconciliación del hombre con Dios y de los hombres entre sí; va á la Arabia, y en el seno de sus de-

siertos y al pié de las palmeras, siguiendo las huellas del pastor perdido ó de la caravana errante, les señala con amor la nueva estrella que ha brillado en el cielo; vuelve á los campos donde corrió su infancia, entra en las sinagogas donde se congregaban sus padres, y jadeante de cansancio y cubierto con el sudor y el polvo del camino, les dice que la ley de Moisés ha sido sellada por la sangre del Salvador; pasa á Chipre, y en aquellas riberas y en aquellos mares todavía conmovidos por el soplo de amor que exhala el pecho de Citearea, sostiene la ley purísima de la caridad universal; llega á Efeso y hace temblar la cuna de los antiguos dioses y gemir de espanto á los oráculos; pisa á Corintio y extiende los fundamentos de nuevas iglesias; entra en la ciudad querida del mundo antiguo, en la hermosa Atenas, y el Areópago cree que al oírle oye un dios, y el templo levantado á un genio desconocido abre de par en par sus puertas para que pueda entrar bajo sus bóvedas la verdad universal, la verdad divina; y en este gran combate, en esta lucha de todos los días, ni las inclemencias de la naturaleza, ni el odio de los hombres le detiene, porque contra el frío guarda el calor de su alma, contra el desierto, la compañía de sus ideas y de sus esperanzas, contra las tempestades la dulce serenidad de su conciencia, contra las injusticias de los hombres la confianza en su propia justicia, contra las ho-

gueras, el tormento y el martirio la seguridad de una eterna vida en el cielo; y este hombre, dado siempre al trabajo, poseído de este vértigo de lucha, sin más propiedad que sus fuerzas, pobre, desvalido, humilde, sentado á la puerta de las cabañas, en las piedras del desierto, bajo los árboles que le libertan un instante de los rayos del sol, escribe las páginas de sus epístolas, que son una nueva teología; y va arrojando todas las verdades que allega, todas las ideas que su inspiración le infunde á la sedienta alma de la humanidad, próxima á transformarse. Es necesario examinar las ideas de San Pablo, porque así veremos cómo fué creciendo la nueva religión, hasta cubrir con su benéfica sombra todo el mundo.

La primer gran idea que San Pablo difunde en la conciencia humana, es la idea de Dios, base de toda ciencia, raíz de toda vida. Mientras la idea de Dios fuese como el patrimonio de una sola raza, como el depósito de un solo templo, como el alma de una sola civilización, la idea de Dios no se hubiera difundido nunca en la conciencia de la humanidad. Era necesario que Dios se manifestase como idea universal, una para todos los hombres, idéntica en todos los siglos, igual para todos los pueblos. La suerte del Cristianismo estaba reservada á esta idea universal; porque el aislamiento del Dios hebreo hacia imposible la difusión de sus dogmas; y el fraccionamiento del pa-

ganismo hacia tambien imposible que la conciencia humana elevada á la idea de la unidad por el trabajo de Roma, pudiese permanecer en esta pobre idea ya próxima á su ocaso, ya cercana á su muerte. El Dios encerrado en el tabernáculo de Judá debia revelarse á todos los pueblos; los dioses fraccionados, esparcidos en las naciones y en las islas, debian perecer delante de esta idea universal y divina. Además era necesario reconciliar á Dios con la humanidad. El Dios del pueblo hebreo celoso, armado del rayo, sentado sobre sus nubes, cuyo aliento era como la tempestad y el huracan, debia reconciliarse con la humanidad en el Calvario. Por eso el Dios cristiano, el Dios crucificado tiene dos atributos, la justicia y la misericordia. Por su justicia es el Dios de la ley, el Dios de la Biblia; por su misericordia es el Dios de la gracia, el Dios del Evangelio. Así Dios ha enlazado todas las cosas de suerte que todas cumplan su fin, que es la realizacion del bien. El hombre, como libre, se relaciona con el Dios de justicia; pero el hombre, como débil, se relaciona con el Dios de gracia. Sin la justicia de Dios, el hombre no seria libre; pero sin la misericordia de Dios, el hombre no seria salvo. El Dios del pueblo hebreo era el Dios de la justicia, y el Dios cristiano el Dios de la justicia y de la gracia.

San Pablo representa el Dios de gracia en la persona de Jesucristo. Antes que el mundo fuera,

antes del primer dia de la creacion, el Verbo existia en Dios como su propia esencia. El Verbo es como la virtud creadora de todas las cosas, la palabra, que cayendo en el vacío, pobló de luz, de astros, de séres la estéril nada. Esta palabra existia desde la eternidad en Dios, y como Dios, no tiene principio, y como Dios, no tendrá fin, siendo su propia esencia. Y ésta palabra que creó el mundo, esta palabra, que flotando sobre el caos, dió forma y armonía y vida al universo, todos los dias renueva su milagro conservando la creacion. Mas para ser el Dios de gracia, para satisfacer su propia justicia, bajó de su trono de nubes al tiempo, á la tierra, y se encarnó en nuestra misma sustancia, y tomó nuestra misma forma. Como el hombre, Jesús nació desnudo y lloró al nacer. Como el hombre, creció entre dolores y tribulaciones, teniendo cada dia su trabajo y cada hora su pena. Como el hombre, fué perseguido y comió el pan del destierro amasado con lágrimas. Como el hombre, necesitó ganarse el propio sustento y regar con las amargas gotas del sudor la tierra. Como el hombre, sufrió la tentacion, aunque no el pecado. Pero además de ser hombre, es Dios, dice San Pablo, y su divinidad se conoce en su resurreccion, como su humanidad se conoce en su muerte. La union de la humanidad y de la divinidad en Jesucristo, es la ley de su naturaleza y de su vida. Es Dios de justicia, que necesita un

holocausto, un sacrificio, pero es tambien Dios de misericordia, que ofrece su propia vida en holocausto y en sacrificio. La persona de Jesucristo, su noble naturaleza, no se encuentra explicada antes de San Pablo con esta profundidad de miras, con esta alteza de pensamientos. La doctrina del Evangelio habia sido una doctrina moral y la doctrina de San Pablo una doctrina teológica.

San Pablo mira tambien en Jesucristo el hijo de Dios, que viene á cumplir la obra de su padre. Esta obra no es la predicacion moral, no es la enseñanza de nuevas máximas, pues sin dejar de ser esto, es algo más grande y más divino. El hombre era un esclavo, encorvado bajo sus culpas, herido por su natural debilidad, sujeto á un continuo tormento, un esclavo sumido en negra noche, y Jesús viene á libertarle, á rescatarle de esta esclavitud con su propia vida. Pero la vida del hombre debe levantarse hasta acercarse á Jesús, como el vapor de las aguas se levanta de lo profundo hasta el cielo. Y la vida de Jesús es una vida sin mancha, una vida sin pecado. Y el hombre debe pensar que ya que la vida con pecado le dá la muerte, la muerte sin pecado le dará la vida. Jesucristo murió como nosotros aquí en la tierra, para que nosotros resucitáramos como él allá en el cielo. Y para resucitar como él, es necesario seguir su ejemplo, llegar á su vida, her-

mosear el alma con la virtud, enaltecerla y sublimarla con la fé, amar en Dios el eterno ideal de nuestras acciones, en el Evangelio la norma eterna de nuestra conducta, favorecer al desvalido, amparar al huérfano, compadecer al delincuente, redimir al esclavo, olvidarnos de nosotros mismos para seguir á nuestros hermanos, morir si es preciso antes que manchar nuestra alma, arrostrar todos los peligros y todas las inclemencias por la causa de la verdad y la justicia, seguros de que las lágrimas que derramemos sobre los abrojos de la tierra, serán luego los diamantes de nuestra corona en el cielo.

Esta doctrina, no es la doctrina en que se presentaba más innovador San Pablo. Habia otras ideas, otras cuestiones, que el espíritu no habia querido tocar, como temeroso de su grandeza. El libro antiguo, sí, la antigua Biblia estaba aun abierta, y muchos cristianos creian que encerraba toda la revelacion, toda la vida. Ese libro sagrado habia sido escrito en el camino del desierto, en la cautividad de Babilonia, sobre la montaña de Sion, y encerraba todos los dolores y todas las creencias y todas las esperanzas del pueblo, pues cada profeta habia dejado una página escrita, cada generacion una lágrima, cada santo una oracion, cada sabio un destello en ese gran libro, inspirado por el Dios de Sinai, como el tesoro de sus revelaciones, como el pacto de su alianza con

el pueblo judío, como el cántico eterno, que debía levantar toda la creacion hasta su trono de estrellas. Si el pueblo se habia quejado, allí estaban sus quejidos; si el pueblo habia sufrido, allí estaban sus dolores; si el pueblo habia dudado, allí estaban sus dudas; si el pueblo habia caído, allí estaban impresas las huellas de sus caídas; si se habia levantado al poder y á la gloria, aquel era su pedestal; si habia orado, las páginas del gran libro eran sus oraciones; si habia sido azotado por la tempestad, el eco de la tempestad resonaba incesantemente en esas páginas; si habia visto á Dios pasar en una nube, el reflejo de Dios, que no quedaba en la naturaleza, ni en el sol, ni en las estrellas, quedaba eternamente como luz sin ocaso, en las letras inefables, sagradas, que componian su nombre escrito por los mismos ángeles en la Biblia. Y los primitivos cristianos veian en este libro tambien toda la revelacion, pues aun no se habian levantado á comprender toda la trascendencia de la palabra y de la idea de Cristo. San Pablo, acercándose á ese libro, que habia sido su consuelo por tanto tiempo, á ese libro que él creia la última palabra de Dios, el último reflejo de su revelacion y de su gloria, á ese libro, en que Job habia dejado sus lamentos, Isaias sus esperanzas, David sus armoniosos cánticos, Moisés sus leyes, Salomon sus sentencias; á ese libro de todos los siglos, de todas las generaciones, señala sus páginas como el

vestíbulo de un nuevo templo, como el símbolo de una nueva idea, como el crepúsculo del dia inmortal de una nueva religion.

En efecto, la ley antigua para San Pablo era como el yugo del esclavo. Escrita en el instante mismo en que el hombre acababa de caer en la culpa, esa ley tiene presente siempre la pena, viva siempre la idea del castigo. Es la ley que dictó Dios justamente irritado cuando el hombre acababa de desconocer su justicia y de provocar su cólera. Cuando la tierra se erizaba de espinas, cuando las flores del paraíso eran combatidas por el cierzo ó abrasadas por el sol, cuando se emponzoñaban las puras corrientes aguas, cuando las fieras alimañas antes sometidas al hombre, volvian á perseguirle y acosarle, cuando el huracan le arrancaba su cabaña y el rayo culebreando en su camino le borraba con su fuego y con su humo todas las sendas, y el trueno rugia en los espacios con el mismo estruendo que el remordimiento en la conciencia; el Adán pecador, el Adán esclavo de la culpa, azotado por los elementos, herido por las inclemencias de la naturaleza, cargado con el dolor de su delito, martirizado por el recuerdo del mal que habia hecho á su infeliz linaje, oye entre el estruendo de la naturaleza conmovida, la voz celeste que le dicta la ley penosa del trabajo, de la desgracia, y que trae consigo la necesidad inflexible del castigo, última gota de hiel que hace

rebosar el cáliz de sus amarguras. Y á pesar de esta ley del castigo, de esta ley que era como el yugo del hombre, como la cadena atada á sus plantas, el mal no disminuye, el mal, forzosa consecuencia del pecado. En el seno del pueblo judío, el sacerdote no busca en el templo á Dios, sino la ofrenda; el intérprete de la ley no dice lo que es verdadero, sino lo que es útil; el jefe del pueblo va á postrarse de hinojos ante el extranjero y á llevarle incienso y mirra como si fuera una divinidad; el padre menosprecia á su hijo y le abandona; la mujer se levanta del lecho conyugal y va á buscar el calor del adulterio, que consume la vida; la virgen abre la puerta de su cubículo al amante y le entrega su pudor; el mancebo, deja la espada de sus padres, el Dios de sus mayores y se corona de flores como vil hembra, y se entrega á la embriaguez del placer; el hombre en todas sus condiciones, en toda su vida degrada aquella imagen de la divinidad, que era como la misteriosa esencia de su alma. Era necesario que una nueva ley viniese á restaurar la imagen de Dios borrada en el alma. Era necesario que la lavadura de una nueva vida viniese á purificar la corrompida vida del hombre. Era necesario que la ley de justicia fuese renovada por la ley de gracia. Y esta ley de gracia es el Evangelio, sí, el Evangelio, que contiene toda la verdad, que resume toda la civilizaci6n; el Evangelio, que es el testamento del Dios

moribundo del Calvario, que es la promesa de la eterna salud, que es el rescate de la serdidumbre, que es el iris de paz entre la tierra y el cielo; el Evangelio, más grande que todos los cánticos de David, y todas las palabras de Jeremías, y todas las leyes de Moisés, pues ha recogido de los mismos labios de Dios la dulce miel de su doctrina, que es toda la verdad y todo el bien.

Como se vé, todo el pensamiento de San Pablo consistia en señalar las diferencias que hay entre la Biblia y el Evangelio, para mostrar esta segunda revelacion como la esencia de toda revelacion divina. El criterio de una otra religion debia ser distinto. Para el judío el cumplimiento de su destino religioso se verificaba con cumplir todas las prácticas de la ley, el ayuno, la maceracion, la abstinencia, el sacrificio, la oracion, ateniéndose á la esclavitud de la letra. Para el cristiano es necesario mucho más; es necesario no solo cumplir con la ley evangélica, sino hermohear la conciencia, purificar el alma, llevar en lo interior del sér la virtud, porque la conciencia es á los ojos de Dios como claro transparente lago que enseña todas las piedras y todas las yerbas de su fondo. La ley antigua con sus gerarquías, con señalar deberes distintos á los hombres segun su dignidad, los separaba, rompía los lazos de los corazones y de las conciencias; pero la nueva ley, la ley cristiana, dirigiéndose solo al hombre, tal como lo

creó el soplo divino, inundaba de amor todos los corazones, atraía, juntaba las almas en ley de igualdad y de armonía. Y así como el medio de unir los hombres entre sí es el amor, el medio de unir los hombres con Dios es la fé. Pero la fé, según San Pablo, no debe limitarse á una manifestación de la conciencia, á una esfera de la vida, sino llenarla toda con sus purísimos aromas. La fé debe ser la convicción de la inteligencia, que cree en Dios y en su eterna palabra; la fé debe ser la confianza del corazón, que ama á Dios y le sigue, y le desea, y le abraza dentro del pecho; la fé debe ser la resignación de la voluntad y de las pasiones en Dios, para que perdamos la herrumbre de la tierra y nos levantemos hasta identificarnos por nuestra pureza con el eterno ideal de vida, con Cristo; y de esta suerte la fé será entre las tinieblas del mundo, entre sus escollos, cuando los mares se embravezcan y los horizontes se pierdan en la oscuridad, como la misteriosa solitaria luz, que brillante y segura, nos muestra el refugio del alma, la mansión donde nos aguarda con los brazos abiertos nuestro amoroso Padre.

La fé ha regenerado, según San Pablo, al hombre, ha purificado toda su vida. El hombre antiguo era como el gusano de un sepulcro, y como el polvo de un cadáver. Alejado de Dios, perdido en el mundo, llenando con sus lágrimas todo el camino de la vida, suspendida sobre su intelligen-

cia fría noche, esclavo de sus culpas, sin acordarse para su consuelo ni aun de aquellos tiempos en que había pisado las primitivas flores de la creación en el paraíso, y había sonreído en su alma la inocencia como la primera luz de la tierra; el hombre de la antigua ley, dolorido, apenado, dejaba caer bajo el peso de la desesperación la frente sobre el pecho, y esperaba undido en un montón de cenizas la hora de la muerte, temblando siempre, con el pensamiento puesto en la justicia de Dios y los ojos en la enormidad de su delito. De aquí, los lamentos de los profetas, los dolores del pueblo, las lágrimas de tantas generaciones, el cilicio con que se atormentaban tantos penitentes, el ayuno, la abstinencia, la cólera de Dios centelleando siempre en el templo, como esas rojizas nubes que el sol inflama desde su ocaso en la callada tarde; y por último, esos libros de Job, de Jeremías, escritos entre sollozos, que son como el eterno gemido del espíritu humano que forceja bajo sus cadenas para herir el cielo de bronce y traer con sus clamores una nueva revelación, una nueva vida á la tierra. Y esta nueva revelación viene con el Evangelio, y esta nueva vida viene con la fé. Y la fé para San Pablo no solo regenera el espíritu, sino que transparenta y hermosa todo el hombre, devolviéndole la gracia que había perdido con su pecado en el paraíso. En esta gran idea de la regeneración se muestra el

espíritu innovador que distinguía al Apóstol, encargado de separar la Iglesia de la sinagoga. Por eso dice: «Todo lo viejo, todo lo antiguo ha pasado.»

El velo que cubria la verdad se rasga, y brilla la luz. Del fondo del sepulcro de la historia se levanta un nuevo hombre que ha resucitado con Jesucristo. El primitivo Adán del paraíso se ha regenerado en el Adán cristiano. Las lágrimas y la sangre del Salvador, cayendo sobre su alma, la han limpiado de todas las manchas. Y el hombre ha renacido del fondo de sus cenizas por la virtud de su fé y de su esperanza, que se dilata y se pierde en el cielo. San Pablo dá á todas las verdades de la inteligencia y á todas las leyes de la vida, no solamente un sentido moral, sino tambien un sentido religioso y dogmático. La verdad no solo es la idea de la religion, sino tambien la práctica cristiana de la vida. La justicia no es solo dar á cada uno su derecho, sino someter la propia voluntad á la voluntad de Dios, la propia vida á la vida de Cristo. La castidad no es solo la limpieza del cuerpo y del alma, es tambien la pureza en todos los actos de nuestra voluntad, en todos los móviles de nuestras obras. Por eso la virtud toma un sentido más general, y la vida se purifica, y la muerte muere en nosotros con el sacrificio del Calvario. El hombre se ha regenerado, ha cobrado todo su sér. En una palabra, por el pecado ha-

bia el hombre muerto con Adán, y por la fé ha resucitado con Cristo.

Pero el hombre nunca se hubiera regenerado sin la redencion que le traía Cristo, segun la doctrina de San Pablo. El hombre era esclavo, y Dios para libertarle del yugo de los antiguos ritos y de la inmensa pesadumbre de la culpa, abandonó su trono de estrellas, y se ofreció en holocausto por su criatura predilecta. Así la tierra se volvió contra el mismo que la habia creado. Los caminos sembrados por su poder de flores, le dieron abrojos; los montes y los valles regados por su fecunda palabra con mil arroyos de cristalinas aguas, le dejaron beber hiel y vinagre; los árboles á que habia infundido su sávia y habia regalado sus sazonados frutos, sus flores, sus verdes hojas, prestaron madera para su patíbulo; el rayo del cielo, que encendió con su mirada, respetó la cabeza de sus verdugos; el aire, que impulsó y llenó de vida con su aliento, fué sumiso á recoger de sus cárdenos labios el último suspiro; el corazón del hombre, que llenara de amor, solo sintió el odio y la venganza; y la tierra, que le debía vida, se abrió para ofrecer al que no cabia en los espacios, al que habia lanzado de sus manos el río de los tiempos, un estrecho sepulcro. Pero estos dolores y esta muerte fueron nuestra redencion, fueron el rescate de nuestra culpa. El hombre habia cometido el delito, y Cristo ofreció la satisfac-

cion de la pena. Al hombre solo le toca creer en la satisfaccion y en la eficacia de esa gran satisfaccion, adorar en la muerte de Cristo el misterio de su propia vida, identificarse con el Salvador por medio de sus buenas obras. Así el yugo del antiguo rito se rompe, la culpa se desvanece, la libertad moral se afirma, la reconciliacion del hombre con Dios se completa, la voluntad se emancipa, la vida se purifica, y la obra divina de nuestra redencion queda sellada con la sangre misma de Dios.

Las promesas de la redencion están depositadas en la Iglesia. La Iglesia es la reunion de todos los que han recibido en su corazon y en su inteligencia la verdad divina. El hombre, solo, aislado, es el más infeliz de todos los seres creados. Sus pasiones le dominan y la naturaleza es su mayor enemigo. Su misma grandeza le aplasta bajo su inmensa pesadumbre. El pensamiento se clava en la conciencia como un puñal, el amor muerde el corazon como una serpiente, y todas las grandes pasiones, que vienen á ser como la señal de su grandeza, se evaporan en lo vacío, y se pierden, sin llenar el destino que Dios les ha señalado. El hombre necesita de sus semejantes, de sus hermanos. En su inteligencia encuentra la verdad, en su pecho el amor que vivifica la vida, en sus fuerzas nuevas fuerzas, en todo su sér el complemento del propio sér y el auxilio poderoso

de la flaca naturaleza. El dolor en la soledad es más intenso y más agudo. La desgracia en triste aislamiento llega á traer consigo como consecuencia forzosa la muerte. El mundo sin la presencia del hombre ó seria como un bosque confuso, ó como un desierto desolado; y el corazon sin el amor del hombre es árido y triste, y no puede dar de sí ni la caridad, ni la compasion, ni el amor. Por eso el Cristianismo, que tan en armonía está con nuestra naturaleza, ha querido reunir todos los hombres en un solo cuerpo, y ha fundado para reunirlos la institucion divina de la Iglesia. Así como la fé es el amor á Dios, la caridad es el amor al hombre. La fé y el amor se unen como los términos de una misma idea, como la manifestacion de un mismo sentimiento. La fé sin el amor es inútil. El amor sin la fé es infecundo y estéril. Por la fé, el hombre se acerca al pié del altar, vé á Dios, y une su vida transitoria, su vida de un dia con la vida eterna, que preside á los tiempos. Por la caridad, el hombre extiende sus brazos al hombre, toma parte en sus penas y en sus dolores, lucha en sus combates, llora con sus lágrimas, se alegra con sus alegrías, conjura las tempestades que amenazan herir su frente, le auxilia á realizar su destino, centuplica sus fuerzas, remueve los obstáculos, vive vida más grande, más intensa, más hermosa; porque al fundirse por la caridad en uno todos los corazones, y al fundirse por la fé en una

todas las inteligencias, el hombre débil, el hombre acechado por los elementos, crece y domina con incontrastable dominio la naturaleza, que no puede resistir á la supremacía del espíritu, centro verdadero de la vida. Si amar á Dios es la fé, amar al prójimo es la caridad. Sin la caridad todas las virtudes son como si no fueran. La fé, la castidad, la pureza, sin el amor á nuestros hermanos, son virtudes infecundas y estériles, pues no siembran de bienes la vida, ni sirven de ejemplo en la tierra. El hombre encastillado en su egoísmo es como el bruto encerrado en su instinto, que le lleva al triste aislamiento. Por eso la Iglesia reúne en su seno á todos los hombres, por eso, según San Pablo, les enseña á tener á Dios por padre, y á sus semejantes por hermanos. La Iglesia es como el ara donde arde eternamente el fuego de ese amor divino, que es la esencia del alma, que es el calor de la vida. Y ese amor divino á nuestros hermanos, amor intensísimo, amor sublime, que es el signo por el cual se distingue el hombre de todos los seres, lleva á satisfacer el hambre del pobre, á enjugar las lágrimas del desgraciado, á romper las cadenas del esclavo, á derramar la luz de la inteligencia en el alma oscurecida del ignorante, á hermosear el corazón del perverso, á dilatar por el bien que derramemos sobre la tierra nuestra pobre alma en el seno de la humanidad, que por el amor crece y se transfigura. La Iglesia, pues,

representa el amor. El atributo principal de la Iglesia es la unidad. La unidad de la Iglesia está fundada en la unidad de Cristo.

Y aquí llega el principio capital de la doctrina del gran Apóstol de los gentiles, el que le eleva entre todos los hombres de su siglo. Sabido es el espíritu semítico que reinaba en el antiguo pueblo judío y en el nuevo pueblo cristiano. Este espíritu se hallaba caracterizado por una tendencia particular al orgullo aristocrático de raza. El semita, nacido en el desierto, sin ver más mundo que sus inmensas soledades cortadas por algún oasis, por alguna palmera, por alguna cisterna; con su alma guerrera más ardiente que el sol, con su corazón menos compasivo que las abrasadas arenas, adorando un Dios único, creyéndose heredero de este Dios, detestando á todos los pueblos de la tierra por su idolatría, dispuesto siempre á ensangrentar sus armas en el cuerpo de todas las razas, lejos de unirse con sus hermanos, se aparta de ellos, y se aísla, y se pierde en la soledad, como un penitente, como un cenobita, y no quiere unirse á los demás pueblos, porque cree sus ideas errores, y sus costumbres terribles y execrables abominaciones. Este carácter particular producía el odio de pueblos contra pueblos, de civilizaciones contra civilizaciones, de razas contra razas, de dioses contra dioses. La lucha entre la raza semítica y sus enemigos había poblado de

cadáveres los desiertos, había teñido en sangre los arroyos, había enterrado en cenizas las más populosas ciudades. Y el pueblo judío, así educado, no podía admitir en su templo ningún otro pueblo, no podía consentir que el tesoro de sus promesas y de sus esperanzas pasara nunca á otras naciones. Por eso, al nacer el Cristianismo en el seno de la sinagoga, nació como una protesta contra el espíritu egoísta de la raza semítica. Mas los primeros cristianos no comprendían esta tendencia, no adivinaban esta idea. Creían que Dios continuaba sellando con el sello de su elección la frente de la raza semítica. San Pablo rompió este círculo estrechísimo con su inspirada é incomparable palabra. Como Dios es uno, como es uno Cristo, como la Iglesia es una, la humanidad también es una en espíritu. Ya no hay griegos, romanos y judíos, ya no hay señores y esclavos, ya no hay siervos é ingenuos, ya no hay diferencia de dignidad en los sexos; el judío, el griego y el romano, el señor y el esclavo, el sirvo y el ingenuo, el hombre y la mujer son de una misma carne, de una misma sangre, de un mismo espíritu, de una misma familia; están llamados por Cristo á la redención, llevan en su alma el germen de todas las virtudes y la semilla de todas las esperanzas; pueden, regenerados en Cristo, aspirar á subir por la escala de sus obras, y con el auxilio de la gracia, hasta el cielo á penetrar

con su mirada la esencia de la creación, á hollar con su planta los mundos, á adorar con su corazón á Dios. ¡Qué remordimientos, señores, tan grandes para lo que quieren invocar el Cristianismo como sanción de la tiranía! ¡Qué remordimientos deben sentir delante de esta doctrina tan sublime! Si los hombres son iguales, si el siervo y su señor son hijos de Dios, si en presencia de la divina justicia no hay categorías, no hay gerarquías, no hay clases, si sobre el judío, el griego y el romano está la humanidad, si todos los hombres son igualmente libres, igualmente responsables de sus obras, si todos son hermanos, ¿con qué derecho os levantaiis, hijos de las tinieblas, á oscurecer, á borrar en mi alma, lo que es de Dios, lo que he recibido del cielo, mi libertad y mi conciencia? Más en armonía está con el espíritu del Evangelio levantar del polvo el caído, quebrar la argolla en las manos del esclavo, enjugar sus lágrimas, y vertiendo suave bálsamo en sus heridas, enseñarle que en su alma lleva un eterno derecho; una ley, en virtud de la cual todo aquel que intente robarle su sér, es reo de la divina justicia, que á todos nos hizo libres en nuestra voluntad, iguales en nuestra naturaleza y hermanos por nuestros sentimientos. Y esta igualdad resalta en toda la doctrina de San Pablo. Por el bautismo todos hemos adquirido libertad en Cristo; por la redención todos hemos rescatado nues-

tra culpa; por la gracia todos hemos unido nuestra vida á Dios; por la cena todos hemos recibido el cuerpo y la sangre de Cristo; por la resurreccion todos hemos visto abrirse á nuestros ojos el camino de salvacion, y por la fé y por la esperanza todos confiamos en nuestro Padre, que está en los cielos. La iglesia cristiana ha de reflejar, segun San Pablo, eternamente la union de nuestras inteligencias en el dogma, de nuestros corazones en la caridad, de nuestras almas en Dios.

El reino de Dios es como el resúmen, como la última palabra de San Pablo. El sentido materialista de los judíos habia comprendido un reino de Dios limitado en un pequeño espacio. El mar lo lameria con sus ondas, el desierto lo rodearia con sus arenas de oro, las palmeras y los cedros lo cubririan bajo sus verdes ramas, arroyos clarísimos lo bordarian de flores, caravanas cargadas de piedras preciosas lo recorrerian en todos sus caminos, y soldados fortísimos lo guardarían con sus fuertes lanzas contra todos los reyes de la tierra, que no se atreverian á mirarlo por no quedar ciegos, deslumbrados con el resplandor de su luz y de su gloria. Mas no es de ninguna suerte este reino pequeño, limitado, material, el reino de Dios que nos prometia San Pablo, no. El Apóstol de los gentiles promete un reino fuera del tiempo, lejos del espacio, en que la vida es divina, y los lazos de la materia se rompen y el cuerpo se transparenta

y se hermosea, y el alma se cobija bajo las alas de la luz, de la verdad, y nuestro sér se pierde en el éther, y los ángeles, recogiéndonos en sus brazos, nos llevan, entonando los cantares de que son como perdido eco las armonías de las esferas, delante de Dios, nuestro Salvador, nuestro Padre. La vida en Dios es la muerte del pecado. Todo lo que hay en la tierra se descompone como suspirando por una trasformacion gloriosa. Pero el hombre, sólo el hombre, dejará aquí en la tierra su forma de un dia para perderse en el cielo. Por eso San Pablo suspira dolorido por dejar esta luz que es el velo de la luz divina, esta tierra que la encubre el cielo, este cuerpo que no le deja explayarse en lo infinito, estós ojos de carne que no consienten ver en esencia á Dios, este corazon en que no cabe todo el amor divino, este barro amasado con lágrimas y sangre, pobre y frágil, que no podia sufrir el fuego de la vida sin quebrarse y fundirse; esta organizacion, que es como una cadena, que ata el alma al solitario peñasco de la tierra, cuando el alma puede volar más allá de los astros y eclipsar con su vida y con su lumbre el mismo sol, y ser feliz en el seno del Eterno. Por eso la vida de hoy en el espacio y en el tiempo es como una vida ficticia, engañosa, pasajera; es la sombra de la niebla, que deja suspendidas algunas lágrimas en los árboles del camino; y la vida en el reino de Dios, es una vida pura, eterna, que lucirá siempre en-

tre los ángeles como luce entre los coros de los astros el sol.

Hemos dado una idea muy sucinta de la doctrina de San Pablo. Una secta religiosa ha querido fundar en las ideas de este gran Apóstol sobre la eleccion de Dios toda una doctrina, en que la libertad muere y la gracia y la fé solo se salvan. Yo creo firmemente que nada hay más contrario al espíritu del Cristianismo. La base incontrastable de toda moral, de toda religion, es la libertad del hombre. Sin la libertad, la revelacion es inútil, la gracia ineficaz, el pecado no existe, la justicia de Dios es una burla, el premio un capricho, el castigo una crueldad, la virtud una mentira, el bien una sombra vana. Si el hombre desde el principio de su vida fuera elegido para el bien ó condenado al mal por una eleccion arbitraria, que repugna á la justicia divina, serian inútiles las predicaciones de los Apóstoles, inútil la revelacion, inútil la virtud, inútiles las buenas obras. De una doctrina tan desoladora solo se concluye el aniquilamiento del hombre y la injusticia de Dios. La doctrina de San Pablo, su vida, sus epístolas, su definicion de la fé, sus continuas invocaciones á la libertad cristiana, su constante predicacion para que el hombre y los pueblos abracen la virtud, sus sacrificios, su amor, su apologia de la caridad, todas sus obras y todas sus palabras, muestran que aquel Apóstol queria armonizar y

armonizaba la libertad con la ley, las obras con la gracia, y que creia en el dogma fundamental de la responsabilidad del hombre.

Si San Pablo eleva la gracia, si le dá una virtud grande, es para mostrar la eficacia de la redencion, toda la salud que traia consigo el sacrificio del Verbo. Cuando todavia estaba caliente el sepulcro del Salvador, fresca su sangre en el Gólgota, San Pablo, que representa el principio de la edad en que se exalta la fé, debia tener presente siempre ante sus ojos toda la virtud de estos grandes dogmas que venian á redimir al hombre de la culpa. De otra suerte, la idea de la redencion no hubiera sido claramente comprendida, y los primeros cristianos no hubieran tenido la fuerza que necesitaban para la predicacion y para el martirio. La primera edad de toda gran idea es la edad de entusiasmo y de fé ciega. Y de aquí proviene ese ardor con que San Pablo difunde la gracia para dar fuerza al corazon y la fé para dar fuerza á la inteligencia, á fin de que los paganos sacudan el sueño del materialismo, y los judíos sus preocupaciones, y unos y otros se confundan al pié de la cruz en el amor, en la esperanza, y alcancen así el único premio que puede darles la buena nueva predicada por el Salvador, la aureola sagrada del martirio. La fé y la gracia debian ser dos ideas dominantes en este momento capital de la historia del Cristianismo.

Veamos las diferencias entre el primitivo sentido de los cristianos sujetos á la sinagoga, y el sentido de San Pablo. Unos y otros se unen, se identifican en la idea de Dios y sus atributos de la creacion y de la Providencia. En este punto la antigua revelacion era como la raiz, como el tallo de la nueva revelacion, de la nueva idea. Pero la doctrina de San Pablo se diferenciaba en muchos puntos de la profesada por sus antecesores. Estos creian que solamente los judíos estaban destinados á recibir en su frente el bautismo cristiano, y San Pablo creía que las puertas del templo debian abrirse tambien á los gentiles y á todos los pueblos de la tierra. Los primitivos cristianos aun no bien apartados de la sinagoga, creían que el reino de Dios era un reino de la tierra, poderoso, basado en la gloria temporal del Mesías, y San Pablo vino á señalar el reino del Mesías como oculto entre los resplandores del cielo. Los primitivos cristianos creían que la fuerza de la ley antigua estaba viva, que los ritos debian continuar, que el Evangelio era solo un apéndice de la Biblia; y San Pablo creía que la ley estaba explicada y completada con la nueva doctrina, que los ritos habian sido abrogados, que el Evangelio contenia en sí toda la revelacion. Los primitivos cristianos creían que en el cumplimiento de las ceremonias de las antiguas prácticas estaba la verdad y el mérito; y San Pablo mostró que la fé

debía ser el criterio de la religion, la gracia, la fuerza de la virtud, el reino de Dios, el fin de todas las voluntades, el objeto de todas las acciones y de todas las obras. Esta doctrina, que de una manera tan elocuente y tan sublime venia á revelar muchas ideas, que si bien escondidas en el seno de la revelacion, que es perfecta, no habian llegado hasta la mente de los fieles, debía promover dentro del seno mismo de la nueva comunión ardientes controversias y discusiones, hasta el dia feliz, en que la Iglesia reunida pronuncia su última palabra, que debía ser la creencia universal.

La doctrina de San Pablo iba á ir á los pueblos paganos, iba á entrar en sus templos, iba á arrancar al pié de sus aras los sacerdotes, iba á llamar á la comunión con Dios á los gentiles, á los que habian tomado por divinidades las brumas de la tarde, el centellear de los astros, los ecos perdidos de la naturaleza. Segun esta idea, el que sacrificaba á Venus, el que asistia á los misterios de Eleusis, el que iba á consultar el oráculo de Delos, el que cantaba acompañado por las ondas del Egeo las trasformaciones de sus dioses, no habia menester la circuncision en su cuerpo para llegar á poseer la verdad y la gracia en su alma. Esta doctrina tan sumamente ámplia, esta doctrina trascendental y vigorosa debía levantar una oposición fortísima dentro de la primera comunión

cristiana. Sabido es que mientras la Iglesia no pronunció su fallo sobre una tésis, sobre un punto de pública controversia, los fieles discutian siempre sobre su mejor inteligencia. El partido más amante de la sinagoga, el que se acercaba al antiguo ideal religioso, el que cumplia todas las prácticas y todos los ritos del culto judío, creyó ver en la doctrina de San Pablo una profanacion, y tembló, porque le parecia que al ver entrar en su templo á los gentiles, Dios los habia de consumir con el fuego de su justa cólera.

Sobre la frente de San Pablo se condensaban muchas y grandes tempestades. Jamás hombre ninguno habia conjurado contra sí tantas terribles pasiones. Se atraia por su palabra y por su doctrina el odio de los paganos, el odio de los judíos, y hasta el odio de los cristianos, que no querian separar su corazon de la sinagoga, ni su mente de los antiguos ritos. Cuando leyendo sus epístolas, vemos los dolores, las penas que le asaltaban, no podemos dejar de consagrarle algunas lágrimas, como á todos los mártires de la verdad y del progreso. Los paganos le lanzaron sus dardos, porque con sus palabras conmovia los altares de sus dioses. Los judíos le perseguian, porque llevaba al seno de la ley antigua un nuevo espíritu. ¡Cuántas veces en Éfeso, en Thesalónica, en Lystra, el antiguo fariseo, perseguidor de los cristianos, estuvo á punto de perecer á manos de

los judíos por sostener la misma doctrina que habian sostenido sus víctimas y las mismas ideas que habia vertido Estéban, el primero de los mártires! El fariseismo que habia creído encontrar en la nueva secta un poderosísimo auxilio para combatir el poder de las ideas griegas en la conciencia y el poder del pueblo romano en la tierra, ardió en aquella desoladora ira, que tantas veces sintió San Pablo, cuando pudo convencerse de que la nueva secta no buscaba en los idólatras enemigos, sino hermanos, dignos de ver la eterna luz, para participar del reino de Dios en el cielo. El odio que esta doctrina debia inspirar siempre á los fariseos debia acrecentarse, al considerar que Pablo les habia faltado como judío haciéndose cristiano; como cristiano, llamando al nuevo templo á recibir el bautismo á los idólatras. Pero no era esta la guerra que temia San Pablo. El Apóstol temia la guerra de sus hermanos, de los que adoraban á Cristo, de los que, en vez de abrirle los brazos para llevarle al templo del Señor á orar juntos, le rechazaban como abominable enemigo. Su ardor animoso, el celo de su fé, su doctrina sobre la gracia, su ansia por llevar á los piés de Cristo los gentiles, su maravillosa predicacion, su lógica más penetrante que una espada de dos filos, su sentido humanitario superior á todo orgullo de raza, á toda preocupacion de escuela, estas cualidades que debian ser su gloria en la posteri-

dad, fueron su desgracia entre muchos hombres de su tiempo, incapaces de ver donde se perdía el vuelo impetuoso de su alma. Preguntábanle de dónde había recibido su misión, si había visto á Jesucristo, si había conversado con él, si había recibido su doctrina, si había llorado su muerte, si había asistido á su resurrección, si había participado del Espíritu Santo, como queriendo negarle hasta sus títulos de Apóstol. Así San Pablo tenía que recordarles continuamente lo mucho que había hecho por el Cristianismo, su conversión milagrosa, sus continuas luchas, sus discusiones en todas las ciudades de Grecia, su predicación incesante, sus terribles tres naufragios, su sed en el desierto, su hambre en la peregrinación, sus enfermedades entre el ardor de aquellas batallas espirituales, sus martirios cruentos, las heridas que le habían abierto las varas de los judíos, las piedras de los paganos, los peligros que había arrostrado en las ciudades por su palabra, en la soledad desafiando los elementos, entre mil tempestades, el testimonio, por fin, que en él se realizaba de la verdad del Cristianismo y de la eficacia de la fé, pues mientras los hombres le ofrecían honras y placeres por seguir sus falsos ídolos, él escogía la servidumbre y la desgracia y el dolor por adorar á Jesucristo y extender por el mundo su salvadora doctrina. El partido opuesto á San Pablo organizó, á pesar de estas continuas

protestas, una guerra contra el Apóstol de los gentiles; quiso arrancarle las iglesias por él fundadas; lanzó á su paso hombres destinados á detenerle en sus triunfos; llevó la discordia al seno mismo de las comisiones, que solo habían oído su voz; quiso que la iglesia de Palestina fuese la norma de todas las iglesias, mientras el Apóstol ponía con mejor consejo y con más grande inspiración sus ojos en Roma; le afeó que no exigiese para la salud de los fieles la circuncisión, los ritos y las abstinencias de la antigua ley, y hasta en el fondo de su calabozo de Roma, allí donde manifestaba en el dolor su corazón lleno del amor divino, y dispuesto á morir por su fé, no le perdonó, y le hizo apurar el cáliz de todas las amarguras, haciendo tristísima su muerte, no tanto por el odio y la persecución de sus enemigos, como por los celos y los combates de los que debían llamarse sus hermanos. En estas luchas terribles, continuas, diarias, San Pablo muestra la elevación de su espíritu, la grandeza de su fé. Pero preciso es confesar que su doctrina era muy grande, muy trascendental para ser comprendida por los que no se decidían á abandonar el ara de la sinagoga. Estos recelaban de su antiguo perseguidor, y le tenían por herege. Sustituir al templo toda la tierra, al sacerdocio de una sola raza el sacerdocio de todos los hombres, al rito el Evangelio, á la legalidad antigua la gracia, á la práctica bí-

blica la fé, era una idea tan viva y tan grande, que necesariamente habia de provocar todas las iras que provocan siempre las nuevas ideas en la tierra. San Pablo, como dice con razon un grave y erudito autor, no tiene en este combate aquella serenidad, aquella mansedumbre que muestra Jesucristo; su sangre hirviente le lleva muchas veces hásta la amenaza y la violencia; pero no pidamos nunca al hombre lo que solo es propio de Dios.

San Pablo para contener esta oposicion siempre creciente escribe su famosísima epístola á los hebreos, resúmen de todo su pensamiento y de toda su vida. En ella presenta el paralelo entre la religion antigua y la nueva religion, entre Moisés y Jesucristo, entre la Biblia y el Evangelio. La religion bíblica fué predicada por profetas como Moisés, como Abraham, como Jeremias, como Isaias; la religion cristiana por el mismo Dios en la persona de su único hijo. La religion bíblica es la inspiracion de Dios; pero la religion cristiana es la luz misma de Dios. La religion bíblica es servida y propagada por elegidos del Señor para servir y propagar la religion cristiana; Dios no encontró á ningun profeta más digno que él mismo, su propia persona, su eterna palabra. Entre Dios y el pueblo está en el judaismo la casta sacerdotal; entre Dios y el hombre está en el Cristianismo Jesucristo, Dios y hombre á un mismo

tiempo. El sacerdote se eleva como un príncipe y Jesús se humilla como un esclavo. La expiacion en la antigua religion es la sangre de una víctima, y la expiacion en la nueva religion es la misma sangre de Dios. El sacerdote antiguo tiene que ofrecer un holocausto en desagravio de sus mismas culpas, Jesús es un sacerdote immaculado. La víctima antigua se desvanece como el humo del sacrificio, la víctima cristiana está siempre en el ara de los cielos para desagraviar al Eterno. El rito hebreo consiste en cumplir las prácticas legales, y el rito cristiano consiste especialmente en la pureza del corazon y en la eficacia de la gracia. El reino de Dios del Antiguo Testamento era un reino limitado, la posesion pacífica de la tierra prometida; pero el reino del Nuevo Testamento se levanta sobre las alas de los ángeles, más allá del azulado éther de los cielos, donde están escritos en letras de estrellas los nombres de los justos.

De estas luchas continuas salia más clara la nueva religion y los grandes progresos que cerraba para el mundo. Aquella revelacion sembrada por un hombre oscuro, pobre, muerto en el más oprobioso de los patibulos, se levanta sobre toda la revelacion antigua, sobre la frente de los doctores y profetas, explicando las ideas ocultas en sus símbolos. Pero, fuerza es confesar que esta lucha permanente, diaria, comprometia

gravemente la paz de los espíritus y la unidad maravillosísima de la Iglesia. Porque si en esta lucha predominaba el espíritu de los judíos, era muy fácil que el mundo pagano se hubiera quedado fuera del nuevo templo, alejado del calor de la nueva revelación, y la obra de Cristo hubiera sido inútil. Pero si predominaba la tendencia opuesta, la tendencia pagana, amenazaba al mundo un mal no ménos grave y lastimoso; el Evangelio se hubiera aislado de la Biblia, y se hubiera perdido toda la vida anterior, toda la historia precedente, todas las ideas de los profetas y de los sacerdotes antiguos, cuando en la historia, por la inmanencia de las ideas, la vida no debe perderse ni evaporarse nunca, sino caer como una catarata sin fin, de generación en generación, de siglo en siglo, de gente en gente, para que el trabajo de la humanidad nunca sea perdido. Por eso era necesario, indispensable, buscar una síntesis entre estas antítesis, un armisticio en esta lucha, una ley superior, que resolviese y armonizase todas estas grandes y trascendentales contradicciones.

Ninguno de los partidos podía por sí y ante sí resolver la contradicción. Cualquiera de las opiniones impuestas hubiera sido una herida abierta en el seno de la Iglesia, que no debía chorrear sangre, cuando Dios la destinaba á ser el único retoño de la humanidad atribulada y herida. Por

fin, el espíritu de Dios inunda con su luz aquellos corazones, la Iglesia universal se levanta sobre las guerras de las comuniones en lucha, las puertas del Concilio se abren, los Apóstoles discuten sus diferentes ideas, Pablo es pregonado de común acuerdo Apóstol de los gentiles, misionero del Eterno, la circuncisión es abrogada para los paganos, el bautismo queda como el único signo de la reconciliación del hombre con Dios, los antes desavenidos se abrazan, la conciencia general de los fieles pronuncia su primer palabra de paz, y aquellos hombres extraordinarios, tocados en el corazón por el amor divino, que obra milagros y hace maravillas, se dispersan por el mundo para derramar la salud y la verdad, y encontrar en cambio el dolor y el martirio.

El espíritu de reconciliación entre los dos partidos está admirablemente representado en uno de los monumentos más grandes del primer siglo, las Actas de los Apóstoles. En este libro se vé que la lucha entre los judíos-cristianos y los paganos-cristianos vá á tener un término. Los dos grandes actores del libro, los dos principales personajes son San Pedro y San Pablo; el primero como jefe de la Iglesia, el segundo como Apóstol de los gentiles. Se vé en todo el libro que su autor ha querido arrancar dos banderas distintas á dos partidos batalladores, para unirlos en la enseña común del Evangelio. San Pedro y San Pablo, que el espíri-

tu de secta habia presentado como enemigos, se ofrecen aquí en este libro maravilloso, como dos hermanos que sienten lo mismo, que acarician una misma idea. Es verdad que San Pedro ofrece alguna resistencia á abrazar á los paganos, mas por inspiracion de Dios admite en el seno de la Iglesia al centurion Cornelio. Es verdad que Pablo quiere abolir la circuncision, mas llevado del mismo espíritu, ordena que se circuncide Timoteo. Es cierto que San Pedro ha recibido el expreso mandato de Dios para evangelizar á los judíos, pero tambien es cierto que San Pablo ha recibido a inspiracion divina para evangelizar á los paganos. La vocacion de San Pedro está clara y no necesita el libro insistir en este punto, en que Jesús manifestó su voluntad; pero la vocacion de San Pablo está aun explicada con más insistencia, con más amplitud, con más minuciosidad á los ojos de los primitivos cristianos. San Pablo como San Pedro tiene el don de los milagros, cura á los enfermos, vuelve la luz á los ciegos, el movimiento á los paralíticos, la salud á las almas oscurecidas por el error. La lucha entre los primitivos cristianos se representa más bien que como una consecuencia natural de las ideas, como una discordia levantada por la mano de los fariseos. San Pedro y San Pablo tienen las mismas ideas sobre la fé, sobre la ley, sobre la gracia. Por fin, Pedro y Pablo y todos los Apóstoles reciben por mandato di-

vino en su alma el espíritu de Dios, y el espíritu de Dios les sostiene, y el espíritu de Dios les dá fuerzas para el combate, y el espíritu de Dios reparte la verdad por igual entre todos, y una eterna paz vá á sonreír como iris celeste sobre la frente de la Iglesia, que guarda el pensamiento de Dios.

Este gran cuadro del siglo apostólico lo completa la figura mística, divina, de San Juan, el San Pablo de los evangelistas. Amigo predilecto de Jesús, su discípulo más íntimo, su compañero inseparable; el que recogió todos los secretos de su corazón y vivió al calor de su vida; el que en el desierto, en el torrente Cedron, en el monte de las Olivas oyó sus discursos, vió sus milagros, presenció sus angustias; el que muchas veces velaba en el fondo de las grutas su sueño; el que recogía los frutos para satisfacer su hambre, el agua en el hueco de su mano para apagar su sed; el que sostenía la cabeza del Salvador cuando los dolores de su predicacion y de su apostolado le asaltaban y le oprimian; el que le seguía por el camino del Calvario derramando amargas lágrimas y al pié de la cruz cuando todos le abandonaban recogía su último suspiro, su postrer aliento, y sentía despedazarse su corazón como se despedazaban las piedras y los montes; el Apóstol querido de Jesús, conservando en su pecho aquel amor intensísimo, aquella amistad tan pura, aquel recuerdo de la

gloria que habia circundado la frente del Salvador, sólo, en el mar risueño de la Grecia, abandonado á sus recuerdos y á sus grandes pensamientos, despues de haber recogido el espíritu de Platon, profeta pagano del Cristianismo, escribe su Evangelio, que viene á ser como la hermosa luz que ilumina con místicos resplandores todo el gran cuadro de los progresos del Cristianismo en el siglo primero de la Iglesia.

El Evangelio de San Juan se diferencia de todos los demás Evangelios. Estos son morales, destinados á enseñar la vida práctica de Jesús; el Evangelio de San Juan es dogmático, destinado á mostrar la vida de Jesús en la eternidad. La idea que siempre tienen fija en la mente los tres primeros evangelistas es la idea de la humanidad de Cristo; la idea que tiene fija siempre San Juan es la idea de la divinidad. San Mateo empieza su Evangelio dándonos la genealogía humana de Jesús; San Lucas, describiendo la encarnacion del hijo de Dios y su nacimiento; San Marcos pinta el bautismo; pero San Juan se eleva en alas de su genio á las alturas y vé al Verbo antes que se desplegaran los cielos y lloviera el espíritu creador sobre los cielos las estrellas, y nos ofrece á Jesús en la eternidad. Este es el carácter especial del gran Apóstol. Los tres evangelistas precedentes tienen un espíritu práctico, moral, y el último evangelista tiene un gran carácter místico y teo-

lógico. Él presenta el Cristianismo como la religion absoluta, coadyuvando de una manera maravillosa á la obra de San Pablo. Sus grandes pensamientos son hijos de su corazon y están enrojecidos en el fuego del amor divino. Parece como que su retina conserva la purísima imágen del Salvador, como que su alma lleva grabada en su fondo todos sus amorosos suspiros, todas sus dulces palabras; y que aquellos suspiros y aquellas palabras bastante fecundas para animar un mundo entero, son el alma de su alma, el espíritu de su palabra, la esencia de su idea. El amor llena hasta los abismos más profundos de su alma, el sentimiento es su criterio, el misticismo más puro, más entusiasta, toda su doctrina. El Verbo, sí, el Verbo es toda su idea; el Verbo en la eternidad; el Verbo en el tiempo; el Verbo existiendo como la encarnacion de Dios sobre la tierra. Tal es la primera y la última idea de su Evangelio, la trama de toda su vida espiritual.

La primer idea de San Juan es la idea de Dios, centro de la vida y de la ciencia. Dios en su totalidad, en su esencia, en su naturaleza incondicional y absoluta, no puede ser comprendido ni explicado, segun San Juan, por el humano entendimiento; pero Dios puede ser comprendido y explicado por sus maravillosos atributos, y de aquí la necesidad de que Dios se revele á la inteligencia, no en todo su esplendor y grandeza, sino por

medio de la encarnacion de su Verbo. Dios es, según San Juan, espíritu impalpable para nuestras manos, invisible á nuestros pobres ojos; Dios es luz, y sus resplandores son como un ligero y tenue reflejo de esos mundos que brillan en los infinitos espacios; Dios es amor, y con su amor sostiene la naturaleza y une los corazones y las inteligencias de los hombres; Dios es vida, y esa vida se irradia sobre toda la creacion y la alimenta, pues sin Dios, ni el espíritu sería, ni la luz del sol teñiría los desiertos cielos, ni los séres se enlazarian unos con otros, ni el mundo podría vivir; y la naturaleza y la humanidad serian sombras que se dibujan un instante en la boca de los abismos.

Pero el Dios-esencia, el Dios-espíritu, luz, amor, vida, para revelarse á los mortales; debía encerrar su esencia en una persona, en un hombre, en su Hijo. De aquí la nocion del Verbo, esa nocion que la escuela platónica habia adivinado, que la escuela Alejandrina habia presentido, y que San Juan explica con maravillosa elocuencia, uniendo el espíritu cristiano con todo lo que la filosofía habia sentido de grande y habia pensado de verdadero. El Verbo (logos en el lenguaje de San Juan), es el hijo único que Dios engendró antes del principio de las cosas, distinto del Eterno como persona, idéntico al Eterno como sustancia; palabra creadora, que al caer sobre el caos le dió vida, órden y armonía; revelacion sublime, que

al herir la conciencia humana, le mostró el verdadero Dios, y que como Dios tiene en sí una luz, sin la cual serian polvo y nada todos los séres, todo el universo.

El Verbo ha sido como una segunda revelacion de Dios, ó mejor dicho, como la última revelacion de Dios. La primera revelacion divina es la naturaleza. El cielo azul, sereno; los astros luminosos que lo pueblan; el sol, que llena todas las esferas con su lluvia de luz; los planetas, que giran en concertadas armonías como otros tantos soles; el polvo de mundos que forma esa vía láctea, perdida como un vapor indeciso en los últimos confines del universo; la casta luna que inunda la llamada noche con sus rayos melancólicos y suaves; la tierra que se levanta en los espacios coronada de bosques, envuelta en el azulado manto de sus mares; todos los séres que se desprenden del eterno manantial de la vida y que pueblan el universo revelan, ó con su luz, ó con su respiracion, ó con sus amores, ó con su movimiento, el Eterno artista que los ha modelado, que les ha infundido su sople, que ha concertado sus esferas, que los ha unido en una misma atmósfera; Dios, á cuyos piés han de depositar la parte de vida que les ha tocado, porque Dios es la primera y la última palabra del universo, y sin él, nada sería, y por él todas las cosas se mueven, como que todas le deben su sér y revelan su existencia. Pero esto era la reve-

lacion mediante el universo, y el espíritu humano necesitaba la revelacion inmediata del mismo Dios, que penetrara hasta el fondo de su conciencia, que hablase con voz divina al espíritu; y para este fin supremo el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y nos trajo la eterna palabra, la eterna idea, la revelacion espiritual de Dios, la luz de nuestra alma y de nuestra vida. Dios se revela en el Verbo como amor. Sí, el amor inmenso que posee por el hombre su hechura, por el hombre su hijo predilecto, le ha obligado á desasirse de los brazos de la eternidad, y envolverse en nuestra forma, y sujetarse á nuestros dolores, y pasar esta angustia sin fin, y vivir esta vida tristísima y morir esta muerte congojosa. Pero la muerte es la gran exaltacion de Cristo. Cuando rodeado del pueblo que le escarnece, de los soldados que le hieren, de los escribas y fariseos que le insultan, abandonado de sus discípulos que le niegan y le desconocen, teñido el rostro con la palidez de la muerte, nublados los ojos con un velo de sangre, caída la cabeza sobre el pecho, lívidos los labios, fatigoso el aliento, frios ya todos sus miembros, Jesús siente sobre la cruz el último estertor de la agonía mezclado con la hiel y vinagre que humedecen sus labios, lejos de humillarse en el suplicio y en el dolor, se exalta, se glorifica como en su trono de nubes, vence y encadena la muerte, y desde aquel momento, la cruz, el signo del crimen y de la

deshonra, va á ser el lábaro eterno de la victoria de la humanidad; pues Dios, que tan grande se manifiesta al inclinarse sobre el mundo recién creado para con su omnipotencia dar la vida al hombre, se manifiesta aun más grande cuando se reclina en la tierra por su amor sobre la cruz para recibir de manos del hombre la muerte. Estas dos ideas, la idea de la unidad de la naturaleza divina del Verbo, y la idea no ménos grande, no ménos trascendental de la exaltacion de Dios en la cruz que san Juan presenta con tan admirable sencillez y con un gran rigor lógico y científico, son dos ideas en que la doctrina de San Juan como la doctrina de San Pablo, rompen el círculo de hierro en que los judíos habian querido encerrar la verdad cristiana, círculo de hierro que la hubiera ahogado en el mismo día de su nacimiento.

Frente á frente de Dios se levanta, segun San Juan, el mundo. Dios lo habia creado, y el mundo se volvió contra su Creador. Dios lo habia coronado de flores, y el mundo coronó á Dios de espinas. Dios le habia dado la luz del sol para que iluminara sus días, el pálido reflejo de la luna para que encantara sus noches, y el mundo dió á su Dios las frias tinieblas de un sepulcro. Dios lo habia suspendido en los infinitos espacios con el mismo cuidado que la madre suspende la cuna de sus pequeñuelos, y el mundo suspendió á Dios de un patíbulo. Dios le mandaba su aliento, le re-

frescaba con las claras dulces aguas, y el mundo mandó á Dios su maldicion, y aumentó su sed con hiel y vinagre. Dios hizo caminar al mundo entre los coros de las estrellas inundado de alegría, y el mundo hizo caminar á Dios por las piedras del Calvario y entre las serpientes del desierto. Dios, en una palabra, habia dado vida al mundo, y el mundo dió á su Dios la muerte. Porque este mundo no es aquel mundo primitivo, inocente, que salió de las manos del Creador en los primeros dias de la creacion, sin una sombra, sin una mancha; aquel mundo en que todos los árboles ostentaban flores y frutos, y todas las aves cantaban con mágico acento, y todas las alimañas eran mansas y humildes como palomas, como corderos, y todos los mares mostraban su fondo trasparente como lagos, y todas las estaciones sonreian plácidas como la primavera, y todos los vientos volaban como las suaves brisas y las áuras, y todas las flores destilaban miel como la celeste campanilla, y todos los insectos vestian ligeras alas, hermosísimos colores como la mariposa, y la vida corria tan pura como la inocencia del niño, y el hombre era tan hermoso, tan bueno como los ángeles, con la intuicion de Dios en la mente y el amor al bien en el fondo de su corazon, vaso lleno de todas las bendiciones divinas y perfumado con todos los aromas de la entonces inmaculada naturaleza. Este mundo pre-

sente es un mundo oscurecido, es el mundo, segun San Juan, dominado por Satanás, es un sepulcro cubierto de tinieblas, que en su seno encierra viles gusanos y que anidan las aves nocturnas entre sus sombras, es un mundo maldito. ¿Y quién ha extendido esa sombra? El pecado. ¿Y de quién es hijo el pecado? De la flaqueza del hombre y la tentacion de Satanás, dice San Juan. Pero el mundo, la obra predilecta del Creador, no puede ser siempre esta mansion de tinieblas; es preciso restaurarlo, devolverle su pristina pureza. Para este fin, Dios nos ha enviado su Verbo, su eterna palabra, su revelacion. El rito antiguo ha desaparecido desde este instante, el sacrificio material se ha disipado como una nube de humo, el pueblo escogido ha dejado de poseer la dignidad privativa del sacerdocio; el Verbo no es judío; ni griego ni romano; ha venido del cielo á redimir todo el mundo. San Juan aquí completa la obra maravillosa de San Pablo. Los cristianos perdidos en la sinagoga, los cristianos abrazados al antiguo altar, tendrán que abandonarlo, porque el fuego de ese altar no calienta ya al espíritu humano, que necesita la vida encerrada en la nueva idea que representan los grandes discípulos de Cristo. El Verbo, que trae consigo el amor y la luz del cielo, restaurará el universo, redimirá al hombre, y dándole las fuerzas que le faltan lo llevará á la verdad, al conocimiento de su doc-

trina, testificada por sus milagros, por sus profecías, para que despues de aprender en el Verbo, norma de nuestras acciones, su ciencia el entendimiento, su ejemplo la vida, seamos salvos por su muerte, que fué la manifestacion más clara y más evidente del sublime milagro de su amor. Por eso el Evangelio es la reconciliacion del cielo con el mundo y de Dios con el hombre.

Como se vé bien claramente, toda la doctrina de San Juan está impregnada de un misticismo purísimo y entusiasta. Para él la vida, la luz, la verdad del mundo son como si no fueran; y solo vé en Dios la realidad de todas las ideas, la fuente de toda la vida. El mundo es á sus ojos como una nube de incienso, que debe perderse en la mansion del Eterno. Todas las cosas pasarán: el sol como un relámpago, las estrellas como flores de un dia, el cielo como el suspiro del áura, el mar como una lágrima que se evapora, la tierra como el vuelo de un ave, y Dios quedará inmóvil, recogiendo en su seno inmortal la vida que al morir despidan todas las cosas, uniendo nuevos rayos de luz á las aureolas de sus ángeles con el destello que al apagarse en los espacios producen los mundos, porque solo Dios es la eterna verdad, la eterna luz y la eterna vida.

La idea que más claramente indica el estado del ánimo de San Juan, es la idea de la fé en Dios. La fé para San Juan, como para el Apóstol de los

gentiles, no se reduce á la creencia; la fé abraza también la voluntad. Para creer en Jesús, es necesario asentir á su doctrina é imitar su ejemplo, como decia San Pablo. Además, es necesario, segun el comun pensar de los dos Apóstoles, tener el corazon lleno de amor hácia Dios y hácia nuestros hermanos, sentir esa pasion que nos lleve á vivir en Dios, como Dios vino á morir entre los hombres; para que así sea para Dios nuestra vida un testimonio del amor del hombre, como fué su muerte para el hombre un testimonio del amor de Dios. Al hablar del amor divino, el discípulo querido de Jesús se exalta, se engrandece de tal suerte, toma una elocuencia tan maravillosa, que se conoce muy claramente que aún guarda en su alma la imágen de Jesús y en su corazon los suspiros de su pecho.

Dios, en premio de esta fé tan grande, de este amor, nunca puede abandonarnos. Es verdad que nuestra mente delante del sér absoluto se desvanece como la fosfórica luz de la trémula luciérnaga delante de los resplandores del dia; pero la idea abstracta y pura de Dios se hizo concreta y humana en el Verbo, para que nosotros la oyéramos con nuestros mismos oídos, la viéramos con nuestros mismos ojos, la amáramos con nuestros mismos corazones, y siguiéramos sus huellas impresas en el polvo de la tierra con nuestra pobre vacilante planta. Es verdad que el Hijo de Dios

nos abandonó en la tierra; porque si bien pobló de sus palabras el aire, y purificó con sus lágrimas los arroyos, y regó con su sangre las piedras, y tiñó con su mirada los cielos, y llegó á tocar con el reclamo de su amor los corazones, tambien es cierto que murió en la cruz, y se durmió en su sepulcro, y despertó para volver resplandeciente de gloria al lado de su Padre. ¿Y es posible que despues de aquella pasion tan cruenta, de aquellos padecimientos tan intensos, de aquella muerte tan gloriosa, aún estemos huérfanos y vivamos sin Jesús, que tanto nos ha amado? San Juan no deja en este desconsuelo el corazon del hombre, no; le enseña, que así como el Padre se revela en toda la primera fase de la eterna religion, en la Biblia, y el Hijo en toda la segunda fase de la eterna religion, en el Evangelio, el espíritu procedente del Padre y del Hijo se revelará en toda la historia, en toda la vida, siendo como el lazo de amor que une la tierra con el cielo, como la eterna presencia de Jesús en la naturaleza y en el espíritu, como la mística paloma que trae en su pico el pan de la vida para sostener al hombre. El Padre es el sér absoluto, es la esencia divina, es el eterno vivificador de la naturaleza y del espíritu, es la vida; el Hijo es la idea concreta, es la encarnacion de la divinidad en el hombre, es el amor; el espíritu es la ciencia, es la eterna inspiracion de Dios en la humanidad, es la luz; y

así Dios llena toda el alma de la humanidad. ¿Y el corazon del hombre podrá faltar á Dios, que le trajo la luz, el amor y la vida? El hombre, que conoce á Dios, lleva en sí su espíritu, y no puede faltar á su amor. Cuando el hombre falta, cuando peca, es porque no reconoce ni recuerda la idea de Dios, y el sentimiento que tiene de su poder y de su grandeza. El cristiano, que recuerda el sacrificio de Dios por su alma, no mancha el alma santificada por las bendiciones y el rocío del cielo. El cristiano vuelve á Dios todo el amor que Dios le ha inspirado. Y al mismo tiempo que vuelve á Dios ese amor, lo irradia en rayos de suave luz sobre sus hermanos en Cristo, sobre los individuos de una misma comunión, sobre los hijos de una misma Iglesia. Y este amor bañado en la luz divina, es como la esencia, como el aroma purísimo de ese otro amor, que los hombres deben sentir entre sí para extender su alma por el mundo y dilatar su vida hasta el cielo. Porque si el hombre se ama solo á sí mismo, su alma se torna estéril, y si ama á Dios y en Dios á los demás hombres, su alma es como una armonía viva, como una imágen del cielo. Solo en Dios el hombre alcanzará la vida.

La vida en Cristo no es la vida que se pierde como una hoja seca, no es la vida que pasa como un suspiro, no es la vida que se desvanece como una sombra, no es la vida que se evapora como

una lágrima, no es la vida que se disipa como un aroma, no es la vida manchada por el insecto roedor, herida por llagas cancerosas, vida imperfectísima que tiene siempre sobre sí pendiente como una eterna amenaza la guadaña de la muerte, no; no es esa vida llena de angustias y dolores que se hiere con el placer como con la desgracia; que está inquieta en el reposo é inerte en el movimiento; que toma todas sus ideas por sombras sin color, y sigue con ánsia una sombra; vida de un día, que es como una perpétua congoja; no: la vida en Dios, la vida que guarda bajo sus narcaradas alas el ángel de nuestra esperanza, es serena, tranquila, libre de imperfecciones y de continuos cambios, perenne, y corre delante de Dios en majestuoso curso entre un cáuce de flores que han hecho brotar sus virtudes, reflejando en la corriente de la actividad infinita de su pensamiento y de su amor toda la hermosura y toda la claridad de los cielos, como que es la vida, que ascendiendo en impalpables vaporosas gasas desde el barro de este bajo mundo á las alturas, se ha condensado nuevamente al beso de Dios en la eternidad, cual una transformacion maravillosa de nuestra naturaleza en otra naturaleza más grande y más sublime, en que la inteligencia tiene la intuicion de lo infinito y el corazon se pierde en el divino amor. Esta vida es la promesa de Jesús, es el premio de la redencion, es la esperan-

za del corazon, es el eterno ideal que se oculta entre los resplandores del cielo, es la estrella que el Apóstol querido señala á sus discípulos como el eterno objeto de sus deseos y de sus pensamientos, es el resúmen de toda su doctrina, de todo su maravilloso Evangelio.

San Juan representa las dos fases de la idea cristiana en este primer siglo. Por el Apocalipsis pertenece á la primera época, por el Evangelio á la segunda. En el Apocalipsis se ve por sus ideas, por sus imágenes, por sus cuadros, que el sentido de los cristianos sometidos á la sinagoga domina aun su corazon y su inteligencia; en el Evangelio se ve por sus ideas, por sus imágenes y por sus cuadros, que ha respirado el balsámico soplo de la Grecia. En el Apocalipsis nos presenta el leon de Judá irritado, los muertos levantándose de su sepulcro al eco de la trompeta del ángel, los mártires agitando sus palmas y pidiendo al Señor un castigo para sus verdugos; y en el Evangelio nos ofrece el Dios de amor, la nueva vida en el cielo, la fuerza del Verbo para salvar el mundo, las eternas esperanzas, que se guardan tras los coros de los mundos. En el Apocalipsis, todos los recuerdos son de la Biblia, todas las ideas están impregnadas del espíritu judío, que es la primer manifestacion del Cristianismo; en el Evangelio, todos los recuerdos son puramente cristianos, todas las imágenes caen de un corazon encendido

en amor purísimo, todas las ideas están impregnadas de ese espíritu universal, que rompiendo la corteza del antiguo templo, se dilataba por todo el mundo y recogía en su seno á todos los pueblos. El Apocalipsis y el Evangelio son dos monumentos cristianos, hijos de un mismo autor, pero escrito el primero á la sombra de la idea antigua para edificar al pueblo hebreo, y escrito el segundo entre los reflejos del mar de Grecia para atraer á la nueva religion todos los hombres, para bautizar en el nuevo espíritu de vida especialmente á los paganos. Así el Evangelio rompe el recinto estrecho en que se agitaban los primitivos cristianos, muestra que el templo más digno de Dios es la conciencia de la humanidad, enseña las ceremonias y los ritos caídos en el polvo merced á la reconciliación del hombre con su Criador por medio del Verbo, y abre los brazos para recibir á los paganos, á todas las gentes, porque Jesús no es solo hijo de Dios, es hermano de todos los hombres, y ha sido enviado para redimir de la culpa á todos los pueblos. El destino del primer siglo está consumado.

Resumamos todas las ideas capitales que hemos encerrado en estas dos lecciones, que estudian el Cristianismo en su primer siglo. El pueblo judío debía ser elegido para dar la idea religiosa al mundo, porque el pueblo judío guardaba en su templo la unidad de Dios. El pueblo judío había

llevado esta idea entre las tempestades, y como un solitario, como un eremita, se había refugiado en el seno de una caverna para que el viento no apagase, no extinguiese su idea. Todas las razas de la tierra habían pasado ante el pueblo judío, y el pueblo judío había resistido á sus espadas, á sus encantos, á sus cadenas. Babilonia le había sometido, y en su cautiverio se dilató el horizonte de sus esperanzas. Grecia cantó sus antiguas dulces armonías en sus oídos, y la idea griega fué como una flor nueva nacida en el ara de Jehová. Alejandro con su espada abrió un camino triunfal á la idea griega, y el pueblo judío holló este camino para llevar por el mundo su Dios y su culto. Roma llevó á Jerusalem sus águilas, y bajo las alas del águila creció el espíritu del pueblo judío, la idea de su conciencia y de su vida. Protestó contra los romanos con todo el vigor de su espíritu, y vencido, no se resignó á su vencimiento. La esperanza de su salvador, de su mesías, fué el refugio, el asilo de su corazón atribulado y dolorido. Todos los días en las calles de Jerusalem se levantaba un libertador, que blandía su espada como una eterna amenaza sobre la frente de los romanos. Estos libertadores del pueblo vivían vida tempestuosa en las calles y en los campos, y morían muerte dolorosísima en el patíbulo, en la cruz. Y de aquí dos partidos en el seno de la Judea, un partido, que transigia con el espíritu

pagano, el saduceo; un partido rígido, severo, incontrastable, que no transigia con el espíritu de ningún pueblo, con la idea de ninguna raza, los fariseos. El saduceo llevaba al pueblo judío las ideas de todos los pueblos, y el fariseo aislaba al pueblo judío en el seno de su templo, para que su idea no se perdiese entre el táfumulo de los antiguos dioses. Y allá en el fondo de los desiertos, lejos de la vida civil, política y religiosa de los hebreos, se refugiaban sectas que rompían todo lazo con la tierra, que vivían vida común, que buscaban un nuevo Dios en la soledad de su pensamiento y de su conciencia. Y aquí, en el desierto, se levantaban los últimos profetas, los que venían á preparar las vías al verdadero Dios. Por fin, y en consonancia con las promesas del Señor, y con el estado febril verdaderamente extraordinario del pueblo, aparece en la Judea Jesucristo, el Redentor de los hombres, el Salvador, no de un pueblo, no de una raza, no; el Salvador de toda la humanidad. Nacido en la pobreza, criado en el dolor, errante en sus primeros años, encerrado en los desiertos, seguido de unos pobres discípulos educados en las orillas del mar de Tiberiades, al revés de todos los reveladores, no se dirigió á los sacerdotes, sino al pueblo; no predicó á los soberbios, sino á los humildes; no amó á los fuertes, sino á los débiles; no buscó guerreros que extendieran por la fuerza su doctrina, sino el corazón

del niño, el amparo del desvalido, las lágrimas de la pobre mujer, las bendiciones de los desheredados; y con su doctrina y con su ejemplo mostró que no solamente traía á la tierra y á la conciencia humana una nueva idea, sino también una nueva vida. Cristo no había venido á destruir la ley y los profetas, sino á completarlos y cumplirlos; no había venido á continuar la opresión de los pueblos, sino á declararlos á todos libres, iguales y hermanos; no había venido con sed de mando y de riquezas, sino con sed de amor para el pobre; no había venido á mantener la ley del fuerte contra el débil, sino á exaltar al humilde, al desgraciado, al inocente; no había venido á continuar la guerra del hombre contra el hombre, sino á volver bien por mal, á orar por los que le perseguían y le calumniaban, á ofrecer un ideal de perfección á sus enemigos, á dar vida eterna con su muerte á sus mismos martirizadores, á sus propios verdugos; señal evidente de que encerraba en sí la naturaleza de un Dios. Esta doctrina debía ser contrariada por los fariseos, debía ser perseguida por los sacerdotes de la antigua ley. Y en efecto, Jesús muere, pero deja su herencia á sus discípulos. Era necesario extender esta gran doctrina moral del bien práctico y positivo por el Oriente, embriagado con su misticismo y sus ensueños; ofrecer este ideal de dolor y de sufrimiento á la Grecia, hundida en su lecho de flores

y embriagada con su vino de Chipre; elevar este ideal de la debilidad y de la mansedumbre á los ojos de la Roma pretoriana, adoradora de la guerra; infundir, en una palabra, este soplo de libertad en la tierra bien hallada con su antigua histórica servidumbre. Y para esto, el espíritu de Dios descendió del cielo á iluminar á los Apóstoles de la nueva doctrina, porque el espíritu de Dios jamás abandona á la tierra en sus grandes crisis, á la humanidad en los momentos decisivos de su vida. El Cristianismo venia de la antigua ley, pero era necesario que rompiese sus ceremonias, sus ritos, como la caña de trigo rompe la semilla para dar de sí más tarde la dorada espiga. El Cristianismo debía manifestar en su primera manifestacion que era hijo natural del Antiguo Testamento, porque si no nunca hubiera convertido al Oriente. Y esta primera necesidad la satisfacen San Pedro y Santiago. San Pedro y Santiago no se apartan de la sinagoga, no llaman á los paganos, no quieren que los neófitos sean admitidos sino despues de la circuncision y de las ceremonias antiguas, fundando aquella primer Iglesia de Jerusalem, humilde, modesta, que maldice á los poderosos y exalta á los pobres, que establece la comunidad de bienes, que no extiende sus ojos más allá de la Judea. Esta primera manifestacion cristiana está perfectamente representada por Santiago y San Pedro. Y la doctrina cristiana no debía encerrarse en el

Oriente, debía pasar á Roma, porque si era necesario que el Oriente se despertase de su ensueño místico para darse á las buenas obras, era tambien indispensable que Roma encontrara un ideal de virtud capaz de domeñar su fuerza; y Grecia, un amor purísimo, que la limpiara de sus amores epicúreos y carnales; y el mundo, la libertad y la vida, que lo sacaran del fondo de las gemmonías de los esclavos. Para mostrar el Cristianismo universal, Dios tocó en el corazon de uno de sus más ardientes enemigos, en San Pablo. Con él comienza la edad de la fé y concluye la edad de los ritos y de las ceremonias antiguas. Activo, batallador, de un carácter severo, de una fuerza de voluntad incontrastable, innovador como toda alma grande y generosa, práctico, sumamente práctico y positivo en sus obras, gran organizador, carácter que parece impropio de los Apóstoles y propagadores de una nueva idea y de una nueva doctrina, sufrido como un mártir, dispuesto á desafiar toda suerte de inclemencias por su fé; el gran Apóstol, alza sobre las ruinas de la sinagoga la Iglesia universal, abre los brazos á los gentiles, destruye los ritos y las ceremonias mosaicas, proclama que la verdadera circuncision es la circuncision del alma, predica la salvacion por la fé en la verdad viva y manifesta en Cristo, nos ofrece al Salvador como la imágen visible del Dios invisible, como el resplandor de su gloria, como la en-

carnacion de su sustancia, único mediador entre la tierra y el cielo, y de esta suerte muestra la universalidad de su doctrina y la grandeza de su fé. Era necesario extender estas doctrinas por otros más dilatados horizontes, mostrar que el Verbo está en Dios como la luz en el sol, como la vida en el mundo; unir los hombres con su Dios por medio del amor, de la caridad, y este gran fin lo cumple San Juan, el discípulo predilecto, el compañero de Jesús, el testigo de su muerte y de los triunfos de la Iglesia; San Juan que vive un siglo y que corona con su Evangelio los tiempos apostólicos.

Las ideas principales de San Juan son la explicacion del Verbo y las relaciones del hombre con Dios. El Verbo en la tierra habia sido explicado antes de San Juan; la explicacion del Verbo en el cielo corresponde á este maravilloso Apóstol. Y al mismo tiempo que explica las relaciones de identidad y de diferencia del Verbo con Dios, explica las relaciones de armonía del hombre con su Creador. San Juan, iluminado con ese amor divino, que es la esencia de su vida, la luz de su doctrina, no se contenta con acercar los hombres á Dios, quiere unirlos, sí, unirlos indisolublemente por medio del Verbo, Dios y hombre á un mismo tiempo; del Verbo, que abre á la frágil humanidad el océano de la vida celeste, de la vida perenne, de la vida divina, en cuya presencia son co-

mo minutos los siglos de los siglos. San Juan explica tambien admirablemente el sentido de la vida futura, no bien comprendida por los primitivos cristianos. Por medio del amor el Padre está unido con el Hijo, y el Hijo con el Espíritu, y el Espíritu con la Iglesia, y la Iglesia con toda la humanidad. Así el hombre se levantará del fondo de la tierra, se despertará del seno de la muerte, y transformándose por la gracia y el amor divino, dejará su frágil naturaleza, su naturaleza de un dia aquí en la tierra, para subir más allá de los mundos á participar en el seno del Padre de esa vida divina, que ha criado todo el universo. Hé aquí cómo Dios habia completado su idea. San Pedro, Santiago y San Marcos habian explicado la ley; San Pablo, San Estéban y San Lucas, la fé y la idea de la humanidad unida en el Cristianismo; San Juan el amor y el Verbo unido con Dios. Tal es la doctrina contenida en los primeros monumentos del Cristianismo. El Padre, centro de la vida; el Hijo, revelacion del Padre en el tiempo; el Espíritu, unido con el Padre y el Hijo y revelándose á toda la humanidad en la Iglesia. El Padre como Creador es vida; el Hijo como Redentor es amor; el Espíritu como Revelador es luz. El Padre, el Hijo y el Espíritu son la vida, la luz y el amor del mundo. No lo olvidemos. Todavía me parece que veo á Jesús en la montaña predicando una moral como no la habian podido presentar los

filósofos del mundo; todavía el eco de su palabra está en el aire bendito que respiro, porque las palabras del sermón de la montaña todos los días me las repetía mi madre; todavía me parece ver al jefe de la Iglesia llamando á los judíos, esta bleciendo la Iglesia, espirando en el polvo de la ciudad romana, en aquel polvo, del cual, como del polvo del Paraiso, habia de salir una nueva humanidad; todavía me parece que veo al Apóstol de los gentiles, perseguido por los fariseos, calumniado por sus hermanos, lleno de tribulaciones, entre los tormentos y el fuego de las hogueras y los ahullidos de las muchedumbres, predicar la verdad divina; todavía mi espíritu se detiene en Efeso, se cierne sobre la isla de Patmos, y en aquella hermosa soledad, en la hora en que la sirena griega exhala su último cántico en las ondas celestes del Mediterráneo, y el sol se pierde en el indeciso límite del horizonte, y aparece la primera estrella en el desierto cielo, vé como el Apóstol querido escribe su Evangelio, la última palabra del Cristianismo en el primer siglo, la corona de esta obra inspirada por Dios, que va á ser el ideal de la humanidad.—He dicho.

EL GNÓSTICISMO.

LECCION SESTA.

SEÑORES:

Hemos visto el Cristianismo en el primer siglo; sí, el Cristianismo en su movimiento interno, en su progreso propio, en sus dogmas, fuera del contacto de toda otra idea, de toda otra escuela. Le hemos visto nacer con el Salvador, triunfar desde la cruz, extenderse por Oriente con San Pablo, por Roma con San Pedro, por Grecia con San Juan. Hemos visto que contenia en sí la idea del Padre, del sér eterno, absoluto, superior á la idea del Oriente; la idea del Verbo como no la habia concebido Grecia; la idea del espíritu, á que no habia llegado Roma en su trabajo por constituir la unidad del mundo y de la humanidad. El Oriente, ese gran cenobita, ese gran solitario de la historia antigua, meditando en el fondo de sus bosques, á la orilla de sus lagos, al pié de sus volcanes, en las

filósofos del mundo; todavía el eco de su palabra está en el aire bendito que respiro, porque las palabras del sermón de la montaña todos los días me las repetía mi madre; todavía me parece ver al jefe de la Iglesia llamando á los judíos, esta bleciendo la Iglesia, espirando en el polvo de la ciudad romana, en aquel polvo, del cual, como del polvo del Paraiso, habia de salir una nueva humanidad; todavía me parece que veo al Apóstol de los gentiles, perseguido por los fariseos, calumniado por sus hermanos, lleno de tribulaciones, entre los tormentos y el fuego de las hogueras y los ahullidos de las muchedumbres, predicar la verdad divina; todavía mi espíritu se detiene en Efeso, se cierne sobre la isla de Patmos, y en aquella hermosa soledad, en la hora en que la sirena griega exhala su último cántico en las ondas celestes del Mediterráneo, y el sol se pierde en el indeciso límite del horizonte, y aparece la primera estrella en el desierto cielo, vé como el Apóstol querido escribe su Evangelio, la última palabra del Cristianismo en el primer siglo, la corona de esta obra inspirada por Dios, que va á ser el ideal de la humanidad.—He dicho.

EL GNÓSTICISMO.

LECCION SESTA.

SEÑORES:

Hemos visto el Cristianismo en el primer siglo; sí, el Cristianismo en su movimiento interno, en su progreso propio, en sus dogmas, fuera del contacto de toda otra idea, de toda otra escuela. Le hemos visto nacer con el Salvador, triunfar desde la cruz, extenderse por Oriente con San Pablo, por Roma con San Pedro, por Grecia con San Juan. Hemos visto que contenia en sí la idea del Padre, del sér eterno, absoluto, superior á la idea del Oriente; la idea del Verbo como no la habia concebido Grecia; la idea del espíritu, á que no habia llegado Roma en su trabajo por constituir la unidad del mundo y de la humanidad. El Oriente, ese gran cenobita, ese gran solitario de la historia antigua, meditando en el fondo de sus bosques, á la orilla de sus lagos, al pié de sus volcanes, en las

riberas de aquellos caudalosos rios, entre el ruido que producía la vida de tantos seres como engendraba su exuberante naturaleza, no había llegado por ningún esfuerzo de su misticismo á comprender el Dios creador, conservador de todas las cosas, distinto del mundo, más hermoso que la noche estrellada, que la luna rielando en el mar, que el sol naciendo entre las blancas espumas; no había llegado á esta idea, sino por el milagro de un pueblo, pequeño, oscuro, despreciado de todos, esclavo en Babilonia, esclavo en Nínive; pueblo, que guardaba en el fondo de sus desconocidos desiertos y de sus grutas la verdadera raiz de la verdadera religion. Grecia, la sacerdotisa del hombre, la que había bajado á las orillas del mar á recoger perlas para su corona, la que había cubierto de flores su peana, la que había engarzado las estrellas en su palacio, la que había puesto en sus manos una hermosísima lira, en sus labios un eterno cántico, en sus ojos una luz más deslumbradora que la luz del sol, en su frente una idea absoluta, la que le había enseñado que en todos los seres, en toda la naturaleza, lo mismo en la gota de rocío que en el aliento del aura, lo mismo en la hoja del árbol que en la cinta de alga, se encierra un suspiro de su amor, un reflejo de su espíritu; Grecia, la eterna artista de la historia, despues de haber recogido la voz del hombre en todos sus poemas, la idea del hombre en todas sus

escuelas, las formas del hombre en todas sus estatuas, las fuerzas del hombre en toda su naturaleza, la idea del hombre en toda su vida, no había llegado, sin embargo, á comprender que el hombre podía recibir en su carne, en su organizacion un Dios, dispuesto á exaltarle, á darle su vida, á divinizar hasta sus dolores, hasta su muerte. Y Roma, sí Roma, que había abandonado su cabaña, su sencilla primitiva vida del campo para lanzarse audaz á los combates á dar unidad á todas las razas, disciplina superior á todos los pueblos, á unir el Oriente con el Occidente, Grecia con Asia, Jerusalem con Babilonia, Alejandría con Italia, el mundo entero hasta entonces fraccionado consigo misma, Roma no había podido fundar su unidad en una idea superior á su ciudad, superior á su derecho, superior á la fuerza de sus ejércitos y á las lanzas de sus soldados, en la unidad del espíritu que traía consigo la nueva religion. Y hé aquí, señores, tres mundos, tres épocas de la historia, trabajando incesantemente, hiriendo los cielos y la tierra para encontrar tres ideas, y no hallándolas perfectas y cumplidas sino cuando amanece un nuevo dia en la historia y empieza una nueva fase en la vida de la humanidad.

¿Pero cuál fué la primer impresion que el Cristianismo hizo en la conciencia del mundo pagano? ¿Cómo recibió sus dogmas? ¿Cómo comprendió sus

primeras ideas? ¿Cómo interpretó sus secretos? Cuestión es, señores, difícil, pavorosa y que abordo con recelo, con temor, contando con la benevolencia de los que han tenido valor bastante para seguirme hasta aquí. El mundo antiguo se divide en dos grandes porciones en el espacio, en dos grandes épocas en el tiempo, en Oriente y Occidente. El Oriente, primer albor de nuestra idea, primer florecimiento de nuestra vida, primera manifestación de nuestro espíritu, rodeado de la naturaleza que lo envuelve como una gasa, lleno de savia como el arbusto en primavera de flores, perdiéndose en el seno de la creación como el vapor de sus lagunas, por el instante en que aparece en la historia, por el medio en que vive en el mundo, viene á representar el sueño de la inocencia, la exaltación del misticismo, el hombre escondido en el polvo, y el espíritu escondido en el hombre, como la miel y el aroma se esconden en el seno de la flor antes que haya abierto sus hojas y haya regalado al viento sus esencias.

Por eso el Oriente debía tener en la historia un carácter exaltado, místico, religioso. El soldado, que pelea por su religión; el eremita, que se macera; el solitario, que se pierde en la contemplación de su Dios, debían ser como las estatuas levantadas sobre esa gran cuna de la humanidad. El oriental se apartaba de la tierra, de la vida práctica, deponía su conciencia en el ara del sa-

cerdote, su voluntad en el carro triunfal de su rey, su futura suerte en manos de sus dioses, su porvenir en la transformación de su ser en otro ser, su vida en la naturaleza, su personalidad en la casta; y no acertaba á comprender qué destino venía á cumplir en la inmensidad de la creación el hombre, suspiro de un instante, fantasma pasajero, ténue vapor de la vida universal, mustio rayo de la luz eterna, pequeño átomo de la infinita y absoluta sustancia. Por eso es necesario ver, estudiar qué impresión hacía en su ánimo místico, soñoliento, exaltado, una religión práctica, positiva, una moral que hacía consistir la virtud, no en la contemplación mística y silenciosa de Dios, sino en la actividad del espíritu, en las buenas obras; una vida, en fin, que devolvía al hombre la conciencia de su personalidad y al espíritu lo que el oriental no había comprendido ni había soñado nunca, perdido como estaba en la creación, su santa libertad.

Y al mismo tiempo que el Oriente debía sufrir una impresión profunda con la idea cristiana, el Occidente, Grecia y Roma debían sufrir otra impresión no ménos trascendental y extraordinaria.

El mundo clásico tenía un carácter positivo, práctico, limitado á la vida presente, á la vida real. Sus dioses eran hombres; sus templos casas; sus cielos montañas tocadas por las humanas manos; sus dogmas hermosas poesías, armoniosísi-

mos cánticos; sus ceremonias danzas alegres, dramas, coros, procesiones cubiertas de flores; sus víctimas corderillos, palomas que abrasadas en el sacrificio se perdían entre los pliegues del cielo como una nube de estío; sus tumbas hermosos cenotáfios coronados de estatuas rientes; su gran libro teológico la conciencia humana; su primer sacerdote el pueblo; su eterna mansión la tierra; su ciencia religiosa la filosofía; y todas sus teogonías, y todos sus recuerdos y todas sus esperanzas eran símbolos y nada más que símbolos de las fases, de las transformaciones, de los aspectos, de las formas que toma la vida de la humanidad en la historia y en la naturaleza. ¿Qué impresión había de producir en el ánimo de aquellas naciones guerreras, de aquellas naciones artísticas, de aquellas naciones filosóficas, dispuestas siempre á creer que toda su vida se encerraba en los límites de la tierra, que todo su destino se cumplía en las esferas de la historia, aquella religión espiritualista, trascendental, que mostraba al hombre una idealidad inagotable en el cielo, un Dios escondido en la eternidad, un espíritu invisible, derramado como eterna fuente de vida en la conciencia y en la naturaleza, un alma inmortal, un destino infinito, destino que debía cumplirse no aquí, no en este mundo de un día, sino en otro mundo más bello, superior al sentido en que el hombre, despojado de esta vestidura mortal, de esta organiza-

ción que los griegos habían creído el eterno tipo de la hermosura y del arte, debía por su propia intuición ver y amar á Dios en esencia y en espíritu?

Ah, señores, el Cristianismo debía por vez primera en su aparición, trastornar completamente el espíritu del Oriente y de Grecia. El cenobita oriental debía levantarse del polvo, sacudir su largo sueño y darse á la actividad del espíritu; y el artista griego debía sacudir su corona de verbena, su eterna sonrisa y darse á la contemplación de Dios. El uno debía fijar los ojos en la tierra, para comprender que en la tierra se siembra el grano que más tarde se ha de recoger en el cielo; y el otro debía levantar al cielo sus ojos para comprender que del cielo viene la luz que baña esta vida, que ilumina y vivifica este mundo.

El Cristianismo realizaba en la conciencia una idea semejante á la idea que Roma realizaba en el espacio. Si alguna vez hubierais dudado de la armonía viva que existe entre el espíritu y la naturaleza, entre la conciencia y la vida, entre la filosofía y la historia, este espectáculo del Cristianismo y de Roma sería bastante á convenceros de que es tan imposible separar la idea del hecho, la idealidad científica de la realidad histórica, como es imposible separar, divorciar el alma del cuerpo. Roma traía la unidad del hombre, y el Cristianismo la unidad de Dios. Roma conquista-

ba todas las razas con su espada, y el Cristianismo con su doctrina. Roma daba á la humanidad un cuerpo, y el Cristianismo un espíritu. Roma reunía en su recinto el espíritu político del Oriente y de Grecia, y el Cristianismo reunía en sus dogmas el Dios de Oriente y el hombre de Grecia. Roma realizaba una revolucion material, profunda, profundísima, y el Cristianismo realizaba una revolucion en la conciencia trascendental, inmensa. Roma bajaba las gradas del Capitolio con sus emperadores y con sus soldados, y el Cristianismo subía esas gradas teñidas de sangre con sus doctores y con sus mártires. Roma debía sellar el libro del antiguo derecho, de las legislaciones antiguas y revelar la idea de un nuevo derecho humano, y el Cristianismo debía sellar el libro de las antiguas teologías, de las antiguas religiones, y derramar una nueva idea religiosa en el mundo. Roma infundía el Oriente en Grecia y Grecia en el Oriente, y el Cristianismo debía reunir los orientales, los griegos, los romanos, todos los hombres, en la luz del cielo, en el espíritu de la verdad y de la justicia.

Pero era difícil que el mundo antiguo adivinara toda la trascendencia de las ideas cristianas. Para separarse el mundo de sus antiguos altares, de sus primitivos dioses, necesitaba hacer un esfuerzo supremo sobre sí mismo, porque nada es tan triste como dar un adiós á lo que por espacio

de muchos siglos ha sido nuestra vida. Así es que los pueblos antiguos pedían á la nueva idea, á la nueva religion, que les dejase vivir un poco al pié de sus altares, que admitiese sus dioses nacidos en el seno de la naturaleza, que les permitiera llevarles las ofrendas de sus antiguos sacrificios, celebrar las ceremonias de sus antiguos ritos, acariciar los pensamientos de sus antiguas teogonías, ó al ménos que entrara en sus templos, y viera el resplandor de su lumbre, el ara cubierta de flores, la víctima coronada, el pueblo llevando las ofrendas de la naturaleza, los coros de las vírgenes, las danzas que trenzaban las jóvenes delante del altar, las hermosas estátuas resplandecientes de alegría, las esperanzas, las ideas que encerraban todas aquellas fiestas, y despues dijese si debía morir irremisiblemente tanta grandeza y tanta hermosura. Y de este esfuerzo para unir el paganismo con el Cristianismo nació evidentemente la principal idea gnóstica, que representa la primer impresion que en la conciencia pagana hizo la nueva idea religiosa. Era imposible, absolutamente imposible, que el paganismo comprendiera el Cristianismo en un momento, en uno de esos momentos que Dios guarda para sus elegidos. Antes de llegar á comprender en toda su pureza la idea cristiana debía andar la conciencia extraviada; cayendo y levantando, errando mucho, como sucede al que aprende una nueva doc-

trina, una nueva ciencia. El paganismo comprendía, adivinaba que era cercana y fatal la hora de su muerte. Los emperadores habían convertido en una política la religión, señal evidente de la muerte de las religiones; los filósofos abandonaban los templos para enseñar un Dios más puro en las escuelas; los poetas iban desterrando de sus teogonías aquellos antiguos genios que habían dado su lira á Homero y á Píndaro; los estatuarios no derramaban en el mármol aquel fuego celeste que tenía el Júpiter de Fidias, y en vez de dioses modelaban hombres; los guerreros fiaban más en sus propias fuerzas y en su propia espada que en la espada de Marte; los navegantes no veían formarse en las indecisas líneas de las olas y entre las blancas espumas la imagen de Glauco ceñido de algas y de perlas; los altares poco á poco iban quedando en el aislamiento; los pueblos guardaban del culto la materialidad, la ceremonia exterior, la liturgia, pero no la idea; los sacerdotes gemían en la soledad, los oráculos callaban, las tradiciones se perdían; y así mientras se desertaba de la mágica hermosura del paganismo la naturaleza, y huían los faunos de los campos, y se desvanecían las náyades, y se ahogaban las sirenas en el mar, y se reunían como en un sepulcro todos los dioses mutilados en el Panteón, todos vencidos, todos hechos trofeos de las fuerzas del hombre, la conciencia humana que no

puede vivir sin un Dios, sin aspirar á lo infinito, se abrazaba al Cristianismo, pero volvía los ojos á sus antiguos templos donde humeaba aun el fuego del sacrificio, donde exhalaba sus aromas la religiosa verbena, donde aun estaba henchido el aire con los cánticos de los antiguos poetas.

El espíritu pagano hacia un esfuerzo para infiltrarse en el Cristianismo. Conocía que su vida pasaba, y quería dilatar en la nueva religión su vida. Para conseguir este fin, envolvía sus dioses, sus genios, en el manto rasgado del Dios del Oriente, y los llevaba al templo de la nueva religión. Creía, en un arrebató de locura, que era posible bautizar con el agua purísima del Jordán á Juno, á Vénus, á Júpiter, á todo el Olimpo. No el podía comprender cómo habiéndose encarnado espíritu de Dios en el hombre, ese espíritu rechazara las encarnaciones de otros dioses en el seno de la naturaleza. El paganismo se resistía retirándose. Dejaba en buen hora la cúspide de la creación, la eternidad, los cielos al Dios-Padre y á su Verbo; pero quería que ese inmenso espacio extendido entre el cielo y la tierra, ese vacío fuera poblado por sus antiguos genios, que Cástor y Pólux lucieran aun en las estrellas, que Apolo guiara el sol y concertase la armonía de las esferas, que Júpiter vibrara el rayo, que Juno perfumase con su aliento los aires, que Vénus se meciera hermosa en las ondas del plateado mar, que

la naturaleza se conservara con todos sus genios, con todos sus dioses, con toda su vida, para que el monoteísmo oriental no secara esa fuente de inspiración de los poetas y no quitase ese último asilo á la rica fantasía de los pueblos, necesitada de dioses, de armonías, de cánticos, de toda la variada vida del paganismo. Y de esta suerte las escuelas gnósticas venían á mostrar que no habían comprendido la trascendencia de la religión cristiana, que venía á matar el dios naturaleza, para dar libertad al espíritu.

Pero no es solamente este carácter el que presenta el gnosticismo; ofrece también un carácter muy digno de señalarse. Así como las almas apegadas á la religión de sus padres quieren que el paganismo, en cuanto sea posible, se salve delante de la nueva religión, las almas incrédulas quieren que el paganismo cobre su vida en el filtro de la magia para contrastar la religión cristiana. Para estos ya no es el paganismo aquella religión sencilla de la naturaleza, en que el culto es la ofrenda del campesino y del labrador, en que los dioses gozan de una eterna tranquilidad, en que las vírgenes danzan y cantan sencillamente al compás de sus liras, recordando ora la primavera, ora las lluvias benéficas, ora la siega, ora los frutos del otoño, no; el paganismo ha perdido esta inocencia primitiva, candorosa, y se ha armado fuertemente para resistir á la nueva reli-

gion, ha entrado en las cavernas mágicas del Oriente, ha visto hervir las sustancias en las calderas de los hechiceros, ha probado aquellos filtros, ha recogido aquellos conjuros, y trasformándose en esta nueva vida, llena de amuletos, de sortilegios, de demonios, de genios extraordinarios, espera hacer lanzar á la humanidad de su seno el espíritu del Cristianismo. ¡Cuántas veces se veía en la antigua Atenas, en la severa Roma, que mientras el templo estaba desierto, mientras el sacerdote se afanaba en vano por atizar el fuego del sacrificio, mientras los misterios de Eleusis se veían abandonados; el pueblo, aquel pueblo que había vencido con sus dioses y por sus dioses, anhelante, respetuoso, medrosísimo se acercaba al hechicero persa, que ceñido de blanca túnica, envuelto en manto de púrpura, coronado con la tiara de oro, agitando en sus manos un hierrecillo, profiriendo balbucientes palabras árabes, trazaba círculos mágicos al rededor de su pueblo, le infundía una voluptuosidad extraordinaria, lo atraía como la serpiente al pajarillo, lo domaba, le hacía reír, cantar, llorar, le abría los secretos de lo por venir, los misterios del templo, le explicaba sus propios dioses, su propia religión, dándole un sentido místico, oriental, bien ageno al espíritu pagano, y en una palabra, llegaba con sus ideas hasta el corazón de las muchedumbres cuando las muchedumbres veían vacilantes sus

templos y mudos sus oráculos! Y en la magia caian muy especialmente las aristocracias, las gentes de educacion y alto espíritu. No hay que hacerse ilusiones. En la organizacion, si es permitida esta palabra, de nuestro espíritu, se encuentra la necesidad religiosa. El espíritu humano jamás vivirá sin religion. La vida de un dia no satisface este anhelo infinito de vivir; el amor de un instante no puede llenar los deseos de este inquieto corazon; la hermosura de la tierra no puede corresponder al amor, á la hermosura absoluta, que siente nuestro espíritu, y el espacio entero es pequeño y estrecho para estas nuestras ideas, que necesitan extenderse, espaciarse en lo infinito. Pero por lo mismo que la religion es una necesidad del espíritu humano, cuando esta necesidad no se satisface naturalmente, no se llena con el rayo de luz que viene del cielo, toma un caracter oscuro y todo lo corrompe y emponzoña. Y si Dios no desciende á consolar al espíritu, si una esperanza infinita no se apodera del corazon, en cambio viene la supersticion, vienen las preocupaciones, el miedo á la naturaleza, en una palabra, el vacío. Y como la aristocracia romana no tenia religion, se contentaba con adorar la magia, con profesar el sortilegio, con hacer conjuros, con creer en una ciencia oriental, que despojando á la naturaleza de la hermosura, de que la habia revestido el paganismo, la convertia en un inmen-

so laberinto, donde se evaporaban y se volatilizaban las sustancias, y se convertian en sombras todos los seres, y se disipaba el espíritu. Y de aquí nació otro de los fines del gnosticismo; porque el espíritu de estas sectas no se contentaba con las ideas griegas, y corria al Panteon á ver el nuevo dios muerto llevado allí por los emperadores, y tomaba tambien como yugo de su vida el Cristianismo y sus ideas, mostrando que en ninguna religion tenia fé, y que habia perdido hasta la última luz de la vida, hasta la consoladora esperanza.

Lo cierto es, señores, que el gnosticismo nacia del espíritu de su tiempo, de la vida de su siglo. Alejandro habia abierto el Oriente al Occidente, Roma habia agrandado el pensamiento de Alejandro, por todas partes la espada de los guerreros llamaba á la puerta de los templos, en todos los caminos del mundo se encontraban unas con otras las razas, y al encontrarse contábanse sus dolores, sus creencias, sus esperanzas; el sacerdote persa entraba encadenado en Roma; el mago oriental subia las gradas del Capitolio; el judío escapado de Jerusalem iba á Alejandria y llevaba allí su Dios, que aterraba con su grandeza al espíritu humano; el filósofo griego corria al Asia Menor y en aquel gran caos de pueblos y de razas esparcia sus ideas; los dioses todos iban en los carros de los vencedores, en los trofeos de los

ejércitos; y de esta confusion de ideas que traía sobre el mundo la ebullicion, digámoslo así, de una nueva humanidad, nacia la confusion de la theurgia persa en la filosofia griega del Dios único de los hebreos con el dios materialista de los indios, de las armonías pitagóricas con la magia discordante del Egipto, de las luchas de las divinidades entre sí con el reposo olímpico de los dioses griegos, del materialismo con el espiritualismo, del Hijo del hombre muerto en la cruz con las legiones de los batalladores ángeles caldeos; confusion que era la trama de la vida del gnosticismo. Así nada más confuso que estos sistemas, nada más indescifrable. Eran como la entrada en un templo de infinitos pueblos, que no alcanzaran a entender ni los símbolos, ni los dioses guardados en ese templo. Eran como el caos de donde iba a salir una nueva ciencia. La luz no habia caido sobre el caos, la palabra creadora no habia ordenado sus elementos, y unas ideas luchaban con otras ideas, y unos principios con otros principios, y unos dogmas con otros dogmas. Parecia como que Dios, inclinándose sobre la historia cual un día se inclinó sobre el caos, queria ver pasar ante sus ojos todo el antiguo mundo, los dioses alados, las flores del Lotho que habitaban en los azules mares de la India, las esfinges, las coronas de oro que habia llevado sobre sí Thebas, maga de la historia; el sol reluciente, brillantísimo, que en el

fondo de su templo habia encerrado Persópolis como una eterna imagen del sol que habita los cielos; las estrellas errantes y silenciosas, que para recibir la adoracion de los hombres se habian posado sobre las altas torres de la Caldea; los cocodrilos y las grandes tortugas de Menfis, que llevaban sobre sus conchas el peso de la tierra; las guirnaldas de acanto cinceladas por los más divinos artistas de la tierra con que Corinto se presentaba á la orilla de su mar, siempre riente, á celebrar las fiestas de sus dioses; Atenas con su lira, con su cincel, con su trompa épica, seguida de sus dioses de mármol, verdadera apoteosis del hombre, de sus coros de poetas, que le llevaban la miel de la inspiracion á sus labios agitados por un eterno cántico; Roma con sus divinidades sabinas y etruscas, con su mohosa lanza, con su Panteon, último refugio del Olimpo; Alejandría con sus mil escuelas, con los sacerdotes de todos los cultos, con los filósofos de todas las escuelas, con los sortilegios de todos los magos; el mundo, sí, el mundo antiguo con todos sus dogmas que se disipaba, que se perdía como un poco de humo delante del nuevo Dios triunfante desde la cruz en la cima del Calvario.

Pero no era esto solamente lo que significaba el gnosticismo: significaba más en alguna de sus escuelas. Era, digámoslo así, en la fase que más se unía al Cristianismo, como la preparacion del

espíritu á separarse de la naturaleza. No se puede juzgar el gnosticismo con arreglo á un sistema fijo, ni bajo el tipo de una sola idea. Esto es imposible, porque son tantas y tan varias las imágenes que nos presenta, que el reducirlas á la unidad es empresa vana é imposible. El gnosticismo es la impresion que en la conciencia pagana hace la nueva religion, impresion profunda. Y como es la impresion que en la conciencia pagana hace el Cristianismo, es varia, es multiforme, como todas las impresiones. Las ideas, que son la unidad, que tienden á lo absoluto, se prestan fácilmente al conocimiento, porque la idea, producto del ejercicio de todas nuestras facultades, representa lo más primordial y sencillo. Pero la impresion, por lo mismo que es confusa y varia, por lo mismo que tiene tantos matices y toma tantas formas, la impresion se escapa á la síntesis. Es muy fácil sistematizar grandes ideas, pero es muy difícil sistematizar ligeras impresiones. La idea sólo tiene una forma en la razon; la impresion toma aspectos innumerables, varias formas en el indeciso mar de nuestra sensibilidad. Por eso el gnosticismo, que unas veces aparece como la última transacion posible entre la idea pagana y la idea cristiana, aparece otras veces como la imagen de una extrema oposicion al paganismo. Es el espíritu jóven y entusiasta del creyente, que no se detiene á pesar de las ideas, sino que huyendo

de las que le parecen falsas, va á dar fatalmente en profundísimos abismos. Es la oposicion á las ideas antiguas, oposicion irreflexiva y apasionada, que no quiere ver lo que han tenido de grande y de verdadero. Es el espíritu como el neófito que abraza una nueva causa, como el jóven que siente la primer pasion. El paganismo habia puesto en cada sér de la naturaleza un dios, habia divinizado el mundo material. Para el paganismo, en la ola, en el suspiro del áura, en la hoja del árbol, en el rayo indeciso de la estrella que riel, en el lago, se encierran divinidades cuyo soplo, cuyo ciego espíritu animan el mundo material. Para el paganismo los séres, los fenómenos de la inmensa naturaleza son como manifestaciones de los dioses, eterna vida, sustancia eterna de la materia. No, el aire no gime en la enramada, son los dioses campestres; el sol no alumbra, es la antorcha de Apolo; el arroyo no murmura, es la ninfa que se desliza en su seno; la flor no embalsama la tierra, no, es la divinidad encerrada en su corola; el mar no palpita en blancas y azuladas ondas, es la eterna sirena que se mece entre sus espumas; la brisa no enjuga la frente del marinero con su soplo, es el suspiro de la hermosa Thetis; la primera luz no dora por la mañana el horizonte, es la Aurora que tiñe con sus rosados dedos el cielo; la naturaleza no tiene vida sino porque la divinidad habita en su seno y se esconde en su fondo como se esconde la

esencia en el cáliz de las flores, y el ténue vapor en el seno del agua, y la etérea luz en el misterioso planeta. Ahora bien, ¿era posible que el espíritu de los paganos que habían llegado á ser neófitos del Cristianismo, no se exaltase contra su antigua religion hasta el punto de abrazar una idea radicalmente enemiga del Cristianismo? No era posible. Su ardor, su pasion, les debia llevar una idea opuesta, pero absolutamente opuesta al paganismo. Esta idea es como la base de muchas escuelas gnósticas, unánimes en creer que la naturaleza era el mal absoluto, que la materia era la imagen del demonio, que el mundo no habia sido obra de Dios sino obra de otros séres inferiores á Dios, y por consiguiente que el mundo está destinado á un eterno tormento, á una degeneracion eterna, hasta que llegue el dia fatal en que se hunda como una piedra arrojada á un lago en los profundos abismos de la nada, cargada con las lágrimas de la humanidad y con las maldiciones de Dios. Así en la estrella errante, en el vapor del lago, en el aroma de la rosa, en el iris que forma la descomposicion de la luz, en el alba hermosísima, en la callada noche iluminada por la luna, en la gota de rocío suspendida á las hojas de los árboles, en las líneas del azul horizonte cuando se confunde con el mar en calma, en todos esos espectáculos tan hermosos de la creacion, veian como tentaciones de Satanás, como reclamos con que el

genio del mal queria llamar al espíritu para confundirlo y perderlo en la naturaleza.

Pero no se puede estudiar el gnosticismo, esta escuela, que bajo un aspecto parece una transaccion entre el espíritu cristiano y el espíritu antiguo, y bajo otro aspecto un extremo misticismo, que llega hasta caer en la negacion de la materia, sin unirle antes al estudio é idea general de su época. En esta crisis del mundo, que nos hemos propuesto estudiar, crisis extraordinaria como no recuerdan los anales de la historia, se verificaba la trasfusión de la idea griega en el Oriente y del espíritu oriental en Occidente. Esta revolucion extrordinaria tiene tres grandes representantes: en la esfera religiosa el Cristianismo; en la esfera filosófica Alejandría; en la esfera política y práctica Roma. Pero es necesario ver cómo se unia, cómo se identificaba, cómo llegaba á una síntesis esa eterna antítesis del Oriente y del Occidente, escrita con sangre generosa en Marathon, en Platea, en Salamina, en el Gránico, en Trasimeno y en Cannas. Un dia la civilizacion griega llegó á su madurez, á su unidad. Sus luchas internas cesaron, perecieron sus repúblicas. Grecia parecia morir como nacion pero era para vivir como humanidad. Un hombre extraordinario se levantó entre tantas ruinas. Era hermoso como una estatua de Fidias; resplandecia en su mirar el reflejo de los mares y de los horizontes

de Grecia; llevaba en su aliento el perfume de la miel del Híbla; sonreía su imaginación como aquellas continuas fiestas celebradas en loor de los antiguos dioses; agitaba en sus manos á un tiempo la espada de los héroes, la lira de los poetas; reflejaba en su mente los rayos de la filosofía y del pensamiento de su patria; sentía en su corazón ese anhelo de lo desconocido, de lo maravilloso, que es como el llamamiento secreto de la Providencia á los hombres que han de cumplir altos fines; tenía un deseo infinito en el abismo de su corazón, que no podía llenarse ni con todo el mundo, y como la civilización griega, aquella civilización tan grande y tan hermosa se había aposentado en su seno, como había caído con todo vigor en su alma inmensa, en su alma varia y múltiple, á un tiempo ateniense y espartana, oriental y griega, Alejandro arroja sus escuadras al mar, pone el pié vencedor en el Asia, entra en sus templos, interroga á sus oráculos, esparce por los aires las cenizas de sus imperios, deja las huellas del hombre, y del hombre griego y del hombre libre, en el seno de la naturaleza esclava, de la creación sometida á la magia de los sacerdotes; llama á su alrededor las razas párias y les dá en las copas de sus festines á beber el licor de la verdadera vida, y con su soplo inmortal esparce en el Oriente misterioso y solitario el alma armoniosísima de la hermosa Grecia. Delante de este

hombre debemos detenernos, porque su palabra y su idea son una clave de la historia, una explicación de los siglos que van á sucederle. Al herir de su espada, las puertas de los templos giran sobre sus goznes y se abren y revelan sus misterios. Las razas encerradas en su soledad, iluminadas por el fulgor de aquel alma extraordinaria, toman el camino de Occidente y van llenando el aire con sus lágrimas y sus quejidos. Los sacerdotes huyen y dejan caer sobre la muchedumbre de los pueblos por donde pasan sus enigmas. Los libros sagrados del Oriente, aquellos libros que solo podían entender sus elegidos, sus sacerdotes, se abren al viento de la guerra que agita su hogar, y dejan caer sobre los pueblos profanos sus ideas y sus esperanzas. El negro velo que ocultaba á la antigua Isis, que la cubría entre sus pliegues, se rasga, y el filósofo griego con la antorcha en la mano se acerca á analizarlas y á comprender el secreto y el misterio de su vida.

No es solamente Grecia la que comprende el Oriente, es el Oriente mismo el que tiende á unirse á Grecia. Sus dos almas perdidas en los aires se unen, se confunden como el suspiro de dos amantes. La primera vez que se encuentran el espíritu científico de Oriente y el espíritu de Occidente luchán, aunque se encuentran en el lecho de sus amores, en Alejandría. El Oriente místico, severo, exaltado, austerísimo, no acierta á

comprender el lenguaje ligero, gracioso, elocuente, vario de la Grecia. El alma del Oriente perdida en el éxtasis, no se aviene con el alma indagatoria y activa de Grecia. Además, la razón de su lucha está más honda. Sus pueblos, los pueblos animados de su espíritu, se han visto en todos los campos de batalla, y han empapado con su sangre la tierra, y aún sus huesos blanquean en los desiertos como en testimonio de su eterno rencor, de su mútuo invencible odio. Los dioses griegos recuerdan que las espadas de los orientales muchas veces han llenado de luto el Olimpo, han interrumpido su eterna alegría. La lira griega tan ligera y armoniosa no quiere entregarse á las manos de aquellos sacerdotales tan austeros y tétricos. Los géneos hermosísimos de la Grecia, sus dioses coronados de verbena, sonrientes, se estremecen al ver los dioses orientales, las serpientes, los grifos, las esfinges con sus cuerpos informes, los cocodrilos, los elefantes, y se apartan temiendo perecer en las garras de sus eternos enemigos. Y así Grecia y el Oriente luchan y se resisten á reconciliarse, cuando Dios los empujaba á unir sus inteligencias, á identificar sus espíritus en un pensamiento comun.

Y puesto que estaba en las leyes de la historia y de la vida la union de Grecia con el Oriente, esta union habia de realizarse tarde ó temprano. La filosofía griega se dividia en tres grandes y

capitalísimas escuelas en esta edad que vamos historiando; la escuela platónica, la escuela aristotélica, la escuela estoica. Dios habia destinado el pensamiento de Aristóteles para Grecia. Esta filosofía positiva y práctica, esta filosofía de la experiencia llamaba á Grecia á su verdadero centro de gravedad, á la interpretacion de la naturaleza. Y así como la escuela aristotélica era muy especialmente para Grecia, la escuela estoica estaba muy especialmente destinada para Roma. La severidad de su carácter, la grandeza de sus principios, la elevacion de sus miras, la universalidad de su espíritu, hacian á la escuela estoica muy idónea para concertarse con el fin general de Roma y grabar en el espacio la idea de su derecho. Y así como la escuela aristotélica estaba destinada principalmente á Grecia, y la escuela estoica principalmente á Roma, la escuela platónica estaba destinada principalmente al mundo oriental. El espiritualismo de Platon; su mirada de águila que se perdía en el eterno sol de lo absoluto; el vuelo de su espíritu, que se cernia sobre la creacion; la idea que presentaba de la naturaleza cayendo como una eterna catarata del seno de Dios en los infinitos espacios; sus tipos de la verdad y de la hermosura y de la bondad, teología tan en consonancia con la base de las teogonías antiguas; su imágen del alma caída del cielo en la tierra como un reflejo de la eterna luz, como un

átomo de la eterna sustancia; su Dios levantándose sobre los soles y los mundos, sobre la naturaleza y el espíritu; sus genios, sus ángeles que llenan el espacio que media entre el Creador y la criatura; su logos, su eterna palabra, que da fuerza á la creacion, vida á todas las cosas; su amor inmenso y puro que llega hasta convertirse en misticismo; su contemplacion de Dios que raya en el éxtasis; su idea de la sustancia tan cercana al panteísmo espiritualista; su lenguaje iluminado, elocuentísimo; toda su vida, todo su genio, todo su espíritu debían herir el alma del Oriente.

En efecto, cuando el Oriente oía el lenguaje de aquel ángel, que semejaba un sacerdote huido de sus templos, le escuchaba estático cual si hubiera encontrado su propia alma, sus propias creencias entre las espesas tinieblas del paganismo. ¿Quién le habia enseñado á hablar de un Dios eterno, realidad perfecta de la hermosura, del bien y de la verdad? ¿Quién le habia revelado la esencia de toda verdad? ¿Quién le habia enseñado las legiones de ángeles descendiendo del cielo á sostener la tierra, á iluminar los astros, á llevar en sus alas á Dios el aroma de todas las cosas, el cántico de todos los seres? ¿Quién le habia dicho que el alma del hombre está desterrada en la tierra, que anda errante por un mundo que no es su mundo, y que toda su ciencia, toda su poesía, todas sus virtudes son como recuerdos de su eterna

patria, que se oculta en el cielo? El Oriente debia encontrar en Platon un reflejo de su genio, un eco de su palabra, un recuerdo de todas sus doctrinas. Y al mismo tiempo la escuela platónica, al encontrarse con las teogonías orientales, con sus grandes ideas sobre el Creador y la creacion, con su misticismo exaltado y estático, con sus esperanzas sobre otro mundo más hermoso y mejor, con sus pensamientos sobre la nada de esta vida, con sus aspiraciones á penetrar en el seno de Dios, á confundirse en su esencia, debia decir del Oriente lo que decia César: «Solo hay espacio para trabajar en el Asia.» Y así el platonismo y el Oriente formaban una nueva fase de la vida del espíritu.

Y de esta gran trasformacion necesitaba no solo el espíritu oriental, sino tambien el espíritu griego. La filosofía griega habia ido cayendo poco á poco en el puro positivismo. La vida práctica era toda su vida, la ley moral toda su ley. Cada dia habia cerrado más estrechamente el horizonte de sus indagaciones y de sus ideas. Ya no se levantaba como en otro tiempo á contemplar el cielo, ya no sentia ese amor infinito que habia sido como la esencia de su alma. Bien hallada en la tierra, se limitaba á conducir al hombre por el mundo práctico, á darle la ley para su vida de un dia. La base de toda ciencia se habia perdido, la metafísica. Pero apenas el espíritu oriental se acerca al espíritu griego para interrogarle y pe-

dirle la misteriosa clave de su ciencia, el espíritu griego se exalta, crece, y vuelve á entrar triunfante en la esfera de la metafísica, y vuelve á interrogar al genio del idealismo, á Platon. La misma escuela estoica que parecia bien hallada en el carácter positivo y práctico de la filosofía, rejuvenece al soplo de esta nueva vida, y puede bañar su idealidad de virtud y de ciencia en el dulce aroma de la verdad infinita, del sublime amor. Y así, entendedlo, señores, en toda esta época que vamos á historiar, las escuelas griegas callan y dejan hablar á su antiguo oráculo, á Platon. El aristotelismo abandona las indagaciones metafísicas y se guarece en el seno de las ciencias naturales. El estoicismo se refugia en el fondo del derecho romano y lo trasforma con su sávia. Pero todas las escuelas, en lo que no tienen de metafísicas, se enlazan con Platon, que las lleva al manantial de la verdadera vida, al seno misterioso del Oriente. La filosofía, pues, tendia al idealismo. Del seno de la naturaleza se levantaba al hombre, y del hombre á Dios. Thales, Sócrates y Platon representan toda esta admirable evolucion del pensamiento humano.

La conciencia universal tendia, como hemos dicho, al idealismo. El mundo conocia muy bien que iba á consumarse pronto, muy pronto, una revolucion religiosa. Y en esta revolucion religiosa trabajaban todos, unos con conciencia y

otros sin conciencia de su trabajo. La humanidad dejaba caer la espada de Roma tinta en sangre, la lira de Grecia rota de dolor, y fijaba sus ojos arrasados de lágrimas en el cielo. Conocia que en el seno de sus inmensos imperios, en el fondo de sus antiguas instituciones, en el ara de sus templos no se encontraba ya la vida, y ansiosa de respirar, y anhelante de una nueva luz, convertia su pensamiento al Oriente. El misticismo era la ley de todo este siglo, el carácter de toda esta edad. El hombre se sentia infeliz; una comun tiranía pesaba sobre todas las almas, una desgracia universal sobre todos los pueblos; las razas habian sido dispersas, los hogares profanados, las naciones borradas, los dioses de todos los cultos se hallaban poseidos de una tristeza infinita, nuncio de su muerte; los sacerdotes de todas las religiones antiguas buscaban en vano calor en las apagadas cenizas del sacrificio, la naturaleza se despojaba de sus divinidades como el árbol helado por el aterido invierno se desnuda de sus hojas, y un llanto universal, y un sollozo infinito se oia en todas partes; y en tal desolacion, y en tan intensa y amarguísima amargura, el hombre se refugiaba en el único asilo de su alma, en el único lenitivo á su dolor, en el seno del misticismo. Todo tiende al misticismo en esta época. El aristotélico compone, con las notas perdidas de los ecos de la naturaleza, un cántico á su dios; el estoico expli-

ca un sér universal que envuelve la vida como la atmósfera envuelve la tierra; el epicúreo quiere gustar un amor infinito, hasta un placer inexplicable, el placer que debe sentir la vida al animar todas las cosas; el pagano mismo anhela que sus dioses pierdan su antigua ligereza, su clásica alegría, y se conviertan en idea, en espíritu, en símbolos de moral; el mundo entero se deja llevar al misticismo, y Platon lo lleva como de la mano al eterno templo del misticismo, al Oriente. Pues bien, señores, la exaltacion de este misticismo, á un tiempo oriental, platónica y cristiana, es otro de los caractéres de las escuelas gnósticas.

Pero al mismo tiempo que el Occidente buscaba al Oriente por medio de sus filósofos, el Oriente buscaba el Occidente por medio de sus teólogos. El alto Oriente habia quedado perdido en la noche de sus misterios. El nuevo dia que brillaba en los horizontes de la historia no habia podido penetrar las espesas paredes de su templo; y allí adoraba sus antiguos dioses en el instante mismo en que estos dioses habian perdido su vida y su espíritu. Por consiguiente, la India, recluida en su gigante naturaleza, no habia despertado de su eterno éxtasis, no habia salido de su místico arrobamiento. Pero así como el Occidente tenia en Grecia un intérprete, el Oriente tenia en Judea un oráculo. Al fin de la historia y de la vida oriental, el pueblo judío se levantaba á revelar al mundo los se-

cretos del Oriente. El pueblo judío habia recorrido con la cadena al pié todos los imperios orientales; probado con toda suerte de tribulaciones por su Dios, habia padecido el mal de la servidumbre en Babilonia, en Ninive, en la Caldea, en la Persia. Y si bien habia conservado su Dios en toda su pureza, con esa constancia que fué el secreto de su maravilloso destino, habia aprendido á conocer tambien la naturaleza de los pueblos, sus tiranos y sus enemigos. Además, el pueblo judío habia de heredar á todos los pueblos orientales, porque aparte de su carácter religioso y de las promesas del Eterno, era el pueblo más libre del Oriente, y la libertad es como la sal que purifica y conserva nuestra vida. No existia en el seno del judaismo esa teocracia absorbente, dominadora, que ocultaba sigilosamente á Dios en el fondo de su templo y la verdad en lo más oscuro y más recóndito de su conciencia; esa teocracia, que atenta á su dominacion temporal, consumia la existencia forjando cadenas, remachando hierros; no, no existia esa teocracia; allí, en los montes, en las plazas, entre las muchedumbres, nacia grandes profetas, tribunos de la verdad, que hablaban el lenguaje de la elocuencia, que protestaban contra las tiranías de los reyes, que presentaban como títulos de su doctrina y de su ciencia la inspiracion del espíritu divino, siempre pronto á centellear en la conciencia del virtuoso y del cumpli-

dor de sus mandatos. El espíritu de este pueblo, siempre trabajando sobre las ideas religiosas, debía elaborar un gran pensamiento que fuese como la síntesis del Oriente y el lazo de su unión con Grecia.

El primer ensayo de unión entre el espíritu oriental y el espíritu griego se personifica en Aristóbulo. Este filósofo conoce que la vida del Oriente necesita reunirse con Grecia, si el Oriente no ha de morir consumido al pie de sus altares. Y para unir el Oriente con Grecia, lejos de buscar una síntesis espiritual, trata de probar que un mismo espíritu ha animado la teología de los dos pueblos. La fusión entre el Oriente y Grecia no puede celebrarse en Aristóbulo. Era preciso que el anillo nupcial fuese bastante á unir los dos continentes en el espacio, las dos edades divorciadas en la historia. Y Aristóbulo quiere unir la escuela peripatética, positiva, práctica, en el espíritu mismo del Oriente. Mal podían avenirse el silogismo y la intuición, el raciocinio y el éxtasis. La unión era indispensable, y se había de cumplir, porque estaba en la ley lógica y real de esa edad; pero la ley no podía cumplirse de ninguna suerte bajo esa fórmula. Era necesario buscar otra síntesis. El espíritu humano la encontrará, porque el espíritu humano tiene una vida inagotable.

Para dar la fórmula de la unión, que á un tiempo mismo se verificaba en todas las esferas de la

vida, aparece Philon, de origen judío. El movimiento de la filosofía griega hácia el Oriente se realiza bajo los auspicios de Platon y el movimiento del Oriente hácia Grecia se realiza bajo los auspicios de Philon. Su alma toca en los misterios más sublimes y más augustos de la Biblia, y en las verdades más prácticas y positivas de la filosofía. A un tiempo reúne aquella exaltación religiosa, sin la cual no era posible ser judío, y aquella sutileza de raciocinio, sin la cual no era posible ser griego. En Grecia parece uno de aquellos sacerdotes que reveló á Pitágoras las armonías encerradas en los números y las cadencias formadas en sus círculos por los astros; y en Jerusalem parece uno de aquellos filósofos que conversaban con Alejandro en el carro de sus triunfos y que le auxiliaban á sembrar la idea griega en el Oriente. Y este doble carácter se debe á que Philon es una de esas almas que permanecen idénticas siempre á sí mismas en toda la vida, y que habiendo oído á un tiempo las salmodias hebreas y los cánticos griegos, habiendo orado en las sinagogas y en los templos paganos, habiendo leído la Biblia y los libros de Platon, habiendo adorado aquel pueblo judío, que en medio del desierto había levantado un santuario para su Dios, y aquel pueblo griego, que entre las olas del Mediterráneo había levantado un templo de mármol para el hombre, indeciso entre estas dos doctri-

nas, entre estas dos grandes edades de la historia, como el espíritu de su siglo, quiso unir las, identificarlas en el seno de su alma, para formar de esta antítesis una como divina armonía.

El espíritu de Philon es primitivamente oriental. Dios llena todos los abismos de su alma. Dios es la palabra siempre fija en sus labios, Dios la idea siempre viva en su inteligencia, Dios el eterno amor de su corazón, Dios su vida; porque en Dios toma su luz el sol, su místico resplandor la luna, sus matices el cielo, sus rumores el Océano, su majestad la noche, su claridad el día, su movimiento todo lo que se mueve, la ley de su forma todo lo que vive, su existencia todo lo que es; porque Dios es más bueno que todo bien, más hermoso que toda hermosura, más verdadero que toda verdad, más sencillo que la unidad, más esencial que la esencia, más vívido que la vida, más real que el sér; porque Dios tiene por lejanos ecos de su palabra los vientos, por apagados reflejos de su gloria los mundos, por ténues emanaciones de su luz las ideas; porque Dios es el que es, y ninguna palabra podrá expresar su nombre inefable, y ningún espíritu llegar hasta su invisible é inarrable grandeza.

Y el conocimiento de Dios es para Philon el verdadero conocimiento, y la ciencia de Dios es la verdadera ciencia. Mas para alcanzar la ciencia divina sigue un procedimiento contrario al pro-

cedimiento griego, funda un axioma opuesto al axioma de Sócrates. El gran filósofo griego había dicho que el conocimiento de toda idea, de toda verdad, el conocimiento de Dios mismo está fundado en el conocimiento del alma, en el estudio del hombre y de su conciencia; pero el filósofo judío, ménos humano, más místico, cree que el alma no llegará nunca á la ciencia, que no comprenderá la verdad como no se niegue á sí misma, como no se pierda y aniquile por el éxtasis, por el arrobamiento, por la oración, por todo aquello que la lleve á su propio olvido. El orgullo que es la esencia del pecado, se levantará siempre como una niebla espesa entre la criatura y el Creador. El alma para presentarse ante Dios, para llegar hasta el conocimiento de su bondad, de su verdad, de su hermosura, debe, como los serafines, cubrirse, envolverse en sus alas, para que no le ciegue la luz de la eterna verdad, luz tan intensa que abrasa los ojos humanos.

Dios, según Philon, no ha podido revelarse á sí mismo y en su propia esencia. Para revelarse, para darse á conocer al hombre ha necesitado un intermediario, un revelador. Su eterna palabra, cayendo sobre el hombre, lo hubiera abrasado como el fuego del cielo abrasa á la pobre arista. Su esencia hubiera consumido nuestra esencia como la ardiente lava del volcán consume toda vegetación y toda vida. Su idea absoluta hubiera

estallado en el frágil vaso de nuestra pobre conciencia. Dios es irrevelable al hombre. Pero Dios tiene sabiduría, y la sabiduría de Dios puede revelarse al hombre. Y su sabiduría es su Verbo, sí, su Verbo, mediador entre el hombre y Dios, instrumento de su revelación, eco de su palabra, reflejo de su esencia, que dulcifica la eterna luz de Dios como la luna recogiendo en su disco los ardientes rayos del sol, los envía á la tierra más dulces, y más serenos, y más melancólicos, y más propios para que puedan bañarse en ellos los frágiles globos de nuestros pobres y empañados ojos; y por lo mismo que no está en la naturaleza de Dios, según Philon, revelarse en esencia, no está crear por su propia voluntad, por su propio esfuerzo, no es permitido aplicar á Dios esta palabra. El poder, la fuerza creadora de Dios, su virtud vivificante, no reside en sí mismo, no, reside en su Verbo. Así como el Verbo es poder, es también el Verbo vida. El Verbo no es Dios mismo, según Philon, no. Dios retirado en la soledad de su esencia, en el recóndito seno de su propia sustancia, quiso un día crear, y creó. Y su primera obra, su primogénito fué el Verbo. En el Verbo, primer esfuerzo de su amor, primer palabra de sus labios, puso todos sus dones, la sabiduría, que penetra hasta los últimos y más profundos abismos; el poder, que enfrena todos los elementos; la luz, que inunda todos los cielos; la fuerza, que

mantiene todos los astros; la vida, que puebla de seres todo el universo; el eterno, el infinito amor, que esparce y reparte y difunde por las venas de la creación; la vida, el soplo inmortal de que nacen todos los invisibles espíritus; el secreto, en una palabra, de todo sér, de todas sus creaciones.

Para crear Dios al hombre necesitaba un arquetipo. Todas las cosas que son en el mundo real, tienen un modelo en el mundo inteligible. Sin este modelo á que ajustarse, la creación no sería, como no sería la estatua sin la mente del artista, aunque el brazo diera con el cincel golpes en el mármol. Más allá de los cielos y de los astros se levanta ese mundo invisible, donde están en idea todos los modelos á que se han ajustado todos los seres. Allí tienen su ideal, su norma desde la estrella hasta la luciérnaga, desde el sol hasta la pobre esponja perdida en el limo de los mares. Pero este mundo ideal, este mundo arquetípico, este mundo-modelo, se halla contenido en la inteligencia del Verbo. Por eso el Verbo es el eterno artista de la naturaleza, el pintor que con su dedo ha teñido de rosa la aurora, de encendido carmin el sol, de desvanecido celeste los aires, de hermosos matices el iris, de variedad infinita de colores los campos; el músico, que ha enseñado á susurrar al arroyo, á bramar á las olas, á murmurar á los bosques, á gorgear á las aves; el arquitecto, que ha levantado las montañas, que ha hundido

los valles, que ha hecho las islas, que ha cortado los continentes, que ha colgado del cielo esas lámparas que se llaman estrellas; el escultor; que sin ningún cincel ha modelado esta eterna estatua, este tipo de la hermosura y de la fuerza, el cuerpo humano; el poeta, que para comentar todos estos colores, todos estos matices, todos estos reflejos, ha escrito un eterno poema, que se llama la imaginación, la fantasía del hombre.

Dios, en sentir del filósofo judío, no podía crear el hombre á su semejanza. No es posible que esta pequeña frente se parezca al eterno pensamiento que todo lo abarca, ni estos ojos á la eterna luz que todo lo ilumina, ni esta vida de un día á esa eterna vida que todo lo fecunda, ni esta pobre organización á esa divina hermosura que todo lo forma y lo herosea, ni en una palabra, este sér limitado, que apenas nace ya muere, á el sér absoluto é infinito que se asienta en los cielos sobre la cúspide de la creación, sobre el Océano, donde se revuelven y chocan todas las existencias, perfecto é inmutable. Pero así como naturaleza no podía ser si no había sobre ella un modelo eterno é invisible, el hombre no podía ser sin esos arquetipos á que ajustar su organización y su vida. El tipo del hombre es el Adán divino, engendrado en la eternidad, en el Verbo. En él está virtualmente la idea de la creación; en él la norma de toda vida; en él los ejemplares de todas las cosas; en

él, en fin, el tipo, el ideal de nuestra organización y de nuestro espíritu. El hombre, pues, según Philon, no fué hecho á semejanza de Dios, porque Dios no puede tener ni aun semejanza en la creación; el hombre fué hecho á semejanza del Verbo, en el cual residen todas las virtudes que constituyen la naturaleza racional.

Pero si en la creación no hay cosa que se parezca á Dios, la creación y el hombre ¿estarán alejados de Dios? No, responde Philon. El mundo se comunica con Dios, el hombre también se comunica con Dios. El Eterno hizo de una materia más brillante, más trasparente, más hermosa que la naturaleza humana, los ángeles, sus emisarios. Los ángeles son como Verbos menores, incorporales, que se extienden por toda la creación á sostener sus criaturas. Si la flor exhala un aroma, es que lleva envuelto en su corola el suspiro de un ángel; si la estrella brilla en la soledad de la noche, es que un ángel la tiñe con su luz; si el ave vuela y se pierde gorgoando en los espacios, es que le impulsa un ángel; si el árbol susurra y mueve sus hojas, es que se posa un ángel sobre sus ramas; si todas las cosas creadas se mueven, son los ángeles los que llevan el compás de este movimiento y adelantan y retardan los mundos para que no se choquen y no desconcierten la armonía del universo. La comunicación individual de Dios con el mundo se realiza por el intermedio

de sus ángeles, que llevan en sus alas un soplo de su aliento creador, como las mariposas se perfuman en las flores y se tiñen en sus matices. Pero esta comunicacion es la comunicacion individual, y el universo necesita una comunicacion universal con Dios. Subiendo á las más altas montañas y bajando á los más profundos valles, viendo el indómito Océano agitado por la tempestad y la trémula gota de rocío suspendida en las hojas de las flores; escuchando el bramido del huracan que se levanta como á derrocar de su asiento el mundo y la mansa brisa que se mece entre las florestas; abarcando con la imaginacion desde el sol que centellea sobre el universo hasta el último grano de polvo escondido en las profundidades maravillosas del mundo invisible; mirando toda la creacion, se ve que de la misma vida participan todos los séres, que en la misma sustancia se empapan todas las cosas, que del mismo aliento se vivifican todos los mundos, que el alma universal llena toda la creacion y con su virtud la alienta y la sostiene. El mundo se comunica con Dios individualmente por medio de los ángeles, esencialmente por medio del alma universal.

Mas ¿y el hombre? ¿qué es el hombre? Ese ángel desterrado que lleva en su mano una lira del cielo, ese pobre viajero que atraviesa senderos sembrados de espinas siempre en pos de una patria celestial que nunca encuentra, ese poeta que

sobre el borde del abismo y bajo el peso del dolor idea séres, finge mundos ¿es un átomo perdido en el torbellino de todas las cosas? Philon muestra bien su naturaleza oriental en lo poco que se para á contemplar al hombre. El alma no tiene una actividad propia, no; Dios trabaja en el alma. La actividad, la fuerza del espíritu, no es más que la actividad, la fuerza de Dios que en ella reside tambien. El alma es vegetal, es animal, es racional. Como vegetal vive cual vive el helecho, como animal se mueve como se mueve la paloma, como racional piensa. Pero el alma para identificarse plenamente con el objeto de su actividad, para llegar al cumplimiento de su destino, necesita unirse á Dios. Y la union del alma con Dios se realiza por medio del entusiasmo, del arrobamiento, del éxtasis que nos hace sacudir los átomos de leve polvo depositados por el mundo en nuestro espíritu, y nos levanta hasta la luz increada, hasta la esencia incomunicable, hasta Dios; porque á medida que el alma sale fuera de sí, entra en su creador y se pierde en el cielo.

La doctrina del mundo, despues de la doctrina del alma, completa todo el sistema de Philon. El misticismo oriental se revela en toda esta parte de su sistema. El mundo sensible tiene un ideal en el mundo inteligible. Este ideal es el Verbo. Pero la materia fué no creada, sino fundada por Dios. El mundo material es una creacion inferior á la

supremacía divina. Así, por ejemplo, los ángeles hicieron nuestro cuerpo y el Verbo nuestra alma. Y las cosas sensibles fueron también obra de arquitectos inferiores al divino Arquitecto. Los seis días de la creación muestran las esferas, las escalas de todos los seres, las grandes gerarquías del universo. Mas para crear el mundo, para combinar sus innumerables sustancias, para enlazar sus formas, se necesitaba una idea superior, tipo invisible de todo lo visible. Y esta idea y este tipo superior, y este ideal, bajo cuya mediación se formó el universo, fué el número. Los números combináronse en seres, los números agregáronse, los números encerraron los filamentos con que se habían de tejer las varias formas que en la creación revisten todos los seres, todos sus innumerables individuos. Sin el número no se hubieran tejido las sustancias, no se hubieran combinado las formas. Así como el Verbo es el ideal absoluto del mundo sensible, los números son los ideales particularísimos de las diversas creaciones derramadas en el universo. Estas son pues, las ideas generales de Philon, estos, ligeramente recordados, los fundamentos de su sistema.

El mundo oriental ha encontrado al mundo griego, le ha visto y le ha amado. Ha sentido que estrechaba contra su seno un hijo de su corazón, que respiraba una esencia perdida de su alma. Ha adivinado que el espíritu humano en su larga pe-

reginación por la tierra, es siempre idéntico á sí mismo, y que ningún pensamiento viene estérilmente al mundo. En aquella filosofía griega maldecida por sus padres, el mundo oriental ha encontrado las consecuencias de sus premisas, el corolario fatal de toda su lógica. Conociendo que apegado á su sentido antiguo se perdía irremisiblemente, ha renovado sus sentidos y su alma. Philon preparaba en la escuela esta síntesis de dos mundos, que el Cristianismo realizaba en el cielo y Roma en la tierra. Adoremos, adoremos á la Providencia. La mitad de la historia de la humanidad se hubiera perdido para la otra mitad, sin este esfuerzo supremo del espíritu humano, para ligar, para unir dos continentes enemigos. Son dos suspiros que se penetran, dos almas que se confunden, dos hijos que se encuentran después de haberse herido bajo el techo amoroso de su padre. Philon ha unido pues el espíritu oriental con el espíritu griego. Si habeis fijado la atención un instante en su por mí mal expuesta doctrina, habeis visto que su Dios es hebreo y bíblico; que su Verbo es semi-judío y semi-platónico; que sus ángeles tienen algo de la teogonía de los persas y de las tendencias de la academia; que el espíritu universal que anima al mundo, es puramente estóico; que el alma del hombre es semi-mística y semi-aristotélica; que su creación es persa, india y hebrea á un mismo tiempo; que las formas de la

creacion son esencialmente pitagóricas, y la moral de todo conjunto exenta; de suerte, señores, que en él veis dos mundos que al hablarse no se entienden y confunden, pero que se abrazan y se preparan á identificarse en un mismo pensamiento.

Después de examinar este movimiento del espíritu humano, ya es fácil de comprender el sincretismo característico de las escuelas gnósticas. Cuando el Oriente y el Occidente se unian; cuando los dioses de todas las teogonías andaban errantes por el mundo; cuando las razas iban como en peregrinación á Roma á llevarle la sangre de todos los pueblos, cuando el Panteon se abría para recibir las reliquias de todas las religiones; cuando Alejandría llamaba con la voz de sus sabios á todos los pensadores del mundo á refugiarse en sus escuelas; cuando el místico Oriente despertaba de su arrobamiento para aprender en la conciencia de su eterna enemiga, la Grecia, una nueva idea; cuando el espíritu griego se exhalaba de su preciosa ánfora, y derramado por los sucesores de Alejandro se infiltraba en la Palestina, en la Siria, en el Egipto; cuando Platon llevaba á Grecia al pié de los altares orientales á recibir el bautismo de la pristina vida de la humanidad; cuando Aristóbulo y Philon reconocian que el Oriente habia engendrado á Grecia y unen estos dos continentes como el hijo se une al padre;

cuando todo esto sucedia en la conciencia y en el espacio, no es maravilla que naciera una escuela sincrética para unir el Oriente con Grecia, el espíritu cristiano con el espíritu clásico, el génio del maniqueismo con la unidad de Dios; porque todas estas ideas eran el esfuerzo del espíritu humano para encontrar la verdad, secreto de la nueva civilizacion, ley de aquel gran siglo.

El gnosticismo era en verdad un peligro para la idea cristiana, pero al mismo tiempo era un poderoso auxiliar. Era un peligro, y un peligro vivísimo y amenazador, porque intentaba quitar á la verdad cristiana aquel carácter moral y aquella fuerza práctica en que consistian sus principales virtudes; y al mismo tiempo era un poderoso y vivísimo auxiliar, porque reunia todas las ideas, las condensaba, las ofrecia al juicio universal y absoluto de la nueva religion. Como Roma cumplia el gran destino de llevar todos los pueblos delante del Capitolio para que el Cristianismo pudiera más fácilmente convertirlos y bautizarlos, las escuelas gnósticas llevaban todas las ideas, las reunian en presencia del espíritu cristiano para que rechazase las erróneas y admitiese las que podian favorecer sus progresos. Este trabajo del gnosticismo era un doble trabajo de descomposicion y de union. El trabajo de descomposicion era útil á la verdad cristiana porque iba quitando obstáculos en su camino, iba enterrando cadáveres que

podían emponzoñar el aire en su triunfal carrera. El trabajo de recomposición contribuía con su sincretismo de poderoso auxilio para que la idea cristiana lograra recomponer la perdida unidad del espíritu humano. El gnosticismo contribuía también á separar al Cristianismo de las ceremonias antiguas, de los antiguos ritos; porque ofrecía el carácter de una gran oposición al pueblo judío. Pero si todo esto es cierto, no es menos cierto que esa escuela señala en su idea principal, en su carácter más elevado, en su espíritu más propio y más ingenuo, la indecisión, las vacilaciones del espíritu humano, que aún no bien conocedor del Cristianismo, quiere enriquecerlo con los despojos de todos los pueblos, y lo hace místico en Siria, naturalista en Egipto, maniqueo en la Caldea y en Persia, pagano en el mundo clásico; y une á sus sencillas primitivas ideas, á sus dogmas tan propios para alimentar el espíritu humano, á sus ingenuas y candorosas verdades, las gerarquías de sus genios, las milicias de sus dioses, el cortejo de sus espíritus infernales, el horror al mundo sensible, el desprecio al hombre, el entusiasmo por el éxtasis, por el misticismo vago, que petrificando al pié de un bosque oriental la gran idea, le hubiera quitado toda la divina eficacia que en sí tenía para salvar al mundo.

Naturalmente debía acompañar al Cristianismo el nacimiento de estas dos sectas, que cono-

cián muy imperfectamente esta doctrina, y la adulteraban con grandes y continuas adulteraciones. Eran estas sectas como el niño que balbucea una palabra que no entiende. Abrazando el Cristianismo más bien con el sentimiento que con la inteligencia, extremaban sus ideas y viciaban sus tendencias. El Cristianismo, como doctrina verdaderamente celeste, era universal, y como doctrina verdaderamente regenerada, era moral y práctico. El gnosticismo quería arrebatárle estas dos grandes virtudes, que tenían y guardaban el secreto de su poder y de su gloria. Quería hacer de una doctrina universal una doctrina apropiada solo á una región del mundo; de una doctrina moral y práctica, una doctrina mística y exaltada y fantástica. Quería naturalmente el gnosticismo llamar más la atención de los pueblos, distraer las inteligencias de la moral con el espectáculo de una metafísica audaz y varia y brillante, poblar el genio severo del Cristianismo con genios y dioses; atraerse la fé, no por la santidad de sus doctrinas, sino por la fuerza de sus milagros. Su doctrina era mágica, su fé era fanatismo. Creía imposible que el mundo se apasionara de una doctrina puramente moral como la doctrina cristiana, y estimaba que los grandes principios de justicia de la nueva iglesia debían ser parte á retardar su triunfo. Engañábase miserablemente la escuela gnóstica. El Cristianismo po-

dia estar seguro de la regeneracion del mundo porque comenzaba regenerando al hombre. En la raiz de la vida, en la voluntad humana iba á inocular su poderosísima savia. Al hombre esclavo iba á revelarle la libertad. Sobre todos los ritos antiguos iba á poner la conciencia; sobre todas las prácticas, la fé. Su palabra sencilla y clara se dirigia al corazon, á persuadir la voluntad para el bien. Habia mostrado que todos los principios metafísicos no valen lo que vale la virtud; que la inteligencia no vive sino cuando se alimenta del bien. Ahí estaba su secreto, ahí su porvenir, ahí su gloria. El Cristianismo ofrecia al mismo tiempo el bien, y la salud, y la vida á los hombres. Al prometer el bien supremo planteaba otro problema no menos pavoroso y sombrío, el problema del mal. A esta cuestion pavorosa y trascendental, á esta cuestion, que habia sido el fantasma de los pueblos orientales, á esta cuestion que el panteísmo no podia resolver, que el dualismo persa habia planteado; á esta cuestion, que fué el tormento de Job cuando se veia inocente y castigado; á esta cuestion, que solo el Cristianismo debia conocer, se unió en gran parte todo el movimiento de las escuelas gnósticas, necesitadas de dar alguna fuerza á su doctrina que se perdia en las nubes. Creo haber estudiado el gnosticismo en sus caracteres principales. Estudiemos ahora sus principales determinaciones.

La doctrina gnóstica nace al mismo tiempo que nace el Cristianismo. Los Apóstoles ya hacen alusiones á ese extravío de los entendimientos, á esa perversion de los corazones. San Pablo, que es el más grande, y el más previsor, y el más práctico de los discípulos de Jesús, confiesa que es necesario preservarse de ese mal, ajustar las acciones á la ley del Evangelio, que guardan pura la fé apartándola de esas brillantes doctrinas que poblaban de ángeles, de dioses, de genios, de demonios el universo; despreciar esas largas genealogías que llevaban la turbacion á la conciencia y la guerra al mismo cielo. Y en efecto, en Siria se hablaba de un mago particular, que se llevaba tras de sí el corazon de las gentes. Su palabra estaba iluminada por extraños reflejos, su inteligencia cubierta por profundísimos misterios. La historia de este hombre era un misterio cuya clave solo él poseia. El mundo necesitado de amar y de creer, seguia las huellas de todos los que amaban y creian, ó fingian creer y amar. Simon el Mago, que tal era el nombre de este hombre extraordinario, predicaba que la revelacion mosaica era una revelacion imperfectísima de un genio imperfecto; que Jesucristo es una segunda revelacion de Dios; que él mismo es la imágen del Padre descendida para mostrar toda su esencia; que desde el cielo cae constantemente una inmensa catarata de genios y espíritus y ángeles para vivifi-

car la creacion; que la primera de las emanaciones divinas es su pensamiento, su Verbo, en que está grabada la idealidad del mundo sensible; que el pensamiento fué vencido por los genios inferiores y encerrado, cual vil esclavo, en un cuerpo; que todas las cosas debian al pensamiento su vida, é ingratas se olvidaron de su origen; que el Redentor venia á libertad el pensamiento de su servidumbre, á sacarlo del fondo de la impura materia, á subirlo al cielo para que extendiera sobre la creacion todo su dominio. Esta doctrina de que ya hemos hablado en otro lugar, predicada en el fondo de los ardorosos desiertos, seguida de portentosos milagros de la magia, idealizada por la presencia de una hermosa esclava llamada Helena, que seguia siempre á Simon, admirablemente concertada en el espíritu y con el genio mágico del Oriente, por su carácter particular, tendia á hacer imposible, ineficaz la difusion en el mundo de la admirable doctrina de Jesucristo. A la doctrina de Simon el Mago unen muchos santos Padres la doctrina de Saturnino. Este tiene una tendencia al dualismo, pero tendencia no bien señalada y distinta. Dios está en el cielo y es incommunicable, eterno é infinito; y los ángeles son sus creaciones, sus hechuras; y el mundo es hechura de los ángeles, que depositan todo su poder en la materia bruta; y el eterno habitante del mundo es el hombre; y el hombre nació débil, enfermizo,

arrastrándose en la tierra como se arrastra el mísero reptil en el polvo, porque los ángeles, entre los cuales se contaba el Jehová de los judíos, no pudieron hacerlo mejor; y el Verbo le envió su aliento, su soplo de vida, para que irguiera la encorvada frente y se coronara rey de la naturaleza; y los ángeles se apoderaron de fuerzas que no eran suyas, y quisieron separarse de Dios, y formar muchos dioses; y vino el Cristo á combatir estas fuerzas congregadas contra su señor; y el espíritu abrió una nueva vida y se hundió más profundamente la materia, porque el espíritu es el sér y la materia es el mal, y debemos separarnos de ella si hemos de ser libres y felices. En esta doctrina, como fácilmente se echa de ver con solo pararse un momento á contéplarla, el Verbo, si bien no está bastante claro, es muy parecido al Verbo de los cristianos, y el mal está explicado, no en un sentido dualista, sino como un engendro necesario de la materia. Toda la exposicion de estas doctrinas muestran cuán fundadas han sido mis observaciones, y cómo la escuela gnóstica confundia en su caótica mente todas sus ideas.

La idea del mal era el torcedor de estos extraviados cristianos. Esa idea estaba siempre fija en su memoria, siempre delante de sus ojos. Poco á poco la escuela gnóstica iba á dar en el dualismo. El espíritu oriental se habia apoderado de su es-

píritu, y el espíritu oriental es dualista por naturaleza. El Oriente, que no comprende la limitación, no comprende el mal; el Oriente, que no conoce la libertad, no puede explicarse cómo el mal llega hasta el hombre. El Oriente, que no concibe una ley intermedia del hombre á Dios, no puede concebir cómo Dios que todo lo llena ha podido crear en consonancia con su eterna justicia el mal, que es la mancha de la vida. El gnosticismo tenderá á explicar este eterno torcedor del Oriente. Y á tal fin se encaminará muy principalmente la doctrina de Basilides. Este gnóstico empieza como todos pronunciando la primer palabra de su ciencia, el nombre incommunicable de Dios. El Dios-Padre es el sér absoluto, el sér bueno y justo por esencia. Pero ese Dios no puede estar encerrado en el silencio de su naturaleza y de su absoluto poder, necesita manifestarse en grandes y maravillosas manifestaciones. Dios como es la vida, engendra vida, produce séres. La primer manifestacion, su primer engendro, el más cercano á su naturaleza y á su esencia fué la razon, y por eso la razon es el instrumento de toda verdad. La razon, recibiendo un impulso tan soberano de Dios, no podia permanecer en la inmovilidad y en la inaccion. El hijo primogénito de la razon divina fué el Verbo. El Verbo debía tener ese amor inmenso que irradia fuera de nosotros la vida, y por consiguiente el Verbo debía irradiar de sí la

inteligencia. La inteligencia desarrollándose dá de sí la sabiduría, y la sabiduría el valor para dominar las pasiones, y el dominio de las pasiones la justicia, y la justicia la paz. Como se vé, el gnosticismo no abandona el carácter moral propio de la idea cristiana; pero temiendo que esa moralidad sea poco eficaz, la paganiza, si es permitida la expresion, la encarna en séres, que despierten amor en el corazon del hombre, porque el hombre no ama nunca las abstracciones. Estas virtudes, razon, verbo, inteligencia, fortaleza, justicia y paz, forman la ciencia divina. Despues las creaciones posteriores de Dios no tienen el poder, no tienen la vida que estas primitivas creaciones hechas dentro de su naturaleza y de su esencia. Las creaciones posteriores de Dios son como efluvios, como degeneraciones de su poder, que van perdiendo de brillo como pierde de brillo el horizonte, á medida que el sol vá replegando sus rayos y hundiéndose en el ocaso. Los ángeles, los arcángeles vienen á ser como creaciones imperfectas de Dios. Y ya las últimas irradiaciones del poder de Dios son como sombras, son como el mal. Aquí Basilides se detiene á fin de evitar un profundo abismo. ¿Cómo el mal ha de provenir de Dios que es la ciencia absoluta, de Dios que es la bondad suprema, de Dios que es el poder infinito? Entonces Basilides busca instintivamente el origen del mal, y vé el Satan maldecido, el Satan encadena-

do, el Satan orgulloso, levantándose como un poder frente á frente de Dios, y originando todos los males que agobian á nuestra naturaleza. Pero despues de haber asentado esta idea se encuentra fatalmente con un gran escollo inevitable. Si el mal es un poder, si el mal se levanta frente á frente de Dios, si el mal tiene un reino á donde la diestra del Eterno jamás puede alcanzar, levantai un Dios frente á frente de otro Dios, y si el uno es el Dios del bien y el otro el Dios del mal, las dos son fuertes, los dos son poderosos. Basíldes contesta á este escollo inevitable de su doctrina, diciendo que el mal no es, no puede ser absoluto. El mal es necesario porque es para el perverso un castigo, para el justo una purificacion. Si el mal no existiera, ni el perverso podria ser castigado ni el virtuoso probado. El mal no es sino una degeneracion del bien; porque el mal absoluto no existe, no puede existir; las últimas degeneraciones, ó mejor dicho, la última degeneracion de Dios es la materia. Basíldes considera la materia como un conjunto de fuerzas alteradas y viciosas, que pugnan por borrar la obra de Dios, el bien de Dios en la creacion universal. En cuanto al mal en el hombre, la explicacion es más sencilla. Solo el hombre que participa de alguna ciencia divina es justo. Los justos son tales por naturaleza como los perversos. El dualismo, que Basíldes evitaba en la esfera del mundo, lo comete

en la esfera del alma. Jesucristo solo ha venido á salvar á los buenos. Estas son las bases principales de su doctrina.

Basíldes aún se sostenia en una esfera que si bien errónea, no era extremada ni traia consigo los graves males que por todas partes derramaban sus discípulos. Estos, llevando á su extremo las doctrinas de su maestro, adulterándolas, cayeron en muy graves errores metafisicos y morales; negaban que la Pasion de Cristo fuera realidad, y la tenian por mera apariencia; creian que la Redencion habia tenido por único objeto elevarnos del fondo de este mar de la vida inferior á otra vida superior, pero material y guerrera; proclamaban que comprender la doctrina de las encarnaciones era tanto como hacerse incomprendibles á los ángeles y á los sabios y potestades del mundo; andaban inciertos en llamar á su criterio fé ó ciencia; despreciaban las buenas obras y las virtudes, y decian que basta conocer la gnosis para llegar al bien; asistian á los sacrificios paganos manchándose con la sangre de las víctimas; se daban á todo linaje de desenfrenados goces, porque creian que el cuerpo era el mal destinado á perecer; estimábanse como los hijos predilectos de la naturaleza y los elegidos de Dios, y aseguraban que aunque cometiesen toda clase de crímenes su eleccion era irrevocable; sostenian que su doctrina era superior al mundo espiritual, superior á

toda doctrina, incomprendible para los entendimientos que no estuvieran iniciados en su secta, y caían en un dualismo grosero y absurdo, como si trataran de interponerse entre Dios y el hombre, entre la conciencia humana y la nueva religión, para que no se renovara nuestra vida al calor de la verdad, que venía á ser como la virtud de nuestra alma, como la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia. Así el gnosticismo iba levantando problemas para que la teología cristiana los resolviese. Así arrojaba en el camino triunfal del Cristianismo las antiguas creencias, los errores de todas las escuelas, las religiones de todos los pueblos, los pensamientos de todas las sectas, para que el Cristianismo no perdiera la herencia de la civilización que le había precedido en el tiempo, y que había arrojado entre sus errores muchas verdades necesarias para que no se interrumpiera ni un solo día la trama de nuestra vida en la historia.

El gnosticismo tiende más tarde á un idealismo absoluto y vive en continuo delirio. El orientalismo no sólo influye, absorbe completamente el espíritu de esta escuela. Y al Oriente, al genio misterioso de la naturaleza, se une Platon, el intérprete del alma; Pitágoras, el gran sacerdote del simbolismo oriental que se abre sobre la Grecia para comunicarle la vida de las edades pasadas, y Zenon, el apologista de la virtud y de la severi-

dad de la vida. Para el nuevo movimiento que personifica Valentino, el mundo, por sus grandes imperfecciones, no puede ser obra de Dios, sino degeneración de Dios; porque la materia es el mal. Dios no puede ser comprendido por el hombre, porque la mísera criatura no puede levantarse hasta contemplar el sér absoluto y eterno; pues sólo el reflejo lejano de su poder y de su gloria sería bastante á cegarla, á consumirla. Dios se llama silencio y se llama abismo, porque en su inmensa soledad es insondable. Y de Dios se derivan varias naturalezas dobles, que son como los eslabones de la inmensa cadena de los séres. Dios engendra el macho y la hembra, la unidad y la variedad, la esencia íntima y la fecundidad, la razón y la verdad, el Verbo y la vida, el hombre y la Iglesia. De aquí se derivan otras creaciones gemelas hijas de las generaciones superiores, que pueblan los infinitos espacios. El mundo, este mundo tan vario, lleno de tantos séres de doble naturaleza, de tantas semillas contrarias, de tantos elementos distintos y opuestos; este mundo, que ya se corona de flores, ya se agita al embate de las tempestades, no es un mundo hijo del amor, sino un mundo ideado por un Dios poseído de un vértigo y de un delirio. Pero esta degeneración, esta pérdida del mundo, que cae en tan profundos abismos y se despeña continuamente, necesita del Verbo, del Redentor. El hijo desgraciado de la

tierra es el hombre, en que se han unido el espíritu y la naturaleza. El hombre no es uno en esencia, no; su naturaleza, según los gnósticos, es desigual, porque según los elementos que entran en su composición, así pertenece á una de las castas. De tres elementos se compone el hombre, de cuerpo, alma y espíritu. El hombre, en quien predomina el cuerpo, es como un esclavo, pues la luz del espíritu no llega á su naturaleza. El esclavo del error, el que se sume en las espesas tinieblas del mundo material es el pagano. Pero hay otra luz superior de la vida que purifica más la naturaleza humana y la dispone á recibir la verdad. Esta luz superior es el alma. El alma forma la segunda raza, á la cual pertenecen los judíos. Pero aun hay otra luz más clara, más intensa, derivada de un origen superior, de un origen más cercano al eterno centro de la vida; y esta luz impalpable, superior, que todo lo inunda, es el espíritu. La gran obra de Jesucristo, la obra superior y divina de su predicación, la unidad espiritual del género humano, esta obra se hallaba amenazada por el gnosticismo, la serpiente oriental, que aun no vencida, se arrastraba cautelosamente al pié de los altares cristianos para apagar su fuego; sí, su fuego, que debía ser el calor de un nuevo mundo, la vida de una nueva civilización, el espíritu inmortal de infinitas generaciones.

Esta doctrina, de un espíritu fantástico, de una

escuela embriagada en sus delirios, cuya imaginación estaba poblada de sombras, de espectros, de fantasmas, de ídolos, de dioses, de genios; esta doctrina que mezclaba el espíritu artístico de Grecia con el vapor que despedían los altares orientales; que recogía todos los ecos de los templos antiguos, todas las armonías de las liras que producían todos los poetas; esta doctrina que retiraba á Dios del mundo, colocándole en el último confin de la vida, que lo velaba con un negro sudario, que lo comparaba al silencio que reina sobre la noche y á los abismos que guardan los mares; que veía en todas partes contradicciones sin armonía, elementos enemigos y opuestos; que tomaba por base de la creación los átomos esparcidos en todas las esferas por el soplo creador; que demolía el mundo material y lo manchaba con maldiciones continuas; que se anegaba en un misticismo naturalista, sofocando al hombre con las emanaciones de la naturaleza; que enterraba la libertad, esa eterna esencia de la vida; que volvía sobre las huellas de la humanidad en su largo camino por el tiempo; que desde el seno de un materialismo grosero se levantaba al éter de un idealismo vago, indeciso, y desde el cielo del idealismo volvía á caer en el materialismo, á hundirse en el lodo del mundo; que quitaba á la nueva religión su carácter moral, aquel carácter que es como la esencia de su vida; que distraía á la conciencia de la

contemplacion de Dios y á la voluntad de la práctica del bien; que con el jugo de todas las plantas orientales habia hecho un veneno para emponzoñar al espíritu; que negaba hasta la igualdad del género humano, esa eterna base de la moral, y volvía á buscar en el polvo de los siglos pasados la casta para ofrecer ese ideal á la humanidad; esta doctrina, que así se levantaba en el camino del Hombre-Dios y unas veces con halagos, otras veces con amenazas, otras con mágicos hechizos y conjuros, pretendia detenerle en su camino, debia ser desvanecida como un poco de niebla de un nuevo dia, por el espíritu inmortal del Cristianismo.—He dicho.

EPÍLOGO.

LECCION SÉTIMA.

SEÑORES:

Hemos llegado al fin de nuestro trabajo en el presente año. La alteza de los problemas que debíamos tratar, han exigido gran detenimiento. Cuando el hombre está en presencia de ideas que han sido leyes fundamentales de la vida humana, no puede pasar sobre esas grandes ideas de lijero, sino detenerse en su presencia y recoger toda su enseñanza. Y cuando de esas ideas ha provenido una civilización entera, grandes imperios, grandes formas políticas y sociales, una moral, un arte, una filosofía, toda una vida como he dicho antes, precisa á detenerse en su fuente para ver si despues se ha viciado, ó se ha apartado de su origen durante su majestuoso curso por el espacio. Y si esta idea es el Cristianismo, la creencia comun de tantos siglos, el alma de la civilización,

el dogma en que se unen todas las conciencias, el númen que ha inspirado sus cuadros y sus estatuas á nuestros artistas, sus cánticos á nuestros poetas, su ideal á toda la vida de nuestro espíritu, debemos detenernos delante de esa idea, no solo para conocerla, sino tambien para adorarla, y para convencer á tantos fanáticos como la profanan, que todo cuanto es razon, justicia, libertad, vida, proviene de esa fuente misteriosa, abierta por la misericordia divina al pié de la cuna de la nueva civilizacion, para templar esa sed ardorosa de lo infinito que siente el hombre, viajero perdido en las sendas tortuosas de la tierra, ansioso de encontrar su patria que se esconde entre los misterios del cielo.

Pero es imposible, de todo punto imposible, estudiar el Cristianismo sin estudiar la antigua civilizacion y el estado del mundo en el momento en que el Cristianismo raya en los horizontes de la historia. Dos grandes escuelas se dividian á la sazón el mundo inmenso del pensamiento. Estas dos escuelas eran la aplicacion práctica, positiva, de todos los principios abstractos que habia ideado la filosofía griega. Siempre que una ciencia ó un pensamiento amanecen en la conciencia humana, despues de vagar por la esfera de lo ideal y del espíritu, tocan en la tierra y crecen con nueva lozanía. Y despues de aquella filosofía platónica, que era un verdadero poema del espíritu huma-

no, despues del idealismo eleático, que pulverizaba el mundo material; despues de aquel movimiento metafísico, que habia alcanzado hasta á la gran escuela aristotélica, la más práctica en toda la antigua ciencia; despues de haber agotado toda la vida del pensamiento, nada más natural, nada más lógico que el descenso del espíritu antiguo desde las alturas de la idealidad al terreno de la moral y de la política. Así las escuelas estóica y epicúrea, cuyos caracteres podremos estudiar con más detenimiento cuando nos acerquemos al derecho, su principal obra, lejos de mirar al cielo, miraban á la tierra; lejos de analizar el pensamiento, analizaban la vida; lejos de buscar la ley de los séres, buscaban la ley moral del hombre; lejos de interrogar á los mares, á las montañas, á la creacion por su Dios, se posaban sobre la conciencia para conocer al hombre; lejos de perderse en la naturaleza, perdíanse en el seno de la sociedad.

¿Y qué habia sucedido? Que aquellas escuelas que disputaban en la Academia, en el Pireo, en los jardines, á las orillas del mar, bajo los plátanos, siempre dispuestas á seguir el vuelo del pensamiento en lo infinito, y á despreciar la sociedad como cosa transitoria y fugaz, se habian convertido en grandes bandos políticos, que bajaban á la arena encendida de las pasiones y despleaban sus enseñas, y tenian sus ojos fijos en los acontecimientos, en los hechos, y anhelaban con anhelo

sin fin, posesionarse del poder y dominar el mundo. La escuela estóica era la escuela en que se había refugiado la aristocracia, no por virtud, no por convencimiento, sino por hacerse superior á sus dolores é insensible al continuo martirio que pesaba sobre su frente. Esa insensibilidad de la escuela estóica, que ha sido tan exagerada por la tradición, no existía realmente en los primitivos estóicos que inspiraban amor á la virtud; pero existía en los aristócratas romanos, que soñaban con la antigua República, y que desafiaban las iras de los emperadores, no con ese ímpetu ardoroso del que pelea, sino con esa paciencia del que sufre, resignados á morir el día en que apareciese por las puertas de su vivienda un emisario del César pidiéndoles la vida. Así el estoicismo se había asentado al pié del Imperio, creyendo que con sufrir sus injusticias, con manifestar en sus propias heridas la ira de su tirano, había de llegar el día en que derrocarse á su enemigo en el polvo. La aristocracia creía tener derecho á esperar que sus dolores fueran más sentidos y más llorados que los dolores del pueblo. No se acordaba de aquellos tiempos en que poseía el poder de Roma, de aquellos tiempos en que estaba frente á frente del pueblo y le cerraba el paso para ir á los comicios, las gradas para subir á los altares, la puerta para entrar en el hogar doméstico, la senda para tener propiedad, y hasta el campo de batalla para llegar

á la gloria; no se acordaba de aquellos tiempos en que llevaba atado como un perro al plebeyo al fondo de sus oscuros calabozos, y allí le mataba de hambre, de miseria; no se acordaba, no, de su historia, porque si la hubiera recordado, si hubiera visto dibujarse en su conciencia sus negros crímenes, hubiera comprendido que su dolor presente, sus persecuciones, la lluvia de sangre que caía sobre su propiedad, eran justos castigos de todos los delitos que había cometido contra el pueblo, porque nunca se quebrantan en vano las eternas leyes de la eterna justicia.

Y al mismo tiempo que una parte de la sociedad se maceraba en el estoicismo y se perdía en esa insensibilidad, que era como una muerte anticipada, otra parte de la sociedad evaporaba su vida entre el aroma de las rosas, el espíritu de los licores, el vapor de la sangre del Circo, los suspiros del amor de los sentidos, las fiestas, los placeres, como si todos en este instante supremo de la historia, tuvieran una tendencia fatal y ciega al suicidio. Así como el estoicismo era la protesta contra el Imperio, el epicureismo era el auxiliar del Imperio. Los corrompidos epicúreos amaban el Imperio porque el Imperio les daba paz, porque el Imperio velaba el sueño de sus placeres, porque el Imperio les retenía en sus lechos de flores, lejos del estruendo y del peligro de la guerra, porque el Imperio les divertía en teatros, jue-

gos de gladiadores, convites públicos, batallas navales, con todo cuanto podia divertir su imaginacion, ansiosa de placeres. Así, en el seno de aquella sociedad, las ideas, las grandes ideas que parecian perderse por vagas, y por etéreas, y por fantásticas en los aires, en el seno de la inteligencia, en el espíritu, se condensaban, se resumian en grandes partidos, en grandes constituciones, y bajaban á la tierra, y se aparecian vestidas de carne y hueso en la superficie de la sociedad. Esto prueba que las ideas filosóficas, las que parecen más abstractas, más lejos de la realidad y de la vida, tienen virtud bastante para acercarse á la tierra y remover la materia, y fundir en un nuevo molde toda la sociedad.

Así en los tiempos que hemos historiado, el mundo se habla cansado del epicureismo de Nerón, y volvía sus ojos á la virtud estóica. Una sombra de remordimiento habia cruzado por la conciencia de aquella Roma sumida en sus crímenes. Y parecia como que aquel remordimiento, taladrándole las sienas, la despertaba á una nueva idea, y la impedía á abrazarse á un nuevo signo de regeneracion y de esperanza. El mundo, tocado en el corazón, se levantó, y la tiranía nenoriana cayó en el polvo. Entonces se vió que despues de medio siglo de Imperio, despues que sobre la idea aristocrática habian caido ocho generaciones de nobles machacadas por las fuerzas

de los Césares, los Antonios, los Augustos, los Tiberios, los Calígulas, los Claudios y los Neronés, aun habia entre tantas ruinas, entre tantas cenizas centellas apagadas de la República. Un viejo achacoso, enfermo, casi paralítico, encorvado sobre el sepulcro, habia ideado restaurar la idea aristocrática, fiel imágen de una idea gastada ya por el continuo progreso de la sociedad. Y este viejo, olvidado de su origen, de que las lanzas pretorianas le habian levantado al poder, quiso disciplinar las costumbres que él mismo habia relajado, cerrar el cauce que él misma habia abierto. Y así como Nerón fué el hijo de la plebe, Galba fué el padre adoptivo de la aristocracia. Cuando la aristocracia vió á uno de los suyos, de sus más queridos hijos adoptado por el nuevo César, se incorporó en su lecho, creyendo que habia pasado la luna de su martirio, y que habia desagraviado con su paciencia la justicia del cielo.

Pero la lógica no se puede nunca romper. Y la lógica se conoce en los hechos como una ley inflexible, inquebrantable, que no puede romper ningún esfuerzo humano. Y en la lógica de los hechos no estaba la antigua aristocracia, que habia imposibilitado la unidad del mundo, tan necesaria á la vida; en la lógica de los hechos estaba la continuacion del Imperio, que hacia girar sobre sus goznes las puertas de la antigua Roma, para que

en su recinto penetraran todas las razas de la tierra. Así es, que los pretorianos, inmediatamente despues que se vieron pospuestos á una aristocracia enfermiza y degradada, requirieron sus armas y se prepararon á soterrar á Galba. El epicureismo volvió á subir al trono de la tierra, volvió á ocupar su alto asiento, volvió á resucitar la imagen perdida de Neron. Mas no se puede entregar ciegamente la sociedad á una tendencia sin ir á dar en sus últimos extremos, porque toda idea, por su propia naturaleza, tiende á lo incondicional y absoluto. Othon, el representante de esta idea, cuando vió que el desenfreno de los mismos principios por él proclamados iba á poseionarse de Roma, se levantó sobre sí mismo, se transfiguró en el dolor, ese númen del heroismo, miró con indiferencia la vida, con asco el placer, y murió una muerte que hubiera envidiado el más severo de los estóicos. Y estos grandes ejemplos de virtud, de heroismo, estos ejemplos dados por los que tenían más oscurecida la inteligencia, más corrompido el corazón, no eran parte á libertar aquella sociedad del epicureismo, que se bañaba en sangre en el Circo, que aplaudía la inmoralidad en el teatro, que se revolcaba entre la embriaguez y el hartazgo en los festines, que viciaba la pureza de la primitiva matrona romana, que disipaba la vida del mancebo, que corrompia al niño en su cuna, que se suspendía hasta sobre la lira

del poeta y el cincel del escultor; epicureismo que era inevitable, que era fatal, que era el resultado de un gran movimiento metafísico, de una gran relajacion moral, y por consiguiente, que como todas esas ideas estaban muy generalizadas, muy difundidas, se respiraba, como los miasmas de las epidemias, en el mismo aire destinado á conservar la vida. Vitelio representaba el desenfreno del epicureismo.

Pero esta exaltacion febril de una idea venia á distraer el Imperio del cumplimiento de su destino y de la conclusion de su maravillosa obra. Los pretorianos, rasgando con sus lanzas la púrpura imperial; los estóicos, empeñados en retroceder á un ideal perdido como un punto lejano á sus espaldas; los epicúreos, sumidos en profunda abyeccion moral, á cada paso viciaban, corrompian la idea providencial encomendada á la accion misteriosa del Imperio. Era necesario que naciese un hombre que acariciase la idea que habia sido como el secreto de la vida de los Césares. Este hombre es Vespasiano. Un doble carácter hemos observado en este emperador. Como europeo tiene una tendencia señaladísima á la política práctica, y va organizando el principio de igualdad que habia triunfado en los Césares; pero como oriental, como hombre que habia oido por largo tiempo los cánticos de los sacerdotes asiáticos y habia visto las fastuosas ceremonias de su culto, y habia res-

pirado las esperanzas difundidas en los aires, tiene un carácter especialmente gnóstico. Pero lo cierto es, que Vespasiano es plebeyo, y como plebeyo, fiel á su destino y á su idea hasta la muerte. Así, á un mismo tiempo abre las puertas del Senado al plebeyo, las puertas del *Pomerium* al extranjero. Y esta su política es perseverantemente seguida por su hijo Tito, también semi-latino y semi-oriental como su padre. En este tiempo se recrudecía la oposición de los estóicos al Imperio, y especialmente á la familia Flavia, que pertenecían á Tito y Vespasiano. Y la causa principal de esta oposición de los estóicos á Tito y Vespasiano consistía en que el espíritu oriental con que ambos á dos perfumaban sus ideas era un peligro muy grave para las tendencias positivas y prácticas de la escuela estóica. El estoicismo iba creciendo y trasformándose de pacífica secta filosófica en partido político, guerrero y militante.

Pero en este momento la recrudecencia de las pasiones, su gran tumulto, eleva al trono de la tierra un hombre apasionado y vengativo, un hombre que debía ser el gran azote del senado. Este hombre se llamaba Domiciano. Como el Imperio debía extender una idea de justicia por el mundo, por la sociedad, Domiciano, á pesar de la perversidad de sus instintos, cumplía dos grandes ideas, borraba la diferencia de los caballeros y de los senadores, exaltaba la personalidad abatida y

borrada del esclavo. Y al mismo tiempo, estos días de Domiciano eran los días tristes, los días fatales para el senado. Cuando los senadores creían contar con la benevolencia del César, veían abrirse las puertas del Senado, entrar los emisarios del César, diezmarlos como el carnicero diezma el ganado, arrastrarlos al palacio de su señor, y allí abrirles el vientre y ofrecerlos en sacrificio á la insensata cólera del Imperio; cólera horrible, que iba creciendo á medida que de aquella antigua aristocracia tan grande y tan temida solo quedaban las cenizas que esparcía el soplo de la muerte. Pero á medida que iban cayendo estos obstáculos levantados contra el torrente del progreso, el estoicismo, la única idea positiva y práctica y justa que flotaba sobre aquel negro mar de pasiones, abriase paso hasta el trono del mundo. Los emperadores habían comprendido que el estoicismo era su enemigo, y quisieron ahogarlo. Pero como si es fácil exterminar á los hombres es difícil exterminar las ideas, de cada una de las cabezas de los estóicos que rodaban por el suelo salía una centella bastante á iluminar las oscuras conciencias. Y al mismo tiempo que el estoicismo propagaba sus ideas por el mundo con sin igual constancia, se persuadía de que era imposible, absolutamente imposible resucitar lo pasado, y que había menester para realizar su idea, el principio capital de su existencia, transigir con

el espíritu de la época y con la idea de su siglo. Desde el momento en que el estoicismo renunció á restaurar el senado y la aristocracia, desde el instante en que se dió á exaltar la nueva idea, el derecho universal, la igualdad del género humano, la justicia, la ley moral, el estoicismo debía triunfar, porque encerraba en sí la idea del progreso. Esta idea, en su primer ensayo, se personifica en Nerva. Hé aquí cómo la conciencia humana se acercaba por sí sola á recibir el bautismo del cielo con la idea inmortal del Cristianismo.

Y así como la conciencia por el estoicismo se iba acercando á la moral cristiana, el mundo por el trabajo de Roma se iba acercando á la unidad espiritual del Cristianismo. Dos grandes razas se habían dividido el mundo antiguo: la raza semítica y la raza indo-europea. La raza indo-europea es la raza de los artistas y de los filósofos, la madre del paganismo. La raza semítica es la raza de los sacerdotes, de los teólogos y de los guerreros, la raza guardadora del monoteísmo. La oposicion de estas dos razas ensangrienta toda la historia antigua desde la primera hasta la última de sus páginas. Babilonia y Persia, Tiro y Grecia, Cartago y Roma, representan la lucha, la oposicion sangrienta de todas las razas entre sí. Y esta oposicion no se fundaba en una pasión, en un odio instintivo, se fundaba en grandes y poderosas ideas. La raza semítica representaba la idea

divina, la idea teológica; y la raza indo-europea representaba la idea humana, la idea filosófica. ¿Qué genio superior había tocado en el corazón de estas razas, que las obligaba á caminar hacia la fusión y la unidad de todas? El carácter aristocrático y el carácter democrático se unían en la política general; la raza semítica y la raza indo-europea en el recinto de Roma; el pensamiento griego y el pensamiento oriental en Alejandría, la idea divina guardada por Jerusalem y la idea humana difundida por Atenas en el cielo del Cristianismo.

Y así todas las razas iban sufriendo esta misma transformacion, iban acercándose al ideal humanitario, á la sublime idea de la unidad. Al Occidente se hallaban batalladores íberos, que se extendían desde las cumbres del Pirineo hasta las riberas del Mediterráneo; en las Galias, en la Britannia, en los desfiladeros de los Alpes los sacerdotes celtas; las razas germánicas, desde el mar del Norte hasta el Caspio, acampadas en las orillas del Rhin y del Danubio; la raza helena á las puertas del Asia, interrogándole por la clave de sus misterios; y en Italia, trono del mundo, los romanos dictando su pensamiento á los pueblos. Las riberas africanas del Mediterráneo se hallaban pobladas de semitas, que habían recibido en sus venas la infusion de sangre griega. En el Asia los pueblos luchaban con los romanos en re-

tirada, y allí en el fondo del Oriente meditaba el pueblo indio en sus grandes y profundos misterios. Y de esta suerte, ora por la guerra, ora por el pensamiento, ora por la religion, todos estos pueblos se unian, se mezclaban, se confundian, formando el cuerpo robusto de una nueva humanidad que debía recibir el espíritu del Cristianismo, fuente de la nueva vida, númen del progreso.

Hemos estudiado la transformacion de estas razas en el instante de la aparicion del Cristianismo. Los españoles habian resistido en los campos con Indivil y Mandonio; en los desfiladeros con Viriato; en los muros con Numancia; en las montañas con los astures; en el martirio con los vascos; dentro de la misma familia romana con Sertorio; habian resistido, decia, al secreto de la Providencia, que señalaba al mundo como ley de su providencia el dominio de Roma. Los antiguos galos, que habian puesto espanto y terror en el pecho de Roma, ligeros, frugales, dados á librar su suerte al primer empuje de sus armas, amigos de batallas campales, habian caido bajo el yugo de Roma en ocho grandes combates; y con ellos habia caido aquella su religion céltica, llena de supersticiones, cuyo rito era la magia, cuyo sacrificio consistia en derramar sobre el ara la sangre de los hombres. De esta suerte, Roma contribuia á limpiar el mundo antiguo de sus manchas para

prepararlo á recibir en su frente el bautismo de la idea cristiana. Así el dios-naturaleza se enterraba poco á poco en los abismos y caian al pié de su ara todos los sacerdotes.

Y si era esta la suerte de la Iberia y de las Galias, era más triste la suerte de Grecia, la maestra de las naciones. Grecia habia caido en profundo abatimiento. Sus repúblicas habian muerto, sus poetas callaban, sus filósofos huian á la ciudad de Alejandría, sus guerreros estaban enterrados en el polvo de los campos, sus ciudades eran montones de ruinas, sus hermosas regiones como la Ática, la Thesalia, la Arcadia, apenas guardaban recuerdos de sus templos y de sus dioses. Unos sobre otros iban cayendo sus reinos, sus escuelas, sus oráculos, sus templos, sus dioses, porque cumplido su destino y realizada su maravillosa obra, no le quedaba más remedio que seguir la ley de todo el que vive en el mundo. Así la Grecia sacudia su corona de verbena y de laurel, dejaba caer su lira, se hundia en el Mediterráneo, y legaba al mundo en herencia su pensamiento que habia sido el filtro de su gloriosa vida. Las naciones miraban con ojos llorosos la ruina de este pueblo; los grandes pensadores se acercaban con religioso temor á su sepulcro; los poetas buscaban una centella de inspiracion entre sus cenizas, y sobre aquella desolacion se levantaba como una letra funeral inscrita en una lápida la

ciudad de Corinto, última luz de Grecia, semejante á esos fuegos fátuos, resto de la vida, que cruzan por las hendiduras de los sepulcros.

Y este mismo destino alcanzaba á Sicilia. Las guerras cartaginesas habian despoblado la parte que miraba al Africa; las guerras civiles la parte que miraba á la Italia; la guerra servil el centro de la isla. Así, en aquellos campos donde habia encontrado el color de sus preciosos cuadros campestres Teócrito, y el primer suspiro de la musa cristiana Virgilio, sólo se veian ruinas amontonadas, sobre las cuales se deslizaba el lagarto, ó hacía su nido la marina gaviota. Y lo mismo que sucedia á Sicilia, sucedia á Creta. Esta isla, donde el genio de Oriente y el genio de Grecia habian celebrado sus nupcias, dejaba caer en el verde fondo de las aguas sus piedras, sus columnas y hasta sus dioses.

En el Asia Menor se veia como una copia de las razas que explicaban toda la historia; al Occidente los indo-europeos, al Oriente los siro-árabes, en el intermedio los frigios. El Asia Menor habia sido como la madre de Grecia. En ella se levantó Apolo, en ella nació Cibele, en ella entonaron sus primeros cánticos los poetas griegos, en ella habló el primer oráculo que interpretó el pensamiento de la inocencia de Grecia. En el Asia Menor, que habia sido la madre de la raza jónica, destinada á dar su vida á la hermosísima Atenas, el espíritu

griego sobrevivió por largo espacio de tiempo á la caída misma de la Grecia. Roma respetó sus libertades históricas, la liga anfictionica de sus ciudades, el espíritu de su civilización, aun bajo su dominio.

Y entre el mar de Chipre y el Eufrates se extendia el maravilloso Imperio sirio, que habia sido por espacio de mucho tiempo el depósito de la conciencia religiosa de la humanidad. Este Imperio hermosísimo, destrozado por los parthos, que descendian de las montañas á herirlo y martirizarlo continuamente, estaba rodeado de continuas aflicciones. Roma lo libertó de estas irrupciones, loató á su carro triunfal y lo agregó á su inmenso Imperio. Y así la idea romana se extendia por todo el mundo. Y al mismo tiempo que dominaba estos pueblos, iba declarando tributarios suyos á los capadocios y á los tracios.

Y una profecía se cumplia y un gran castigo se consumaba con la extension que iba tomando el dominio romano por el Oriente. El pueblo hebreo habia guardado en sus rocas la idea divina, la idea de la unidad de Dios. Esta idea le habia sostenido en la adversidad, le habia consolado en la esclavitud. Con esta idea habia venido á ser el pueblo más feliz del Oriente. Por esta idea habia visto pasar como las olas de un mar sereno los pueblos, sus enemigos, delante de su presencia, sin apagar el vívido fuego de su santuario. Pero

un día el hombre se acercó á la puerta del templo de Jerusalem, llamó con redoblados golpes, y el pueblo quiso que su idea no fuera para los demás hombres. Pero Dios, que habia querido que esta idea se difundiese por toda la humanidad, sopló sobre la tierra el nuevo espíritu creador, el Cristianismo. Entonces el templo se arruinó, se dispersaron los sacerdotes y no quedó en Jerusalem piedra sobre piedra. La Iglesia cristiana heredó el espíritu religioso de la sinagoga; la humanidad el sacerdocio vinculado antes en la raza semítica. Así el Oriente, el eterno é inmóvil cenobita de la historia, se veía lanzado de su templo é iba á caer de hinojos ante nuevos y más hermosos altares, ante la sagrada corona del Cristianismo.

Y esta misma suerte habia alcanzado al Egipto. Sus templos, que fueron la eterna escuela de Grecia, yacian abandonados de tantos peregrinos como iban á beber la vida en sus misterios; sus sacerdotes no alcanzaban á entender el espíritu teológico guardado en sus geroglíficos y en sus símbolos; sus guerreros habian sido desarmados y vencidos, aquellos guerreros eterno terror del Oriente; sus razas se perdian en la inundacion general de pueblos que por todas partes las rodeaba y el espíritu de su civilizacion se evaporaba como la gota de rocío caída en el desierto. Sin embargo, Dios, para premiar su constancia en el trabajo de la civilizacion universal, hizo brotar en el

mundo Alejandria; sí, Alejandria, que transformaba todas las razas, que unia unas con otras todas las ciencias, que vertia un nuevo espíritu en la antigua filosofia, que elevaba todas las escuelas al cielo para que se bañaran en la idea divina que á la sazón inundaba la humanidad; Alejandria, una de esas ciudades tan grandes en la historia como Atenas, como Jerusalem, como Roma; piedras miliarias de los siglos.

Y en la misma Africa, entre el Atlas, el Desierto y el Mediterráneo, al lado de las tribus de los kabilas, nómadas errantes, como un nido de ruiseñores criado en un oasis, se extendia la hermosa colonia de Cyrene, mansion dichosa de los griegos, que al calor de aquella grandiosa naturaleza habia producido grandes filósofos y grandes artistas; tierra en que los epicúreos encontraron su lecho de rosas, su mansion de delicias, trasformada tambien por el espíritu de los romanos, pues su último rey, comprendiendo que es de todo punto imposible resistir al destino y á sus maravillosos decretos, entregó su corona al pueblo romano para que la custodiara como un florón caído de la diadema de Grecia, de esa nacion que habia irradiado su espíritu maravilloso y artístico por las regiones más bellas y más felices de las tranquilas orillas del Mediterráneo, mar que ha besado con sus tranquilas ondas la cuna de todas las grandes trasformaciones de la civilizacion europea.

Y todas estas regiones se habían transformado por el trabajo de Italia, patria del derecho, destinada, por poseer un ideal humanitario; á dominar el mundo. Italia, en este trabajo titánico de transformar la humanidad, había agotado sus fuerzas, había extinguido hasta la vida de sus hijos. Así en aquella Roma tan aristocrática y privilegiada entraban á tomar asiento los hombres de todas las razas de la tierra, y asiento no al pié de la ciudad, sino en el Senado y en el trono de los emperadores. La dulce Italia había en su pensamiento transformado la conciencia humana; con su sangre la vida de todos los pueblos. Así en esta edad, se hallaba enflaquecida, exhausta, agotada por sus grandes, por sus inmensos trabajos, reina y mártir á un mismo tiempo de toda la tierra; porque los pueblos que conciben una gran idea, son como los individuos, y no realizan esa idea sino á costa de consumir mucha vida y derramar de sus venas mucha sangre, sentencia de que no se liberta la humanidad.

Y el pueblo romano en esta época tenía grandes enemigos. En las selvas oscuras de la Britania, entre las verdosas ondas de los mares, bajo las sagradas encinas, se levantaba el ara, de los druidas ensangrentada por el sacrificio de infinitos hombres. Allí un pueblo entero, abrazado á sus antropófagos dioses, resistía á la cuchilla de Roma, que, preparando sin conciencia de su des-

tino una idea más sublime, iba poco á poco destruyendo el dios-naturaleza. Así aquellos pueblos britanos defendían sus aras, su culto, sus selváticos templos, sus altares, con esa fé indomable que es el carácter de los pueblos primitivos; y generaciones enteras se suicidaban contentas antes que doblegarse á la ley de la Providencia. Pero no era este el gran peligro de Roma; el gran peligro de Roma estaba en las orillas del Rhin. Allí se extendían y se dilataban infinitos pueblos bárbaros que aguzaban en silencio sus armas, que nacían y se criaban en carros de guerra, que no tenían amor patrio, que sentíanse movidos de un impulso ciego á caminar por el mundo, y que de vez en cuando se alzaban sobre las empinadas crestas de los Alpes, y al ver á lo lejos la tierra donde florece el almendro, el mirto y el granado, donde el sol reina como en su palacio, donde las aves entonan un concierto eterno, donde el mar se humilla y se convierte en un celeste lago, donde la vida es tan hermosa como el sueño del os inmortales; al ver esa tierra privilegiada, lanzaban ahullidos de hambre, codiciosos de abrazarse á tan hermosa naturaleza. Y en las orillas del Danubio todavía existían otras tribus más feroces, ménos disciplinadas, más salvajes, que eran como los residuos de los pueblos del Oriente, amenazando el Bósforo y la Grecia como los germanos amenazaban el Tirreno y la Italia. Y aun más lejos, dilatándose hasta

la laguna de Palus Meotides, se extendían los escitas, más bárbaros que los getas y los germanos, más indisciplinados, más feroces, que bebían la sangre de sus enemigos, vestían su piel, se adornaban con las cabezas cortadas en los campos de batalla, estaban en perpétua guerra como si conociesen que Dios les había de empujar como un huracán sobre el mundo. Y al mismo tiempo el Cáucaso daba en sus riscos, en sus inaccesibles desfiladeros, abrigo á innumerables piratas, que se entregaban á merced del viento y de las olas, y volvían á sus cavernas cargados de innumerables despojos á depositar el fruto de sus innumerables rapiñas, sus grandes presas.

Pero el pueblo rey no solo tenía enemigos en Europa, los tenía también y muy feroces en el Asia. El pueblo rey para contener á los germanos dominaba en las Galias, para contener á los getas en la Pannonia, la Iliria, la Tracia, y para contener á los partos en la dichosa Armenia inundada por el espíritu de Grecia. Y estos partos guerreros, indómitos, extendidos por las orillas del Eufrates, forman un Imperio, del cual no tenía Roma verdadera idea; un Imperio feudal, inmenso, en que un rey poderoso y débil á un mismo tiempo, domina sobre infinitos señores, que se reparten los girones de su púrpura, y viven abandonados á su instinto, y solo tienen un sentimiento en que se funden, se identifican todos sus corazones, el sen-

timiento de odio y de venganza contra Roma. Y por estas mismas orillas del Eufrates se extendían árabes desconocidos, y cerca del Nilo árabes nubianos, y al Sur la Abysinia, fuera del alcance de Roma. Así hemos visto cómo Roma trasformaba toda la humanidad, toda la historia. Ella recibía en su seno el espíritu de Jerusalem, las sublimes interpretaciones que del Oriente había hecho Alejandría, el cántico eterno que Grecia lanzaba á las orillas del Mediterráneo, las ideas que cruzaban perdidas sobre las ruinas de las ciudades orientales, las teogonías del Asia, el misterioso dogma del Egipto; y al mismo tiempo, en virtud de su propia vida, metamorfoseaba todas las esencias escapadas de estos pueblos y las elevaba á la unidad, deteniendo el paso á los pueblos del Norte, á los bárbaros, hasta el día en que, madura ya la idea, que debía heredar y recoger, pudiesen servir á extender y propagar un nuevo espíritu, una nueva civilización por toda la faz de la tierra, para que así constantemente se renueve la vida universal.

Mientras el pueblo romano guardaba la idea humana en su Capitolio, el pueblo judío guardaba la idea divina en su santuario. Dios había premiado en este gran pueblo su constancia en guardar la idea que había de ser la raíz universal y su esperanza en la renovación de su pacto con el pueblo por medio de su Mesías. Este doble instin-

to de tenaz conservacion y de progreso, era el gran carácter del pueblo judío. Las persecuciones, el destierro, sus incesantes penas lejos de disminuir su fé en su Dios, la acrecentaban, y por eso hubo de ser el elegido por Dios para dar una nueva alma á la humanidad, una nueva idea á la historia. Y en el seno del pueblo judío vivian dos grandes sectas, que con tendencias opuestas, debian contribuir al movimiento religioso que iba á inaugurar el Cristianismo. Estas dos poderosísimas sectas eran los fariseos y los saducees, con ideas distintas, con opuestas tendencias. El fariseo intentaba conservar á Jerusalem y á su pueblo siempre al pié del santuario, siempre con los ojos puestos en su Dios. Así en la cautividad los fariseos elevaban el espíritu del pueblo á Dios, en la irrupcion de Alejandro los fariseos impedian que el pueblo se marchase tras los ídolos griegos, en la lucha con Roma, el fariseo se enterró en el polvo de sus colinas, en las ruinas de su templo. Y la otra secta era el saduceo, que intentaba unir el espíritu de Jerusalem con el espíritu de todos los pueblos. El saduceo seguía el carro de Alejandro pidiéndole su idea, el saduceo se postraba ante los seleúcidas, el saduceo llamaba hermanos á los conquistadores del mundo, que les habian hecho esclavos. Pero así, mientras el fariseo conservaba pura la antigua religion, el saduceo enseñaba á todas las razas y á todas las gentes el ca-

mino de Jerusalem, y de esta suerte se iban uniendo las dos antítesis de la historia antigua para contenerse en la síntesis superior del Cristianismo.

Así, en Jerusalem se extendió universalmente la idea de la venida del Mesías. Los guerreros esperaban un varon fuerte, que con su espada arancara la corona de las sienas de Roma; los místicos, en el resplandor de la aurora, en el reflejo del sol, esperaban ver venir el carro del divino Elías; los que guardaban pura la tradicion, creian ver levantarse de nuevo la casa de Jacob al trono de Israel; los judíos espirituales esperaban un Mesías, que restaurase el templo y levantara una nueva mística Jerusalem; los esenios rompian con el espíritu antiguo, y se maceraban en el fondo del desierto, esperando el prometido; y estas esperanzas universales se condensan, se personifican en profetas, que aparecen por las soledades, preparando las vías al Redentor del pueblo. Pero el que personifica esta esperanza mesiánica más pura, es San Juan Bautista, el solitario, el misionero del desierto.

Por fin, la esperanza se cumple, la salvacion del mundo se realiza y aparece el Mesías, el que debia venir, el que era anhelantemente aguardado por la nacion judía. Vino y su pueblo no le conoció, y no fué comprendido por sus hijos, por los que venia á salvar. Esperaban la re-

novación y la fuerza de un pueblo, y vino la renovación y la fuerza de toda la humanidad. Esperaban un guerrero, y vino un justo. Esperaban un rey, y vino un pobre y desvalido misionero. Esperaban que exaltaría á Israel, y profetizó la destrucción del templo. Esperaban que destruiría naciones y hundiría reinos, y predicó la paz entre los hombres. Esperaban una venganza, y vino un perdon. Esperaban que cumpliría la ley en todas sus partes, y sucedió que confirmando el espíritu y la letra de la ley, exaltó sobre la ley el espíritu y la fé. Y por eso los fariseos, los sacerdotes de la antigua ley, el pueblo de Israel, que aspiraba á la dignidad primitiva del sacerdocio, se indignaron contra el justo, le persiguieron, le crucificaron, y vieron con gozo cómo exhalaba su último suspiro, creyendo que en él habian muerto el espíritu de su immaculada doctrina.

Mas el odio de los fariseos al Cristianismo se recrudeció por extremo. Ellos creian que el salvador de Israel debia confundir en el polvo á sus enemigos y no ser por sus enemigos confundido. Creian que la vida humilde y la muerte congojosa de Jesús eran una prueba cierta de que su doctrina no podia ser celeste; porque fingian un cielo iluminado por el sangriento reflejo de sus pasiones. Creian que la exaltacion de Israel era el único destino, la única obra digna del Verbo. Los primeros cristianos no querian romper con la

sinagoga y con sus sacerdotes. Por eso, para contrastar la venida de Jesús humilde, de Jesús pacífico, de Jesús sacrificado en el Calvario, representaban á los ojos del pueblo con maravillosos colores, aquella otra venida sobre las nubes, sobre la tempestad, inundado con el resplandor de la gloria y llevando en sus manos el libro de la vida, para juzgar á todos los hombres y premiarlos ó castigarlos segun sus obras, y mostrar así sobre los mundos y sobre la humanidad todo el resplandor de su justicia.

Mas los primitivos cristianos que rodeaban á Pedro, el primer jefe de la Iglesia, el que debia velar eternamente por la pureza de la fé, no se atrevian á salir de la sinagoga. Asistian al templo, observaban todos los ritos y todas las prácticas antiguas, guardaban fielmente la letra de la ley, y no se apartaban un punto de las ceremonias. Temian que al salir del templo, el rayo de la cólera divina les habia de cerrar el paso. Este sentido limitado hubiera perdido la verdad cristiana, si su perdicion fuese posible. La nueva idea hubiera sido un brazo más del gran candelabro, un grano más de incienso quemado al pié del ara, una palabra añadida á la antigua ley; pero no hubiera sido de ninguna suerte la renovación de toda la vida y de todo el espíritu como habia prometido Jesucristo.

Era necesario apartar la Iglesia de la sinago-

ga, abrir el capullo en que estaba contenida la nueva doctrina, dilatar el espíritu de Dios por toda la tierra, predicar no al circunciso, no al griego, no al romano, sino al hombre, unir todas las razas en el espíritu divino del Evangelio. Esta tendencia debia ser la tendencia de los espíritus superiores de la nueva religion y debia pasar á dogma, á doctrina de toda la Iglesia. El primero que concibió esta gran idea, el primero que se atrevió á exponerla delante la sinagoga fué San Estéban. El fariseo cuando oyó unida á lo que él llamaba la blasfemia cristiana, esta blasfemia humanitaria, sacrificó despiadadamente al jóven, que despues de Jesús fué el primer mártir de la verdad en la tierra. Así los Apóstoles se fueron dispersando por el mundo. Pero el estado del espíritu religioso, las promesas, las amenazas, los premios, los castigos, las ideas de los cristianos de esta edad sobre las naciones y sobre la historia universal, están resumidas en el libro inmortal y divino del Apocalipsis.

Pero el hombre que inicia la edad de la fé es San Pablo. Todos los primeros Apóstoles habian visto á Jesús, San Pablo no le habia conocido y habia sacrificado á sus discípulos. Pero la fé sobrenatural hiere su conciencia, é ilumina su vida, y lo lanza entre los Apóstoles, entre los grandes mantenedores de la nueva idea. Para San Pablo el rito ha pasado y ha venido el espíritu; la

ley antigua ha sido esclarecida y completada por la nueva ley, el hombre se ha reconciliado con Dios por medio de su Verbo. Así delante del Salvador y delante de la Iglesia, ya no hay razas, ya no hay griego, ni romano, ni judío, ni príncipes, ni vasallos, ni esclavos ni señores, sino solamente hombres, porque para todos ha llovido el cielo la verdad divina. San Pablo cree que el Evangelio es el resumen de toda la revelacion, que el bautismo es el principio de la gracia, que la fé es muy superior á las antiguas ceremonias, que el pagano puede entrar como el judío en el nuevo templo. Esta doctrina incita contra el gran Apóstol iras, persecuciones, tormentas. Pero su fé ciega, su indomable carácter, la pureza de su idea, la maravillosa virtud de su doctrina, su confianza en Dios, su celo, el amor inmenso que posee todo su corazon, que inunda toda su vida, le llevan á predicar su idea, á sostenerla contra todos, y doquier pasaba, iba dejando las huellas luminosísimas de su inmortal espíritu, que vá á ser como un nuevo inmortal faro encendido en las riberas de todos los tiempos. Así esta idea de San Pablo predomina, y viene á ser el dogma sostenido por el Concilio, predicado por la Iglesia universal.

Pero todavía era necesario que se levantara más el ideal del espíritu cristiano, que se explicara más claramente la idea del Verbo y del espíritu. San Juan, el Apóstol querido por Jesucristo,

el que le habia acompañado por el desierto, el que le habia seguido hasta el pié de la Cruz, el que habia recogido de sus mismos labios la miel de su doctrina, testigo fidelísimo de todas las persecuciones, de todas las angustias, de todos los dolores de la primitiva Iglesia cristiana, en el fondo de una isla griega, allí conversando espiritualmente con Jesús, explica la naturaleza del Verbo, su eterna union con Dios, y completa de esta suerte la revelacion cristiana, dejando en los horizontes de Grecia inundados por el espíritu pagano, en aquellas islas, cunas de tantos dioses, en aquella naturaleza cubierta con el velo de gasa de la antigua religion, como un depósito sagrado la eterna palabra de Jesucristo, mientras su alma cándida y pura asciende en rauda vuelo á los cielos llena de aquel amor, que fué su esencia mientras cruzó por la vida.

¿Y qué impresion produjo el Cristianismo por vez primera en la conciencia pagana? Esta impresion ha completado el trabajo de nuestro segundo curso, y con ella debíamos concluir por ser punto decisivo en la historia de nuestras investigaciones. El Oriente, cuyo carácter era místico, exaltado, misterioso, teocrático, debia resistir á esta doctrina moral, práctica, que era una nueva ley de la vida, y que enseñaba al hombre que en sus buenas obras consistia el secreto de su salvacion. La Grecia, por el contrario, la Grecia en su ca-

rácter práctico y sus tendencias positivas y su númen artístico, debia resistir á esta religion severisima, que llevaba en sus manos un nuevo filtro de vida. Pero la resistencia era inútil, los idolos se caian, las escuelas desertaban del paganismo, los espíritus levantados pedian al cielo un nuevo Dios, y hasta las muchedumbres, último refugio de todas las ideas, hasta las muchedumbres perdian su antigua fé. En esta desolacion no habia más remedio para los mismos paganos que caer de hinojos ante los nuevos altares y abrazar con decision, con fé, la doctrina del Salvador, la única doctrina que poseia el secreto de la vida.

El gnosticismo tiene varios caracteres, porque era imposible que la nueva religion pudiese transformar en un instante el espíritu de los pueblos. El genio pagano conocia que espiraba su idea, y se resistia á la muerte. Abrazábase á sus antiguos dioses, á las columnas de sus templos, cuando ya andaba errante por sus labios la oracion cristiana. Así algunas escuelas deseaban dejar el cielo y la eternidad para Dios y su Verbo, para poblar el aire y la tierra con los genios de la antigua religion. Mas no era este el único carácter del gnosticismo. Como representaba el caos de una edad que concluia y otra edad que empezaba, tenia varios caracteres distintos y aún opuestos. En varias escuelas el gnosticismo era el esfuerzo de la inteligencia para dar vida al paganismo con el

filtro de la idea cristiana, y oponer así un obstáculo insuperable á la nueva religion. En otras el gnosticismo era la señal del odio extremo á la religion antigua, á la religion pagana. Y como el paganismo habia divinizado la naturaleza, como habia difundido la idea de que en cada uno de los seres creados se encerraba un Dios, el gnosticismo creyó maldita la naturaleza, obra de genios inferiores al Creador, manchada con la sombra del pecado. De cualquier lado que se miren estas sectas, son el resultado de las primeras impresiones que el Cristianismo hace en el ánimo de los antiguos pensadores; impresiones ora de odio y de horror, ora de extremo entusiasmo; de suerte que estas escuelas son aún la línea que separa dos horizontes en el espacio, dos edades en el tiempo.

Y nada en la historia indica tan claramente el estado del mundo como el gnosticismo. Desde que Alejandro abrió al Occidente las puertas del Oriente, todas las razas se encontraban en todos los derroteros de la tierra. Sus dioses se unían con otros dioses, sus escuelas con otras escuelas, unas teogonías con otras teogonías, y de esta suerte el Asia se iba acercando á Europa. Al mismo tiempo el pensamiento de Platon, pensamiento trascendental, bañado en el espíritu místico del Oriente, se apoderaba de todos los espíritus, é influía en toda la historia, en todos los varios hechos que

surgian en la vida. Y como el aristotelismo, estoicismo y hasta el epicureísmo buscaban en una idea trascendental un punto de apoyo, la escuela platónica les ofrecia esta idea, que inundaba de esperanza los espíritus entristecidos por la universal desolacion. Así en la corriente natural de los hechos estaban los dos grandes caracteres del gnosticismo; primero, la union del Oriente con Grecia, segundo, la tendencia exagerada al misticismo. Así el espíritu griego buscaba instintivamente, conducido por Platon, los altares orientales, porque agotada su propia vida, volvía á las fuentes de su religion y de su ciencia: que no en vano se ha pintado nuestra existencia como la serpiente que se mordía la cola.

Pero al mismo tiempo que Grecia buscaba al Oriente, el Oriente buscaba instintivamente á Grecia. Los filósofos orientales pretendian unir el pensamiento vivo, armonioso de la Grecia con el pensamiento místico del Oriente. Aristóbulo ensaya esta primera union, pero entre dos ideas que radicalmente se contradicen. Por fin, suena la hora de la armonía y aparece en el espacio Philon. Sacerdote del Oriente, embebido en el misticismo, amante de la idea griega, recogiendo en su alma los ecos de dos mundos; la esencia de dos civilizaciones; el filósofo judío enlaza, armoniza el Dios de los hebreos, el alma de Aristóteles, las ideas de Platon, el espíritu universal de los estói-

cos, los números y la música de las esferas de Pitágoras, y así contribuye con su doctrina á esa misteriosa unidad que entonces buscaba la civilización en todas sus esferas, el pensamiento en todas sus manifestaciones, y prepara el gran desarrollo del gnosticismo.

Las tendencias de las escuelas platónicas á unir Grecia con el Oriente, tendencia que se manifiesta también en las escuelas judías, debía ser el secreto del gnosticismo, porque el gnosticismo era esencialmente sincrético. Pero el gnosticismo cumplía un doble trabajo, un trabajo de descomposición examinando todas las antiguas ideas, y otro trabajo de recomposición, sintetizándolas en una grande síntesis. Con su trabajo de descomposición el gnosticismo conseguía allanar el camino á la nueva idea, y con su trabajo de recomposición conseguía plantear grandes problemas en el espacio, para que estos problemas fueran resueltos por la verdad cristiana. Así el gnosticismo elevaba á los ojos de las nuevas escuelas varias ideas: la idea de libertad, la idea de creación, la idea del origen del mal; ideas cuya solución solo estaba y podía estar en el espíritu de la nueva religión.

La aparición de esta doctrina en el mundo coincide con la aparición del Cristianismo. Cuando la verdad cristiana daba sus primeros pasos, ya levantaba su áspid esta nueva serpiente perdida y oculta entre las flores. San Pablo ya condena esta

tendencia como un peligro vivo para la nueva revelación. El espíritu práctico del Apóstol no podía avenirse con la fantasmagoría de la escuela histórica, con sus innumerables dioses, con sus gerarquías, con aquel gran caos de principios y de escuelas. Y las dos primeras tendencias del gnosticismo están representadas en Simón el Mago y en Saturnino. Simón personifica el panteísmo espiritualista, y Saturnino el dualismo, dos grandes escollos que se levantan en el camino de la idea cristiana; pero que la idea cristiana destruirá, como apaciguó aquella gran tempestad que azotaba los mares con solo extender sobre los mares su manto. Pero la idea del origen del mal continúa siendo el torcedor de todas estas escuelas. Basílides para explicar esta idea finge una continua degeneración de Dios, y allá, en sus últimas degeneraciones encuentra la causa, la raíz del mal; y huyendo del dualismo en la naturaleza, viene á crear el dualismo donde todavía es más grave, en el espíritu, que mata la libertad del hombre y escupe á la frente de Dios la idea injustísima de crearle como un tirano, que destina las almas al bien ó al mal, según la arbitrariedad de su capricho. Mas ya no bastaba esto. El gnosticismo se perdía en un delirio idealista, vago y soñador. Dios no había podido crear la materia, porque la materia es el mal. El hombre no es uno en esencia, porque el hombre es distinto según la

casta á que pertenece. La naturaleza divina es doble, y dobles todas las naturalezas creadas, porque repugna la idea de la unidad. Así el mundo, la creación, es la obra de un Dios en delirio, de un Dios poseído de un vértigo. De suerte que el gnosticismo era la impresion producida por el Cristianismo en la conciencia pagana. Pero estos peligros pronto se salvan, porque el Cristianismo tenia una virtud divina, porque el Cristianismo encerraba el númen del progreso, porque el Cristianismo vivia para toda la humanidad, porque el Cristianismo se apercibia á perdonar á todos los que le habian herido, porque el Cristianismo elevaba á los desvalidos, á los menesterosos, á los pobres, porque el Cristianismo tenia un ideal de moralidad inagotable, porque el Cristianismo iba á resolver todos los problemas planteados por la conciencia humana, porque el Cristianismo iba á ser, en la ley de la providencia, el alma de toda la historia.—He dicho.

FIN DEL CURSO SEGUNDO.

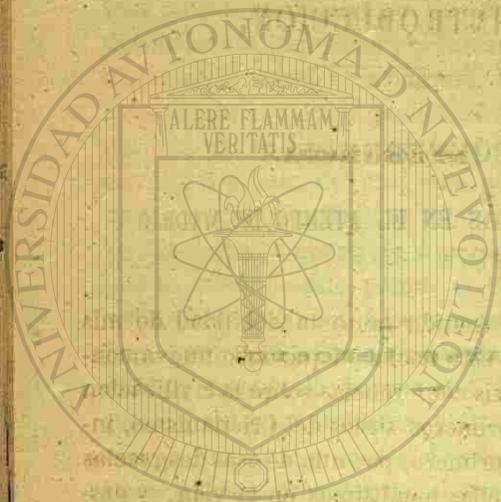
CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

Curso tercero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

INTRODUCCION.

LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Nunca he sentido tanto la debilidad de mis fuerzas como esta noche en que debo nuevamente comenzar mis conferencias sobre la civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo, interrumpidas, primero, por una de esas desgracias que dejan huellas hondísimas en la vida, y después por la desconfianza cada día mayor de mí mismo; desconfianza que crece á medida que crecen los favores de ese amigo, si desconocido, constante, que se llama el público; desconfianza que en vano pretendería ocultar, porque se revela en cada uno de mis actos y en cada una de mis palabras; desconfianza, que solo puede ser vencida por la convicción profunda, incontrastable, que tengo de que si en todo tiempo ha sido necesario estudiar la raíz de nuestra vida, el principio de nues-

tra civilización, el Cristianismo, y estudiarlo no sólo para conocerlo, sino para sentirlo, y sentirlo no sólo para amarlo, sino para practicar sus grandes doctrinas morales, en ningún tiempo esta necesidad ha subido de punto como hoy, en que confundido lo temporal con lo religioso, borradas aquellas nociones de puro espiritualismo que nos mostraban el reino de Dios como una esperanza infinita entre los arreboles del cielo, convertida la religión en instrumento de pasiones políticas por una escuela que se ha empeñado en profanarla, declarada incompatible la civilización con el Cristianismo por los que intentan torpemente sujetarnos á la coyunda feudal, rota con sin igual esfuerzo por las revoluciones modernas, precisa recordar la imagen de aquel que nació en un establo, y vivió en la pobreza, y murió en la cruz, sus pobres Apóstoles, sus luchas con el poder romano, sus promesas y sus esperanzas; á fin de persuadir á los enemigos de la civilización moderna á que convengan con nosotros en que esta corriente eléctrica, impalpable, pero vivificante, que á todos más ó menos en su impulso nos arrastra, y que obliga á los poderosos á bajar la frente, y á los humildes á recobrar su dignidad perdida, ha nacido como de su origen, del sentimiento cristiano, que nos inspiró la libertad y la igualdad ante Dios para que al fin de diez y nueve siglos de lentas y seguras elaboraciones, dedujéramos la libertad y

la igualdad ante la sociedad; principios fecundísimos que son como el espíritu y la vida de la moderna civilización. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Y de este divorcio que se intenta entre la libertad y el Cristianismo ¿qué proviene? ¡Ah, señores! proviene un mal gravísimo, profundísimo, enormísimo; proviene el que muchos espíritus que podrían elevarse en alas de la idea religiosa á las mayores alturas de la ciencia, no vean tras los coros de los mundos y las armonías de las esferas nada más que la soledad infinita, el eterno abismo eternamente vacío, y en el fondo de sus corazones por toda esperanza la eterna muerte y el eterno sueño, y á su alrededor la materia llenándolo todo con sus átomos que ahogan el alma, y en último término la nada, que á manera de inmensa ave nocturna extiende sus negras alas sobre el sol y los cielos, y roe y devora todo el universo. (Bien, bien.) Y hagan lo que quieran, y digan lo que digan aquellos que por tales despeñaderos arrastran con su grosero tradicionalismo á las inteligencias ansiosas de libertad y de luz, lo cierto es que todos los que creemos que la religión es una necesidad de la vida, y profesamos una filosofía elevada y consoladora, mientras nos quede una palabra en los labios, un aliento en el pecho, debemos pugnar por salvar de este materialismo la fé en Dios, en la inmortalidad del al-

ma; la certeza de que lo esencial en nuestro ser y en nuestra vida es la ley moral por Dios grabada en la conciencia; la seguridad de que esas alas misteriosísimas del espíritu que se llaman ideas, lejos de precipitarnos en el polvo, nos elevan á lo infinito con su constante vuelo; la íntima convicción de que el tiempo que gasta bajo su rueda el cuerpo, no llegará nunca hasta gastar el alma; la esperanza, en fin, de que cuando llegue esa última hora que llevamos escondida en la movible vida, lejos de convertirnos en un puñado de polvo que venga á caer sobre la tierra, por las buenas obras que hayamos hecho, nos hemos de transformar en otra vida, alcanzando el amor infinito para llenar el abismo de nuestro corazón y la intuición de Dios, eterno ideal de nuestra inteligencia. (Aplausos.)

Yo no comprendo, no puedo comprender cómo siendo de origen esencialmente pagano todo cuanto se arruina en Europa, la teocracia del primitivo Oriente; la autocracia de los persas y babilonios; la aristocracia feudal de los pueblos bárbaros que adoraban sus dioses antropófagos en el seno de sus oscuras selvas; las castas de la India, del Egipto; la diferencia de derechos, y por consiguiente, el privilegio de todas las naciones que no alcanzaron la idea de la unidad humana; no comprendo, no puedo comprender cómo siendo paganos todos esos viejos monumentos que el suelo

sacratísimo de Europa, agitado por la gestación de nuevos elementos sociales, arroja de sí como el mar arroja los cadáveres, se los quiere sostener, apuntalar con las ideas divinas de aquel que pudiendo ceñirse todas las coronas de la tierra se ciñó una corona de espinas; que pudiendo sentarse en el Capitolio y tener bajo sus plantas la cerviz de la humanidad entera, no tuvo más trono que su pobre choza en vida y su desnuda cruz en muerte; que pudiendo tomar por apóstoles á los soldados y á los patricios romanos, los reyes de la tierra, tomó pobres pescadores sin más creencia que su fé, ni más patrimonio que sus redes; que pudiendo haberse diferenciado de los demás hombres, exentándose de lo que á todos nos iguala, del dolor, abrazó el sacrificio y aceptó aquella muerte, por la cual se conmovió la insensible materia y se quebraron de dolor hasta las piedras, más compasivas que el corazón de los tiranos (Bien, bien); aquella muerte que mostrará eternamente que los poderes opresores, no solo ponen su aleve mano sobre la inviolable conciencia del hombre, sino que pretenden audaces en su soberbia ahogar algo más sagrado, el pensamiento de Dios, alma de la humanidad, vida de la naturaleza. (Repetidos y prolongados aplausos.)

En efecto, señores, ó filosóficamente considerada la venida del Cristianismo nada significa, ó significa la protesta viva, enérgica, contra el sen-

sualismo pagano, contra el afán del hombre por encenagarse en la materia. Deteneos, señores, un momento conmigo á contemplar la sociedad que venia á combatir y derrocar el Cristianismo. Los dioses habian perdido aquella inocencia con que surgieran del seno de la naturaleza, puros como un nuevo día del espíritu humano, y habian caído en los mismos vicios que los hombres; los cultos antiguos, en que entraban como principales ofrendas las flores del campo, la miel recién cogida de los panales, la lira de los poetas, los coros de las vírgenes, tocados de la universal podredumbre, eran como una inmensa orgía donde resonaba el beso del placer y se ofrecia el holocausto de la prostitucion; las antiguas creencias, cuyo primer objeto fuera cubrir con las doradas nubes de la poesía las faenas del campo, hallábanse trocadas en sortilegios y magia, supersticiones delirantes, hijas de la exaltacion, del frenesí de los sentidos; los emperadores corrompian más y más aquel mundo con su doctrina y con su ejemplo; el ejército, elemento de vida en todas las sociedades que solo descansan en la fuerza, no podia sobrellevar la lanza de sus padres que subyugara la tierra; los filósofos estoicos que protestaban contra la general inmoralidad, ó eran desoidos ó expulsados de Roma; los jurisconsultos que no se prestaban á sancionar los crímenes de la tiranía, morian al pié de los tiranos; el pater-familias que tan grande

y saludable autoridad ejerciera en los primeros tiempos, temblaba en presencia de sus hijos convertidos en seides de los espías del César; la casta y pura matrona romana, la eterna Lucrecia, trocaba su traje de lana, hilado y tejido en el hogar, por el manto de gasa oriental que descubria sus formas en el Circo; el esclavo, el mal incurable de la antigua sociedad, se habia sobrepuesto por una venganza justa de la naturaleza á todos los ciudadanos, y así como llenaba el Foro con sus turbas, ocupaba muchas veces el abandonado lecho del patricio y corrompia la familia; triste sociedad que no se hallaba representada como la antigua República por las curias, por los comicios ó por el senado, sino por el teatro, donde un pueblo embriagado se divertia con los amores de Pasiphae; por el Circo, donde corria en el pavimento cubierto de oro, de azafran y minio, la sangre humana á torrentes; por los festines, donde las mesas eran de marfil, los techos de púrpura, donde las áureas bóvedas llovian esencias y las lámparas se alimentaban con aceite de nardo, donde el señor romano, coronado de flores que facilitaban á sus cargadas sienas las evaporaciones del vino, comia cabezas de papagayos, sesos de faisanes, lenguas de ruseñores, habas mezcladas con ámbar, arroz con perlas; al mismo tiempo que la esclava griega entonaba versos eróticos, y la bailarina gaditana danzaba al son de los cróta-

los, despidiendo de sus negros ojos rayos de placer, y los cómicos representaban indecentes pantomimas, y los gladiadores se herian entre sí para ofrecer el espectáculo de la muerte, y el rey del festin, con la copa rebosando vino perfumado de rosas en las manos, ofrecia en continuas libaciones á los dioses lares el espíritu de aquella sociedad que, sorprendida en su lecho por el hastío, no tenia más remedio que dormir el sueño que viene siempre en pos de los placeres, para despertar en brazos de la muerte. (Prolongados aplausos.)

Por eso era necesaria una sociedad espiritualista que contrastase el materialismo del mundo pagano y lo purgara de este grave mal. Y bajo aquellos teatros, aquellos circos, aquellos triclinios, escondíase la sociedad cristiana de las Catacumbas. Poned frente á frente la sociedad pagana y la sociedad cristiana, y vereis que ésta ha venido á ahogar con las grandes virtudes del espíritu el sensualismo de aquella. Mientras la una concibe la vida como apegada á la tierra, la otra concibe la vida como una aspiracion continua á los cielos; y así el pagano cree que toda injusticia le es permitida por su patria, y el cristiano que toda patria le es verdaderamente extraña, ó que toda la tierra es su patria; el pagano acaricia las grandes ambiciones que agitan de continuo su vida, y el cristiano las grandes virtudes que le han de servir para más allá de la muerte; el pagano sue-

ña con el poder político de un dia, y el cristiano con el poder de su idea, que es el poder de todos los tiempos; el pagano corrompe la antigua familia patricia encenegándose cada vez más en el concubinato, y el cristiano la purifica con la idea de la union eterna de las almas; para el pagano el amor es como un beso fugaz, como el vapor del vino del festin, y para el cristiano como la sangre del corazon, como la vida del espíritu; y así el uno vá al teatro y el otro al templo; el uno cree en la aristocracia y en el privilegio ganado por las armas, y el otro en la igualdad de todos los hombres, en el espíritu de Cristo; el uno acude al festin á embriagarse con todos los placeres de los sentidos, y el otro á las agapas á comer con sus hermanos el pan de la eterna vida; el uno al Circo á ver morir al gladiador entre los dientes de la fiera, y el otro solo vá al Circo á dar su vida por testificar la santidad de su doctrina; porque el pagano es el materialismo que muere, y el cristiano el espiritualismo que nace; de suerte, señores, que los que creen que el porvenir de una idea, toda del cielo, toda para el cielo, está unido al pedazo feudal de la tierra de un rey, han desertado del espíritu santo é inmortal del verdadero Cristianismo. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

En efecto, señores, nunca el mundo habia necesitado tanto una verdad espiritual y religiosa, como en el momento en que apareció el Cristia-

en las largas noches de nieve, cuando el viento y la lluvia azotan su cabaña, corta la resinosa tea, mientras su compañera, su amada, cantando tristemente, como para acompañar el gemido de la naturaleza, ya toma la rueca, ya de rodillas sobre las piedras del hogar cuece el oloroso mosto y lo espuma con una ramilla de lentisco para que repare las fuerzas necesarias al trabajo; actos de la vida que todos se hallan consagrados á un dios propicio, porque en esta primera época del paganismo, época de la inocencia, los dioses son trabajadores como los hombres, y andan con ellos por majadas y oteros, por valles y montañas, sosteniéndolos con sus auxilios, fortaleciéndolos con su ejemplo, y consolándolos con su dulce y encantadora poesía. (Aplausos.) El culto es sencillo como la religion. Los primitivos griegos no tenían templos, no tenían altares. Un círculo de piedras cicópleas señalaba el recinto consagrado al sacrificio. Las sombras de las encinas en Dodona, y de los laureles en Delfos, eran el espacio sagrado de la oracion. Allí murmuraban los dioses en las ramas, dulcemente mecidas por las auras que descendian de las montañas, por las brisas que se levantaban del mar. Los montones de piedras eran sus misteriosas aras. Y sobre aquellas aras que todavía se ven por las cimas de las montañas griegas, entrelazaban las flores, las ramas, los frutos de sus campos. ¡Edad aquella verdade-

ramente candorosa é ingénua, en que solo se conocia el culto de la naturaleza!

Bien pronto esta religion sencilla tenderá á la teocracia, á la organizacion de un sacerdocio, de lo que podriamos llamar una Iglesia pagana, una Iglesia privilegiada, una Iglesia aristocrática. Los dorios serán los depositarios de esta religion, porque los pueblos que tienen una idea la llevan á todas las esferas de la vida: que tal es su destino. Organizóse, pues, la casta sacerdotal. Podrá decirse que Orfeo y Lino son mithos, y que sus cantos pertenecen á épocas muy posteriores ó muy alejadas de las que el vulgo de los doctos suele atribuirles, pero no se podrá negar que representan admirablemente el símbolo de las edades teocráticas. El culto es magnífico, ostentoso. La poesía se convierte en religion, los poetas en sacerdotes. Apolo reina en esta edad sobre todos los dioses, como el sol sobre todos los astros. La luz, las estrellas, las armonías de las esferas, la lira, el cántico, todo lo que constituye el mitho de Apolo, es la creencia, es el culto general, culto del cielo, del sistema planetario, que indica que el hombre ha levantado la frente del seno de la tierra. Los poetas congregan al pueblo en torno de los templos, y le explican el origen del universo en cánticos sublimes, al regalado son de la cítara. Los adivinos consultan los vientos, leen los gerglíficos de luz grabados en los espacios infinitos,

y arrancan al porvenir sus maravillosos secretos. La religion es el gobierno, es el arte, es la medicina, es toda la vida. Puede decirse que esta edad teocrática equivale en el desarrollo del paganismo á nuestra Edad media. El pueblo entrega su conciencia y sus derechos al sacerdocio, que desde el ara reina sin rival sobre las sociedades embargadas por el pensamiento religioso. Todavía se conservan algunos ecos perdidos de aquellas edades religiosas, todavía podemos registrar en los anales griegos los nombres de Eumolpides y Liconeedes, que pertenecen á la raza de los sacerdotes; todavía en las ruinas de los antiguos templos y en los restos de la sociedad antigua helénica se ven las señales de aquella teocracia dorada, sobre la cual se levantaba la luz y el cántico del divino Apolo.

Mas como enemigo del culto de Apolo, aparece, venido de Frigia, el culto de Baco. El primero representa la fuerza, el segundo la vida; el primero es la mecánica, el segundo la dinámica de la naturaleza. Baco ó Dionusios es el dios del placer, de la vida; el que corre desnudo por los campos, ceñida la sien de flores, rodeado de musas ébrias de placer; el que hace resonar las montañas con el sonido de su flauta; el que reina en las viñas y en los bosques; el que vierte en la copa de los dioses y en los labios de las musas gotas de oloroso vino, é inspira á los inmortales el cántico, la ale-

gría y el amor á la vida; la risa eterna que inunda de felicidad al universo. Baco y Apolo pugnan un momento, pero se reconcilian pronto. Y en virtud de esta reconciliacion se unen eternamente en concierto divino la lira y la flauta, el sol y los campos, el cielo y la tierra. Desde este punto, desde esta paz religiosa comienzan los siglos de oro del paganismo, y los sacerdotes van á pedirle dogmas, los guerreros fuerza, los poetas inspiracion, los sabios ideas, los pueblos leyes, el espíritu vida, y hasta la muerte sublimes y consoladoras esperanzas.

Pero esta edad media de la religion pagana se desvanece así que brilla en Grecia la gran protesta que nace del pensamiento de Homero; protesta instintiva, como producto del genio, pero protesta en cuya virtud se trasforma el espíritu humano. Homero no es solo un poeta, es tambien un teólogo. Tomando entre sus manos toda la antigua teología, le dá nueva forma, nuevo espíritu. El naturalismo es la base de toda la religion de la antigüedad. Pero en este momento supremo puede asegurarse que alborea ya el humanismo, progreso evidente sobre los antiguos cultos. El hijo del pueblo; el genio ciego que vivía en el universo de su espíritu; el mendigo necesitado de todo, ménos de inspiracion y de poesía; el que recoge la vida griega para trasformarla en su mente, siempre humana, toca con la vara mágica de su idea

los troncos de los árboles, los animales, los cuerpos informes que adoraran los antiguos pueblos; y en virtud de sus conjuros se rompen estas formas groseras, y aparecen las hermosas divinidades olímpicas, vestidas del azul de los cielos, coronadas de luz, hollando las nubes teñidas por los colores del iris, verdadera apoteosis de las formas sensibles y materiales de la humanidad, que comienza á sentirse ya superior á la naturaleza. En pos de Homero, como en pos de un primer principio, viene la série; vendrá Hesiodo, que escribirá la teología del protestantismo pagano; vendrá Esquilo, que nos mostrará á Prometheo, al hombre, habiendo crecido tanto, que con sus manos podrá robar del cielo el fuego que anima la naturaleza y el espíritu; vendrá Sófocles, cuyo Edipo es la conciencia humana que sabe ya más de los fines de la vida y de los misterios de la muerte que el sacerdocio y sus oráculos; vendrá Polignoto, el Homero de la pintura, que comienza á desasir del símbolo oriental el cuerpo humano resplandeciente de hermosura; vendrá Fidias, que llevará la apoteosis de la forma al límite que no podrá sobrepasar, á la última perfeccion posible en las artes plásticas; y desde este punto se dejará sentir ya la segura, si lenta, descomposicion del paganismo; por los eleáticos, que borran todos los dioses con los resplandores del espíritu; por los sofistas, que contradicen con su dialéctica todos los

cultos; por los socráticos, que acallan con los gritos de la conciencia todos los oráculos; por los platonicos, que comienzan á evocar el Dios-espíritu; por los peripatéticos, que despojan á la creacion de aquellos genios en su seno encerrados y que la hacen eternamente pagana; por los estóicos, cuya creencia en el alma, única y universal del mundo, es la negacion de la muchedumbre divina que poblaba el Olimpo; movimiento de descomposicion que solo se detiene cuando los privilegiados del mundo antiguo observan que con sus dioses y con sus cultos se van sus privilegios; y se afanan por avivarlos de nuevo en la conciencia humana, y crean el neo-paganismo; inútil conjuro, incapaz de dar vida á los moribundos dioses, porque no hay fuerza bastante á resucitar lo que la razon ha condenado á muerte, ni idea bastante á recomponer los ídolos, las aras, que arrastra con soberbio ímpetu hácia el olvido la incontrastable corriente del progreso. (Aplausos).

Así es, señores, que cuando el Cristianismo subió al trono del mundo el paganismo habia muerto, si no en la conciencia del pueblo, último refugio de los ídolos, en la conciencia de los poetas, de los filósofos, de los repúblicos. Este divorcio entre los espíritus superiores y el pueblo espesaba las tinieblas que caian sobre la conciencia religiosa de la humanidad. La ciencia no alumbraba las ideas religiosas, y en la oscuridad se

convertían en groseras supersticiones. Los dioses no eran ya objeto del culto ilustrado de los primitivos sacerdotes, sino del culto materialista y grosero de un pueblo desheredado de la ciencia que iluminara un tanto la antigua fé. Mientras la razón humana se elevaba en alas de la filosofía á esclarecer el horizonte de lo por venir, por donde amanecía la nueva idea y se levantaba un nuevo Dios, las muchedumbres se perdían en grosero fetichismo. La ley, el estado, sostenían la antigua religión con todos sus dioses, con todos sus oráculos, con todas sus creencias. Pero ni la ley ni el estado podían hacer más que crear vanas apariencias religiosas. La eterna raíz de la idea religiosa, la conciencia humana, ya no alimentaba con su sávia los dioses, y los dioses morían como las hojas de un árbol desarraigado de la tierra. Evehemero había quitado toda su grandeza al paganismo. Para él no eran los dioses ideas, no eran siquiera símbolos de dogmas y de creencia, eran tan solo hombres divinizados por el supersticioso agradecimiento de los pueblos. A este último golpe todo el Olimpo retemblaba, y se desvanecían las doradas nieblas en que se ocultaban los antiguos dioses. Pero al mismo tiempo que retemblaba el Olimpo, retemblaba la sociedad; al mismo tiempo que el altar se estremecía, se estremecían todas las instituciones políticas, á cuya sombra vivieran tantos siglos las naciones. Era necesario

restaurar los dioses, abrugarlos de nuevo en la conciencia humana para que volvieran al calor de la vida sus miembros ateridos por el descreimiento de los mortales, que helaba hasta las cimas del Olimpo. Los filósofos neo-paganos encargáronse de hallar este filtro de nueva vida, mediante el cual tornábanse aquellas divinidades, que dirigieran las faenas del campo, que inspiraran á los poetas, númenes protectores de la agricultura y de las artes, en símbolos de ideas puras, cuyos resplandores se perdían en la conciencia de los filósofos sin descender hasta la mente del pueblo.

Así es que en la vida de todos los dioses paganos hay tres fases: la pelágica, la homérica, la neo-pagana. Zeus ó Júpiter en los tiempos pelágicos es el Júpiter Ammon, que guarda los ganados á las orillas del Nilo, ó el dios de Dodona, á cuyo culto consagran los pastores las encinas, sin forma determinada, indeciso, como las ondulaciones del viento, como las gasas de las nieblas; en los tiempos homéricos es el rey, el dios de los dioses, envuelto en su celeste manto, sentado en su trono de nubes que se sostiene sobre la tempestad, con su hirviente rayo en las manos y su aureola de luz en las sienes, acompañado del águila que lleva al través del éther en las blancas alas sus mandatos, dios, por cuyo aliento se condensan las nubes, en cuya mirada se encienden los relámpagos, por cuya retina pasan los siglos y en

cuyo seno se enrojecen los astros; y en los tiempos alejandrinos es la unidad de la naturaleza, la unidad del mundo sensible; Here ó Juno es en los tiempos pelásgicos la piedra negra coronada de ramas de sauces humedecidas aún por las aguas de los rios de Babilonia, el aire, la tierra; en los tiempos homéricos la severa mujer, de ojos de buey, que tiene el iris por mensajero, las estrellas por corona; y en los tiempos alejandrinos la variedad del mundo sensible, compañera inseparable de la unidad; Poseidon ó Neptuno en los tiempos pelásgicos es el buey que muje y rumia en el seno de las ondas, divinidad fenicia que representa el huracan; en los tiempos homéricos el anciano de cabellera de algas, de barba de espumas, de manto de estelas, arrastrado en su carro de conchas y corales por los tritones que levantan las nubes á los cielos, seguido de los delfines que saltan en su presencia, rodeado de nereidas que habitan en grutas de cristal allá en los verdes abismos; y en los tiempos alejandrinos es la fuerza que regula todas las cosas. Aphrodites ó Vénus en los tiempos pelásgicos es la informe Anaites, que ha ido errante de la India á Babilonia, de Babilonia á Fenicia, donde se convierte en Astartes, de Fenicia á Samos; en los tiempos homéricos la hermosa Citerea, nacida en los mares de Chipre, blanca como la espuma, sonrosada como la aurora, de blondos cabellos como los rayos de la primer es-

trella de la tarde y de ojos azules como átomos de los cielos, que seguida de las Gracias derrama en torno suyo la esencia de todos los placeres; y en los tiempos alejandrinos es el amor universal que llama á todas las cosas á juntarse, á confundirse en el seno de la naturaleza; y todos estos dioses que han pasado del sentimiento de los pueblos á la fantasía de los poetas, y de la fantasía de los poetas á la razon de los filósofos; todos estos dioses, objeto de tantas oraciones, alimento de tantas esperanzas, nacidos en el Oriente y arrastrados hasta los últimos límites de la tierra por el movimiento del espíritu humano; todos estos dioses que llevan escritas en sus frentes inmortales las ideas de que vivieran grandes pueblos, y encierran en su pecho el aliento divino que animara grandes artes, reunidos en los últimos dias de su vida en el Panteon romano, como náufragos que se abrazan sobre un escollo inminente (Aplausos), mueren allí, cuando el Cristianismo borra sus ideas con la luz del espíritu, cuando los bárbaros trituran sus cuerpos con sus espadas; y caen unos tras otros como inmensa hecatombe ofrecida en aras de la nueva civilizacion. (Estrepitosos aplausos).

Señores, una de las necesidades más vivas del espíritu humano será siempre apagar su sed religiosa. Estudiad cualquier periodo artístico, cualquier periodo político, y encontrareis en su seno

algo de religioso. No se puede borrar, como en mal hora han creído muchos; la idea religiosa de la conciencia humana. Como la familia, y el estado, y el arte, y la ciencia, la religion es un grado de la idea, es una fase del espíritu. En su virtud el hombre cree en un mundo superior, en un ser supremo, y funda su pasajera existencia en una existencia perenne. Arrancad ese sentimiento del corazón humano, y el hombre será un fantasma, y el planeta un sepulcro. La religion es intuitiva, asiente inmediatamente á la idea, se alimenta más de la fé que del raciocinio, confunde el espíritu individual con el espíritu absoluto. Así es, señores, que en toda la historia encontraremos como lo verdaderamente fundamental, como lo humano en esencia, este ideal religioso, más ó ménos puro, más ó ménos grande, pero siempre visible como la luz de la vida. Por eso creo, señores, que no debemos menospreciar ninguna de las grandes manifestaciones religiosas de la antigüedad, pues todas ellas componen la idea total religiosa de un mundo. De todos estos movimientos, más ó ménos imperfectos, se ha alimentado el espíritu de nuestros padres en la sucesion de los siglos. Estudiadas absolutamente en sí, encontrareis vanas, mentidas, inmorales, oscuras, todas estas religiones antiguas. Pero estudiadlas en el momento en que aparecen, comparad sus dogmas con dogmas anteriores, y al-

canzareis que unas han despertado el sentido de lo bello en el hombre, que otras han lavado de sangre humana los altares, que todas son preferibles al descreimiento, á la desesperacion; serpien-tes que hubieran ahogado á la humanidad en su cuna. De la religion del sentido, del fetichismo, se elevó el hombre á la religion de la fuerza, al dualismo. Del dualismo pasó á la religion del trabajo y del comercio. De aquí empezó á nacer la religion del arte, de la hermosura, el politeismo. Fué en su primer período de vida el politeismo la religion sencilla de la naturaleza. Y en el segundo período de su vida una teocrácia. Y en el tercer período una protesta del espíritu individual contra esa teocrácia, una elevacion de la conciencia humana sobre los oráculos, una adoracion de la naturaleza del hombre. Y en su último período fué una filosofia. El espíritu, pues, necesitando de más altas ideas, pedia á los cielos, á lo infinito, despues de haber recorrido en vano para apagar su sed religiosa todas las profundidades de la naturaleza, pedia una revelacion.

La historia y la literatura nos guardan grandes testimonios de esta vivísima necesidad del espíritu, de este misterioso presentimiento del corazón humano. Unos marineros que en tiempo de Tiberio vagaban en noche de luna por los mares de Sicilia, oyeron alzarse plañidera voz, como un lamento de las olas, que decia: «El dios Pan

ha muerto. Un poeta que naciera á la sombra de los sáuces y de los olmos donde suspiraban los antiguos dioses, cantaba con lira heredada de Homero un florecimiento nuevo de la naturaleza, la tierra coronada de flores; el trigo y la vid ofreciendo de grado, sin necesidad de trabajo, sus espigas y sus racimos; la miel destilando del tronco de las encinas, y las ovejas y las vacas corriendo á llevar á los apriscos sus pezones exuberantes de leche; porque purificaba toda vida, volvian los tiempos de la antigua virtud, de la pristina inocencia. Los pueblos egipcios, olvidados de sus dioses sin acertar siquiera á leer los geroglíficos en las paredes de sus templos, ni los enigmas que llevaban escritos sus esfinges en la frente, abrian sus santuarios para alojar en ellos á Vespasiano que volvía de Oriente manchado de sangre, y que brillaba sin embargo á los ojos de los adoradores de los astros con el brillo de un dios, porque buscaban un redentor á sus dolores. Los hijos de Partenope, donde el paganismo estaba arraigado en las entrañas de la misma naturaleza, como oyeran hablar de la inmortalidad de la vida del alma á un filósofo griego, le tomaron por dios, y le ofrecieron altares. Los gentiles de Siria y de la Palestina seguían á Apolonio de Thiana, embargados por sus ideas pitagóricas sobre Dios y las armonías de los mundos, únicas esperanzas de sus desolados corazones. Los esenios des pobla-

ban las ciudades de Oriente y llenaban los desiertos, y entre la maceracion y la penitencia solo tenían fuerzas para pedir al cielo que enviara al que habia de venir. Los judíos de Jerusalem contaban á sus hijuelos que se acercaba un Mesías, pronto á dar á la ciudad santa, decaída de su antigua grandeza, desierta y ruinosa, por escabel la tierra. Los descendientes de los macabeos afilaban sus espadas porque le esperaban sentado en carro de nubes, precedido del relámpago, seguido del trueno, acompañado del rayo, pronto á precipitar en los abismos á los enemigos de Israel. Y tantas esperanzas se cumplen, y tantas profecías que pasaban como aves agoreras por el cielo del espíritu humano, se realizan. El que habia de venir, viene; el que habia de llegar, llega. Pero no viene ni el sabio que esperaban unos, ni el rey que esperaban otros, ni el guerrero que los más esperaban; sino el varon pobre y humilde, que acepta nuestras grandes desventuras y las santifica, y tiene frio en el establo, hambre en el desierto, tentaciones en la soledad, dolor al apurar las heces de su cáliz, amigos que lo niegan, discípulos que lo venden, pueblos que lo injurian, soldados que lo hieren, tristeza sobre todas las tristezas cuando desfallece su cuerpo bajo los desgarradores clavos de su cruz, y se exhala su último aliento de sus labios amargados por la hiel de todos los dolores juntos: que el que ha de redimir la conciencia hu-

mana no pertenece á los fuertes sino á los débiles, no á los opresores sino á los oprimidos, no á los tiranos sino á los esclavos, como destinado por el Eterno á avivar con su vida la caridad y el amor, á matar con su muerte la opresion y la servidumbre. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

El Cristianismo no es solamente una nueva religion, es una nueva vida. No ha venido de impreviso, pues era necesario que estuviera apercebida la conciencia humana por una larga preparacion providencial á recibirlo en su seno. Todo lo que debia trasformarse para este gran momento se habia transformado. Todo lo que debia morir habia muerto. Una larga educacion religiosa, filosófica, política, habia preparado el espíritu humano á recibir la verdad. Dos razas principales se dividen el mundo en esta gran crisis de la historia. Estas dos razas eran como dos organismos de dos grandes ideas. Las razas á que me refiero era la raza semítica y la raza indo-europea, antinomia de la historia. La primera en sus desiertos, por medio del pueblo hebreo, que era como su sacerdote, conservaba pura la idea de la unidad de Dios. La segunda á la orilla de sus mares y de sus rios, entre sus bosques y sus selvas, habia comprendido y abrazado, en virtud de su filosofía, que representaba Grecia, y de su derecho que representaba Roma, la idea del hombre. El Cristianismo debia armonizar esta grande antinomia

en una síntesis. A este fin la raza semítica le ofreció su religion, la raza indo-europea su ciencia. Mientras Isaías, Daniel, Zacarías, Agías, son los profetas de la fé; Sócrates, Platon, Aristóteles, son los profetas de la razon y de la ciencia. Los profetas hebreos preparan, en virtud de su ministerio divino, la conciencia religiosa á recibir la buena nueva. Los filósofos griegos providencialmente van acercando la ciencia á los altares del Dios-espíritu. Señores, ante este maravilloso espectáculo, admiremos con religioso entusiasmo la ley providencial que rige toda la historia. El postrer sacerdote del antiguo templo, el pueblo judío, daba una nueva religion á la vida, y el licitor del nuevo templo, el pueblo romano, abria paso con sus haces entre las naciones, para que esa nueva religion llegara á triunfar en el espíritu de la humanidad.

Consideremos un instante la crisis de la idea semítica y de la idea heleno-latina en esta edad decisiva de la historia. El gran representante de la raza semítica, señores, sin duda alguna es el pueblo hebreo. Su destino fué conservar la raiz de la vida, la idea de la unidad de Dios. Pero olvidado de este destino superior por el cántico del paganismo, que resonaba de continuo en sus oidos, estuvo á punto de contrariar el fin providencial de su vida. En tal sazon fué arrancado á sus hogares y á su templo, y con la cadena al pié y ata-

das las manos á las espaldas, conducido cautivo á Babilonia. En su desgracia renació su fé, y con su fé otra virtud no ménos grande, su esperanza. Por obra milagrosa de esta esperanza veia de continuo venir el Mesías por los celajes de Oriente. A esta idea se unia la nostalgia, ese dolor por la patria ausente, que es uno de los dolores más vivos que pueden rasgar el corazón humano. Al viento que pasaba, á la golondrina, á la cigüeña, les decía el pueblo cautivo que bebieran los aromas de las rosas de Jericó, que bañaran sus alas en el torrente Cedron, que suspendieran un momento su vuelo sobre el mar de Joppé, y que al cruzar entre las ruinas de los templos y las piedras diseminadas del santuario, en cuyas aberturas vegetaban las ortigas y anidaban los buhos, al rozar el polvo donde dormían las cenizas de sus padres, derramaran allí un eco del lamento de los hijos de Israel, más largo y estridente que el eterno sonido de sus cadenas. Así es que el único refugio del corazón dolorido del pueblo era la esperanza en su Mesías. Concluida la esclavitud babilónica, empezó de nuevo una educación religiosa para aquel gran pueblo. Sus sacerdotes pusieron mayor empeño en apartarlo del contacto del mundo para que no volviese á caer en la idolatría. De aquí provinieron los fariseos, que separaban á Israel de todos los pueblos y lo aislaban en el santuario. Su espíritu pendía de la sinagoga como la fruta del

árbol. A esta secta pertenecieron los macabeos. Los saduceos, en cambio, que se levantaban frente á frente de los fariseos, trataban de unir el pueblo judío con todos los pueblos, y de enseñar su único Dios á todos los dioses, para que todos le prestaran acatamiento. Estos desmentían la historia de su raza. De ellos fué Caifás, de ellos Josefo. Pero estas dos tendencias, aunque tenían mucho de extremas, tenían también mucho de saludables. Ambas á dos se compensaban en ese equilibrio del instinto de conservación con el instinto de progreso que forma la armonía de la vida. Sin los fariseos, la idea de Israel se hubiera perdido en sí, al paso que sin los saduceos se hubiera perdido para el mundo. Los unos conservaron la luz, pero los otros hicieron que la humanidad la descubriera como un faro encendido por Dios á la entrada del puerto que le reservaba en su amor. La idea de Dios había sido la idea de un pueblo; era necesario, pues, que fuese la idea de la humanidad. A este fin nada podría conducir como la unión de las dos razas que se dividían el mundo; de la raza que poseía la idea de Dios y de la raza que poseía la idea del hombre. Pero ¿en qué camino podrían encontrarse estas razas? El genio que ocurrió á esta necesidad fué Alejandro. Su espada abrió á golpes las puertas del Oriente, que había sido como un templo inexplorado é inexplorable. La Isis oriental perdió su es-

peso velo de sombras entre las atrevidas manos del jóven conquistador. Las ruedas de su carro, donde iba como una condensacion del genio de Grecia aparecida en Asia, señalaban con sus huellas el camino por donde podian encontrarse las dos razas. En efecto, los helenos iban llamados por una vocacion divina á Jerusalem, la ciudad de la teología; los hebreos á su vez iban á Alejandría, la ciudad de la ciencia. Por esta comunicacion misteriosa de dos razas se compenetraban y se confundian dos ideas. La idea divina y la idea humana pugnaban por encerrarse en una sintesis luminosa. Los hebreos animaban la metafísica griega con la idea de Dios. Los griegos despertaban una filosofía judáica al lado de su antigua teología. Los unos revelaban su Dios único, los otros sus logos platónicos. Así se producía un movimiento religioso que iba á buscar instintivamente la luz del Cristianismo. Y cuando todo estaba preparado, cumplidas todas las profecías, realizadas todas las divinas promesas, maduro el espíritu humano, apareció Jesús, que venía á levantar sobre las castas, sobre las razas, sobre la frente de todos los pueblos la religion universal del espíritu.

Los primeros cristianos hijos de la sinagoga no alcanzaban el sentido universal, la trascendencia humanitaria del Cristianismo. No comprendian que así como los Apóstoles dejaron de predicar á

los sacerdotes y á los sabios para predicar á los ignorantes y á los humildes, el Cristianismo dejaba de ser la religion de una raza para convertirse en la religion de la humanidad. Los primitivos cristianos practicaban las ceremonias de la antigua ley, creyendo que la sinagoga era aún su templo. De aquí la confusion primitiva de los cristianos y de los judíos. Más á predominar tal sentido religioso, el Cristianismo se convirtiera en una de esas sectas que se perdian en los desiertos de Palestina como los esenios, como los ebionitas. El primero que protestó contra este aislamiento de la idea cristiana fué San Estéban. Los fariseos que por algun tiempo halagaron á los cristianos despues de haber crucificado al fundador del Cristianismo, por creer que les auxiliarian en la sublevacion que premeditaban contra Roma, se indignaron, é hicieron del jóven Apóstol el primer mártir de la buena nueva, sacrificado á un mismo tiempo en aras de la causa de la humanidad y de la causa de Dios. Mas era preciso atraer al pueblo judío á la nueva idea. Poseido éste de grosero materialismo, no creía que Jesucristo fuese el Mesías, porque Jesucristo no habia tenido más trono que su cruz, ni más diadema que su corona de espinas. Imaginaba que el jefe de una religion verdadera debia ser jefe de los reyes. Tal error anda aún hoy en valimiento. Aún se cree que no puede ser pontífice de la religion cristiana el

sumo sacerdote que representa su unidad, si no lleva una frágil corona de rey, calcinada ya por el rayo de nuestras grandes tempestades revolucionarias; error grosero que está condenando á voces la historia inmortal del Cristianismo. (Aplausos.) Los judíos, pues, algo semejantes á nuestros neo-católicos y tradicionalistas (Risas), creían que Jesús no era Salvador porque Jesús no era rey. Entonces los Apóstoles comenzaron á ponerles delante de los ojos la segunda venida del Salvador sobre las nubes que relampaguearian gloria y majestad. Prescindiendo de las causas universales, esta fué principalmente la causa ocasional del Apocalipsis de San Juan. Las grandes profecías apocalípticas nacen despues del cautiverio de Babilonia. El más grande entre los profetas apocalípticos antiguos es Daniel. Su pensamiento está fijo en la venida del prometido al pueblo judío, del Mesías, que aparecerá despues de la caída de cuatro monarquías, cuyas ruinas vé Daniel rodando por el polvo. Estas creencias apocalípticas en las cuales se muestra el influjo que el mazdeismo ha ejercido sobre los cautivos de Babilonia, eran el alimento del pueblo judío, el alma de sus esperanzas. La gran tradicion apocalíptica se abre con el anuncio de la primer venida del Mesías por Daniel, y se cierra con el anuncio de la segunda venida del Mesías por San Juan. Yo bien quisiera poder hablar del Apocalip-

sis, y evocar aquí sus imágenes gigantescas, sus cuadros asombrosos. Para pintar este libro necesitaria el pincel de Miguel Angel; para hablar de él necesitaria la tempestuosa elocuencia del Dante. Atended, señores. El silencio se extiende sobre el universo; calla la música que forman las estrellas en sus misteriosos círculos y el rumor que como religiosa plegaria elevan á las alturas todas las cosas; Cristo, inclinado sobre el abismo de los infinitos espacios, arranca al misterioso libro sus sellos que guardan el secreto destino de los mortales; y al romper el primero se alza la conquista que somete á todos los pueblos bajo sus hierros, y al romper el segundo la guerra que los anega en sangre, y al romper el tercero la peste que los diezma, y al romper el cuarto el hambre que los aniquila; hasta que un huracán inmenso, universal, que arrastra en sus torbellinos los mundos, como el viento del otoño las hojas secas, rolla como un pergamino los cielos, ennegrece el sol, ensangrienta la luna, sumerge las islas en las entrañas de los mares, desgaja los montes, despierta á Satanás, que, agitando sus negras alas, rueda, poseido de epiléptica risa, alrededor de la universal destruccion como un murciélago de esta última noche del mundo; caos de lágrimas, de dolores, de voces iracundas, de rechinar de dientes, de mónstruos, de esqueletos que van buscando en los desconcertados planetas los filamen-

tos de sus carnes; caos, sobre cuya hirviente materia los ángeles esterminadores vierten la copa de sus divinas iras y blanden sus espadas largas como sangrientos cometas; pero caos del cual se levantan como la luz sobre la tempestad, los elegidos, los mártires, agitando sus palmas en las manos, subiendo en pos del cielo en que brilla la Virgen misteriosa, vestida del sol, calzada de la luna, ceñidas las sienes con una diadema de doce estrellas, inundada de místicos resplandores; y más allá el arca de la alianza, la Jerusalem celeste, de jaspe y de cristal, á cuyos piés corre cristalino y trasparente como en el Paraíso el rio de la vida; y sobre todo el trono altísimo que guarda al Eterno Sér, envuelto en los arreboles de la luz increada, y en cuya presencia los ángeles, los querubens, los serafines, los arcángeles, pulsando sus arpas, batiendo sus alas, entonan un hossanna infinito, cuyos ecos inundan de alegría toda la gloria y celebran el vencimiento de la serpiente y la reconciliacion de las criaturas con su amoroso Creador. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Pero á fin de llamar á la verdad á los que se perdian en el antiguo templo y comprometian el depósito de la religion cristiana, suscitó Dios el gran génio, el Apóstol de los gentiles, San Pablo. Su conversion fué el milagro de la fé, el milagro que resucitaba, no un cuerpo muerto como el de Lázaro, sino un alma corrompida por los errores

del fariseismo. Esta conversion hizo de aquel juicio egoista, que miraba con recelo á todos los pueblos, el hombre-humanidad que estrechaba contra su pecho todas las razas y las llevaba al pié de los altares del Cristianismo. Era necesario sacar la luz del antiguo templo é iluminar con sus resplandores el alma de todas las gentes. ¡Qué grande se muestra en el cumplimiento de esta obra San Pablo! Los Apóstoles conocieron á Jesús, y unos le negaron y otros le vendieron; todos le abandonaron en las horas de la persecucion. San Pablo, su enemigo, desde que le vió en espíritu, desde que le conoció en su idea tan grande como su vida, le fué fiel hasta la muerte, hasta el martirio. Detengámonos un instante en presencia del Apóstol con todo el recogimiento que pueda inspirarnos cuanto hay de grande y de divino en el hombre. En su fé habia mucho del carácter semita, en su elocuencia ecos de la palabra griega, en la universalidad de sus pensamientos todo el ideal romano. En Atenas fuera platónico, en Alejandria gnóstico, en Roma estóico y en Jerusalem fariseo. Su grande alma, nacida para los grandes pensamientos, para los infinitos amores, se inclinaba siempre á las ideas absolutas, extremas, unicas que pueden formar la atmósfera de los fuertes caracteres. Convertido ya aquel hombre extraordinario, que habia derramado sangre cristiana, la nueva idea penetró con fuerza en su conciencia,

prendió en ella, avivó su corazón y le obligó á buscar al judío, al griego, al romano, al asiático, para revelarles la fé que ardía en su inteligencia, el amor que abrasaba su corazón. Su espíritu era uno de esos que han nacido para la controversia, para la propaganda, y que no pueden contenerse y se desbordan sobre el mundo para avivar con su vida todos los espíritus. El genio de la predicación nació con él y le movía á ir errante de nación en nación, como si no tuviera ni más patria ni más hogar que su idea, ni más madre, ni más hijos, ni más familia que la humanidad entera. De esta suerte iba á la Siria, donde los dioses griegos se transformarían, y enseñaba la trasfiguración de la humanidad en el Calvario; á la Arabia, á hablar al pueblo nómada á la entrada de sus tiendas del Dios de sus padres; á Chipre, en cuyas espumas naciera Venus, á ahogar el amor pasajero del sentido en los resplandores del amor del alma; á Éfeso, á acallar los oráculos con el grito de la fé que exhalaba la conciencia humana; á Atenas, á decir á los griegos que el Dios desconocido debía llenar el antiguo templo, porque se acababa de revelar con toda su grandeza; á Jerusalem, á anunciar á aquel pueblo su ruina en castigo de su ceguera; al desierto, á domar con la maceración y la penitencia el tumulto de sus pasiones; al mundo todo, á reconciliarlo en un abrazo infinito con Dios. En San Pedro predomina el sentido semítico, porque

Dios le destinaba al sumo sacerdocio de su Iglesia y á fundar su gran magistratura, y á convertir el Oriente; en San Juan predomina el sentido griego, porque Dios le destinaba á llevar al pié de sus altares la sirena de las naciones, la Grecia; pero en San Pablo predomina el sentido romano, ó mejor dicho, universal, como si Dios le hubiera destinado á verter el agua del bautismo sobre todas las razas. (Prolongados aplausos.)

Señores, el sentido humanitario de San Pablo debía levantar grande oposición entre los que aún creían en la virtud y en la fuerza del judaísmo. Estas luchas, estas oposiciones, indicaban la vida que latía en la conciencia regenerada de aquellos hombres, cuya sociedad para los judíos era una secta y para la historia una Iglesia. Mientras los cristianos agitaban así los más grandes problemas que pueden interesar á la conciencia humana, el silencio reinaba sobre el paganismo, el silencio, ese compañero del frío de la muerte. Pero estas luchas entre los primeros cristianos cesaron desde el punto en que se oyó la voz de la Iglesia en el primer Concilio. La autoridad en la nueva fé había sido confiada á Pedro. Y la solución de todas las grandes cuestiones que agitaban la conciencia de los cristianos á la Iglesia universal. Una vez oída la voz de la Iglesia en el Concilio de Jerusalem, la paz reinó entre los cristianos. Hay un libro admirable en estos primeros tiempos que nos enseña

manifiestamente la paz de los espíritus, y es el libro de las *Actas de los Apóstoles*. Mas era necesario un ángel de luz que coronara el gran siglo apostólico y llevara al cielo las lágrimas de tantos mártires, las oraciones de tantas almas puras; y en tan sublime instante reapareció San Juan, que en la isla de Patmos, en los mares griegos, donde resonaba el cántico de la sirena escondida en las ondas, donde aún se veían por los celajes del horizonte las formas seductoras de las antiguas diosas, entre aquella riente naturaleza, elevó la idea del Verbo sobre el nuevo altar del Cristianismo, coronando así el más grande entre los siglos, esa época que comienza con las primeras palabras de Cristo y concluye con las últimas palabras de San Juan. Y contemplad, señores, la gradación misteriosa de las ideas. San Pedro explica la ley, las relaciones del Cristianismo con lo pasado; San Pablo la fé, la universalidad del dogma; San Juan el Verbo, la divinidad del dogma. En San Pedro predomina ese gran sentimiento de conservacion, propio de la autoridad sagrada que funda en la vida, que inicia en la historia. En San Pablo se vé ese instinto de progreso, ese amor á la humanidad, ese inquieto sentimiento de propaganda que vá á llamar á la comunión de la nueva idea á todas las gentes. San Juan corona con el Verbo toda esta gran transfiguracion religiosa. Todos los evangelistas anteriores nos habian mostrado prin-

cialmente la vida de Jesús en el mundo, y San Juan nos muestra la vida de Jesús en el cielo. Mientras San Mateo comienza su Evangelio dándonos la genealogía de Jesús, y San Lucas descubriendo su encarnacion y su nacimiento, y San Márcos su bautismo, San Juan nos habla del Verbo que fué antes que fueran los abismos del espacio, que llenó la eternidad con su esencia, increada palabra, eterno ideal y eterno instrumento de la creacion, de la inteligencia, vida de la naturaleza. Por estas misteriosas ideas la humanidad se levantaba del polvo y aspiraba á su unidad, y se unia á Cristo, como Cristo está unido á su Padre, union que era el ideal del Evangelio.

Pero ¿de qué suerte se conmueve la conciencia pagana con el anuncio y la venida del Cristianismo? Es indudable que antes del Cristianismo hay un oscuro movimiento religioso producido por esas esperanzas mesiánicas no bien aclaradas en la conciencia humana. Es indudable que ese movimiento sigue, se aumenta despues del Cristianismo, y toma algunos de sus principios, y los confunde con las tendencias de las antiguas religiones, como si la idea pagana ofuscada por la nueva deslumbradora luz no comprendiera bien la revelacion que iba á ser el alimento del espíritu. El Oriente se debia conmover al recibir la doctrina cristiana. Esta impresion hecha por la nueva idea en su conciencia, aún no resuelta á

dejar sus símbolos y sus doctrinas, se llama gnosticismo. Como no es un sistema, como no es una idea incondicional, sino una sensación, la sensación que produce en el alma panteísta del Oriente el Cristianismo, la gnosis, como toda sensación, es varia, múltiple, y de mil distintas formas. Ya sabéis, señores, el estado en que se encontraba el mundo al aparecer el Cristianismo. El Oriente había dado á la historia la idea de Dios, pero sin separarla de la naturaleza. Solo el pueblo judío, que es una excepción en la historia oriental, llegó al monoteísmo puro. Grecia había dado la idea del hombre, pero ofreciéndola principalmente en la hermosa esfera del arte. Roma había dado la unidad al mundo, pero la unidad material. El Cristianismo sobre el dios-naturaleza del Oriente elevó el Dios-espíritu; sobre el hombre griego el Verbo divino; sobre la unidad material romana la unidad moral, la unidad inquebrantable del linaje humano. La antigüedad dió de sí tres sistemas filosóficos que preparaban el mundo antiguo á recibir la idea cristiana. Estos tres sistemas miraban á tres regiones por esas misteriosas armonías que hay entre el espíritu y la naturaleza. La filosofía mística de Platon miraba á Oriente, la filosofía humana de Aristóteles á Grecia, la filosofía moral de los estóicos á Roma.

El espíritu humano buscaba al Cristianismo. Y vino, y para rechazarlo se congregaron todas

las sectas, todas las filosofías, en las creencias gnósticas. El Oriente, herido con la nueva luz, no quería desecharla, pero tampoco quería renunciar á sus creencias, á sus templos, á sus dioses, á su larga y esplendorosa mitología. La sencilla y moral doctrina cristiana no alcanzaba á llenar el abismo de su alma como lo llenaban las gerarquías de sus ángeles y los coros de sus esfinges, y los ejércitos de sus dioses que poblaban los aires, y brillaban en los astros, y cantaban en las selvas, y como la brillante luz del sol inundaban toda la naturaleza. Así es que el gnosticismo ideaba no la oposición de la idea cristiana, ideaba una síntesis universal en que el Cristianismo entrara como entra un término en la serie, un eslabon en la cadena. Tal idea era peligrosísima, porque quitaba al Cristianismo la fuerza espiritual en cuya virtud redimía al hombre y lo alzaba del seno de la naturaleza donde el espíritu estaba dormido é inconsciente, á manera del feto en las entrañas maternas. Pero por virtud de su misterioso sincretismo, las doctrinas gnósticas ofrecían á la nueva idea todo lo que la humanidad había creído y amado, y lo ofrecían como en holocausto. Examinadlas si es que podeis hallar una idea que os ilumine, y vereis en ella el Dios hebreo en su majestuosa soledad, la lucha de los ángeles de luz y de los ángeles de tinieblas, los dioses griegos, las armonías pitagóricas, el misticismo platónico,

la moral esenia, el espíritu universal de los estóicos, unido todo á no sé qué suerte de reminiscencias cristianas que brillan como relámpagos entre tantas y tan diferentes y tan dispersas ideas. Algunos grandes pensadores antiguos resistian á esta confusion de todas las ideas, á este caos arrojado en el inmenso seno de un mundo que dormia tranquilo al pié de sus altares. Pero en el espíritu como en la naturaleza hay sus grandes cataclismos y catástrofes. La tierra anduvo como un cometa errante por los espacios infinitos; perdió fuego, calor en su carrera, y se enfrió su corteza; y surgieron los montes; y se precipitaron de la candente atmósfera en torbellinos gigantescos las aguas, que al caer encendieron una tempestad inmensa en lo infinito, exhalando corrosivos gases; y se abrieron abismos donde rodaban los hirvientes océanos; y despues de esta guerra inmensa, universal, de estos dolores intensísimos del planeta, en los amorosos lechos donde el agua y la tierra se mezclaban, formando el humus, el terreno vegetal, surgian las selvas gigantes que despedian de sus hojas el oxígeno y purificaban la tierra para que pudiese desplegar todos los matices de la vida y ser un dia digno templo del espíritu. (Aplausos.) Por caos, por cataclismos, por tempestades semejantes pasa el espíritu humano para allegar sus ideas. Las escuelas gnósticas que semejabán un torbellino de

ideas, eran como el exámen de conciencia que hacia la antigüedad, como el recuerdo de toda su vida antes de entregarse al Cristianismo. Parecia que Dios, inclinándose sobre el caos moral, como el primer dia de la creacion se inclinara sobre el caos material, queria ver pasar ante sus ojos en este instante supremo todas las religiones que habian llenado la conciencia humana, todas las ciudades depositarias de esas religiones; los dioses indios, antiguos progenitores de los dioses griegos, perdidos en las selvas, en los mares; las esfinges tebanas que llevaban escritas en sus frentes las ideas de los primeros tiempos de la tierra; el sol de Persépolis brillando entre nubes de incienso; las divinidades misteriosas de Babilonia que anotaban en su libro de oro la música de las estrellas; los cocodrilos de bronce, las tortugas de granito, las serpientes de los medas; los genios de la luz y de las sombras á cuyas batallas asistian los persas; Corintho, con su diadema de acantho cincelada en mármol por los grandes escultores; Atenas, rodeada del coro de sus poetas que prorrumpian en himnos sin fin; Jerusalem con su santuario, temblando y en el polvo confundida, gran cenobita de la historia; las divinidades sabinas y etruscas, protectoras de los patricios romanos, y los dioses latinos que amparan á los plebeyos; Alejandría alzando al cielo todos los pensamientos que han cruzado por la mente huma-

na; el Panteon, con todos los dioses fugitivos y errantes; el mundo antiguo que se desvanece como el humo de una gran hecatombe ante los altares del Cristianismo. (Entusiastas aplausos.)

No habia remedio, el antiguo mundo se modelaba de suerte que era ya hora de que apareciese la idea cristiana y cayera como un rayo de luz celeste sobre la antigüedad, anhelante de una renovacion religiosa. En los dos siglos anteriores á Cristo la teología judía reanimaba las esperanzas del pueblo en un Mesías. Los esenios y demás sectas no se apartaban del judaismo, mas renovaban el sentido moral. Los judeo-helenos iban á Alejandría y volvian á Jerusalem con nuevas ideas metafísicas. La ciencia realizaba una síntesis superior, en que el Oriente y Grecia se confundian. Sobre las rivalidades de razas y de pueblos se levantaba la idea de la humanidad que Roma instintivamente depositaba en sus legiones, destinadas á abrir en la tierra surcos profundos para esa nueva vida. He nombrado á Roma, he nombrado á Alejandría, y puedo asegurar que no me seria posible continuar sin poner delante de vuestros ojos el paralelo maravilloso de esta edad de la historia, la armonía entre la filosofía y la historia, entre la ciencia y la vida, entre el espíritu y la naturaleza, entre la idea y el hecho se vé clara, manifiesta en estas dos grandes ciudades, la una destinada á condensar el espíritu filosófico de la

antigüedad, destinada la otra á condensar su espíritu político. Jerusalem tenia la unidad de Dios en su santuario; Alejandría la unidad del espíritu en sus academias; Roma la unidad del mundo en su derecho; la una habia sido como el sacerdote, la otra como la sibila, y la otra como el lictor, destinadas las tres á preparar las vias á la gran idea cristiana. Al movimiento metafísico y religioso acompañaba el movimiento jurídico y político, como en demostracion de que la historia no es más que la gran lógica en cuya virtud se desarrollan las ideas. Así Roma traia la unidad humana al mismo tiempo que el Cristianismo traia la unidad religiosa, divina. Roma conquistaba el mundo con su espada, el Cristianismo con su doctrina. Roma daba á la humanidad un solo cuerpo, el Cristianismo un solo espíritu. Roma llamaba á todos los pueblos á un hogar, el Cristianismo á un templo. Roma reunia el espíritu político de los orientales y de los griegos en su síntesis humana, el Cristianismo las dos ideas fundamentales de la vida, Dios y la humanidad en su síntesis divina. Roma traia el nuevo derecho y el Cristianismo predicaba la nueva teología. Roma sellaba el libro de los antiguos Códigos, y el Cristianismo el libro de las antiguas teogonías. Roma, que solo representaba una necesidad de aquel momento, descendia del Capitolio, y el Cristianismo, que representaba la eterna idea de lo infinito, subia al Capitolio con

los coros de sus doctores y de sus mártires: La serpiente del Paraiso, el dios-naturaleza, dejaba sus vestiduras y al trasformarse por última vez, moria. El Dios-espíritu se levantaba como el nuevo sol de la nueva vida; adoremos, señores, la ley providencial que rige toda la vida, toda la historia. (Aplausos.)

Roma, que habia preparado la nueva civilizacion, moria en aras de la misma civilizacion que preparara. El nuevo licor quebraba la antigua vasija. La nueva brillante luz hacia estallar la vieja lámpara. Roma espiraba. Caída la aristocrática República por no haber acertado á cortar el nudo del problema social; convertido el antiguo derecho en recuerdo que se perdía en la mente de aquellos hombres, ni aptos para la libertad ni aptos para la servidumbre; los emperadores, que heredáran el poder de manos de la aristocracia, corrompian á los ciudadanos para más aparejarlos á la obediencia; aniquilaban á la nobleza, ya sin ejércitos, sin curias, untada de nardos, ceñida de femeniles vestiduras, acostada como ébria en su triclinio; soltaban á los soldados, gente por su naturaleza licenciosa, que discurría á su agrado por calles y plazas, maltratando á los patricios, vociferando palabras mal sonantes en los oídos de las matronas, atreviéndose á la agena hacienda, y oprimiendo á todos, convertidos en bestias por la violencia, en degeneracion de aquel valor que les

hiciera en otros tiempos reyes de la tierra; y el único refugio que en aquella sociedad quedaba á las viriles virtudes, necesarias á los ciudadanos de los estados libres, el pueblo, alimentado por el trigo de la Annona, bien hallado con ver vencidos á sus eternos enemigos los patricios, divertidos con naumaquias, circos, teatros, juegos, carreras, no se acordaba de sus antiguos derechos; de suerte que los ciudadanos de la más humanitaria de las ciudades del mundo, reunidos en aquel Foro, cuya tierra sacratísima estaba formada del polvo de los huesos de tantas generaciones heroicas, en aquel Foro donde se levantaban los teatros de Balbo y de Pompeyo, el monholito egipcio de color de rosa, el Panteon en cuyos chapiteles de bruñido acero reberveraba el sol de cien combates, el bosque sagrado en que dormían las cenizas de Escipion, el monte Vaticano, la colina del Janículo, sitios todos sagrados por donde erraban las sombras de los antiguos héroes, de los conquistadores del mundo; reunidos, decia, en aquel Foro, cuyo recuerdo debiera ser parte á avergonzarlos y confundirlos, eran turba de cortesanos, manada de eunucos; que cuando falta la libertad, este principio sacratísimo que no en vano entusiasma nuestros corazones y enardece nuestra sangre, cuando falta la libertad, los pueblos mueren en la corrupcion y el envilecimiento; y por eso todas las generaciones capaces de elevarse á la idea de justicia, todas las

generaciones predilectas de Dios, han preferido siempre la libertad de su espíritu á la triste vida de la deshonrosa esclavitud. (Redoblados aplausos.)

Así, señores, aquella Roma, falta de libertad, se entregaba á emperadores que eran como los gusanos nacidos de la podredumbre. Neron fué sacrificado porque la Ciudad Eterna se cansaba de tantos y tan vivos placeres. Galba, viejo, avaro, proclamado en los campamentos, intentó una reaccion aristocrática, y fué á morir en el cieno del Tiber. Othon, personificación del epicureismo, que no supo vivir, murió con gloria, como si imagen de su sociedad, sólo quisiera la muerte. Vitelio, que era el desenfreno de todos los vicios, y entre todos el de la gula, fué exaltado al trono en una taberna, recluido en un comedor ó triclinio, muerto entre su cocinero y su carnicero, no sin que se vengara de Roma, diciéndole: «y yo he sido tu amo.» (Risas y aplausos.) Vespasiano, aclamado por las legiones de Oriente, recibido en palmas por los sacerdotes egipcios, enemigo irreconciliable de la aristocracia romana, era la sombra del gnosticismo en aquel trono, que dejó á Tito, joven virtuoso, pero triste, como si supiera que su virtud era su desgracia, pues murió por asechanzas de su hermano Domiciano, último César que representa esta fase del Imperio, y que todo lo corrompió, el ejército con grandes complacencias serviles, la aristocracia con grandes humillacio-

nes, el pueblo con grandes orgías, el mundo entero con su gran poder; que no se entrega el mundo á la autoridad de un solo hombre, al silencio del pensamiento, al ocio de la voluntad, á la pérdida del derecho, sin hundirse en el vicio, amargo fruto de la servidumbre. (Entusiastas aplausos.)

Miremos un momento el estado del mundo conocido en este tiempo de los romanos. Al Occidente, en la tierra donde el sol se pone, habitan los iberos y los celtíberos, gente guerrera que luchó tres siglos con Roma y que cayera, más que á los filos de las espadas romanas, al incontrastable peso del destino; más al Norte, los galos, ferocísimos, indómitos, adoradores de las generaciones que fueron, cuyas voces creían oír en los rumbos de las selvas, cuyas almas creían ver en las ráfagas del viento; invencibles en el ataque, débiles en la resistencia, caidos bajo el poder romano despues de ocho sangrientos combates; en los desfiladeros de los Alpes, las avanzadas de los pueblos bárbaros, que veían desde las blancas crestas de sus montañas, á un lado los bosques y las llanuras del Norte, á otro, convidándolos con su hermosura á la depredacion, Italia y sus riberas; y así cuando los horizontes se oscurecían y se encrespaban las olas, descendían á merodear por los campos, á piratear por los mares: al Oriente de Italia, Grecia, agotada como el paganismo,

exhausta como la conciencia del antiguo mundo, sin un hombre libre en el Epiro, sin un dios en el Eta, sin una flor en la Arcadia, sin una escuela en Atenas, sin un oráculo en Delfos, sin un sacerdote bajo las sagradas encinas de Dodona, sin un Fidias que animára sus mármoles, sin un Homero que llenára de cánticos sus aires, teniendo solo floreciente á Corinto que se alzaba entre sus dos mares como una de esas columnas que se mantienen milagrosamente enhiestas en las ruinas de los antiguos templos (Aplausos): entre Grecia é Italia, Sicilia, también desolada porque las guerras púnicas despoblaron las costas que miraban al África, las guerras romanas las costas que miraban á Europa, las guerras serviles el centro de la isla: en los mares de Oriente, Creta, anillo imperial entre Asia y Grecia; tierra sagrada donde los antiguos dioses dejaron la tosca larva oriental y se vistieron las humanas formas para subir vencedores al Olimpo; tierra de los misterios despoblada y solitaria como todas las regiones que han cumplido su destino histórico y no representan ninguna esperanza, ningún progreso en el mundo: entre el Ponto Euxino y el mar de Chipre, el Asia Menor dividida por el Haliso, en cuya ribera oriental habitaban razas indo-europeas, los pueblos músicos de la antigüedad, los que dieron el caramillo á Pan, la cítara á Apolo, su delirante cántico de amor á Safo; cántico que no pudieron

apagar las amargas aguas de Leúcares: entre el mar de Chipre y el Eufrates el Imperio sirio, gran semillero de razas: en el interior de Asia, el solitario entre los pueblos, el judío, llorando sobre las ruinas de su templo, sobre la dispersion de sus hijos, abandonado de su Dios que la palabra de unos pobres pescadores le habia robado del fondo del santuario, herido por el rayo: al Norte de África el pueblo egipcio, petrificado como sus mómias, cuya reina Cleopatra acababa de encerrar en su sarcófago la última sombra de las teogonías del Oriente: á lo largo de aquellas tierras africanas, Menfis, que era un sepulcro, Alejandría, Babel del pensamiento humano, Cirene, lecho de los epicúreos, Utica, donde murió el último romano, Cartago, restaurada por el genio cosmopolita de César; pueblos todos los que hemos enumerado que como provincias, como colonias, como confederados ó como inmunes sufrían el yugo de Roma, la gran ciudad, tendida á las orillas de su rio, en vasta llanura, trono del mundo, que creía tener eternamente preso en sus cadenas, pues tocaba con sus legiones en los límites conocidos, en el Nilo, en el Eufrates, en el Danubio, en el Rhin, en el mar Océano; aunque tras el Nilo se ocultaba el árabe, nómada, errante, alimentado con los dátiles de sus palmeras y la leche de sus camellas; traidor como sus tigres, sediento de sangre, rugiendo de hambre en la inmensidad de sus desiertos; y entre

las ondas oceánicas el britano, mal domado por César, que empapaba en sangre humana el solitario altar de sus dioses antropófagos, invocando el nombre de sus mayores que se quejaba en el viento de las selvas y brillaba en los fuegos fáuticos de los campos de batalla á una sangrienta venganza; tras el Rhin el germano que habia aplastado á Varo, sin más patria ni más hogar que su carro de guerra, avezado á continuas batallas, tocando con su lanza en su escudo de acero para demandar á sus héroes que le condujeran á la guerra, á la matanza; tras el Danubio los godos, adorando un hierro clavado en el suelo, errantes siempre y siempre en batalla, como si tuvieran el genio de la destruccion en su seno, maldiciendo su tierra ingrata, sus desoladas estepas, y ansiosos de grandes presas como el lobo que vaga hambriento sobre mares de hielo; y tras el Eufrates y el Tigris, en una extension que creia el mundo antiguo soledad inexplorable, los escitas, los tártaros, que oian una voz que los llamaba hácia Occidente, que se agitaban sin saber dónde iban, deformes, pequeños, casi negros, con los ojos hundidos, la nariz aplastada, los labios salientes, vestidos de pieles de rata, ornados con las cabezas de sus enemigos que pendian de sus espaldas, llevando entre sus piernas y el lomo de sus caballos la sangrienta racion de carne cruda, despidiendo en vez de flechas huesos humanos,

educados para la muerte, en términos que al nacer, antes que el beso de sus madres sentian el acero que les rasgaba las megillas para que se acostumbraran á las heridas y á la sangre, y todos aquellos bárbaros desde el Eufrates, el Rhin, el Danubio, ahullaban olfateando la muerte de Roma; y anhelantes de repartirse los despojos de la Ciudad Eterna, se movian como los chacales en torno de un sepulcro. (Estrepitosos y nutridos aplausos.)

Señores, he tratado de pintaros el estado de las ideas y el estado de los pueblos, la conciencia y el mundo. Aun veremos nuevos y deslumbradores aspectos de estas ideas; veremos la teogonia oriental espirar sin haber podido resolver el problema de la coexistencia del bien y del mal, porque nada sabia del límite que tienen todas las cosas, nada de la libertad del hombre, nada de la inmortalidad del alma; veremos el paganismo griego morir á manos de los mismos pueblos á quienes diera vida y espíritu; veremos la naturaleza perder la magia y el encanto con que la tiñeran los antiguos poetas, y el fauna callar en la selva, y la nereida en el arroyo y la eterna esfinge en las ondas del mar; veremos el Cristianismo perseguido, con sus huestes formadas de gente plebeya, encerrarse en las entrañas de las Catacumbas y desarmado vencer á sus perseguidores; veremos la idea de Cristo sentida en el corazon de los Apósto-

les, enrojecida en la fantasía de los apologistas, explicada por la razón de los padres, hollar los escollos que la hubieran perdido, el gnosticismo que la hubiera convertido en una religión oriental, ante-humanitaria, y el arrianismo que la hubiera convertido en una secta filosófica, anti-religiosa; veremos las antiguas sectas religiosas fundir todos los dioses sin hallar un solo Dios, las escuelas filosóficas fundir todos los sistemas sin encontrar un solo espíritu, Roma fundir todos los pueblos sin hallar humanidad; veremos los emperadores encenagarse como hombres en todos los vicios al mismo tiempo que se alzaban como jurisconsultos á todos los principios del derecho; la administración desolar las más apartadas regiones, convirtiendo la curia en una ergástula y los decuriones en esclavos; el mundo antiguo herido, desesperado, llamando á la muerte con voz desfallecida, tomada del vino y del humo de las orgías; los bárbaros responder á este llamamiento inundando de sangre el Imperio; los sacerdotes paganos arrojando desde la roca Tarpeya en este último día del antiguo mundo el tirso de oro y la corona de laurel, símbolo del sensualismo religioso, al mismo tiempo que la Cruz se alzaba sobre el Capitolio como la señal de la exaltación del sacrificio y del amor, del triunfo del espíritu; y al pié de la Cruz caer uno tras otro el sicambo, el ostrogodo, el visigodo, rindiendo la cerviz á la Iglesia, única

luz que se ve en aquella tenebrosa noche, lazo de unión entre dos mundos, entre dos edades, lazo que prueba que la cadena del progreso no se rompe, que Dios no abandona á la humanidad ni en las épocas más tristes y más angustiosas de la historia (Aplausos).

Señores, la historia que en otro tiempo era un arte, sin más objeto que narrar los hechos, hoy es una ciencia, una filosofía en que los hechos vienen á ser la forma de las ideas; y el encadenamiento de los hechos una lógica viva y real, un sistema de leyes incontestables. El que ejerce el ministerio sublime de historiador, ministerio que tiene algo de santo, de divino, pues juzga el secreto impenetrable de los sepulcros, el alma de las generaciones pasadas, se ve obligado á congregar las generaciones presentes, y con toda la superioridad de un juez enseñarles los grandes castigos, los grandes escarmientos que guardan siempre á los poderes que violan la justicia, á los pueblos que desconocen sus derechos; enseñanza provechosísima que sobre todos los tiempos entrañan estos primeros cinco siglos del Cristianismo, en que el Imperio romano y su decadencia enseña á las naciones todos los horrores que caen sobre ellas cuando se entregan á la voluntad de un solo hombre (Aplausos); y la muerte de la aristocracia romana enseña á los soberbios que el privilegio se clava como un puñal en el corazón de los privilegiados;

y el predominio de los pretorianos enseña á los fuertes que en toda sociedad cuando manda el ejército, destinado siempre á obedecer, viene la guerra social, y tras la guerra social la dictadura, la organizacion del despotismo, y tras el despotismo el envilecimiento, la muerte (Ruidosos aplausos); y la corrupcion de las muchedumbres romanas, tan felices, tan bien alimentadas y sostenidas, tan agasajadas por el poder, tan ociosas, enseña á los pueblos que su redencion social está en el trabajo, que no les basta tener asegurado por la sociedad el pan de cada dia, sino la libertad, que es el orden supremo, el derecho, la ley eterna de nuestra naturaleza (Aplausos); y la aparicion del Cristianismo en el instante supremo en que se desplomaba el mundo antiguo, enseña á los desesperados, á los que creen que suena ya en las nubes la trompeta, nuncio del último juicio, que se cumple siempre la ley divina del progreso; y las hogueras de cuyas horribles llamas salen vencedoras las nuevas ideas, enseñarán á tantos como hoy anteponen sus goces de un dia á la eterna satisfaccion de la conciencia, que la duda y el descreimiento, si han tenido apóstoles, no han tenido mártires (Aplausos), y que la fé en los grandes principios religiosos, científicos y sociales ha sido siempre la redentora de la humanidad, y ha dejado de sí eternos resplandores en la sucesion de los siglos. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Señores, todos los dias oireis clamar por secretarios, que me abstendré cuidadosamente de nombrar, contra mis ideas; todos los dias oireis que me condenan con el dictado de irreligioso. Nada menos cierto en verdad. Yo creo firmemente que la religion no solo abraza el sentimiento y la fantasia, sino todo el espíritu y todo el sér. Creo que la nota religiosa no faltará nunca en la armonía de la vida, porque es necesaria en el espíritu. La religion descansa principalmente sobre la creencia en un sér eterno, infinito, que abraza en sí todas las cosas y da unidad al universo. Además supone la relacion íntima entre Dios y el hombre, relacion por la cual desciende el espíritu divino hasta nuestro espíritu, y sube nuestro espíritu hasta el espíritu divino. ¿Y creéis, señores, podeis creer que yo, tan deseoso que el espíritu del hombre viva y brille, intente quitarle desatentadamente la creencia más pura de su vida, el resplandor más intenso de su luz? La religion, la comunión perpétua del hombre con Dios, es la vida de mi vida, el alma de mi alma. Quiero al pueblo con todo mi corazón, y por lo mismo que le quiero, no puedo creer que sea huérfano. Siempre me acuerdo del terrible sueño de uno de los primeros poetas de nuestro siglo. Durmióse el poeta y soñó que se hallaba en un cementerio. La campana daba las doce de la noche, y abriáanse las tumbas y erraban las sombras en los aires, y

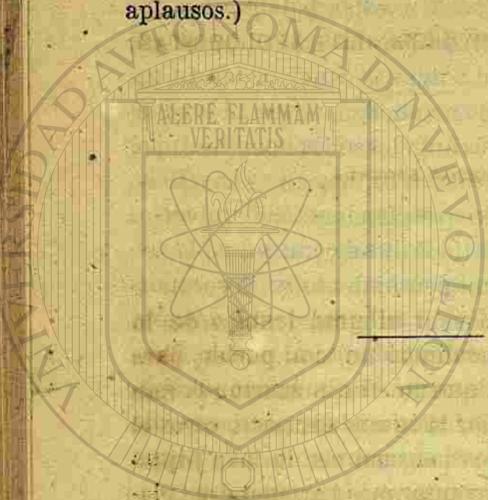
solamente los niños permanecían dormidos en sus pequeños sarcófagos. Las férreas puertas de la iglesia del cementerio se abrían y cerraban como si las moviese invisible mano, y el aire, pesado como el aliento de una gran tempestad, repetía por do quier desgarradores gemidos. En las bóvedas estaba el cuadrante de la eternidad, sin números, sin aguja, sin más que una mano negra que rodaba, y en vano los muertos se esforzaban por leer con sus ojos vacíos el curso del tiempo. Sobre el tabernáculo estaba Cristo, resplandeciente de santa hermosura, pero más triste aún que en el terrible día del Calvario. Los muertos, las sombras se agolpaban confusamente en torno de Cristo, y le preguntaban temblando: «¿Hay Dios?» «No,» respondió Cristo. Y los muertos se estremecieron y temblaron de espanto. «He subido, añadió el Salvador, á los cielos, y están vacíos; he bajado á los profundos abismos y solo he oído la gota de lluvia que caía como una eterna lágrima, y la tempestad que sonaba como un eterno lamento. En las profundidades de la tierra no hay más que tinieblas; en las alturas del cielo no hay más que la nada reposando sobre la eternidad, la eternidad sobre el caos; la órbita negra de un ojo inmenso, pero vacío. No hay Dios. Mi sacrificio en el Gólgota ha sido inútil. No hay Dios. Todo se ha concluido, todo está consumado.» Al oír estas palabras, las sombras se hundie-

ron, y al ruido de las losas que caían sobre sus tumbas, se despertaron los niños, y como un coro de ángeles rodearon á Jesús y le dijeron: «Jesús, Jesús. ¿No tenemos padre?» «No, no, vosotros y yo todos somos huérfanos.» A estas palabras los ángeles se precipitaron en los abismos, el templo se arruinó, el universo entero se convirtió en un sepulcro; que sin Dios no pueden existir ni los cielos, ni la tierra, ni los ángeles ni los hombres, ni el espíritu, ni la naturaleza. Sí, hay Dios, hay Dios. Yo lo descubro en los resplandores del universo, yo lo siento en los latidos de mi corazón, yo lo veo en el santuario de mi pensamiento, y le reconozco juez inapelable en el tribunal de mi conciencia. Yo por lo mismo diré siempre al pueblo: Trabaja por la justicia, que no eres huérfano. Trabaja por la libertad, por la igualdad, por borrar de la frente de tus hijos las sombras de la antigua servidumbre, por levantar más hermoso este planeta en los espacios infinitos, que no eres huérfano.

La Providencia te señala ya la tierra prometida; tus enemigos, los soberbios tiranos, se ahogan entre las ondas amarguísimas de la cólera divina; tus hijos, redimidos por tu trabajo, llegan á la ciudad santa de la justicia y bendicen á sus padres que los han salvado, á sus padres que los han redimido, y no reconocen ni más dueño ni señor que nuestro Padre celestial, porque merced

á vuestro sacrificio se habrán cumplido las promesas de libertad guardadas en las páginas del Evangelio.

He dicho. (Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos.)



DIRECCIÓN GENERAL DE

LOS ESTÓICOS,

LOS PADRES APOSTÓLICOS, LOS APOLOGISTAS.

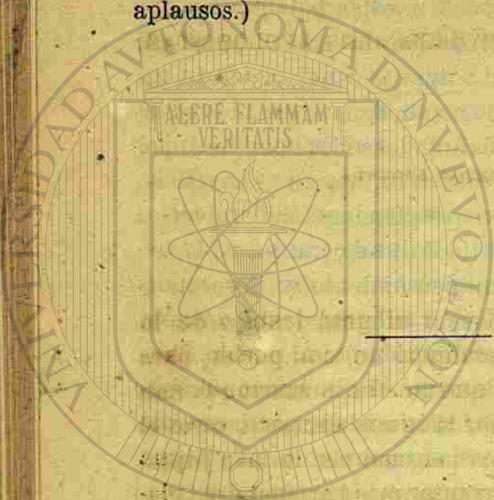
LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Ha sido usual dividir el gran trabajo de la edad que estamos tratando en dos partes, para estudiarlas separadamente. Unos escritores han mirado tan solo el Cristianismo naciente, otros el Imperio moribundo. Si alguna vez los han juntado, ha sido en las grandes conjunciones del Cristianismo con el antiguo mundo. Yo, como creo que nadie puede romper el hilo misterioso del tiempo, y que cada hecho viene en su sazón conveniente, presentaré en estas mis lecciones al par las dos sociedades, la sociedad que muere y la sociedad que nace, convencido como estoy de que la más alta filosofía se encuentra en el seno de la historia. En los dos años anteriores presenté el camino por donde la aristocracia llegó á la muerte y la democracia al Imperio; la descomposición del pen-

á vuestro sacrificio se habrán cumplido las promesas de libertad guardadas en las páginas del Evangelio.

He dicho. (Ruidosos, repetidos y prolongados aplausos.)



DIRECCIÓN GENERAL DE

LOS ESTÓICOS,

LOS PADRES APOSTÓLICOS, LOS APOLOGISTAS.

LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Ha sido usual dividir el gran trabajo de la edad que estamos tratando en dos partes, para estudiarlas separadamente. Unos escritores han mirado tan solo el Cristianismo naciente, otros el Imperio moribundo. Si alguna vez los han juntado, ha sido en las grandes conjunciones del Cristianismo con el antiguo mundo. Yo, como creo que nadie puede romper el hilo misterioso del tiempo, y que cada hecho viene en su sazón conveniente, presentaré en estas mis lecciones al par las dos sociedades, la sociedad que muere y la sociedad que nace, convencido como estoy de que la más alta filosofía se encuentra en el seno de la historia. En los dos años anteriores presenté el camino por donde la aristocracia llegó á la muerte y la democracia al Imperio; la descomposición del pen-

samiento pagano en sus tres grandes determinaciones, la estóica, la epicúrea y la alejandrina; la destruccion del arte clásico por la sátira, que se asemeja á uno de aquellos genios burlones esculpidos por los antiguos escultores al pié de los bajos relieves; la caída de los dioses desprendidos sobre la tierra, como muertos, cuando no los anima la fé de la conciencia humana; las esperanzas misteriosas que parecian difundidas por los aires y que inspiraban cánticos proféticos á los mismos paganos; las luchas en Jerusalem entre saduceos y fariseos, aquellos por apartar la ciudad santa del mundo, y estos por hacer de Jerusalem la Roma espiritual de las naciones; los esenios que pueblan los desiertos y se maceran en la soledad esperando la renovacion del espíritu; los alejandrinos que difunden por Oriente el logos de Platon; el Bautista que anuncia con grandes clamores por las orillas del Jordan la venida del Mesías; Jesús en la cuna, en la montaña, en la Cruz; San Pedro que explica á la sombra de la sinagoga el cumplimiento de las profecías á los judíos de Palestina; San Pablo que recorre toda la tierra para evangelizar á toda la humanidad; San Juan que habla del Verbo y de la union del hombre con el Verbo, y de la union del Verbo con Dios en el lenguaje sublime de los antiguos poetas; los estóicos transformándose de secta filosófica en secta política, pues no hay pensamiento que no toque en la rea-

lidad de la vida; los gnósticos intentando en vano resucitar la teogonía del Oriente y confundir el Cristianismo con el paganismo, abrazo de la vida con la muerte; y como resultado de todo este gran movimiento religioso y social, la extincion del antiguo culto, por la cual, naturaleza pierde sus encantos, su poesía, y el genio de Apolo calla en el sol, y las náyades en el arroyo, y los faunos en las hojas de las selvas, y el caramillo de Pan en los oteros, y el oráculo en la caverna de Delfos, y la pitonisa en su trípode, al mismo tiempo que los sacerdotes y los apóstoles de la nueva idea ascienden al Capitolio, y alzan en el ara al nuevo Dios que transforma la conciencia humana y señala nuevo rumbo, nueva direccion á la impetuosa corriente del rio de los tiempos. (Estrepitosos aplausos.)

Entremos, pues, á historiar el siglo segundo. Pasada la incertidumbre que se apoderó del Imperio despues que con Neron se extinguiera la familia de César, que habia ideado una manera de monarquía hereditaria, subió al trono la familia Flavia, que personificaba las ideas del Oriente, las ideas gnósticas opuestas al carácter práctico de los romanos y á la universalidad de su política. Por eso, desde el instante mismo en que el espíritu oriental se posesionó del Capitolio, comenzó una conjuracion tremenda contra él, conjuracion cuyos principales jefes eran los estóicos. Estos filóso-

fos, á quienes podemos llamar los eremitas de Occidente, predicaban por calles y plazas contra el gnosticismo, contra la idea oriental y en favor de que Roma representara la idea humanitaria. La familia Flavia los persiguió, los arrojó de la ciudad. Tres edictos se dieron contra ellos, uno por Vespasiano, otro por Tito, otro por Domiciano, los tres emperadores de la familia Flavia. Pero una idea, cuando tiene fuerza y se anima del espíritu de su tiempo, es invencible, y por su misma virtud no sólo llega á tocar en la realidad, sino que la transforma. La idea estóica no se paraba sólo en reformar el espíritu por su propia virtud, se dirigía á reformar la sociedad. Oponíase á ello los conjuros religiosos de los gnósticos y las armas de los pretorianos. Pero no importa. Era una idea viva y estaba destinada á domeñar todas las fuerzas conjuradas en su daño. Los hombres que tienen larga espada en el cinto, gran ejército á su devoción, las riendas del poder en las manos, turbas de aduladores á su alrededor, oro que derramar sobre la frente de sus cortesanos, fuerza para ahogar hasta la palabra y amedrentar hasta la conciencia, suelen, poseidos de ese orgullo que dá el poder y que causa siempre vértigos, menospreciar la idea que nace humilde en la mente de un pensador solitario; y se engañan, porque la idea en la conciencia es más fantástica que la niebla en los aires; porque la idea no tiene ni espada, ni oro; porque la idea

no se vé con los ojos del cuerpo, ni se palpa con las manos; pero si abriesen las páginas de la historia, si ávidamente siguieran el camino misterioso de las ideas y las vieran cuando son progresivas nacer en un pensador solitario que tal vez paga con la muerte el haber abierto un nuevo surco en la conciencia humana, crecer en sectas variadas, organizarse, luchar, subir, como sube la sávia desde la jugosa tierra á las ramas del árbol, por leyes é instituciones, y alcanzar á los mismos poderes que las han perseguido y han intentado ahogarlas; si vieran que los que ayer bebían la cicuta ó espiraban en el tormento por sus ideas, son hoy como estrellas fijas que alumbran á la humanidad en su camino, de seguro, lejos de menospreciar las ideas ó de ahogarlas, abriríanles ancho cauce, porque de lo contrario, condensadas como una gran tempestad, estallan, destrozan cuanto les cierra el paso, tronchan como cañas las más fuertes espadas, desarraigan los poderes que se creen eternos como el huracan las encinas: que las ideas progresivas, humanitarias, no se pierden ni se ahogan, pues son como la eterna revelacion de Dios en la conciencia y en la vida. (Entusiastas y repetidos aplausos.)

Por esa virtud, pues, que tienen las ideas, triunfan de sus mayores enemigos; y así los estóicos, errantes por toda la tierra y desarmados, vencieron á los soldados de Domiciano. Dion Casio so-

lo desarmó una legion entera. El sueño de Platon se realizaba; la filosofia iba á ocupar el trono del mundo. Detengámonos un momento en presencia del estoicismo. En este sistema se advertia el progreso de la razon humana que se acercaba á los altares del Cristianismo. Es verdad que muchos escritores han querido probar que Séneca conoció á San Pablo, y Epitecto á San Justino, y que Marco Aurelio era cristiano; pero tales suposiciones no deben refutarse y están tenidas por fábulas entre todos los críticos. La razon humana tiene en sí virtud bastante para llegar á las más altas ideas metafísicas. Los estóicos, pues, no eran más que los grandes moralistas de toda la antigüedad. Su carácter concertaba admirablemente con el carácter positivo, práctico, de los romanos. Desdeñando la metafísica, aunque admitian un Dios, un espíritu, y la vida universal alimentada por una combustion eterna, si bien no ofrecen ningun nuevo progreso en las indagaciones verdaderamente especulativas, tienen tendencias prácticas á convertir la idea en hecho, las leyes de la ciencia en severas reglas de conducta, el alma humana en un sér superior que se sobreponga á la naturaleza y á los dolores del pobre cuerpo en que yace como esclava; y de esta suerte, más que la reforma de la idea, predicán la reforma de la sociedad, la obligacion que tiene el hombre de vivir no para sí solamente, sino para todos los hombres, la clemen-

cia con el vencido, la compasion hácia el pobre, la ardiente caridad por el esclavo, la justicia entre todas las naciones, la paz perpétua, la necesidad de volver el hijo perdido al seno de su madre, el gladiador al hogar, el cadáver del criminal á la tierra, porque donde quiera que está el hombre hay espacio para el beneficio; virtudes severas, altísimas, que, sin embargo, no comprendian la regeneracion del mundo por el dolor, ni su bautismo de lágrimas, y que si bien presentian una idea más alta y preparaban el espíritu á recibirla, era tan sólo como un refugio que la libertad, perdida en el mundo, buscaba en el sagrado asilo de la conciencia, como Caton, el último romano, buscó un seguro contra la tiranía de su tiempo en el helado seno de la muerte. (Aplausos.)

La metafísica griega habia muerto cuando apareció el estoicismo. La duda con todos sus horrores la devoraba. Habia llegado el pensamiento hasta negar el mundo, hasta negarse á sí mismo, negando la base de toda certidumbre. El estoicismo creia renovar la vida con la renovacion moral, renovar la filosofía juntando en una síntesis los principios teológicos de Platon y Aristóteles. Para el estoicismo Dios es la semilla del mundo, y el mundo la diseminacion de Dios. En el universo hay la lucha constante entre el principio activo y el principio pasivo, pero esta lucha se concluye en una armonía superior. El mal es como el ins-

trumento, como el aguijón de que Dios se vale para encerrar las cosas y los seres descarriados en la armonía universal. Toda sustancia es fuerza; toda vida es acción. La armonía universal se llama para el hombre virtud. La virtud consiste en ajustar la vida á la ley moral. Por consecuencia el estoicismo, aun en el período metafísico, en el período griego, es una filosofía esencialmente práctica, esencialmente moral; es antes que una ley del entendimiento una ley de conducta, y mira más que á la verdad al bien.

Por eso el estoicismo convenia principalmente al carácter y á la vida del pueblo romano. Es de notar que el estoicismo romano toma infinita variedad de caracteres segun la variedad de las épocas. Prescindiendo de los tiempos de la República en que el estoicismo romano sigue al estoicismo griego, en el Imperio toma varias formas segun las varias épocas. Durante los primeros emperadores el estoicismo es una protesta y nada más que una protesta, durante el reinado de la familia Flavia un combate y nada más que un combate, durante los Antoninos una poderosa organización política que dá al mundo conciencia de su espíritu universal. El gran Hegel menosprecia en su historia de la filosofía los estóicos romanos, á cuyas epístolas dá tanta importancia como á las gerundiadas de los malos predicadores. Pero no tiene razón el ilustre filósofo. En los

tiempos dolorosísimos del despotismo, cuando Roma no satisfecha con haber encontrado en el botín de cada una de sus victorias un dios, y de tener colgada en su Panteón la cadena de todas las religiones, celebra la apoteosis de sus emperadores recién muertos llevándolos en procesion por la via Sacra, ofreciéndoles altares de marfil y oro sembrados de pedrería, quemándoles montones de incienso, entre cuyas nubes se alza un águila en señal de que el tirano va á sentarse en el Olimpo entre los dioses inmortales; cuando las provincias corrompidas por este ejemplo consagran templos á Augusto, y establecen colegios de sacerdotes para conservar su culto, y diez pueblos del Asia, de la religiosa Asia, de la cuna de todos los dioses, en su delirio por la servidumbre, se disputan el privilegio de fundar una religion que tenga por dios á Tiberio, al monstruo Tiberio, encenagado en sus orgías, devorado en su alma por el vicio y por el cáncer en su cuerpo; cuando las puertas del templo de los hebreos se abren al loco Calígula, al que deseaba tener por amante la luna, y segar la cabeza de la humanidad de un solo tajo; cuando la prostituta Popea que Neron estrelló contra las paredes de su palacio como estrella el niño un juguete, era diosa; en aquella universal degradacion que engendraba todos los amargos frutos de la esclavitud, á saber: la depravacion de las costumbres, el envilecimiento de los

caractéres, la ferocidad en los que mandan, la licencia en los soldados, la estupidez en el pueblo; en aquel rebajamiento universal que hiciera del mundo un serrallo, los hombres, como los estóicos, que se apartaban del mundo, y conservaban el culto de la virtud y la conciencia, eran el único síntoma de vigor, de virilidad que habia en aquella sociedad, la única protesta que desafiaba á la tiranía; y si bien más que pelear sabian morir, en la última hora maldecian al menos á sus tiranos, y les probaban que no tenian dominio sobre el pensamiento ni poder sobre la muerte, testificando así que la libertad es inmortal como el alma, inquebrantable como la conciencia. (Estrepitosos aplausos.)

Es verdad que sus primeros esfuerzos para remediar aquellos males fueron inútiles, pero esto no debe maravillarnos si atendemos á que aspiraban á un imposible, aspiraban á restaurar la antigua sociedad aristocrática, y la antigua sociedad aristocrática habia muerto por tres razones: primera, por egoista, porque no queria admitir la humanidad en su seno; segunda, por aristocrática, por abrigar el privilegio; tercera, por no haber resuelto el problema social. Mas cuando se convencieron de que todas las antiguas formas aristocráticas estaban gastadas, de que ni el senado ni la curia podian resucitar, de que el patriado se habia extinguido como poder político,

reinaron en el seno de la sociedad, cuyo último refugio eran las doctrinas estóicas. Estas doctrinas habian nacido en Grecia, mas para Roma. He dicho siempre que entre la idea y el hecho hay la misma armonía que entre el alma y el cuerpo. La filosofía estóica es el espíritu, Roma el órgano de ese espíritu. La filosofía estóica admite en metafísica el alma del mundo; como Roma admite en su política la unidad del mundo. Roma en tanto que la idea estóica no se apodera de su conciencia, es humanitaria por instinto; y así que la idea estóica se apodera de su conciencia, es humanitaria por reflexion y por convencimiento. Primero presiente su destino, despues lo cumple. La idea de la unidad del mundo que Ciro presintió en su corazon de bárbaro; que elevó Alejandro, el poeta, el héroe, el jóven irreflexivo, el cual, ceñida la sien de flores, llamaba desde su carro de oro á todas las razas á beber en su ancha copa el néctar de la vida griega; la idea de la unidad del mundo no se realizaba cuando Roma practicaba su derecho fecial y despedia de su arco la flecha envenenada para declarar la guerra á todas las naciones, y pulverizaba la ciudad de Alba, y borraba las huellas de Cartago en Africa como el viento borra las huellas del reptil por las arenas del desierto, y quemaba el sagrado recinto de Numancia, la más heróica de las ciudades, y destruía á Corinto, la bella, la de los juegos istmicos, ven-

diendo sus habitantes por esclavos; no, no se realizaba en estos tiempos la ardorosa lucha en que Perseo, precedido por todos los despojos de Grecia entraba atado con cadenas de oro bajo los arcos triunfales, pidiendo en vano la libertad, y Yugurta rugía entre las exclamaciones del pueblo, y Atalo vestía el sayal de esclavo arrojando en el Foro un pueblo entero maniatado, como el sacrificador arroja las víctimas al pié del ara; no se realizaba la idea de la unidad del mundo y de la humanidad cuando Roma fué la reina de las naciones, sino cuando fué su madre (Aplausos); cuando César llamó los galos al senado, y Augusto un español al consulado, y Claudio escribía la historia de los vencidos para salvar su recuerdo ya que no le fué posible salvar sus vidas, y Trajano y Adriano daban derechos de ciudadanía á ricas poblaciones de la Bética, y los Antoninos, los estóicos por excelencia, preparaban la gran constitucion eterna, honra de sus nombres, que debia declarar ciudadanos de Roma á todos los hombres; y en virtud de esta declaracion entraban por las puertas de Roma los montañeses de Rhodopo, consuscoros á Orfeo; el sármata que se abreva en sangre de caballo; el negro etiope que bebe las aguas del Nilo en sus misteriosas fuentes; el árabe y el ibero; el sirio perfumado con los aromas de sus bosques; el sicambro de peinados rizos; el galo de larga cabellera; y entraban no como ene-

migos, no encadenados, sino como ciudadanos, como hombres, á besar aquella tierra sacratísima del Foro, levadura de una nueva humanidad, á santificar sus frentes bárbaras ungiéndolas con el óleo del derecho universal. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

El estoicismo es como la conciencia de esta idea de unidad superior del mundo, de unidad superior de nuestra especie. Parece por su solemnidad, por su severidad como el arte de bien morir que aprende un mundo caduce de labios de los últimos representantes de su pensamiento. La vida de la sociedad antigua fué el privilegio, y el estoicismo predicaba la igualdad. La política de la sociedad antigua fué la apoteosis del Estado, y el estoicismo predicaba que la conciencia y el espíritu son superiores al Estado. La idea capital de la sociedad antigua fué vincular la civilizacion en una ciudad, y el estoicismo extendia los límites de esta ciudad hasta los últimos extremos de la tierra. El mundo antiguo debia disolverse bajo el influjo de esta idea para dejar abierto el paso á otro mundo más grande y más humano. La humanidad que se iba formando merced á esta idea de la unidad del espíritu, de la unidad de la conciencia, no cabia en la antigua Roma. Levantábase la libertad interior del espíritu rompiendo las cadenas sociales. La conciencia se declaraba superior á las leyes en nombre de la ley divina de su

vida. El derecho natural forjaba en sus eternos moldes el derecho civil. La energía de la voluntad, su fuerza incontrastable, rompía con el destino antiguo que pesaba como una clava de hierro sobre la frente del hombre. Los filósofos sabían morir con la esperanza de que la corrupción del mundo no llegaba hasta sus almas. Los jurisconsultos ponían el principio de eterna justicia al frente de sus códigos, y la ley del derecho natural sobre las convenciones del derecho civil. Merced á este gran movimiento moral del estoicismo, sentíase también un gran movimiento social. Todas las ideas sociales de los antiguos romanos se reducían á creer en el derecho incondicional de Roma sobre todos los pueblos. Pero desde el punto en que el estoicismo penetra en el Imperio, grandes ideas sociales y humanitarias pasan por la conciencia. Velayo Patérculo osa defender en Roma á los enemigos de Roma. Floro declara que en las guerras sociales tenían razón los pueblos itálicos que demandaban con las armas en la mano un asiento en la ciudad romana. Séneca dice que aunque nacido en la hermosa Córdoba, su patria es el universo, su ciudad la tierra, su madre la humanidad, sus hermanos todos los hombres, hasta el esclavo que la sociedad arrojaba con desprecio á las gemmonías. Lucano, al ver los horrores de la guerra, desea convertir las armas en instrumentos de labranza, los ejércitos de soldados en

ejércitos de trabajadores, la podrida sangre que corre por los campos de batalla en el fecundo sudor que riegue la tierra, y por esta maravillosa manera se adelanta á los siglos, presintiendo la idea de la santidad del trabajo. Plinio, Plutarco alaban la paz romana, la unidad de todas las gentes, la hermandad de todos los pueblos, la unión de todos los dioses en el regazo de la diosa Roma. ¡Qué ideas, señores, tan grandes! ¡Qué misteriosamente se elevaba á la verdad la conciencia humana! Pero veamos esta idea estoica hecha hombre, pasando por las cimas del Imperio romano.

La personificación de la idea estoica en el Imperio es Marco Aurelio. Nerva llegó doliente, decrepito al trono del mundo; Trajano pasó su vida en los campamentos; Adriano en continuos viajes; Antonino en la soledad á manera de un cenobita coronado con la corona de la tierra. No así Marco Aurelio, dueño del mundo y discípulo de un esclavo, el cual llegara á no sentir el peso de las cadenas cultivando la libertad interior, la libertad de su espíritu. ¡En verdad era un grande espectáculo el que en esta sazón ofrecía el mundo! El esclavo, el sér que la antigüedad despreciara, el que destinaba á eterno dolor, á eterna afrenta, se venga generosamente de sus perseguidores, de sus verdugos, de los que le han embriagado en los festines lacedemomios, de los que le han inmolado en los altares de Siria, de los que le han herido con

todas las espinas de la tierra y han derramado en su alma la hiel de todos los odios juntos, se venga generosamente de los que ni siquiera le creían hombre dándoles el ideal del justo, y elevando ese ideal sublime al trono de la tierra. El maestro esclavo se llamaba Epitecto, y el discípulo emperador Marco Aurelio. Epitecto enseñaba á su discípulo á tener en más las buenas obras que las buenas ideas, á buscar á Dios con anhelo en cada uno de los instantes de su vida, á considerar en el que yerra y en el que peca no un malvado sino un enfermo, á ser indiferente á todo lo que es verdaderamente extraño á la conciencia y al espíritu; doctrinas morales que sobrepujo Marco Aurelio con aquella armonía divina que acertó á tener entre sus ideas y sus obras, entre su conciencia y su vida: con aquella caridad muy superior á la fría indiferencia estóica; con aquel amor á todos los hombres así extranjeros como esclavos; con aquella convicción íntima, profunda, de que Dios es uno, y una la naturaleza, y uno el espíritu, y unos todos los pueblos, que deben separarse del odio como del abismo de su perdición; con aquella creencia superior de que la vida es un sacrificio divino y la muerte una transformación gloriosa; con aquel culto al precepto de que no es lícito hacer mal ni dejar de hacer bien; leyes sacratísimas de vida, que le llevaron á aplicar el cauterio á muchas llagas de la antigua sociedad, á reformar los jue-

gos de gladiadores, á dulcificar la guerra, á suspirar en los campamentos por la vida tranquila de las academias, á envidiar desde el trono al último de los hombres, á considerar su autoridad como una cadena semejante á la que ataba á Prometeo sobre las cimas del Cáucaso; pues si como tuvo fé en Dios y caridad por sus hermanos, tuviera la nueva virtud, la virtud traída por el Cristianismo, la seguridad de la renovación del mundo, la esperanza; en una palabra, fuera cristiano y no se hundiera en el abismo desesperado por la irremediable desgracia de aquella sociedad; desesperación que es el mal de todas las almas grandes nacidas cuando los horizontes de una idea se oscurecen y son fatalmente caídas entre las ruinas del mundo en que por su desgracia han nacido. (Aplausos.)

Indudablemente las ideas estóicas debían tener más que el pasajero influjo de un día eterno, influjo en el derecho romano. Por ellas el derecho natural se levantaba sobre el derecho civil. Por ellas el espíritu romano tomaba el carácter de espíritu universal. Por ellas la idea luminosísima humana penetraba en todas las instituciones. Mas si tenía esta virtud para renovar la sociedad, el bien quedaba aislado en algunos individuos. Si aquella idea no mejoraba las costumbres, no libertaba el espíritu, no restauraba el sentido moral, no traía las antiguas virtudes republicanas,

bien podia decirse que el mundo antiguo estaba enfermo, y más que enfermo aun, muerto.

Apenas desaparece Marco Aurelio del trono, cuando ya se ven todas las llagas sociales de Roma ocultas por el bálsamo de las ideas estoicas. Commodo es la personificación de todos los vicios del Imperio. Hijo Commodo de Marco Aurelio por la ley, por la naturaleza de un gladiador que merecia los torpes favores de su madre Faustina, asesino á los doce años, cuando la inocencia debe cubrir bajo sus blancas alas el alma; cruel, no por necesidad sino por pura perversion; amigo de atormentar con sus propias manos á sus víctimas y de verlas morir en su presencia; dado á correrías y aventuras nocturnas que costaban la vida á muchos hombres, la honra á muchas mujeres; tan fuerte que acertó á hendir un atleta; tan hábil en manejar el arco que mató de cien flechazos cien leones; vanidoso hasta el extremo de creerse el primer héroe de Roma porque bajó desnudo á la arena del Circo y salió vencedor de setecientos combates de gladiadores; frenético por las luchas de fieras al punto de prohibir á los habitantes de Africa que las cazaran ni aun cuando los acometiesen hambrientas; injusto é inicuo, pues cuando le faltaba dinero vendia las decisiones de los tribunales y hasta licencias á los asesinos para ejercer impunemente sus feroces instintos; sensual como todos los tiranos, y

en tal extremo que tenia trescientas concubinas y trescientas mancebas en su palacio, entregadas todas á una orgía sin término y sin tregua; profanador de todo lo grande, y así llamó á Roma colonia commodiana y al Senado casa de Commodo; soberbio y en su soberbia creído de que era un dios, tomando los atributos de Hércules, la maza de hierro, la piel de leon, haciendo que sus viles cortesanos le alzarán altares, le ofrecieran incienso y holocaustos; personificación de los vicios del despotismo, que como es el desconocimiento de las leyes de la naturaleza convierte á todos los que se endiosan, á todos los que se creen superiores á los demás hombres, en miserables bestias; propio castigo del que desconoce la justicia y viola y pisotea la santa libertad. (Entusiastas y repetidos aplausos.)

¿Quereis ver la imágen de Roma en este tiempo? Deteneos un momento, señores, á contemplar el Circo. A medida que la libertad descende, crece la pasion desenfrenada del pueblo por los juegos de gladiadores. Aquellos circos levantados por cien generaciones de esclavos que con la argolla al cuello y la cadena al pié trabajaron para poner piedra sobre piedra; aquellos circos ornados de estátuas traídas de Grecia, de obeliscos traídos de Oriente, de trofeos de todos los campos de batalla del mundo; aquellos circos abiertos á un lado por la puerta sanitaria por donde entran los comba-

tientes, y á otro por la puerta mortuoria por donde sacan á los heridos y á los muertos; aquellos circos llenos de polvos de oro, de carmin y minio que ocultan el color y contrastan el hedor de la sangre; cortados en larga escalinata, cuyas primeras gradas ocupan los magistrados y los senadores, y las segundas los caballeros, y las terceras los padres que han tenido cierto número de hijos, y las superiores el pueblo, y las últimas las damas romanas que agitan al aire con sus abanicos formados de colas de pavos reales, y lo perfuman con orientales esencias, y excitan la voluptuosidad universal mostrando entre nubes de blancas gasas sus desnudas formas, realizadas por el reflejo de los velos de púrpura que las defienden del sol; aquellos circos, decia, en las grandes festividades se llenan hasta rebosar de gente, pues acuden desde las vestales hasta los emperadores, gozándose todos en ver desfilan en su presencia los esedarios en sus carros pintados de verde; los mirmillones guarecidos tras sus escudos de hierro y armados de su cuchillo de caza; los rechiaros que agitan su afilado tridente, vestidos con túnica roja, borceguíes celestes y casco rematado en áureo pez; los ecuestres con su peto de acero, su clámide de mil colores, sus brazaletes de hierro; los bestiaros desnudos, luciendo sus bellas formas y tomando clásicas actitudes de estatuas, todos comprados á subido precio, alimentados todos de una ma-

nera especial para que tengan en su cuerpo mucha, mucha sangre, aplaudidos por las muchedumbres ébrias de gozo, hasta que á una señal dada por el César se lanzan todos á la arena, pelean, se buscan, se evitan, se encuentran, se hieren; resbálanse estos en la sangre fresca, caen aquellos exánimes, corren los otros en pos de la punta de una espada que los atravesase el corazón, porque el maestro del Circo les ha clavado un hierro candente en las espaldas creyendo que se apartaban del combate; se desploman unos sobre otros, se revuelcan en el polvo entre los chorros de sangre que salen de las heridas, abrázanse para espirar unidos los mismos que se acaban de asesinar mutuamente; mientras los espectadores delirantes de entusiasmo, abriendo las narices para aspirar el vapor que se levanta de aquella matanza, increpan, gritan, ahullan, entre el rugido de las fieras, y el choque de las armas, y los ayes de los heridos, y el estertor de los moribundos, aplaudiendo la inhumana hecatombe consagrada á la grandeza de Roma, grandeza de la cual no le quedaba, como á todos los pueblos envilecidos por la servidumbre, más que la bárbara crueldad, eterna infamia de su historia, execración eterna de su nombre. (Estrepitosos aplausos.) Despues del Circo venia algo más terrible, algo más trágico, algo más abominable todavía. A la salida del Circo, en un abismo llamado espoliario, negro co-

mo la noche, pútrido como el sepulcro, á la pálida luz de las antorchas, en tanto que Roma se entregaba á sus orgías, los jóvenes guardias aglomeraban miembros despedazados, cadáveres, y hasta heridos aun con vida; y allí dejaban aquellos restos infectos de una fiesta, expuestos á la voracidad de los perros que enterraban las carnes en sus estómagos y rompían los huesos entre sus dientes, y ¡en cuántas ocasiones alguno de aquellos infelices gladiadores allí abandonados, se levantaba sobre la sangre coagulada, sobre las entrañas deshechas, pisando cuerpos todavía calientes ó agitados por el último resuello de la agonía, y llevándose una mano al pecho herido, y extendiendo la otra hácia Roma, la maldecía con ronco acento, maldición que hería los cielos y llamaba sobre la proterva reina de las naciones el anatema de la divina justicia! (Aplausos.)

Sí, todo, absolutamente todo lo que pasa en Roma indica en verdad que la civilización antigua presiente el cumplimiento de este anatema terrible. Cuando el mal ahonda tanto que no se cree posible el remedio, sobreviene la muerte que también tiene sus profetas. Leed esta literatura del siglo segundo y vereis que es una literatura verdaderamente solemne y testamentaria. La sociedad antigua sabe que está envenenada, y siente correr por sus venas el frío de la muerte. A la dudosa luz de aquel crepúsculo del espíritu anti-

guo, suspendido sobre su ocaso, levántase un hombre, que es como la conciencia y el remordimiento de aquella sociedad; un hombre, que á haber nacido en los tiempos de Esquilo, usurpárale el genio trágico, porque nadie lo ha poseído como él, ni aun el mismo Shakespeare; un hombre que ha escrito en estilo cortado, sentencioso, lapidario, como conviene á las inscripciones destinadas para las tumbas, la decadencia irremediable del mundo romano, el poema del sepulcro del paganismo, cual Homero escribiera un día el poema de su cuna; un hombre que nos ha ofrecido en sus historias y en sus anales grabados con el hierro candente de su terrible palabra en la memoria humana, una época, triste por su incertidumbre, pasmosa por sus vicisitudes, atroz por sus batallas, desgarrada de continuo por grandes sediciones, dura en la guerra, cruel en la paz; muchos emperadores asesinado, muchas guerras civiles, más aun extrañas; el Occidente conmovido, el Oriente próspero, los sármatas conjurados contra Roma, los dacios y los bretones mal sometidos, Italia destrozada por terremotos, el mar saliéndose de su centro como si quisiera lavar de la lepra de sus crímenes á la tierra (Aplausos), el Capitolio devorado por las llamas, las santas ceremonias religiosas ó suspendidas ó profanadas, las islas llenas de desterrados, los escollos teñidos de sangre, el suplicio convertido en premio de toda virtud, la delación en es-

cala para todas las dignidades, los esclavos levantándose contra sus amos, los amigos vendiendo á sus amigos, los hijos á sus padres, las magistraturas todas en una mano, el senado en el polvo, el pueblo en el Circo, los patricios convertidos de guerreros en gladiadores, el mundo pasando de un taimado á un traidor, de un traidor á un loco, de un loco á un imbécil, de un imbécil á un pródigo, de un pródigo á un avaro, de un avaro á un epicúreo, de un epicúreo á un gloton, de un gloton á un gnóstico, de un gnóstico á un misántropo, de un misántropo á un asesino; consumidos todos en una orgía donde se mezclan todos los sexos y se cometen todos los crímenes, el robo, el asesinato, el estupro, el incesto, el parricidio; crímenes que no tuvieran nunca un digno castigo si Dios no suscitara el genio severo, el genio sombrío de Tácito, única alma que no se habia manchado en el cieno de la esclavitud, para que atormentase eternamente á los tiranos y á sus obras en el eterno infierno de su historia. (Ruidosos y redoblados aplausos que interrumpen por algunos momentos al orador.)

Perdonad, señores, pero las muestras de benevolencia con que habeis acogido mis pobres descripciones de un mundo decrepito, han cortado el hilo de mi razonamiento. Reanudémoslo. Decía, señores, que por todas partes se veian señales de la destruccion de aquella sociedad, señales terribles.

En la naturaleza hay anuncios de las grandes tempestades. Antes que el huracan se desate, antes que la tormenta amague, el navegante ve pasar aves que lanzan siniestros gritos, y que parecen como los presentimientos vivos que tiene la naturaleza de sus grandes dolores. Pues bien, con mayor razon debemos ver estos anuncios, estos presentimientos en el mundo de la idea. Los poetas, cuyas almas vuelan por todo el cielo del espíritu, ven, antes que los demás mortales, la luz del nuevo dia, pero tambien antes que los demás mortales el reflejo siniestro de la próxima tempestad. Por eso los antiguos, tan hábiles en el arte de simbolizar las ideas y encerrarlas en mitos de profundísimo sentido, creian que los poetas eran deudores al cielo del don de profecía. Indudablemente esos seres coronados de luz y de tinieblas, que agitan con sus alas el éther en los espacios infinitos, que llenan con sus cánticos todos los tiempos, con su fantasía, como la nube que al Oriente inflama el primer rayo de la aurora, reverberan la luz misteriosa de lo por venir sobre la frente de la humanidad. La ciencia exclarece los limbos de los tiempos venideros. Y la poesía no es más que el ángel que recoge en sus blancas alas el pensamiento de la ciencia y lo sacude sobre el espíritu de las muchedumbres, que llegan á todas las grandes creencias del espíritu en virtud de las incesantes revelaciones del arte. El dolor es la

musa en estos grandes siglos de decadencia, y especialmente el dolor sarcástico, que es el dolor impotente para reformar y purificar al hombre. Consideremos con brevedad los poetas y escritores de estas edades. Mucho siento que el tiempo nos apremie y que por lo mismo no sea posible dar una idea de la literatura sino á grandes rasgos. ¿Quereis ver la sociedad romana? Leed el Satyricon de Petronio. Allí encontrareis el rico estúpido, rodeado de parásitos cortesanos, la orgía husmeante, el vino que rebosa en la copa, el pueblo sin virtudes, la aristocracia sin recuerdos, el poder sin freno y la voluptuosidad trastornando la cabeza de Roma, que se entrega como impura prostituta por un puñado de oro á los pueblos y á los reyes. La indiferencia de aquella sociedad es tan grande, que las tragedias de Séneca, en que el dolor llega á sus últimos vértigos, y raya más allá de lo posible, no la conmueven. El genio hiperbólico pero verdaderamente grandioso de Lucano, desaloja del poema todas las antiguas divinidades que mudas y pálidas caen sobre la tierra como hojas secas del árbol de la vida. La fortuna reina implacablemente con su cetro de hierro en la mano sobre los dioses y los hombres. Y el gran poeta vé, arrasados de lágrimas los ojos, la libertad descendiendo del Capitolio para refugiarse más allá del Rhin á curar sus llagas con las virtudes de un pueblo sencillo y amante de la naturaleza. Plinio

el Viejo recoge en su enciclopedia todas las ideas y todas las supersticiones de la antigüedad, como si temiese que no pudieran salvarse del amenazador naufragio. Plutarco, estóico, que proclamaba la unidad del espíritu humano, el escritor de las sencillas formas, genio verdaderamente griego, esculpe con su cincel las hermosas estatuas de los héroes griegos y romanos como para levantarlas sobre el sepulcro de aquella sociedad, recordándole en su abyeccion, en su esclavitud, las virtudes engendradas por las antiguas libertades. Marcial se corona de flores, pero de flores que parecen nacidas sobre un sepulcro. Su sonrisa me entristece como la sonrisa de un cadáver. Sus carcajadas me atormentan como las carcajadas de un epiléptico. Si alguna vez me mueve á risa es cuando cansados mis ojos de ver catástrofes y mi corazón del dolor, agotado el sentimiento para sufrir el espectáculo de aquella época, la risa me posee como consecuencia de ese silencio del dolor, más triste aun que los gritos de todos los dolores juntos, de ese silencio que llamamos indiferencia. Marcial nos cuenta en sus epigramas que aquella Roma tan alegre, dichosa, colocaba en sus orgías un esqueleto entre los platos de oro y las copas de esmeralda para que recordase á los romanos que todo placer finaliza en la muerte. Silio Itálico describía las guerras púnicas, las glorias muertas de Roma con palabras antiguas, con versos forja-

dos en el fuego de la libertad; palabras y versos que brillaban á manera de la fosfórica luz que produce la descomposicion de los huesos de los cadáveres. Las églogas de Calpurnio nos describen la paz romana bajo el despotismo, la paz de la muerte. ¡Ah! El postrer acento de oposicion á la tiranía fué el acento de Fedro. El fabulista ha buscado el apólogo para protestar contra la servidumbre de Roma, contra la tiranía de los Tiberios y de los Trajanos. Puede decirse que el poeta del Imperio es el napolitano Estacio, el improvisador hueco y brillante, que va de puerta en puerta adulando todas las fortunas, haciendo objeto de sus versos todos los vicios, llorando porque al César le ha escamoteado la suerte la satisfaccion de algun capricho, rompiendo en fin la lira clásica entre sus manos ahumadas con el incienso ofrecido en aras de los déspotas del mundo.

Hay, señores, un género de poesía en este tiempo que muestra la irremediable caída de la civilizacion clásica. Este género de poesía es la sátira que rompe el armonioso concierto entre el fondo y la forma, principal carácter del arte clásico. La sátira muestra que el espíritu humano disgustado de la realidad, suspira por un ideal que sobrepuje al antiguo ideal clásico. Por eso, señores, el siglo de oro de la sátira es el siglo desgraciado en que principia la irremediable decadencia de Roma. Mirad la naturaleza, señores. La perpe-

tuidad de las especies se halla asegurada por la muerte de los individuos. De la descomposicion de un sér proviene otro sér. La raiz destruye la semilla de que nace. En el espíritu sucede lo mismo por esas analogías misteriosas que hay entre el sér y el pensar. Las ideas progresan, oponiéndose con fuerza las nuevamente concebidas á las antiguas, y negándolas con negacion formidable. La sátira, pues, venia á romper atrevidamente la ley armónica de la idea y la forma en el arte antiguo. El gran satírico de Roma no es Horacio, demasiado alegre; ni Persio, asaz artificioso; sino Juvenal, que vive en tiempo aun más depravado que los tiempos de Horacio; Juvenal, que tomando la maravillosa lámpara encendida sobre la tumba del cantor de Tibur, nos muestra á sus rojizos resplandores todos los vicios de su tiempo, las damas romanas desnudas, si bien ornadas para mayor decencia con riquísimos collares de perlas; los patricios que duermen tranquilamente en su lecho de púrpura en tanto que el cliente tiembla de frio y de hambre á la puerta; el sacerdote que se come las víctimas consagradas á los dioses y engorda con la religion del pueblo; el pretor; no sencillamente justiciero como en los primitivos tiempos, sino sentado en áureo trono, cargadas las espaldas con pesado manto y las sienes con no menos pesada diadema, verdadera imagen de los déspotas de Oriente; el soldado que pone todo su orgullo

en muertes, incendios y violencias; el jurisconsulto, que vuelve en su litera del Foro, despues de haber defendido, no al que tiene más derecho, sino al que tiene más dinero; el privado del César conducido ayer por su valimiento en un toro blanco al Capitolio, y hoy arrastrado por su desgracia en el cieno del Tíber; los cortesanos que acuden presurosos á saludar de rodillas al favorito en su fortuna y van á escupirle la cara en su desgracia ó á dar puntapiés á su cadáver en presencia de los esbirros del poder; el dueño del mundo, que no sabiendo qué hacer de su autoridad mata á su madre por imitar á Orestes, representa en el teatro, juega en el Circo, incendia á Roma, para que alumbre sus festines, mientras el pueblo que sometió la tierra y que levantó del suelo con la punta de sus lanzas las coronas que se caían de la frente de los reyes, no podia tener ciertos privilegios porque no pagaba el censo: que entonces como ahora la política era un mercado, el oro el precio del derecho, y el pueblo, sin cuyo trabajo no pueden vivir las sociedades, un proscripto; vicios admirablemente condenados á la execración de todas las generaciones por aquel genio que era como el grito siniestro de la conciencia de Roma. (Entusiastas aplausos.)

Pero, señores, la verdad es que aquella sociedad moria porque morian la idea religiosa y la idea metafísica en que estaba fundada. Aquellos

hombres habian perdido la antigua religion sin concebir siquiera una nueva idea religiosa. Y, señores, la idea de Dios, la idea de lo infinito se impone como una necesidad lógica á la conciencia humana. En verdad una filosofia exclusiva pudo creer que era dado borrar la religion del número de las necesidades de nuestro espíritu. Yo no soy de tal sentir. Cuanto más ahondo en la conciencia humana, más viva encuentro la idea religiosa. En vez de creer que toda religion es vana, creo cabalmente lo contrario; creo que la religion lleva en sí el ideal de las artes, de las ciencias, de las instituciones; creo que es la estrella de toda una civilización; creo que vivifica el espíritu; creo que templa las dolorosas contradicciones de nuestra inteligencia y las tristísimas luchas de nuestro corazón; creo que es la luz del pensamiento y el aroma del amor; creo que fortifica la libertad; creo que levantando toda nuestra vida á la comunicacion eterna con el cielo, le dá algo del resplador divino, y le promete que tras esa negra noche del sepulcro, donde parece que todo sentimiento se apaga y todo recuerdo se pierde, tendrá una transformacion gloriosa que se acerque al eterno ideal del bien, de la verdad, de la hermosura, á la eterna fuente del sér, al eterno sol del pensamiento, á Dios. (Repetidos y prolongados aplausos.) Pero por lo mismo creo destinada á desaparecer toda religion que sea contraria al sér

del hombre y á la justicia de Dios; que suprima la naturaleza en nombre del espíritu ó suprima el espíritu en nombre de la naturaleza; que mate la razon, el criterio de verdad; que sancione la injusticia, la desigualdad entre los hombres; que se una á los opresores de los pueblos para ahogar todo arranque de dignidad y todo sentimiento de derecho; que intente oponer un valladar infranqueable al progreso; que admita como buena la esclavitud, la degradacion de la imagen divina en la humanidad; que pida, no la plegaria espontáneo del alma, no el tributo voluntario del corazon, sino adoradores constreñidos por la tiranía á mentirle culto hipócrita, los cuales manchados en su voluntad por el pecado y en su conciencia por la duda, no harán más que profanar con los labios la idea divina y cortar el vuelo libre del espíritu á lo infinito, verdadero impulso hácia Dios de toda alma verdaderamente religiosa. (Aplausos.)

Y como el paganismo no se sostenia por religion del espíritu, de la conciencia, sino por religion del Estado, el paganismo espiraba. Con él, con su idea de la desigualdad de los hombres ante los dioses, empezaban á morir tambien los privilegios, que si aún quedan, señores, quedan como las cicatrices despues de las heridas. Pero no olvidéis lo que dije en mi última conferencia. La religion pagana moria á manos de sus mismos adoradores. Las ideas de los filósofos que habia

engendrado eran corrosivas para sus entrañas. Cuatro siglos antes de la era cristiana, Evehemero escribió un libro sosteniendo que los dioses no eran más que hombres, sujetos á nuestras mismas debilidades, siervos de nuestras mismas pasiones, divinizados solo por el agradecimiento de los pueblos. De suerte que aquellas divinidades en cuyo templo ardía el fuego sagrado, en cuyas aras pendien coronas de flores, á cuyo alrededor danzaban las vírgenes griegas mientras el sacerdote ofrecia miel y cera y el poeta recitaba al son de la cítara versos de Homero, aquellas divinidades no eran más que hombres, tan débiles, tan enfermos como los mismos que los adoraban; hombres ya devorados por la muerte. Este sistema, que tuvo mucho crédito en la córte corrompida, sensual, de los seléucidas, fué restaurado en el siglo II por Philon de Byblos. Los romanos debian oponerse á esta idea, porque en aquel pueblo de maduro juicio la religion era, más que una necesidad del espíritu, un medio de gobierno. La idea escandalizó universalmente. Comenzóse una reaccion pagana que intentaba con el filtro de nuevas ideas resucitar los dioses muertos, y con el fuego arrancado á templos por su antigüedad sacratísimos, iluminar el oscuro Olimpo. El representante de tal reaccion es Apuleyo. Este escritor se sirve del apólogo como del medio más oportuno para propagar la creencia que cree sa-

ludable. Su principal objeto era combatir la magia á que habia llegado en su delirio el paganismo por una larga serie de sucesivas degeneraciones. El apólogo contra el sentido religioso de su tiempo es el asno de oro. La magia, segun nos cuenta en ese apólogo, le ha convertido en asno, y el culto de Isis le devolverá su primitiva forma humana, pero más espléndida y más hermosa. Aquí primeramente se vé un combate fortísimo al sentido religioso del siglo II en que todos los paganos se daban á la magia, y el empeño de evitar la decadencia del paganismo, vivificándolo nueyamente en los altares de Isis. Quisiera tener el pincel de Virgilio en mis manos para retrataros estos misterios, principal alimento de la atarida conciencia en el siglo II. El poeta nos muestra en plácida noche á las orillas del mar la procesion de la diosa; la mascarada abre el paso, las doncellas vestidas de blanco, ora sembrando de flores el camino, ora luciendo espejos misteriosos, ora derramando de argentados pomos olorosas esencias; los mancebos ahuyentando las sombras con millares de antorchas que parecen astros descendidos del cielo á los conjuros de las plegarias religiosas; los músicos de Serapis prorumpiendo con sus flautas y sus trompas en melodiosas sinfonías; los iniciados en los misterios cubiertos con largos velos, llevando en las manos signos del zodiaco; imágenes pequeñas de la vaca

sagrada, urnas de oro donde se guardan secretos de la iniciacion; los sacerdotes con su túnica de lino, su manto de púrpura, llenas las manos de guirnaldas, de rosas, entrelazadas con verbena y olivo florido; y despues de todos la diosa Isis, blanca y pura como la espuma, esparcida la rubia cabellera por el cuello y el pecho de alabastro, coronadas de diversas flores las sienas, con la media luna en la frente sostenida por racimos de espigas entrelazados como serpientes que caen por la espalda, vestida de una túnica que toma todos los matices del mar, envuelta en manto negro como la noche y como la noche sembrado de estrellas y orlado de una franja de plata, brillante como la vía láctea en el estío, y que con todos estos atributos representa la naturaleza en toda su immaculada inocencia, en su pura vida; la naturaleza que puede reanimar con su fecundidad, amantándolos á sus pechos, los moribundos dioses del paganismo romano. (Aplausos.)

Pero ni esta exaltacion del misticismo pagano será bastante á salvar la antigua religion, porque se oye una carcajada que hiela de espanto á los dioses, una carcajada que domina todo el movimiento literario del siglo segundo como el ruido de la tempestad domina en el mar el estruendo de las olas. Esta carcajada es la inmortal carcajada de Luciano. No sé qué facultad es aquesta de la ironía que tanta fuerza tiene para desorgani-

zar y destruir los más grandes poderes. No sé qué hay en esos genios cómicos que tienen algo de la hermosura del ángel, y de la hilaridad y del amargo sarcasmo que la tradición ha puesto en el diablo. La ironía nace sin duda de la desproporción que el alma vé entre la realidad y su ideal. Sin duda esos genios que nos hacen reír, que ven el lado ridículo de todas las cosas, se burlan de todo, porque todo les parece mezuquino en presencia de lo infinito que poseen como dominio propio. Lo cierto es que cuando ha sido necesario destruir ese mismo genio, que permaneciendo idéntico á sí, toma diversos nombres; Aristófanes al concluirse Grecia; Luciano al concluirse Roma; Boccaccio al concluirse la primer mitad de la Edad media; Rabelais y Cervantes al concluirse los tiempos caballerescos; Voltaire al concluirse la sociedad de nuestros padres; y hoy Proudhon, que conmueve con su sarcástica risa hasta los fundamentos de la sociedad donde estamos asentados, é invoca como un númeron la ironía, sin duda porque entiende que ha nacido para destruir en su ironía esta su fuerza destructora. (Estrepitosos aplausos.) Cuando veo á Luciano entrar por las puertas del Olimpo, sin cuidarse de Isis que las guarda, de las Horas que danzan en el vestibulo, de los caballos de Apolo que piafan impacientes por llenar de luz el universo; cuando le veo dirigirse con la risa en los labios á los dioses

que han consolado tantos dolores, que han alimentado tantas esperanzas, que han llevado en sus espaciosas frentes los secretos de tantas civilizaciones, pa sar en su presencia con gran desenfado, reirse de Baco porque es hijo de un mercader siro-fenicio, y huele á vino, y tiene por compañero á Sileno y á Pan, cojos, contrahechos y horribles; echar en cara á Hércules que ha puesto los caprichos de sus queridas en el cielo, el perro de Erigone entre los dioses, la corona de Ariana entre los astros; llamar á Júpiter espósito, vicioso, cuyas transformaciones le han puesto en grande aprieto, pues cuando fué toro estuvo á punto de verse degollado en sus mismos sacrificios, y cuando lluvia de oro, convertido en brazaletes ó en pendiente de liviana dama (Risas); menospreciar á Mithra el de la rozagante túnica asiática y no saludarle porque no entendia sus saludos puesto que no sabia griego; mofarse de los despuntados rayos de Vulcano que hieren las encinas en el campo, los mástiles en el mar, y no hieren á los malvados del mundo; compadecerse de Saturno, viejo, enfermó de gota, que encerrado en el Tártaro no puede sostener en sus cansadas manos las riendas del universo; mirar maliciosamente el águila que con sus dos alas semejantes á los abanicos de los déspotas asiáticos, renueva el aire sobre la frente de Júpiter, mientras Ganimedes desnudo se halla tendido á sus piés;

maldecir de aquellas aves, de aquellas grullas sagradas, de aquellos toros de manchas blancas, de aquellas monas que venidas de Siria, de Egipto, han ensuciado el Olimpo griego, antes tan sereno, y repartídose con grande algazara la mitad de las ofrendas y de los sacrificios; cuando veo que así olvida todas las creencias, todas las teorías, toda la simbólica pagana, me parece que estoy viendo el genio de la ironía, de la sátira que entra en el cielo y riéndose de todas las divinidades las asusta á todas, porque la risa de la duda es más dañosa á los inmortales que las antiguas rebeliones titánicas; hasta que las obliga á avergonzarse de sí mismas, á cubrirse el rostro con las manos, y caer muertas como hojas arrancadas por el cierzo del árbol de la vida, que van á perderse en el abismo de la conciencia humana, cuya hambre de renovación y de progreso ha devorado tantas religiones. (Ruidosos aplausos.) Y no solo se rie de los dioses sino tambien de los cultos que les tributan los hombres. Los sacrificios son objeto de sus maldiciones. Las desgracias que afligieron á Etolia y la postraron, provinieron de que Orfeo no convidó á Diana á una fiesta á que acudieron todos los inmortales. Minerva por doce bueyes retrasó un dia la caída de Troya. Así todos los dioses, sentados en aquel palacio, donde el sol es más puro y las estrellas más brillantes, sobre aquel pavimento de oro, coronados por Isis, ser-

vidos por Mercurio, armados por Vulcano, desde sus tronos dejan caer la errante mirada sobre el mundo en pos de aras humeantes, y bajan sus frentes, llenas de altas ideas, para mirar los sacrificios, y abren sus narices para aspirar el humo de las víctimas, y sus bocas para beber con anhelante ánsia la fresca sangre ni más ni ménos que si fueran moscas. (Risas y aplausos.) Y no solamente se rie de los dioses, sino que para combatir sin duda la creacion hácia el paganismo oriental, se rie tambien de los iniciados en la magia, que están tres meses metidos en las aguas del Eufrates, que reciben el espíritu divino cuando un sacerdote de pestífero aliento les escupe su saliva á los ojos. Y no solo se rie de los iniciados, se rie tambien de los filósofos. Mercurio saca todas las sectas filosóficas á pública almoneda. Un mercader vá á comprarlas. El primero que encuentra es Pitágoras que promete mostrar al mercader que él no ha sido él sino otro allá en lejanos tiempos, y le aconseja que se abstenga de comer animales y habas, y le anuncia que será un sabio cuando haya aprendido á soplar la flauta y á tañer la cítara, porque todo el universo es una gran sinfonía. El mercader dá por él diez minas, la quinta parte ménos de lo que vale un esclavo en el mercado. Topa en seguida con un filósofo mal oriente. Es Diógenes. Mercurio le anuncia que puede comprarlo porque le puede servir de perro á la

puerta de la casa. Diógenes dice al mercader que si quiere profesar sus doctrinas que se provea de una voz agria, de una garganta ronca, y se decida á despreciar los grandes hombres, á no sentir ni los insultos ni los golpes, á abandonar mujer, familia, amigos é hijos, á vivir como un vago en un sepulcro ó en un tonel. Dos óbolos dá el mercader por este sabio. Quiere comprar en seguida á Aristipo, el jefe de la escuela cirenaica, al verlo coronado de flores; pero como está borracho y no contesta á sus preguntas, no le pone precio. Oye una carcajada y un sollozo. Se vuelve y se encuentra con Demócrito y Heráclito. El primero abogado de la risa, le habla del vacío, y el segundo entre un mar de lágrimas, le habla del movimiento universal en que todas las cosas se arrastran sin cesar como las ondas en los ríos. El mercader no se atreve á comprar ni al uno ni al otro. De pronto Mercurio le ofrece un sabio de conducta ejemplar, un santo. Es Sócrates. «¿Qué eres?» le pregunta el codicioso mercader. Yo no puedo repetir aquí la respuesta azaz escandalosa, porqué respeto demasiado al público y me respeto á mi mismo. Pero la repetiré en griego: *ἡδιστασθῆς εἰμι καὶ σοφός τὰ ἑωτιῶνα*. En seguida Sócrates comienza á explicar la república que piensa construir según las leyes de su inteligencia, y cómo en esa república han de ser de todos los ciudadanos todas las mujeres, y elevándose á más alta filosofía explica

cómo vé todas las cosas y sobre todas ellas su ideal, más real que las cosas mismas; de suerte que por este medio vé dos universos, y todo, absolutamente todo se le aparece doble. El mercader, sin duda, creyendo que esta doble vista duplicará su dinero, compra al filósofo y dá por él la enorme suma de dos talentos. Seguidamente compra por dos minas un epicúreo muy aficionado á comer miel é higos. Le cae en gracia Crisipo, que le hace los siguientes argumentos: «Tú conoces y no conoces á una persona á un mismo tiempo. Por ejemplo, conoces á tu padre, y si lo ves cubierto con un manto ya no le conoces. Una piedra es un cuerpo, un animal es un cuerpo, tú eres un animal, luego tú eres una piedra porque tú eres un cuerpo.» Doce minas afloja el mercader por tan sutil filósofo, y doble por un peripatético que le enseñará cómo vive un moscardon, hasta qué profundidad llegan en el mar los rayos del sol, cómo se forma el feto en el vientre materno, y cómo el hombre es un animal ridículo y no el asno, que ni ha menester casa ni navega nunca. Por último, se dá de manos á boca el infatigable mercader con Pirron el excéptico. «¿Qué sabes?» le pregunta. — «Nada.» — «¿Qué quieres decir?» — «Que no creo en nada.» — «¿No existimos nosotros?» — «No sé.» — «¿No existes?» — «No sé.» — «¿Qué sabes hacer?» — «Todo, ménos perseguir á esa eterna fugitiva que se llama verdad. El objeto

de mi doctrina es no ver, no oír, no saber; soy sordo y ciego y además privado de sensibilidad y de juicio.» — «Sí, le dice el mercader, te quiero comprar.» — Y lo compra. — «¿Dudas de que soy tu amo?» — «Sí,» contesta el filósofo. — «Pues voy á convencerte con un argumento incontestable,» dice el mercader, y le dá un trancazo. (Risas.) Sin duda, señores, de aquí han tomado las leyes de imprenta de ciertos países los persuasivos argumentos que usan para convencer de error á los escritores públicos. (Risas y aplausos.) Nos reimos, señores, nos reimos alucinados por la festiva inagotable vena de Luciano, nos reimos de la muerte de dioses que han sido un día los dioses de nuestros padres, sin recordar que todas estas renovaciones de la vida humana no se han hecho sino á costa de grandes catástrofes, de muchas lágrimas, de muchísima sangre vertida sobre la tierra.

El espíritu humano de ninguna suerte podía avenirse con dioses así zaheridos, con ideas así combatidas por su propia conciencia. En este tiempo la fé de los paganos creía en el mitho de Psiquis, la vírgen pura, hermosa, que aguardaba impaciente la venida de su desposado, sobre su lecho, en la primer noche de sus nupcias, acariciada por el céfiro, cuyas ondas, cargadas de aromas, despues de rizar su caballera, se dormían mansamente en su seno anhelante, ruboroso; hasta que

siente que llega el esperado, y aspira su aliento, y no lo ve, y quiere verlo, bañarse en su mirada, contemplar sus formas, mirar los brazos que la oprimen, los labios que la besan, y se arroja del lecho, y corre á buscar su lámpara, y cuando vuelve gozosa é ilumina la nupcial estancia, ve que su misterioso amante, que era el Amor mismo, agita sus alas, vuela, y en dorada nube se pierde entre los arreboles del cielo, dejándola sola en castigo de su curiosidad, como para enseñarle que aquí en la tierra todo debe ser misterio y sombra, y que cuando queremos descifrar esos misterios y ahuyentar esas sombras, nos encontramos con que solamente allá en las alturas celestes se halla el verdadero amor que anima y embellece la vida. (Estrepitosos aplausos.) ¿No es una enseñanza este misterioso mitho que dice bien claramente el estado de la conciencia humana? ¿No se ve que el espíritu antiguo ha querido conocer sus dioses y los ha iluminado con su razón, y sus dioses, al desaparecer heridos por los rayos de la luz, le han señalado el cielo? ¡Ah! Las antiguas religiones no abrazaban más que la mitad de la vida, la naturaleza. Venía sobre el mundo la religion del espíritu. La Psiquis misteriosa es la conciencia, la lámpara es la razón, el amor que huye de su lecho de rosas, el paganismo que se va y que obliga á la conciencia á elevar la mirada á los cielos. ¿Dónde, dónde está la

idea, la creencia que vendrá á satisfacer esta necesidad vivísima que de creer tiene el espíritu humano? ¿Dónde está? Perseguida, humillada, escarneada como todas las nuevas ideas, en el seno de las Catacúmbas, en su altar, que es el dolor; guardada por sus mártires que la fecundan con su sangre, soldados que para defenderla no necesitan matar, sino morir, porque son los soldados misteriosos de la idea y del espíritu. (Aplausos.)

Pero esta idea, que en las lecciones anteriores hemos visto en sí separada del mundo pagano, al encontrarse frente á frente con él, provocaba un gran combate. Roma, que tenía una religion propia en consonancia con su cultura, repugnaba invenciblemente el espíritu de igualdad cristiana. Los aristócratas, los privilegiados no podían comprender que todos los hombres se confundieran en presencia de Dios; los sabios en su orgullo rechazaban un dogma igual para los sacerdotes de la ciencia que para los ignorantes y los humildes; Luciano se reía á todo reír de aquella turba de esclavos, mendigos, mujeres, niños, gente maldita, que vivía en bárbaro comunismo y se sacrificaba por un oscuro sofista muerto en Palestina; Tácito llamaba á los sectarios de la nueva idea gente predestinada á las manos de los verdugos; Plinio el Joven, si bien veía sus virtudes, los estimaba supersticiosos, enfermos del alma y hasta inclina-

dos al suicidio; Suetonio tenía en poco á aquellos bárbaros descendientes de los judíos, que inmolaban en sus sociedades secretas niños recién nacidos, y se comían su cuerpo y se bebían su sangre; las muchedumbres, tardas siempre en comprender las nuevas ideas, hacían responsables á los cristianos de sus desgracias, de si el Tiber salía de madre ó no salía el Nilo, de si llovía ó nó, de las tempestades, de los terremotos, de los incendios, y los llamaban enemigos de la familia, de la ley, ateos; y todos los despreciaban porque eran pobres, últimos restos de la sociedad, desheredados de todo, sin comprender que aquella gente pobre, desvalida, oscura, formaba una gran sociedad religiosa, que venía á convencer al mundo de locura; y por eso el mundo los creía dementes, y que si entre ellos se encontraban pocos sabios y pocos poderosos, era porque Dios buscaba los débiles para vencer á los fuertes, los humildes para humillar á los soberbios, los eternos párias, eternas víctimas de la injusticia, para salvar la sociedad de su materialismo con esta grande y maravillosa explosion del espíritu. (Estrepitosos aplausos.)

Conviene decir que el Cristianismo se planteaba como religion de la conciencia frente á frente del paganismo que se defendía como religion del Estado. La teoría de las religiones del Estado, de las religiones que se imponen por la fuerza so-

cial, era propia del sensualismo pagano, que se contentaba con la ofrenda material y el reconocimiento exterior, curándose poco de la conciencia y del espíritu. Así, mientras Aristófanes y Amilo defendían los dioses griegos contra Sócrates, porque eran los dioses vencedores en Platea y Salamina; y Ciceron en sus libros de las leyes asentaba que nadie tenía facultad para adorar otros dioses que los dioses de la patria; y Paulo en sus sentencias declaraba que todos aquellos que eran osados á profesar una religion distinta de la religion del Estado eran reos, si nobles, de destierro, si plebeyos, de muerte; y el gran Trajano decretaba la persecucion de los nuevos sectarios, porque al injuriar á los dioses injuriaban al César, y al injuriar al César injuriaban al Imperio; mientras subsiste y cobra fuerzas esta idea pagana que ha cometido todos los grandes crímenes, desde el sacrificio de Sócrates hasta el sacrificio de Cristo; mientras esta teoría de la religion impuesta por la fuerza social dominaba en toda la antigüedad clásica, los cristianos reivindicaban el derecho de adorar á su Dios en nombre de la conciencia, en nombre del espíritu, y de esta suerte, al mismo tiempo que defendían la verdad religiosa, defendían el principio de que sobre la conciencia no hay más que una jurisdiccion, y es la jurisdiccion divina, y que los poderosos que persiguen por hechos de conciencia á los sectarios de

una idea, desiertan de la humanidad como los Césares paganos que alzaban la cruz y atizaban las hogueras contra los defensores del Cristianismo.

Pero la idea cristiana á pesar de no tener más fuerza que la fuerza espiritual, crecía y crecía, devoraba la religion de los Césares, de los guerreros, de los fuertes. De la edad apostólica, que es el siglo primero, pasamos á la edad de los apologistas, que es el siglo segundo. Pero antes de los apologistas se encuentran los padres apostólicos, que unen dos grandes épocas de la idea cristiana. Así como los Apóstoles son los inmediatos sucesores de Cristo, los padres apostólicos son los inmediatos sucesores de los Apóstoles: que no se rompe, ni se interrumpe en estos tiempos la serie de las ideas cristianas. No hay en los padres apostólicos la grandeza que en los Apóstoles, ni la elocuencia que en los apologistas, ni el saber profundísimo de los padres de la Iglesia. Se ve que despues de aquella gran elaboracion de las doctrinas apostólicas que abraza el alma y Dios en la esfera metafísica, y el mundo judío y el mundo griego en la esfera histórica, el espíritu cristiano descansa en la contemplacion de sí mismo, del ideal sublime que ha dejado escrito el siglo primero. Se ve que la sociedad cristiana se ocupa á la sazón más en la moral que en el dogma, más en obras que en pensamientos. La tendencia práctica es más viva que la tendencia metafísica. Sus

escritos nos hablan de la divinidad de Cristo, de la revelacion de Dios en Cristo y por Cristo, de las esperanzas de una nueva venida del Salvador, pero sobre las nubes del cielo y del Espíritu Santo que á manera del aire rodea y vivifica la sociedad cristiana. En los tres primeros padres apostólicos encontramos tres reflejos de los tres más grandes Apóstoles: en Clemente á San Pedro, en Ignacio á San Pablo, en Policarpo á San Juan. Sus escritos son epístolas trazadas á la luz de las antorchas de las Catacumbas, sobre las rodillas, entre los ahullidos de los perseguidores y el estridente rumor de los instrumentos del martirio. Clemente tiene el carácter romano y puede decirse que en él empieza la organizacion material que la Iglesia recibiera del práctico espíritu de la Ciudad Eterna. Por lo mismo, por ese espíritu de organizacion, se echan de ver en él ciertas tendencias á conservar la antigua legalidad judía caída al eco de la tonante voz de San Pablo. Pero su fé en Jesucristo es viva, es profundísima, y tiene toda la sencillez, toda la virtud y toda la seguridad de estos tiempos primitivos, fé sellada con su sangre. Ignacio es del Asia Menor, en sus epístolas brilla el genio oriental con todos sus fulgores. Su corazon es como un volcan de amor que fulgura, enviando todos sus sentimientos al cielo. Obispo de Antioquia, discípulo de San Pablo, ardiente propagador de la nueva idea, en sus epístolas ha unido á la dulzura

de una índole apacible la fuerza de una fé sobrenatural, divina. En su alma, inundada de prodigiosas esperanzas, hay sed de morir, amor inmenso, infinito al martirio, porque tras las nubes de esta vida de un dia columbraba el horizonte infinito de la eternidad y su ser bañándose en la eterna vida. Un hombre como este padre apostólico, que abandona por una idea todos los placeres del mundo, que ve estrellarse á sus piés todas las pasiones sin temor de ser por ellas manchado, que vive por sus hermanos y para sus hermanos, tranquilo en la persecucion, libre en las cárceles, benévolo para sus mismos martirizadores, ocupado solo en ofrecer ejemplos de entereza á los que comparten sus ideas, arrastrado por una calle de amargura que se extiende desde Asia á Roma sin que profiera una queja, y sin que tenga otro pensamiento que escitar á la fé y la perseverancia á los cristianos, muerto entre los dientes de las fieras, pero con la idea puesta en el cielo y el sentimiento en la esperanza de la inmortalidad; un hombre de esta grandeza debe ser siempre ofrecido como enseñanza viva, como ejemplo moral á la juventud, para que vea que el egoismo solo puede dar el mal, que la abnegacion, el sacrificio, son los medios más seguros de alcanzar en las grandes crisis la redencion del espíritu, la salud del mundo. (Entusiastas aplausos.) El mismo camino que Ignacio, discípulo de San Pablo, sigue

Policarpo, discípulo de San Juan, que extiende la doctrina de su maestro y muere en el martirio. El espíritu de esta edad necesita más espacio, mayor amplitud para luchar con el gnosticismo cuyas raíces se extienden sobre el Cristianismo como una planta parásita que intenta robarle su jugo y vivificar con él las ideas paganas. Y es preciso confesar que merced á la epístola falsamente atribuida á Barnabas, el legalismo judío intentaba invadir el puro dogma cristiano. Es verdad que en esta epístola á fuerza de querer espiritualizar las prácticas judías se les quitaba todo su antiguo poder, toda su grandeza. Pero era necesario evitar estas desviaciones y sostener como San Pablo que la ley antigua habia sido cumplida, y que toda la revelacion se encontraba en el Evangelio. Mas á pesar de esto, todos los padres apostólicos se unen y confunden santamenté en la creencia del progreso de la vida, de la renovacion del espíritu, de la esperanza en la inmortalidad, del esterinio del mal en virtud de la sangre vertida en la cima del Calvario.

Pero el Cristianismo debia principalmente defenderse de las ideas opuestas y contrarias que encontraba en su camino. Los judíos, los paganos, querian cerrarle el paso á la victoria. El Cristianismo debia probar á los judíos que su religion era insuficiente, y á los paganos que su religion era muerta. De este ministerio verdaderamente

divino se encargaron los apologistas. Contra los judíos defendieron el mesianismo en Cristo. Contra los paganos defendieron principalmente la resurreccion de la carne. Como les achacaran que adoraban á un hombre, decian los apologistas que Cristo era el logos eterno, la palabra eterna anterior al tiempo y al espacio, aquella palabra incommunicable que creó la naturaleza y que ilumina eternamente el espíritu. Contra los paganos que sostenian la aniquilación del cuerpo predicaban la resurreccion de la carne. Dogma consolador en verdad este, y sostenido con sin igual elocuencia por los apologistas. En su virtud la muerte no es femible. Este cuerpo que en el seno del sepulcro se descompone y se deshace, reducido á cenizas fácilmente, disipado por el viento, á la voz de Dios, que vuelve á renovar el milagro de la creacion, se levantará del seno de la tierra, sacudirá el polvo que le cubra y entrará en la vida inmortal; porque nuestra personalidad en el espíritu y naturaleza, en alma y cuerpo, es eterna. Por estas ideas, se verá que los apologistas, desdeñando la antigua religion, oponiéndose al paganismo, no desdeñaban la filosofia, no combatian la ciencia. Todas las ideas sobre el Verbo estaban animadas del espíritu platónico, todas las ideas sobre la resurreccion de la carne estaban animadas del espíritu estóico. De esta suerte la nueva sociedad, al mismo tiempo que se oponia á todo lo que era

sensual, falso, transitorio en el paganismo, tomaba todo lo que habia de permanente, de eterno, de sustancial en la ciencia, como para demostrar que la razon humana es tambien órgano de la verdad divina y revelacion permanente de esta verdad en la vida.

Contemplemos, señores, un momento en sí los apologistas. La ciencia cristiana va creciendo más cada día. Los apologistas que derivan su doctrina principalmente de San Juan, son los destinados á llevar el espíritu griego á los altares cristianos. Los Apóstoles y los padres apostólicos han explicado el Cristianismo segun la religion; los apologistas y los grandes padres de una y otra Iglesia lo explicarán segun la filosofía. El primer representante de los apologistas es San Justino. Este hombre extraordinario fué pagano. Pero su alma, fiel imágen de su siglo, anhelaba con ardiente sed una verdad. Errante de sistema en sistema, de filosofía en filosofía, como la abeja de flor en flor, buscaba la miel de la verdad y libaba solamente la hiel del desengaño. Acercóse á los estóicos y vió que su moral no tenia una base metafísica incontestable; quiso oír á un peripatético y le dejó, porque antes de darle ciencia le pedia dinero; asistió á las escuelas pitagóricas y le exigian para la iniciacion en los misterios música, astronomía, matemáticas que le eran ignoradas; halló, por último, la filosofía de Platon, y su espíritu idealista

se gozó en contemplar sobre el mundo visible los eternos tipos de todos los séres y de todas las ideas nadando en la luz increada; pero en uno de esos momentos en que el alma se aparta de todo cuanto la rodea y se disgusta de toda realidad, hallándose solo contemplando el cielo al través de las ramas de un bosque, á la orilla del mar, que le recordaba en sus celestes horizontes lo infinito, vió venir un venerable anciano que le habló de la virtud, de la esperanza, del cielo, del Verbo, del concierto entre las ideas y las obras, de una antigua raza de patriarcas que conservaban pura la idea divina, de otra nueva raza de mártires que la iban extendiendo por el mundo; y tocado por aquellas palabras creyó encontrar la anhelada verdad, y abrazó la idea del anciano, el Cristianismo, y le fué fiel, batallando por su causa toda la vida, y sufriendo por su causa en el martirio la muerte. (Entusiastas aplausos.) Este antiguo retórico que abandonara el paganismo por el Cristianismo, á pesar de que combate cada sistema en sí, cree que el espíritu general de la filosofía antigua preparaba el Cristianismo. No podia desconocerse esta verdad sin notoria injusticia, cuando la filosofía antigua devoró el paganismo. El culto cristiano es el culto del espíritu que viene á borrar el culto pagano, que es el culto del sentido. El pagano adora el dios-naturaleza y el cristiano adora el Dios-espíritu. La eternidad es el

objeto del culto cristiano. Pero como el hombre es un compuesto de alma y cuerpo, la sociedad debe formar un compuesto entre el hombre y la Iglesia. Lo que es el alma para el cuerpo es la Iglesia para el mundo. Y como el alma ama al cuerpo que la desobedece y la rechaza, la Iglesia ama al mundo que la persigue. Los hombres tuvieron antes conocimientos fraccionados particulares de la verdad, pero no alcanzaron la verdad viva y entera hasta que descendió de los cielos el Verbo. La razón es una luz divina, pero el Verbo es el sol de donde esa luz emana. Cristo es la única revelación verdadera del Verbo. Por el Verbo comprendemos á Dios que es en su esencia incomprensible á la razón, inefable á los labios. El Verbo es la palabra creadora del universo y del espíritu. El universo y el espíritu se apartaron del Verbo, éste pecando, corrompiéndose aquel por los negros vapores del pecado. Pero la redención ha devuelto al espíritu su primitiva dignidad perdida en el pecado. El Verbo ha penetrado con su luz toda vida espiritual. En cada alma hay una semilla de la idea del Verbo que el último aliento de Cristo ha fecundado. Como se ve por estas indicaciones, así como en la Edad media Santo Tomás y los escolásticos unieron Aristóteles á la teología, en este tiempo unen á las apologías San Justino y sus discípulos, el Timeo de Platon, el Génesis del espíritu. Athenágoras sigue la misma idea de

San Justino, y nos habla del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. El Padre engendra, el Hijo es engendrado en la eternidad, el Espíritu es el mediador entre el Padre y el Hijo. El Padre crea, el Hijo ilumina, el Espíritu vivifica.

Como se vé, la apología, conservando su sentido superior y ortodoxo, rendía un tributo de acatamiento á la ciencia griega. Pero hay entre los apologistas espíritus que temen que transigiendo demasiado con la filosofía griega el Cristianismo pierda su carácter y se convierta de una religión en una secta filosófica. Al frente de los que así piensan encontramos á Taziano. Nacido en Oriente, es por extremo apasionado y fogoso. Así quiere arrancar hasta las raíces de la civilización pagana. Nos llamais bárbaros, dice á los griegos, y no teneis cosa que no hayais recibido de los bárbaros: el alfabeto de los fenicios, la geometría de los egipcios, la magia de los persas, la astronomía de los caldeos, la escritura de Atosa, reina bárbara, el acero de los ciclopes, la trompeta de los tirrenos, la flauta de los frigios; porque vosotros, gente baladí, no os entendeis con vuestros varios dialectos, y usais la retórica para corromper los corazones, la sofística para descarriar las inteligencias; y orgullosos con vuestros filósofos, sólo nos ofreceis cinismo en Diógenes, voluptuosidad en Aristipo, glotonería en Platon, adulación servil en Aristóteles, sombras en Heráclito, errores en

Zenon, pretensiones á ser Dios en Empedocles, eruptos de vieja en Pherecides: que no se puede esperar menos de hombres que tienen las encinas por oráculos y los diablos por dioses. (Aplausos.) Si no son estas mismas las palabras de Taziano, estoy muy seguro que son muy aproximadas á las suyas ó al menos que pintan fielmente su pensamiento y reflejan fielmente su espíritu. ¡Ah! señores, no trato yo de ocultar los vicios de la civilizacion griega; pero es una grave injusticia decir que su ciencia sólo habia corrompido el espíritu. ¿Pues que, Dios ha abandonado completamente de su mano á las antiguas naciones? ¿Pues qué, el paganismo con todos sus errores no ha educado el espíritu en una idea muy superior al bárbaro fetichismo del Oriente? La Grecia separó el espíritu de la naturaleza, bosquejó la primera idea de la individualidad humana, rompió las castas con sus maravillosas democracias, levantó el pensamiento del pié de los altares del Oriente, modeló con su cincel la estatua que será el eterno ideal de la hermosura plástica, puso en la lira que la humanidad lleva en sus manos para consuelo, cuerdas de oro siempre vibrantes, fué la musa del arte, la inspirada sibila que con el pensamiento de sus filósofos hermoseó la conciencia humana y la apercibió á que fuera un templo digno de recibir la idea cristiana. (Grandes aplausos.) Sus errores, sus vicios, sin que yo deje nunca de imputárselos,

porque creo en la libertad y en la responsabilidad del hombre, son el tributo que la débil naturaleza humana paga á las condiciones del tiempo en que se desarrolla y al medio social en que vive. No aislemos en la historia de la humanidad unos tiempos de otros, unas civilizaciones de otras, porque entonces ni comprenderemos la unidad del espíritu, ni nos explicaremos la providencia de Dios. Es verdad, señores, que las nuevas ideas se plantean siempre en su principio como negacion absoluta á las ideas precedentes. Se necesita esta grande lucha, este grande contraste, para que el espíritu, apegado á sus antiguas creencias, comprenda las nuevas ideas. De esta suerte progresa el espíritu humano. Como Voltaire exageró su oposicion á la Edad media, y Descartes su oposicion á la escolástica, y el Renacimiento en la esfera de las artes su oposicion al gótico, y Grecia su oposicion al Oriente; Taziano exageró su oposicion á Grecia y á toda cultura clásica. Afortunadamente el siglo xix, eminentemente humano y dispuesto á reconocer toda la humanidad en cada una de sus fases, hace justicia desde las alturas de la filosofía de la historia á todos los sistemas y á todos los tiempos. La tendencia de Taziano era en realidad peligrosa, porque era una tendencia gnóstica. El gnosticismo se me aparece siempre en estos primeros tiempos como la serpiente oriental que abre sus fauces para perder la idea cristiana. Y el

gnosticismo no queria consentir que el espíritu cosmopolita de la ciencia griega arrebatara al Oriente la direccion y la enseñanza de la conciencia religiosa de la humanidad. Y las ideas de Taziano le llevaron de abismo en abismo á caer en las ideas gnósticas y á renunciar á las ideas cristianas. Si, el Cristianismo es católico, universal y á este título concierta con todos los grandes y saludables movimientos del espíritu, con todas las grandes y luminosas fases de la ciencia.

Pero á decir verdad debia evitarse á toda costa que fuese á dar el Cristianismo en un escollo que le hiciera convertirse en sistema filosófico y perder su carácter eminentemente religioso. A este fin se necesitaba una conciliacion entre las tendencias sobradamente griegas de San Justino y las tendencias sobradamente orientales de Taziano. El hombre que llega con ánimo prudente y sereno á esta grandiosa conciliacion es San Ireneo, el cual viene á renovar la escuela apologística y á darle un carácter esencialmente práctico. La eterna trilogía de la idea se repite en estos momentos supremos de la historia. En los tiempos primeros San Pedro, San Pablo, San Juan. En los tiempos siguientes Clemente, Ignacio, Policarpo. Entre los apologistas San Justino, Taziano, San Ireneo. Y más tarde Orígenes, Tertuliano, San Agustin.

Pero no bastaba trasformar la inteligencia, era

preciso trasformar tambien el corazon. Para lo primero era necesaria la idea, para lo segundo el ejemplo. Aquellos cristianos tan calumniados por unos, tan odiados de otros, tan perseguidos de todos, vivian la vida de la virtud, creíanse libres porque habian sacudido la tirania del error, iguales ante Dios, hermanos, pues entre ellos no habia ni nobles ni plebeyos, y su gobierno era una gran democracia religiosa en que las primeras dignidades correspondian á los ancianos, ó bien á los designados por la eleccion de todos los fieles; de suerte que muchas veces el primer sacerdote de la cristiandad, el jefe visible de la Iglesia, era un esclavo en el mundo que vivia en una gemmonia y oraba y trabajaba por los mismos que lo tenian en cadenas; pues en esta edad sólo dominaba el espíritu, sólo se creia en la virtud de la predicacion y del ejemplo, sólo se confiaba en Dios y en su poderoso amparo; y así los cristianos pasaban su vida en las Catacumbas, en las cárceles, al lado del lecho del enfermo, sobre la tierra do reposaba un muerto; y cuando sonaba para ellos la hora de morir, cuando se abria el Circo, cuando ardian las hogueras para castigar en ellos su idea, morian felices; y entre las garras de las fieras, entre los torcedores del tormento, entre las llamas, intercedian en el cielo por sus perseguidores y exhalaban un himno de regocijo y de triunfo que como sus almas, libres de las cadenas de la materia, se

perdía en el seno de Dios. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Señores, en otra lección hablaremos de las persecuciones contra los cristianos. Hace tiempo que ha trascurrido la hora en que debí concluir y estoy molestándoos. (Muchas voces: *Nó, nó.*) De todos modos, yo estoy fatigadísimo. Concluyo después de haber trazado á grandes rasgos el siglo segundo. Los gnósticos cayeron, los estóicos tomaron el poder, y después de haber dado á Roma su idea, tuvieron que abandonarla en manos de los soldados; los más grandes oradores paganos se daban á la desesperación y escribían el testamento de una sociedad moribunda; la reacción religiosa hácia el Oriente era imposible, aunque intentada por hombres de gran valor moral; la duda, analizando los antiguos dioses, los había aniquilado; la sátira, volviendo los ojos á un ideal superior, á la antigua civilización, la destrozaba; la conciencia misma del paganismo suspiraba por el cielo; y los salvadores de la sociedad eran aquellas turbas de esclavos y de mendigos que tenían con sangre los circos y las naumaquias, y que de su palabra ahogada en el tormento exhalaban la libertad y la idea del eterno Dios de la conciencia. (Aplausos.)

Pues bien, jóvenes que me escucháis, y que estáis destinados á renovar la vida ó á morir en el oprobio de la impotencia; la obra religiosa del

Cristianismo se acabó y perfeccionó con la vida, sobre todo con la muerte de Cristo, pero la obra social del Cristianismo no está ni comenzada todavía. (Aplausos.) Diez y nueve siglos de sacrificios y dolores no han bastado para llevar la idea cristiana á las leyes y á las instituciones sociales. Todavía hay en el mundo soberbios que se creen dioses; todavía el esclavo arrastra los últimos eslabones de su cadena de cien siglos; todavía reina la abominable desigualdad pagana; todavía están calientes las cenizas de las hogueras que devoraban el pensamiento humano; y por lo mismo, todavía es hora de trabajar por la causa de la justicia, de propagar la idea de igualdad, de padecer como nuestros padres por nuestro Dios, de redimir las generaciones venideras, y dejar escrito el nombre de la generación presente en una página inmortal del eterno libro de la historia. (Ruidosos y redoblados aplausos.)

FIN DEL TOMO TERCERO. 



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE.

CURSO SEGUNDO.

Lección cuarta.

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO.

Necesidad que tenía el mundo pagano de una nueva idea.—Constancia del pueblo hebreo.—Su fé en lo porvenir.—El pueblo en el cautiverio.—Reforma de los profetas.—Educación del pueblo despues que vuelve del cautiverio.—Los fariseos.—Su carácter y su destino providencial.—Los saduceos.—Su carácter y su destino providencial.—Peligros que encerraba el carácter de los saduceos.—Destino providencial de Alejandro.—Trasformacion de las razas.—El Dios de la Biblia.—Necesidad del Dios del Evangelio.—Sectas que rompian la unidad de Israel.—Los esenios.—Esperanzas en el Mesías.—Distintos caracteres de estas esperanzas.—San Juan Bautista.—Aparicion del Mesías.—Carácter divino de Jesucristo.—Conjunto de su doctrina.—El reino de Dios en la tierra.—Jesús llama á todos los hombres.—Necesidad de la venida de Jesús.—Promesas de la nueva religion.—Jesucristo como hijo del hombre y como hijo de Dios.—Fundacion de la Iglesia.—Caractères que separan al Cristianismo de todas las sectas de su tiempo.—Felicidad de la generacion que vió á Jesus.—Felicidad mayor de los que sin verle creen y profesan su doctrina.—La sinagoga.—Los primitivos cristianos.—Los fariseos y los saduceos delante de la primer predicacion de los discipulos de Cristo.—Carácter humanitario y popular de la predicacion evangelica.—Ideas de los fariseos sobre Cristo.—Dog-

ma que afirmaban los primitivos cristianos para combatir esta idea.—La primitiva Iglesia á la sombra de la sinagoga.—Santiago.—San Pedro.—Necesidad de que la Iglesia universal separara á los primeros cristianos de la sinagoga.—San Estéban.—Su martirio.—Primeros mártires.—Dispersion de los Apóstoles.—El Apocalipsis.—Su carácter bíblico.— Epilogo. 1

Leccion quinta.

EL CRISTIANISMO EN EL SIGLO PRIMERO.

(Continuacion de la leccion anterior.)

Respeto religioso que inspira el Cristianismo.—Conciencia religiosa de la humanidad.—Solo un pueblo poseia la verdad religiosa.—Peligro que habia en que este pueblo se creyera el privilegiado del Evangelio como lo habia sido de la Biblia.—Aparicion de San Pablo.—Primeras ideas religiosas de San Pablo.—Su conversion.—Su predicacion en varios paises.—Sus epistolas.—Ideas de San Pablo.—Idea de Dios.—Idea del Verbo.—Idea del antiguo y el nuevo Testamento.—Criterio de la antigua y de la nueva religion.—La fé.—La redencion.—La Iglesia.—Carácter humanitario y universal de la doctrina de San Pablo.—El reino de Dios.—La libertad.—La Gracia.—Diferencia entre los cristianos de la sinagoga y San Pablo.—Trascendencia de la doctrina de San Pablo.—Luchas que promueve la doctrina de San Pablo dentro de la Iglesia.—Epistola á los hebreos.—Peligros de estas luchas.—Necesidad de la paz.—La Iglesia universal proclama la paz.—Espíritu de Conciliacion.—Las actas de los Apóstoles.—San Juan.—Comparacion de su Evangelio con los demás Evangelios.—Ideas de San Juan.—Dios.—El Verbo.—Revelacion de Dios por el Verbo.—El mundo.—Misticismo de San Juan.—La fé en Dios.—Revelacion del Padre, del Hijo y del Espíritu.—El amor á Dios.—La vida en Cristo.—San Juan representa todo el Cristianismo.—Resumen de todas las ideas vertidas en estas dos últimas lecciones. 63

Leccion sesta.

EL Gnosticismo.

El Cristianismo.—Nuevas ideas capitales que habia traído á la historia.—Impresion que el Cristianismo produjo en la conciencia pagana.—El Oriente.—Su carácter.—Impresion que en el Oriente debia hacer el Cristianismo.—El Occidente.—Impresion que debia hacer en Occidente.—El Cristianismo y Roma.—Dificultad de que el mundo antiguo adivinara la trascendencia del Cristianismo.—Esfuerzos del paganismo para infiltrarse en la idea cristiana.—El gnosticismo pretende transformar el paganismo con la magia.—El gnosticismo presenta al juicio de la nueva religion todas las ideas.—El gnosticismo en una de sus fases representa la extrema oposicion al paganismo, diciendo que la materia es el mal.—Tendencias de union entre Grecia y el Oriente.—Alejandro.—Tendencias del Oriente á unirse á Grecia.—Carácter de la filosofia griega en esta edad.—Platon.—Tendencias al misticismo en la filosofia griega.—Tendencias al grecismo en los pensadores orientales.—Aristóbulo.—Philon.—Espíritu de este filósofo.—Dioses segun Platon.—La ciencia.—El revelador de Dios.—El arquetipo de la creacion.—Creacion del hombre.—Comunicacion del mundo y del hombre con Dios.—¿Qué es el hombre?—El mundo.—El Oriente y la filosofia griega.—Peligros que el gnosticismo encerraba para la idea cristiana.—Marcha que el gnosticismo ofrecia al Cristianismo.—El gnosticismo pretende elevar el sentimiento místico sobre el sentido moral.—El origen del mal es su problema fundamental.—Origen del gnosticismo.—Simon el Mago.—Saturnino.—Basilides.—Discipulos de Basilides.—Valentino.—Ojeada general sobre la doctrina gnóstica. 131

Leccion sétima.

EPILOGO.

Resumen de las ideas capitales contenidas en las seis lecciones precedentes. 191

CURSO TERCERO

Leccion primera.

INTRODUCCION.

Exordio.—El espíritu liberal y el espíritu cristiano.—La política cristiana.—Significación social del Cristianismo.—El sensualismo pagano.—La vida pagana y la vida cristiana.—Desarrollo del paganismo.—Revoluciones religiosas dentro del paganismo.—Tres momentos capitales en la vida de los antiguos dioses.—Descomposición del paganismo.—Necesidad de una nueva idea religiosa.—Presentimiento y aspiraciones cristianas en el seno de la sociedad antigua.—Precedentes del Cristianismo.—La raza heleno-latina y la raza semítica en la preparación del Cristianismo.—Los tiempos evangélicos.—Los primeros cristianos.—San Pedro.—San Estéban.—El Apocalipsis.—San Pablo.—El cuarto Evangelio.—El gnosticismo.—Roma y Alejandria.—Decadencia de Roma.—Estado del mundo en los primeros días del Imperio.—Pueblos diversos.—Conclusion. 229

Leccion segunda.

LOS ESTÓICOS, LOS PADRES APOSTÓLICOS, LOS APOLOGISTAS

Necesidad de estudiar simultáneamente el Cristianismo y el Imperio.—Idea estoica.—Su triunfo.—El estoicismo en sí.—Los estoicos romanos.—Oposición del estoicismo a la corrupción imperial.—El espíritu estoico y el espíritu romano.—El estoicismo y la unidad del mundo.—El estoicismo y el movimiento social del Imperio.—Marco Aurelio y Epitecto.—Esterilidad del estoicismo.—Commodo.—El Circo Ro-

mano.—La literatura.—La conciencia de la humanidad en Tácito.—Necesidad de un ideal religioso.—Suerte de las religiones que se oponen al progreso.—Descomposición del paganismo.—Reacción pagana.—Apuleyo.—Luciano.—Significación del mito Psiquis.—Combate del paganismo y el Cristianismo.—El paganismo religión del Estado y el Cristianismo religión del espíritu.—Los Padres Apostólicos.—Los apologistas.—Los mártires.—Conclusion. 289

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

